

REGINA ROMAN

INACÍ
Princesa

NACÍ
Princesa

NAACÍ *Princesa*

REGINA ROMAN

TTITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1ª. edición Octubre 2019

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2019 *by* Regina Roman

All Rights Reserved

© 2019 *by* Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17780-19-7

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

1

La vida sigue... que decía Julio Iglesias

Tengo veinticinco años. Sigo sola y mi pasado vital no inmediato puede definirse con un trío de palabras: «un soberano desperdicio».

Me cansé de pedir sueños imposibles e hice de «*Almost lover*», la canción de A Fine Frenzy, mi himno porque habla de grandes amores perdidos, imposibles, desbaratados. Han pasado siete años desde que todo se rompió. Siete largos e interminables años de trescientos sesenta y cinco días cada uno de ellos. Mi madre venció por goleada en el juicio contra la bruja de su exjefa en el taller de costura, y hoy regenta un negocio propio que continúa ascendiendo. Yo aún ando reconciliándome con la idea de que papá murió hace año y medio y que he recuperado mi libertad, como si eso, a estas alturas, tuviera alguna importancia. Fue tan duro verlo languidecer, apagarse como una llamita. Lo acompañé en su larga enfermedad, compartí hasta el último y más débil de sus suspiros y estoy convencida de que sin él, nunca me recompondré del todo.

Jamás, en todo este tiempo, se me pasó por la mente reanudar mis estudios. Perder el hábito es malo y no, la Universidad no me llamaba. Vale que después de amputarle la pierna, papá se estacionó, se acostumbró a la silla de ruedas y a valerse por sí mismo, pero yo, su cuidadora, extravié el ritmo, supongo que me volví vaga. Mi madre triunfaba con su taller, diseñando y cosiendo colecciones de trajes de gala cada vez más solicitadas, Silvia dirigía con éxito su propio despacho de abogados y Sandra, la pequeña, estudiaba Psicología.

Yo era la única que se había perdido y no se encontraba.

Entonces papá decidió irse. Sin dramas, sin dar guerra, en silencio, fiel a su costumbre. Creo que la única de las cuatro que colapsó su rutina, era la que no tenía rutina, o sea, yo. No digo que mi madre y mis hermanas no lo sintieran, pero se aclimataron a su ausencia con decepcionante rapidez, con idéntica facilidad a como lo habían hecho a su enfermedad. Cada mañana al levantarme, además de mis dolores habituales, los de esta artrosis reumática que me aqueja, siento que me falta un miembro. Un día es un brazo, otro una pierna, algo que no me impide seguir viviendo pero que lo hace tremendamente complicado. Y es mi padre.

Observo el raído diario que sostengo en las manos. Hay mucho, pero que mucho dolor escondido en sus páginas. La chica amargada y áspera que soy hoy guarda sus porqués en un pasado infeliz, una adolescencia en la que me robaron la vida sin pararse a preguntarme si voluntariamente quería sacrificarla. Podría decir que nada ha cambiado desde entonces pero estaría mintiendo. No solo soy menos niñata y más mujer, sino que habida cuenta mis antecedentes de persona tonta de la que todo el mundo se aprovecha y las muchas veces que me pisotearon, me

dediqué a endurecerme de tal forma, que a veces, en mis arrebatos, no me reconozco. Invertí en mí, compré diecinueve libros de autoayuda todos relacionados con autoestimas por los suelos, la defensa del yo, aprender a decir no (y de paso mandar a la mierda a todo el que se ponga gallito) y he repetido sus mantras hasta la saciedad delante del espejo. Me ha costado sudor y lágrimas apartarme de mis «constantemente buenos sentimientos» y hacerme un poco víbora.

De hecho, creo que me he pasado. Caramba, qué mal me cae todo el mundo, no me extraña que no cuaje un novio más de dos semanas.

Pese a mi odio por la humanidad en general, me manejo bien con el teléfono, tomando recados y atendiendo al público, especialmente a ese tipo de gente que hace perder la paciencia a cualquier recepcionista juiciosa. Sirvo para servir, ya me lo decía mi madre. Tras probar mis méritos por activa y por pasiva en cuatro gestorías diferentes y desarrollar una corta aunque modélica vida laboral, pensé que era momento de que mi hermana Silvia pusiera sus ojos en mí. No en vano, su novio, el Luisito de las narices y ella, que por cierto aún no habían dado el paso supremo hacia el altar, estaban abriendo un bufete juntos. Pero nadie pareció contar conmigo aunque tuvieran la desfachatez de hacer planes y comentar la decoración, sentados a la mesa de la cocina de mi madre.

Pues, nada, peor para ellos. Soy orgullosa, lo admito, creo que lo único que me queda es un amor propio desproporcionado, así que he decidido no besarles los zapatos, y me he buscado otro despacho de abogados donde la experiencia me convertirá, poquito a poco, en secretaria jurídica especializada y en una fecha no muy lejana, me suplicarán de rodillas que trabaje para ellos.

Igual acepto.

El bufete al que aspiro tiene el rimbombante nombre de Koller & Asociados. Yo a Koller no llego a verlo. Maneja el cotarro un tipo alto y flaco que en cualquier momento se llevará el viento. Se llama Ramón, don Ramón para sus esclavos. Unos cuarenta y cinco años mal llevados, principalmente a causa de su carácter. Es un limón con patas. Abogado amargado y taciturno.

Más o menos como yo, pero con un cimborrio colgándole entre las piernas.

Si Koller brilla por su ausencia, desde el día mismo de mi entrevista, deduzco que don Ramón es el «Asociado». La tercera vez que me llaman, me recibe con ceremonia desde detrás de su despacho de caoba y sobre de piel verde. Tiene la costumbre de entrelazar los dedos de las manos como los curas cuando sermonean. Primero se me queda mirando fijamente. No sé qué pretenderá descubrir, porque yo soy muy sencillita, lo que ves y nada más. Pero que no me toque mucho los ovarios con miraditas insinuantes, porque jefe y todo, le pongo los dientes de diadema.

—Señorita Robles —me muestra sus paletas de conejo—, por fin tengo el placer de comunicarle que pasa usted a ser miembro activo de este bufete.

Encantada, *don Asociado*. Ha necesitado tres entrevistas para decidirlo.

—No imagina lo mucho que me alegro —aseguro sonriente. Mi Pepito Grillo me grita en la oreja que allí seré una desgraciada. Pero le propino un codazo y lo mando a la esquina. Castigado.

—Sus labores se desarrollarán principalmente en la calle —me informa leyendo su chuleta—,

lo típico en estos casos: bancos, registros públicos, oficina tributaria, movimiento de documentación ya sea hacia el juzgado o hacia otros despachos, etcétera.

Me habría encantado un explayarse con lo del «etcétera», que luego vienen los sustos sin remunerar. Pero guardo reverente silencio porque de repente, para mí, esto es una farsa y mi sumisión, teatro del bueno.

—Sí, señor.

—No me llames así. —Alza las manos y sonrío. Lo cierto es que cuando lo hace se saca diez años de encima—. Con don Ramón basta y sobra. Hablando de otra cosa, no consigo recordar qué decía tu currículum acerca de los idiomas.

Debe haberseme puesto cara de babosa. Que no lo recuerda, dice. Seguramente será porque no pone nada. Cero pelotero. Me aclaro la garganta con un leve carraspeo.

—Español —susurro, temerosa de que aquella deficiencia sea la causa de mi despido ya antes de contratarme—. Únicamente español.

Don Ramón arruga la frente contrariado.

—¿Nada de inglés?

—Nada.

—¿Ni un defenderse básico? —insiste. Joder, qué plasta, no querrá que se lo explique en otro idioma, que no tengo, que parece que no se entera.

—Bueno, ya sabe, lo esencial del colegio —repongo intimidada—, pero nunca destacué en esa asignatura. Aun así, opino que hay muchos más millones de hispanoparlantes y que los méritos del inglés se sobrevaloran, y...

—Te convendría tomar en consideración unas clases —aconseja tamborileando en la mesa.

—Desde luego. —Me muerdo la lengua, no me atrevo a negarme. Necesito este empleo más que los agricultores la lluvia de mayo.

—Te vas a alegrar. Hoy día no se va a ninguna parte sin el idioma madre.

—Por supuesto... señor —me burlo para mis adentros. ¿Madre? ¿Madre de quién?

—Don Ramón —canturrea él condescendiente.

—De acuerdo... don Ramón. —Me aproximo a terreno espinoso—. Esto... El salario... ¿tendría la amabilidad de informarme?

—Oh, sí, sí, por supuesto, creí que ya te lo habían comentado en la agencia. Es suculento y mucho más de lo que esperas para la categoría profesional que se te asigna. —Enarca las cejas orgulloso del discurso. Abre una pausa para dar énfasis y silabea—: ochocientos noventa euros.

—¡Vaya! —exclamo con muchos aspavientos. En realidad son doscientos euros más de lo que venía ganando en la asesoría del barrio, y no quiero reventarle la ilusión—. Es..., no sé cómo expresarlo... Estupendo.

—Más una paga extra. En Koller & Asociados tenemos un lema fundamental: invierte en tus empleados y ellos te harán feliz.

—Estoy de acuerdo, don Ramón, muy cierto —convengo, meditando si existe alguna forma

humana de que aquel sujeto empiece a caerme bien.

—Puedes estrenarte el lunes. En todo es conveniente arrancar a principios de semana, como con las dietas. —Sonríe impaciente. Ya me está dando puerta—. Te veré en tu mesa.

Abandono la silla de un salto de gacela y me dirijo a la salida.

—Señorita Robles —me reclama cuando ya estoy abriendo la puerta.

—¿Sí?

—Sí, don Ramón —me corrige.

—Lo siento. Me habré acostumbrado para el lunes, se lo prometo —trago saliva con dificultad, tentada de escupirle en las mismas narices.

—Acuérdese de vestir de manera impecable, por favor. —Y, por su tono, no es un ruego.

—Le aseguro que no tendrá queja, don Ramón. —Sonrío modosita, convencida de que el «don» delante de su nombre, le añade edad a este joven con aspiraciones.

Ya en el recibidor, aprovecho el espejo para revisar mi aspecto. No soy muy alta, melena oscura por encima del hombro, más espesa gracias a algunas extensiones, una cara que no espanta y ojos grandes negrísimos, para mi gusto, un poco separados. Lo mejor que tengo, la boca. Creo. Visto un pantalón de pinzas azul marino y una blusita de manga larga estampada a juego, lo más ceremonioso que guardo en mi armario, el resto son vaqueros viejos y camisetas. En las gestorías de barrio no son tan quisquillosos con la ropa de una, ni imponen reglas. Total, para dejarme el pellejo de las plantas de los pies corriendo por las calles... Sin embargo, enseguida reparo en que seré la cara visible del despacho allá donde me presente. Me equivoqué al pensar que la apariencia en este tipo de trabajos no contaba.

—Tengo que ir de compras, ya. Necesito un préstamo —me atosigo a mí misma.

Y pese a mi tendencia normal, casi psicótica a llevar la contraria, hasta me hace ilusión.

2

Mejorar mi aspecto

Después de tomar tres líneas de metro, enfilo la calle donde mi madre trasladó su taller, hace ya una eternidad. Yo apenas me dejo ver por allí, muy al contrario que mis hermanas, cada cual por su particular motivo. Sandra, para exigir dinero o presumir delante de alguna compañera de la facultad. Silvia, ineludiblemente acompañada de Luisito «el llavero», siempre colgado de ella, para controlar el funcionamiento y desarrollo de su inversión, ya que son socios. Conmigo es diferente, mi madre rara vez no encuentra algo criticable en mi persona. Todavía vivimos juntas, Sandra, ella y yo, y adivino que su idea del límite de edad de que dispone una hija para gorronear en la vivienda familiar, en mi caso, está más que superado. Puedo leer en sus ojos el interrogante de cuándo la sorprenderé con la noticia de que me mudo al pisito perfecto donde disfrutar de mi merecida intimidad. No es por falta de ganas, es por falta de fondos, ¿adónde voy con mi sueldo de doblarse de risa? Claro, que todo cambiará radicalmente cuando me convierta en secretaria jurídica especializada y venda caras mis virtudes.

Mi madre imparte órdenes a doce mujeres atadas a su respectiva máquina de coser o remallar. Parece un sargento. Incluso hay un breve instante, cuando se vuelca encima de una costurera para echarle la bronca porque el entredós entra torcido, en que parece la mismísima doña Amparo, su antigua jefa a la que tanto odiábamos. No me ve llegar hasta que me tiene delante y me saluda con un beso ligero en la mejilla y una mirada clara de «a ver qué quieres, que ando liada». No puedo evitar que un escalofrío me recorra el espinazo, dado que no vengo a saludar precisamente.

—Hola, mamá. —Miro impresionada alrededor—. Vaya actividad frenética.

—Se nos salen los pedidos por las orejas. —¿Cuántos años hace que se le llena la boca con su frase favorita?—. Necesitamos más costureras, pero claro, aquí cualquiera se piensa que sabe coser. —Menea la cabeza con disgusto—. Cuando las entrevistas, todas parecen ganadoras de la Aguja de Oro. Luego ven un patrón y se echan a llorar.

—No te pongas exigente con ellas —digo afectuosa, solo por chincharla y verla verde—. Si aprenden, luego rendirán más y tendrán algo que agradecerme si les enseñas.

Mi madre arquea las cejas aturdida por mi filosofía.

—¿Quieres un café? —me ofrece—. Acaban de traerlo.

—Me vendrá de fábula. —Desde luego, su cortesía es inesperada y no pienso desaprovecharla.

Me conduce al cubículo acristalado que guarda su despacho al fondo del local. La zona de trabajo está bien diseñada y separada del área de ventas, con sus percheros, sus probadores a prueba de niños mamones (ya os contaré más adelante...) y hasta su pequeño escaparate. El

entorno apenas si ha cambiado en los últimos años pese a que el volumen de transacciones se ha cuadruplicado, lo que me lleva a temer que el padre de Luisito y mi propio futuro cuñado son, aparte de sus socios, unos tacaños de ven aquí y no te menees. Pero cada vez que oso insinuar algo parecido a una crítica, mamá los defiende con vehemencia. Pues nada, que le aproveche. En el centro de la mesa de reuniones —lo siento, pero no logro imaginar a mi madre allí sentada soltando un discurso, sin su delantal ni la espumadera del pescado frito—, alguien ha dispuesto una bandeja de cuero redonda con seis vasos de café de esos preparados para llevar. Monísimo.

—¿Expreso, capuchino, con leche desnatada, normal? —ofrece mi madre con cansancio.

—Capuchino será perfecto. —Y al ir a sentarme, la espalda me castiga con un latigazo cruel. Aunque me muestro natural, mi mueca no pasa inadvertida.

—¿Y esa cara?

—La cintura, que me duele un poco.

—Tú no haces ejercicio, ¿verdad?

Ya estamos. Pongo los ojos en blanco.

—Será eso, que no muevo un meñique.

—Cúdate un poco, Manuela, no abuses de tu juventud que luego te caen de golpe todos los años. Un día te miras al espejo y te saluda una vieja pelleja que te recuerda a tu yaya.

Es innegable que habla de sí misma y comete una injusticia de las peores, porque mi madre se conserva pero que muy bien. Molesta que te tiren encima la basura ajena.

—Y no hablo por mí —aclara como si me leyese el pensamiento.

—Mamá, ¿te importaría mucho empezar a llamarme Marta como todo el mundo y olvidarte de eso de Manuela?

—¿Por qué? Si es tu nombre, el de tu abuela que en paz descansa...

—Es que no me gusta —la corto. Ella suspira entristecida.

—Caprichosa que me has salido... ¿Qué tal tu entrevista de trabajo?

Me atraganto con el café hirviendo con tal de responder.

—Ah, oh..., me han dado el puesto. —Brillan mis ojos en un evidente «¿qué te creías?».

—Por fin un trabajo serio, deberíamos celebrarlo. —¿Se alegra? Porque juraría que las pupilas le bailan de un catálogo a otro. Los tiene abiertos y extendidos sobre la mesa—. Hasta que no aprendas lo necesario y te formes como Dios manda, no sueñes con trabajar para tu hermana. Esos otros sitios donde has trabajado tenían poca categoría.

Ya me extrañaba a mí... Mucho estaba tardando. Lo malo es que consigue mellar una chispa mi confianza y ya no sé muy bien cómo seguir con lo que me ha llevado hasta allí. Pienso que lo mejor es darle coba y la razón. Con mamá, rara vez falla.

—Sí, eso creo yo también. No obstante, sin ser ilustres, me dieron experiencia suficiente como para aspirar a un escalón más. Este es un bufete muy bueno. —Jugueteo nerviosa con unos alfileres.

—Rodéate de profesionales y sé humilde. Es la única manera de acumular conocimientos.

Mírame a mí, si no —alardea removiendo su café solo.

—Tienen a mucha gente trabajando. —Miento, mis ojos solo han fichado a un recepcionista y a don Ramón—. Y todos tan bien vestidos...

—Pues ya sabes —me recorre con una mirada más crítica que evaluadora—, a ver si estás a la altura.

Decido recoger el cabo que, sin saber, me arroja.

—Precisamente, ya que lo mencionas... Por eso he venido. —La miro con franqueza—. Mi armario pega temblores cada vez que lo abro.

Se encoge de hombros desdeñosa.

—No me extraña, como te empeñas en gastarte el sueldo en trapos sin marca ni estilo...

Respiro hondo y me armo de infinita paciencia.

—¿Qué se supone que son trapos sin estilo, mamá?

—Camisetillas de algodón de baja calidad. No tienes ni una sola camisa decente que ponerte.

—Tienes razón, por eso necesito comprarme prendas dignas de aquí al lunes. —Mis ojos reflejan la desazón interior—. El jefe incluso me lo ha dejado caer...

—Pues tienes el día de hoy completo y el de mañana —sentencia mirándome con fijeza—. Claro que si lo hubieses tomado como costumbre en el pasado, ahora no te pillaría desprevenida. Mira que te lo tengo dicho: Manuela, una prenda buena en cada temporada...

Ya va cogiendo carrerilla. Tengo que interrumpirla aunque me cueste la vida.

—No lo entiendes, necesito dinero... —absorbo aire a bocanadas—, lo que se viene llamando un préstamo.

Mi madre se queda con la boca abierta, en una «O» perfecta. Cree que le estoy tomando el pelo, pero no.

—¿Sería posible... que me dejaras algo para financiar las compras? Te lo devolveré, te lo juro, en cuanto empiecen a pagarme.

Cuando ya pienso que no va a responder, me echa en cara que acudo a ella pero desoigo sus buenos consejos. Piensa aprovechar la ocasión para machacarme y esto terminará siendo una cuesta muy, pero que muy empinada. Suspiro hondo. Con el tiempo y mi mala vida, he acabado siendo distante, escurridiza como un pez mojado, desapegada absolutamente de todo. Pero ser amable con las personas, incluida mi madre, es la única manera de sacarles algo. Me pongo en pie lo más digna posible. Ya está bien de humillarme. No soy un felpudo. Bueno, al menos, no siempre. No todo el tiempo. Llevo mucho luchado por dejar de serlo. Siento un impulso breve pero poderoso de arrojarme por la ventana.

—Vale, mamá, lo podemos dejar aquí. No hace falta tanta charla, un sí o un no, me habría bastado. El caso es que debí invertir con inteligencia en un armario decente y no lo hice. *Mea culpa*. Pero ahora debo solucionar el problema en bien de mi empleo.

—Si vienes a pedirme ayuda, dilo claro.

—Mamá, ya lo he dicho —silabeo—. ¿Quieres que lo repita porque te complace verme

arrastrada? Pues lo repito, necesito un préstamo que devolveré aunque sea la última jodida cosa que haga en esta vida.

Admito que mi relación con ella es terrible, que nos hemos ido distanciando con los años y que se enfría más y más aunque vivamos juntas. Que no me quiere como una madre debería querer a una hija, entendedme. Quizá me tenga cariño, el del roce, o le doy pena. La mayoría de las veces... se avergüenza de mí.

Abandona su silla y se aleja a paso lento hasta su bolso, que cuelga de un perchero al lado de su escritorio. Lo abre y saca un billete de cien euros. No será capaz... Por mucho que consiga estirarlo, ¿qué demonios voy a comprarme con cien euros? Mi madre cobra más de ochocientos por cada vestido y pretende que yo me vista de señorita con una miseria.

—Te da para un par de blusas elegantes en Zara —indica al interpretar mi cara de pavor.

Desde luego, un par de blusas y un par de buenas bragas haciendo juego, habida de cuenta de que no queda presupuesto para faldas ni pantalones. Enrojeczco de ira aunque logro que solo se me coloreen las orejas. Aprieto un puño y con la mano libre le arrebato el billete.

—Y llama a tu hermana Silvia, que te acompañe. Tú sola tirarías el dinero, ella sabe cómo hay que vestirse en esos ambientes —abre una pausa, para darle emoción a la traca final—: Es una de ellos.

3

Mi hermana y yo

¡Una de ellos! Suena siniestro, a secta clandestina. Mi hermana siempre ha sido una de «nosotras», ¿a cuento de qué es ahora una de «ellos»? Pero claro, no sé de qué me extraño cuando mi madre dejó de ser mi madre hace tiempo, para convertirse en un clon barato de Sofía Loren.

—La llamaré —prometo a regañadientes.

—Si no lo haces me enteraré —amenaza señalando con un dedo— y te cobraré intereses. Estarás meses devolviendo tu préstamo. Por cierto, aprovecha el rato a solas que vas a pasar con tu hermana para sonsacarla. Me quita el sueño tanto tiempo ya de novia con Luisito y que no se decidan a pasar por vicaría.

—Puede que el muy papanatas todavía no se lo haya pedido —supongo por suponer algo. La verdad, no podía importarme menos. Estoy convencida de que mi hermana merece algo mejor.

—No digas disparates, un chico tradicional como Luis... Algo no va bien. Habla con ella y luego me cuentas.

Su tono indica que me esmere porque quiere información jugosa. El cómo me las arregle para sacársela a Silvia es problema mío. Luego, sin esperarlo, levanta un brazo y con un leve titubeo que otra menos avispada que yo hubiera pasado por alto, me toca la melena.

—El pelo lo tienes muy bonito.

¡Zasca! Esa es mi madre. Desconcertante hasta en sus demostraciones de afecto. Ya sé a quién he salido.

Segundo asalto, caza y captura de mi hermana. Camino hasta su pisazo que no queda retirado del taller, dado que la familia de Luisito es propietaria, indistintamente, del piso y del local, parece que todo lo compran por racimos. Con lo que lleva mi familia abonado en alquileres podía haberse comprado mi madre ya dos tiendas. Pero no quiere ni oír hablar del tema, cualquiera disgusta al «supernovio» o a su parentela, después de habernos salvado del diluvio universal. En fin, no es mi pasta, no voy a entretenerme en maquinari negocios a gran escala, fuera de mi alcance. Antes, paso por una farmacia, compro los analgésicos más rompedores que me venden sin receta y me trago dos allí mismo, en la puerta, como una yonqui frenética. Debería visitar al doctor, estoy retardando peligrosamente la cita, pero es que no quiero volver a oír eso de que tengo una enfermedad sin cura. Si es lo que me toca, prefiero morirme cuanto antes, pero sin que me avisen.

Me aseguro de que Silvia se encuentra en casa. Contesta al móvil algo adormilada, pero se alegra con la visita. Me franquea la entrada ataviada con un batín de seda japonesa que le llega por encima de las rodillas, y sus pies de impecable pedicura, descalzos sobre la madera del suelo.

Los míos nunca los he visto así de bonitos. Además, huele muy bien, mi hermana está muy guapa. La adoro, es el espejo donde quiero mirarme.

—Hola, tesoro, he puesto café —anuncia besuqueándome como solíamos hacer de pequeñas—. Me vendrá bien para despabilarme.

—Espero no ser inoportuna. —Mis ojos reptan buscando asustados el rastro de Luis.

—Qué va, estoy sola y vagueando un rato en el sofá. He salido del despacho casi a las cuatro, no está mal para ser un viernes por la tarde, ¿no? —se restriega los ojos—. El lunes tengo unas declaraciones que pondrán a prueba mi memoria. Ven a la cocina.

—Hay costumbres que no mueren —musito feliz de recogerme con ella en un lugar tan apacible. La cocina de Silvia es amplia, moderna y luminosa, abierta al salón, nada que ver con nuestro cuchitril familiar, pero el recuerdo de aquellas reuniones en torno a los fogones sigue impregnado de un algo entrañable difícil de olvidar.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Qué tal el trabajo? ¿Sigues en la gestoría del barrio?

Resoplo.

—En realidad tengo un nuevo empleo de secretaria en un bufete de abogados. Pienso tomarlo como una pasantía, igual me especializo como secretaria de dirección pero en el área jurídica.

—Suenan bien —comenta de regreso con la porcelana. Toma asiento, sonrío—. Te brillan los ojos.

—Será de coraje, ya que el trabajo no es como para tirar cohetes. Y he tenido un encontronazo bastante feo con mamá. —Llevo la taza a mis labios—. Lo de siempre.

—Sabes que con el negocio soporta una gran presión y tiene su carácter —la disculpa. Yo me indigno.

—No, no lo tiene. Al menos, no con el mundo. Conmigo saca a relucir lo peor de su persona. Me apoca, consigue que me sienta como una basura. Es... Es una maltratadora psicológica, eso es lo que es.

En lugar de tomárselo en serio, Silvia se echa a reír, lo cual me molesta bastante. Pero es comprensible, ella jamás ha sufrido la «faceta bruja» de mamá, siempre fue su confidente y Sandra, su niña mimada. Yo su víctima.

—No es ninguna broma. Debí grabar la conversación y verías que no exagero. Fui a pedirle dinero para renovar el vestuario de cara al nuevo trabajo y ha aprovechado mi necesidad para desmerecerme. Todo por cien euros.

—¿Cien euros? —Anda, mira, este dato sí que la hace reaccionar.

—Estoy deseando poder tirárselos a la cara en monedas de céntimo, con sus puñeteros intereses —añado llena de resentimiento.

—Si necesitas ropa tengo un vestidor completo de cosas que ya no me pongo, llévate lo que quieras.

Se me ilumina la cara. Es como si amaneciera un día soleado tras una noche de perros.

—¿En serio? Eso me salvaría la vida, ya lo creo que sí.

Hace un gesto lánguido con la mano y señala el pasillo. Nos acabamos los cafés a toda prisa, ardo en deseos de ponerle la vista encima a esos trajes maravillosos desechados por Silvia que me convertirán en una chica divina. Intento responder a su generosidad recogiendo la vajilla para llevarla al fregadero pero, cuando voy a dar el primer paso, mi espalda se pone rígida de repente y un calambrazo agudo me recorre de punta a punta la espina dorsal. La sacudida es de tal envergadura que me cubro de sudor frío y las tazas se estrellan contra el suelo. Apoyada en la encimera, consigo recuperar la respiración. Es como si las costillas encogiesen, no me cabe el aire.

—¿Qué te ha pasado? —Silvia se encuentra a mi lado y hago un esfuerzo por alejar los cortantes trozos rotos de sus pies desnudos.

—Nada, un tironcillo en las lumbares, habré dormido torcida —miento. Trato de sonar distendida pero mi rostro debe de estar del color de las velas blancas, ya conozco la reacción. Silvia me mira suspicaz—. ¿Dónde guardas la escoba? Quiero limpiar este estropicio.

—Deja, ya lo limpia Lissetta.

—¿Lissetta? ¿Alguna amiga tuya que no conozco?

El desconcierto trepa por el rostro de mi hermana.

—No, la señora de la limpieza. Vamos, que te enseñe el vestidor.

Me conduce por un interminable pasillo ancho y enmoquetado con un montón de cuadros colgados que huelen a caro. Observo la naturalidad de sus movimientos, mi hermana parece haber nacido entre estos encajes, nada en ella recuerda ya al barrio ni a la niña que se manchaba el bigote con el Cola Cao. Parece que hubiese nacido princesa desde siempre.

—Sírvete a gusto —indica tirando con brío de una puerta corredera. Me pongo bizca al momento, tanta prenda de marca achuchándose por falta de espacio.

—¿Todo esto no te pones? —me escandalizo.

—Y mucho más. Si me lo llegas a decir antes... Hace dos semanas le regalé tres maletas a rebosar a Maggi.

—¿Y Maggi es...? —pregunto ahora con mayor precaución. Mi hermana investiga las perchas y va seleccionando ropa que lanza sobre la cama. Al volar dejan una estela perfumada riquísima. Voy a ser muy feliz poniéndome estas cosas.

—La cocinera —responde—. Anda, empieza a probártela que hay trabajo para varias horas. Y habrá que acortarte los bajos...

Lo hago. Durante casi dos horas y media, la anodina Marta Manuela recupera el color. Los dolores ceden, no sé si de modo natural o por la felicidad que me invade. Hay de todo: faldas, vestidos, trajes de chaqueta de diversos estilos, blusas, pantalones anchos y estrechos, vaqueros, ropa deportiva... Tengo la impresión de que todo es nuevo, comprado anteayer, algunas cosas ni siquiera están estrenadas. Cuando ambas miramos mi imagen en el espejo, vestida con un delicado vestido corto de gasa floreada, me echo a llorar. Silvia me rodea los hombros con un brazo cariñoso. Soy tan bajita que no le cuesta nada envolverme.

—Chiquitina, ¿qué te pasa?

Me giro y entierro la cabeza en su pecho. Mis sollozos son cada vez más convulsos. Es la presión acumulada de tantos meses de sufrimiento. La marcha de papá, mantener en secreto mi enfermedad, mi pésima relación con mi madre y mi hermana Sandra... Y la ausencia de Silvia.

—Te echo de menos, te echo de menos desde el día en que te fuiste de casa. Todos estos años han sido...

—Difíciles, lo sé.

—Espantosos. Nuestra hermana pequeña es un monstruo egoísta y mamá...

—No vuelvas a decirlo —me corta secándome las lágrimas con la punta de sus dedos—. Esa idea diabólica que se te ha metido en la cabeza no es verdad, mamá te quiere, como a las demás. Solo pretende incentivar te, estimularte para que no te conformes y te vuelvas ambiciosa.

—No lo soy ni lo seré en la vida. Me importa un bledo lo que se compra con dinero.

—Piensa que sus intenciones son buenas.

—Puede, pero no sus métodos. A veces uno maltrata a otro, sin maldad y con el mejor propósito, y le desquicia la cabeza.

—Lo hace lo mejor que sabe. Y tú serás sabia y sabrás perdonarla. Mira, precisamente estoy pensando... ¿Por qué no te olvidas de ese bufete y te vienes con nosotros al despacho?

—¿Con Luis y contigo? —arrugo el ceño. No me gusta Luis, no me fío de él, llevo años sin fiarme. Pero Silvia parece tan ilusionada con la propuesta, que fantaseo con que ella también me añora.

—No podré pagarte mucho —advier te.

—¿Cuánto ganaría? Me da vergüenza preguntártelo, es que quiero alquilar algo por mi cuenta cuanto antes. No soporto la vida en casa con mamá y con Sandra... —declaro llorosa.

—Digamos unos seiscientos euros. —Mira mi expresión compungida—. De verdad, solo al principio. Luego mejoraremos conforme la cartera de clientes engorde y depositen su confianza ciega en mí y en ti. De momento es Luis quien atrae la mayoría. ¿No te hace ilusión? Estaríamos juntas.

Juntas. Mi hermana mayor y yo. Llevo siglos deseándolo. Me seco las lágrimas y sonrío.

—De acuerdo. Solo al principio.

4

Una nueva Marta

Esa noche, con cinco maletas repletas de los mejores y más modernos trapos, decido que cualquier grosería que mi madre pueda soltarme a la hora de la cena, me resbalará. Ando preparando una ensalada para las tres cuando oigo el timbre de la puerta. Un breve intercambio de palabras a media voz, unas risas fingidas y mi madre viene de vuelta con una tarta casera en las manos y cara de póker.

—La vecina. —Levanta la tarta y una ceja—. ¿No te parece sospechoso? Llevamos treinta y siete años viviendo aquí y nunca ha traído ni una galleta.

—Esta quiere un traje de fiesta con descuento, como si lo viera —deduce Sandra, que entra como una tromba en la cocina, introduce un dedo en mitad del bizcocho y lo destroza.

—Bueno, puedes hacerle una rebaja, no pasa nada —sugiero con desgana. Termino la ensalada y voy con ella hacia la mesa—. Silvia me ha pedido que haga de secretaria para ellos en el bufete.

Mi madre primero se asombra y luego se relaja con una sonrisa luminosa. Sandra hace un ruido extraño con la garganta que tiene mucha pinta de ser una burla.

—Habrás aceptado, por supuesto —dice mi madre. Asiento mientras los ojos de Sandra se clavan en mí.

—¡Menuda cara tienes! Chupando del bote de la hermana rica. Nunca pensé que Luis y ella hicieran obras de caridad.

Abre el frigorífico, pilla un par de batidos y se va. Siento el fuego arder desde mi estómago a la campanilla y la tentación de arrojarle la ensaladera contra la cabezota.

—¡Imbécil! —le grito cuando seguramente ya no puede oírme. Mi madre me hace señas para que la olvide y me siente a su lado.

—Cuenta, cuenta, qué gran noticia. Es estupendo que ayudes a tu hermana, ¿con quién vas a estar mejor? ¿Prefieres darle a ganar dinero a un desconocido?

—No, claro que no —balbuceo acordándome de cómo ella rechazó en su día el apoyo de papá con las cuentas para regalarle el trabajo al contable de don Luis, suegro en potencia de mi hermana Silvia.

Después ya no hablamos mucho más y, en cuanto recojo, me marchó a la cama. Estoy ilusionada, en serio, se abre una nueva etapa en esta vida mía que hasta el momento, deja mucho que desear. Lo único malo, los dolores en el cuello y la espalda van a volverme loca, apenas si puedo respirar sin estremecerme.

Sin embargo, no son solo cambios: mi vida va a dar un vuelco que no soy capaz de imaginar.

Joanna me telefona el sábado por la mañana e invierte un montón de tiempo en convencerme para que asista a una barbacoa con algunos compañeros de trabajo. No sé, no sé. Apenas hago vida social ni me interesa, no conozco a nadie, sumergirme en una masa de desconocidos me asusta y me pone a la defensiva, afilada por si toca responder a cualquier ataque. Salgo de casa con las escopetas cargadas y, con tal actitud, lo difícil es que no te echen a patadas de cualquier fiesta.

Pero Jo es mi amiga, la única que me soporta desde siempre, y tengo un loco entusiasmo por estrenar mi nuevo guardarropa, de modo que al final acepto. Reviso la caja de medicamentos que escondo en el fondo de mi viejo armario, pronto acabaré con algunas de las medicinas esenciales, si es que consumo analgésicos como si criase caballos. Las punzadas y calambres no han disminuido en los últimos meses, tampoco aumentado, la verdad. No puedo subir escalones, en tramos largos si no hay ascensor, debo esperar a quedarme sola para realizar ese tremendo sacrificio que es levantar las piernas, flexionarlas y volver a apoyarlas. Me siento morir, pero me niego a que nadie me ofrezca su brazo. La caridad de la gente no la quiero. Debería concertar cita con el doctor para el lunes, pero el lunes estreno trabajo con Silvia y no quiero faltar, sería lo último. Por cierto, tengo que avisar a don Ramón de que lo privo del placer de exprimirme. Redacto un *mail* lo mejor que sé y se lo envío. Asunto finiquitado. He tratado de ser amable, espero que no me guarde rencor por la espantada y si me lo guarda... ¡Que le den!

La barbacoa arranca a eso de las seis de la tarde. Me he atiborrado de calmantes y he elegido un precioso vestido suelto color rosa coral, con un sugestivo escote rodeado de encaje en la espalda. Lo combino con unas sandalias a juego y me cepillo el pelo a conciencia para que brille. Con la pesadilla esta de la enfermedad, mi pelo natural luce cada vez más endeble y las extensiones de las que ya no sé prescindir piden a gritos una renovación. Un maquillaje ligero para disimular mi mortal palidez y estoy lista. Jo me recoge en su utilitario. Algo que yo nunca he pensado en adquirir. Ni siquiera tengo carnet. A eso debe de referirse Silvia cuando habla de tener o no ambición.

—Gracias por haber aceptado —mi amiga apoya las manos en el volante—. Significa mucho que hayas decidido interrumpir tu retiro espiritual y tus rosarios para acompañarme.

Está de coña, claro.

—Sí, rosarios... Dejé de creer en Dios el día que el pony de Sandra pisó a mi padre y lo sentenció a muerte —gruño más atenta al paisaje que a informarme acerca de la juerga.

—¿Y qué me dices del hecho de que aceptes poner en peligro tu preciada virginidad recuperada? Porque quién sabe si esta noche conocerás al macho que te la arrebate... por segunda vez.

—No tiene gracia, voy a comerme un filete, no a pegármelo con un desconocido —rujo. Alto y fuerte. Le tengo dicho a Jo que de mi chichi no se habla. Yo y solo yo decidiré cuándo lanzarme al fornicio. Puestos a esperar y habiéndome convertido en una reliquia con los tiempos que corren, no me da la gana regalarle ese momento especial a un cualquiera. Y con mi mal humor, todos son

cualquiera.

—Admite que lo tuyo a los casi veinticinco años es muy fuerte. ¿Un par de veces y nunca más? Marta, se te ha debido de cerrar de nuevo el agujero.

—Que me dan un asco horroroso todos los tipejos que vemos en los bares. Acodados en la barra, con sonrisita de suficiencia, la lengua demasiado gorda y dos surcos de sudor en la camisa.

—¡Por el amor de Dios, calla! —ríe la traidora de mi amiga—. Te has grabado ese embuste a fuego en el cerebro porque no te da la gana ver más allá. El mundo está plagado de tíos buenos que te cortarían la respiración. ¿Cómo puedo ayudarte a salir del error?

—Cerrando el pico y no volviendo a sacar este embarazoso tema de conversación, nunca más. —Me reviso las uñas y aprieto las muelas—. A ver si te vas a pensar que me siento orgullosa de no haber pillado aún un buen trabuco.

Se abre una pausa casi tensa, aunque el concepto «momento desagradable» no tiene cabida entre nosotras. Jo es la hermana que me habría gustado tener a mi lado, tanto en los años de dificultad como en los días de ocio. Nos conocemos, me soporta tal y como soy, sin preguntas y lo que es mejor, sin reproches.

—Dame tu palabra de honor de que sonreirás y volverás a ser la chica de otros tiempos, aunque solo sea por un par de horas.

—Lo siento, no puedo hacerlo, no dispongo de honor.

—La madre que te parió...

Le propino un codazo en el hombro y nos echamos a reír. Conforme nos acercamos a destino, me atrevo a formularle algunas preguntas.

—¿Hay alguien especial en el sarao? Me refiero a si vamos a la caza de alguno que te gusta...

—Son simples compañeros de la facultad y amigos de amigos, ya sabes cómo funcionan esas cadenas. Nada del otro mundo.

—¿Y te gusta trabajar en el Departamento de Derecho Laboral? Suena aburridísimo. ¿Sigues decidida a sacarte el doctorado?

—Ahora más que nunca —responde con un apasionamiento exagerado. Compruebo que sus mejillas se ponen rojo amapola y me pregunto por qué—. Ya sabes, la crisis, los expedientes de regulación de empleo, las intervenciones sindicales... Enseñar tiene futuro.

—¿Y qué más tiene? —insisto machacona. Que la conozco y sé que esconde ases en la manga. Se colorea aún más—. ¿Qué más tiene, gulandrona?

—El profesor que dirige mi tesis es... —vacila— un tipo fuera de lo corriente. Inteligentísimo y brillante.

—¡Te gusta! Más que eso, estás colada por él —adivino con un ramalazo de pavor. Joanna no responde, mira a la carretera con obsesiva concentración—. ¡Jo! ¡Te has enamorado del jodido director de tu tesis! ¿Lo has hecho?

—Mujer, lo de enamorada suena tan fuerte... —Trata de distender el ambiente con una risita floja pero no cuele—. Reconozco que hay cierta atracción.

—¡Sal de ahí! ¡Es un espejismo! Esos abusan de su posición, de estar ellos arriba y tú abajo, de que le debas respeto, obediencia y todas esas mierdas de colorines, que suman un montón de morbo a las situaciones...

—¿Qué sabrás tú de morbo...?

—Anda que no, será que no leo a Megan Maxwell, a Noelia Amarillo y toda esa buena erótica. ¡Asaltacunas! ¡Los huelo a distancia! —bramo repentinamente fuera de mis casillas.

—Pero ¿qué edad te piensas que tiene?

Me encojo de hombros. Como si eso importase. Para hacerte picadillo el corazón no se requiere edad concreta, que me lo digan a mí.

—No sé, cuarenta, cincuenta, un porrón.

—¡Tiene apenas treinta años! Y es tan guapo...

—En todos los años que te conozco, jamás había escuchado ese «taaan» tan largo, ni el soniquete de pavisosa. Jo, por Dios, dime que todavía conservas un poco de cordura y que te alejarás de él antes de que te haga daño.

—No soy ninguna idiota —replica ofendida—, sé cuidarme solita.

—Sé sensata, ese tío debe de estar acostumbrado a pasarse por la piedra a todas las alumnas que caen en sus redes.

—No tiene por qué salir mal.

—Ni bien, no te hagas la gilipollas. Ese aprovechado te robará la flor como hizo con la anterior becaria y como se beneficiará a la próxima. Fin de la historia.

Lo digo porque me sale del alma, porque estoy convencida hasta los mismos tuétanos. De acuerdo, puede que me haya excedido con lo brusco del tono. Pedirme a estas alturas que sea delicada es como pedir prestado el planeta Marte. Solo consigo cabrear a Joanna.

—Joder, qué cursi lo de robarme la flor, y qué avinagrada. Todo en la vida no es negro aunque a ti te lo parezca.

—Oh, sí, de acuerdo. —Evito mirarla. Cruzo los brazos sobre el pecho y pego la frente al cristal de la ventanilla—. Está locamente enamorado de ti, cuando le coloques el «fin» a la tesis te pedirá matrimonio bailando en pelotas con un solitario entre los dientes. *Amosnomejodas*.

Jo centra su atención en conducir y se abstiene de responder. Lleva los labios apretados, parece dolida, me arrepiento de haberle hablado con tanta dureza. Tampoco entiendo que las personas cierren los ojos a la realidad y disfruten flotando en una nube de sentimentalismo barato antes de pegarse el batacazo con mayúsculas. Ya que habla de colores, la vida no será negra como yo la veo, pero tampoco rosa como imagina ella. En fin, es mi amiga y se supone que debo apoyarla hasta en su ceguera. Poso una mano en su antebrazo.

—Vale, saldrá bien. En tu caso hará una excepción. Eres tan bonita que no puede dejar de hacerla, seguro que lo tienes turulato.

Me mira con los ojos enrojecidos y me hace un tristón gesto de burla. Detiene el coche y echa el freno de mano. Vaya por Dios, hemos llegado.

5

A quien nunca esperé ver

Empiezo a hiperventilar. Odio las aglomeraciones lo suficientemente desaglomeradas como para hacerme visible. La verdad, me encantaría salir huyendo. No me vale el lema de Jo acerca de que los extraños no son más que amigos que todavía no han sido presentados, no me vale. Pero la sigo dócil y calladita hasta el interior del chalet. Menudos lujos.

—¿Quién vive aquí?

—El catedrático de Derecho Romano, pertenece al grupo de amigos del departamento, un italiano seductor afincado en España. Te lo presentaré, vamos. —Atrapa mi mano, no me permite decirle que no hace falta, que me la suda conocer al *macarroni*. Me dejo arrastrar. Vamos atravesando un increíble jardín, demasiado suntuoso para ser parte de una finca privada.

—¿Está él aquí? Me refiero a tu... chico.

—¡No es mi chico! Es el director de mi tesis, recuérdalo, no te vayas de la lengua o te degüello. Se llama Simón —añade en un cuchicheo apresurado.

—¡Oh, Simón, métemela hasta el sifón...! —canturreo bajito para atacarle los nervios.

Desembocamos en una especie de patio inmenso iluminado con faroles antiguos, aunque de momento queda algo de sol en el cielo y no son necesarios. Hay un montón de gente comiendo y bebiendo, agrupada en corrillos, conversando muy animados, y el apetitoso olor a carne asada revolotea por encima del mar de cabezas. Jo saluda alegremente y el grupo más próximo se interrumpe para darnos la bienvenida. Deseo que la tierra se abra y me zampe enterita. ¿He mencionado ya que no me van las multitudes? ¿Ni ser simpática? ¿Ni sonreír cuando no hay motivo? Van dándome nombres que rebotan en mi memoria y al segundo desaparecen. Estar, no estoy demasiado interesada en ninguno de ellos, quizá en un par de salchichas jugosas. Pero pongo buena cara, estiro la boca, estrecho manos, reparto besos y finjo fliparme con lo que me cuentan aunque en el fondo me importe un colín.

Pasado un rato, Jo vuelve a coger mi mano y tira en otra dirección. Desde allí diviso la maravillosa piscina iluminada, las lujuriosas plantas selváticas de las jardineras y la zona de barbacoa donde un cocinero perfectamente uniformado zarandea solomillos y chuletas junto a un invitado que seguro que más que ayudar, estorba.

—Marta, te presento a Simón Alcázar —oigo que me dice Jo toda emocionada—, mi director en la universidad.

Me enfrento a un hombre bronceado y atractivo, de penetrantes ojos oscuros y cabello ensortijado. No cabe duda de que tiene un peculiar encanto que puede llegar a trastornarte si no te

andas con cuidado. Se conduce seguro de sí mismo, estrecha mi mano y me sonríe dejando a la vista su cuidada dentadura. Es un donjuan cualquiera, lo lleva escrito en la frente, el muy cabrón.

—Jo se refiere a ti a menudo, Marta, ya tenía ganas de conocerte —cumplimenta con voz varonil y profunda. Me fastidia que se tome tantas confianzas, nadie más que yo usa el diminutivo para referirse a Joanna, así debería seguir, por los siglos de los siglos. Es mi amiga desde pequeña y él, un impresentable recién aterrizado cuya fiabilidad está por demostrar.

Apenas balbuceo unas palabras de compromiso y él sigue parlotando haciéndose el amable, pero ya no lo atiendo, miro por encima de su hombro en dirección a la barbacoa, donde el invitado junto al cocinero acaba de darse la vuelta. Mi pulso se desboca, mi respiración se convierte en jadeo y por un par de segundos veo borroso. De hecho, estoy convencida de que el movimiento terrestre se detiene en seco porque todo alrededor desaparece.

—Estás hambrienta, ¿verdad? —se burla Joanna al comprobar mi mirada ansiosa.

—Mucho —consigo balbucear. Pero no es de comida. Ni mucho menos.

Es él. Es Luca D'Angelis, el bibliotecario. El amor de mi vida, único, grande y verdadero, perdido en la juventud. Mi marca a fuego.

¡Dios Todopoderoso! ¡Vaya si ha crecido! No queda apenas rastro de aquel jovencuelo de veintipocos que conocí hace siete años. Su cuerpo es el de un verdadero atleta, torneado y flexible, marcados sus músculos bajo la camiseta de algodón verde militar que lo cubre. El mismo pelo rizado, oscuro, brillante y revuelto, los ojos de insultante azul y bigote y perilla de un par de días con ese aspecto cuidadosamente descuidado que se impone en todos los anuncios. Eso es lo que parece, un modelo de fotografía. Su culo impresionante sigue siendo el mismo, lo compruebo en cuanto se gira a por la carne. Y al sonreír... ¡La virgen! No entiendo cómo el cocinero no se ha caído de espaldas sobre la parrilla. Tiene una sonrisa arrebatadora, hipnótica y cien por cien letal.

No se ha fijado en mí, claro, ni me ha mirado siquiera, pese a que el color de mi vestido está atrayendo a todos los puñeteros mosquitos del jardín.

—¡Joanna! —Alguien nuevo se nos une, no he retenido ni una sola de las corteses frases que Simón el asaltacunas me ha dedicado, y muy a mi pesar, debo dejar de admirar a Luca para saludar al anfitrión que nos recibe con los brazos abiertos—. ¡Encantado de que por fin te concedas un día de descanso en tu acelerada carrera al doctorado!

Ellos se ríen y cacarean mientras yo imagino dónde pasa mi amiga su apretada jornada: bajo la mesa del señor Alcázar como la becaria de Clinton. No quiero ni imaginarlo. Acepto la mano extendida del dueño de la casa y, en ese momento, un remolino de energía tan poderosa como invisible, me cubre por detrás.

—¿Dónde demonios tienes la sal?

—Ah, Luca, ven que te presento —responde el anfitrión. Me pongo a temblar violentamente. No, no, por favor, ¡Vade retro, Satanás!—. Es mi hermano, recién llegado de Venecia. A Simón ya lo conoces, Joanna y Marta.

Cuando me llega el turno entorna los párpados y alarga el saludo más de lo debido. Mi mano se pierde en la suya, enorme y nervuda, y temo que note cómo se estremece todo mi cuerpo bajo su contacto. Estrechándosela compruebo lo sexi que es. Porque una mano puede ser sexi, ¿a que sí? No solo unos ojos, o una boca, que también... ¡Oh, joder, joder!

—El caso es que tu cara me suena —dice reflexivo.

¿Que mi cara... le suena? Sonríe como una auténtica idiota, trago quina y decido tenderle un cable, aunque lo que de verdad me hace es enrollárselo al cuello y tirar hasta asfixiarlo. Menudo pedazo de cabrón... Que le suena, dice.

—¿Hiciste unas prácticas en la biblioteca de la fundación hará unos... siete, ocho años?

Los ojos de Luca se agrandan, su boca perfecta se estira en una amplia sonrisa y su mano sigue apresando la mía. Me abrasa, no sé cómo hacer para librarme de este tacto venenoso.

—¡Marta! ¡Napoleón!

La satisfacción cae del cielo como una lluvia refrescante, eufórica, liviana. Y al mismo tiempo, indignada porque justo antes no supiera quién soy. Mis pies casi se separan del suelo, tengo la boca como una maraña de estropajo y, sin embargo, por encima del ovillo de emociones, resplandezco.

—Napoleón, sí —confirmando con una chispa de melancolía.

—Y tu padre, ¿mejoró?

—Murió hace algo más de año y medio —respondo con un suspiro. Luca coloca su segunda mano sobre la mía y la cálida jaula que construye me aprieta con suave afecto.

—Lo siento, lo siento mucho.

—Bueno, chicos, esto es una fiesta, no quiero caras largas —interrumpe su hermano mayor—. Luca, encárgate de que a Marta no le falte de nada, yo tengo que atender al resto de los invitados. No permitáis que la barbacoa se enfríe, he comprado carne para un regimiento.

Y desaparece embalado. Por fortuna, Joanna no tiene ojos más que para Simón y ese momentáneo abandono me sirve para dedicarme por entero a Luca. Recupero mi mano de un tirón violento, y doy rienda suelta a toda mi decepción y al resentimiento que se sale por los ojos. Ahora que nadie más que él me ve, hago amago de salir corriendo junto con un «ni por un segundo pienses que me alegro de verte» siseado entre dientes.

—¡Marta!

No me molesto en detener mis pasos. Voy a llamar un taxi y a perderme del mapa. No voy a compartir filetes con el hombre que me convirtió en un cardo. Bueno, cardo ya era. Con el hombre que me trituró el corazón junto con la fe, lo arrojó todo al suelo y bailó claqué encima sin inmutarse. Dejémoslo ahí.

—¡Marta, espera!

—¿Qué quieres? —espeto sin volverme para mirarlo.

—Lo siento, siento lo que pasó. Tenemos que hablar.

A buenas horas. ¿No decía que apenas me recordaba?

—Y una mierda voy a hablar yo contigo a estas alturas. Sigue braseando, anda.

Toda la angustia que percibo en su tono parece sincera pero no me cura las penas. Mi satisfacción completa pasaría por verlo muerto y despellejado. A lo Bolton.

—Sé que la jodí, no estoy orgulloso del modo en que me porté —sigue diciendo. Ahí sí freno un tanto y lo miro desdeñosa por encima del hombro.

—¿Por eso has fingido no conocerme? ¡Dios! ¡Eres patético!

Estira una manaza y atrapa mi brazo. No hay nada que pueda hacer para escapar cuando tira y me pega a su cuerpo. El vientre se me sacude con un latigazo que nada tiene que ver con mi enfermedad y que me alcanza el corazón del sexo. Aprieto los muslos uno con otro.

—Vamos a bailar como dos adultos civilizados que somos.

—Tú sueñas. Me sueltas... ahora mismo...

Ni caso. Me arrastra al centro de una improvisada pista de baile. Suena *Stand by me* versionado por Seal y entre la música y su cercanía, su olor, su calor, se me pone la carne de gallina. Me sujeta bien, abre la mano sobre mi espalda, la abarca entera con parte de la cintura. Acerca su boca a mi oreja. Creo que no podré soportarlo.

—No puedes seguir enfadada conmigo por algo que ocurrió hace siete años. —Intento zafarme y él impide que me escape ejerciendo más fuerza contra la parte alta de mi cintura—. Vale, sí puedes. Pero tienes que perdonarme, se juntaron muchas cosas, tuve que volver a acabar la carrera.

—¿Y a mí qué me cuentas? Fuiste un cretino con todas sus letras. Un adiós no se le niega ni a un perro callejero.

—Lo admito. Tenía veintidós putos años, las neuronas extraviadas y un montón de hormonas revueltas y ganas de sexo todo el tiempo.

Voy a pasar de puntillas por encima de esa frase que me favorece *taaan* poco y me deja en *taaan* mal lugar.

—Pudiste avisar que te ibas.

—Pude. Es cierto. —Respira hondo. Apesadumbrado.

—Aunque entiendo que fuera mucho pedir. Me follaste un par de veces cuando ya tenías sacado el billete de vuelta a casa y fecha de huida prevista. Qué fácil todo.

—¿Qué pretendías? —se altera un poco. Desde mi altura puedo oír su corazón martilleándole en el pecho—. ¿Que por un par de revolcones te pidiera matrimonio?

No aguanto bien la presión cuando quizá sea yo la equivocada. La gente se conoce, se gusta y se dan un homenaje cuerpo a cuerpo. Luego, si te he visto no me acuerdo y nadie se traumatiza de por vida. La gente. No yo, que entonces era una imbécil romántica que ya se veía con la alianza en el dedo y que siempre esperé mucho más de lo que cualquiera habría estado dispuesto a dar. Hundo la cabeza. Querría deshacerme como el humo, que Luca tratase en vano de retenerme y yo me escapase entre sus dedos. Que sufriera mi ausencia como he sufrido la suya. Han sido siete años, por Dios, siete. Y no estoy curada.

—¿Ves a lo que me refería? De no haber sido virgen no le habrías dado tanta importancia. Mucha gente se acuesta una, dos veces, y no vuelve a verse.

Guardo silencio. Sigo sin saber exactamente qué decir. De acuerdo, él se distrajo con la mojigata de turno y yo le oculté mi virginidad para no espantarlo. De algún modo retorcido, nos engañamos el uno al otro, estamos en paz. Así que muy despacio, sonrío.

—Jamás quise hacerte daño, Marta, antes me muero. —Y la emoción que late en su voz al afirmarlo arrasa con parte de mis prejuicios.

Mi intención es soltar una carcajada sardónica, pero me sale un ruidito extraño.

—Qué bonito suena. Pues me lo hiciste. Quizá con que solo hubieses dejado caer un sencillo «mira, que te quiero para un rato». Así, a modo de advertencia... —Habrías compensado mi falta de tablas en las relaciones sentimentales, so *cachocabrón*.

—Me he acordado mucho de ti todos estos años, de vez en cuando te dabas un paseo por mi cabeza y saludabas con los ojos brillantes y la biografía de Napoleón apoyada contra el pecho.

—¿Y eso?

—Me gustabas.

No pienso preguntarle si le sigo gustando.

—¿Sales con alguien? —añade. A pesar de mis cautelas, el hielo que nos distancia se va fundiendo.

—No. Digamos que sigo siendo poco sociable —aclaro con los labios apretados en una línea. Él señala alrededor con un gesto.

—Pues estás en una fiesta, dueña y señora de la pista de baile. —Eleva un brazo con mi mano enganchada y me fuerza a pivotar sobre mí misma. Nos coordinamos de maravilla en una pirueta nada sencilla, que recuerda al tango.

—Tienes réplica para todo —protesto. Con lo poco que me gusta que me lleven la contraria, en lugar de escupirle lanzo una carcajada. Eso sí, le largo un puntapié en la espinilla, que él acusa con un aspaviento teatral—. Asqueroso.

—¿Me perdonas? Dime que me has perdonado.

—Lo pensaré pero sí, seguramente. Será que ejerces sobre mí un malvado efecto anestésico, aún no sé el motivo, así que no lo vayas contando...

Abrimos una pausa densa y peligrosa. Luca se aproxima un poco más.

—Bicho...

6

El pasado siempre vuelve

Me sobrecoge. Algo abrumador me inunda por dentro cuando lo oigo. Toda la lujuria reprimida durante siete años sale de golpe al exterior, pidiendo guerra. Lo mío ha sido como las plagas de Egipto, pero una por año y siempre la misma: ausencia de Luca por todas partes.

—No me llames así, no tienes derecho —afirmo sin convicción ni fuerza alguna.

—Es mentira que te haya olvidado. —Noto que me aprieta previendo que huya. Pero no lo hago. Bajo los mágicos acordes de esta balada, ahora soy más suya que nunca—. Sencillamente, al verte no supe cómo reaccionar delante de mi hermano y de toda esta gente.

—Gente —mascullo—. Odio a la gente.

Solo entonces me permito mirarlo de reojo con una pizca de complicidad. Merece estar disecado en una vitrina del Museo de Portentos de la Historia Natural, para que todas las mujeres de la Tierra puedan desenamorarse de lo que quiera que tengan al lado si les hace sufrir, e ir a visitarlo en peregrinación. Nuestros cuerpos se acoplan bien, recorremos el espacio envueltos en música y emociones sin nombre. No puedo creerlo, cuanto más lo miro más increíble me parece este reencuentro. Los juegos del travieso destino. Si al final va a ser verdad que estamos hechos el uno para el otro. Cuanto antes, pienso retomar los planes de hijos comunes cebados de tortellini, y la capita de armiño para mi traje de boda.

—¿Has vivido en Venecia todos estos años? —consigo preguntar a regañadientes. Bien, comencemos por ahí, no es un tema espinoso.

—Entre góndolas. Pasando frío en invierno y soportando a los turistas.

—¿Y estás de vacaciones? —Cruzo dos dedos imaginarios a mi espalda esperando contestación.

—La verdad es que he venido para quedarme. —En cuanto lo escucho me entran ganas de ponerme a dar saltos de canguro. Me reprimo. Mi corazón bota por mí—. Tuve abierto un gabinete de asesoría fiscal en Venecia pero... —Llega a un recodo de la historia sobre el que no desea hablar. Lo comprendo, puedo respetarlo. Seguro que se trata de alguna novia imbécil y medio histérica de la que salió huyendo—. Bueno, ahora estoy aquí, en un nuevo comienzo. He encontrado trabajo de colaborador en un bufete de abogados, tiene muy buena pinta, empiezo el lunes.

—Qué casualidad, yo también empiezo el lunes. En el despacho de mi hermana y mi cuñado. Me había salido otra cosa pero el sueldo era una auténtica birria y mi jefe tenía cara de botarate. Koller & Asociados, ya ves, el nombrecito deja intuir la panda de engreídos gilipuertas que son,

seguro...

Me callo porque noto cierto incomodo en Luca, lo veo en el modo en que frunce sus preciosos labios.

—¿En la calle Goya?

—En la calle Goya —silabeo.

—¡Vaya! Justo ese es el bufete en el que prestaré mis servicios como economista —dice. Se me para el corazón—. Ramón se encargará de la parte jurídica y yo lo completo en el tramo fiscal.

—Ah, mira por dónde —tartamudeo roja como un pimiento morrón. Mierda, mierda y mil veces mierda. No solo acabo de insultar a su medio socio, también he perdido la posibilidad de trabajar a su lado, codo con codo, a cambio de seiscientos míseros euros al mes y un chorreón de amor fraterno. Hay que ser imbécil.

La tensión por mi metedura de pata estalla en pedazos porque Luca echa atrás la cabeza y suelta una carcajada. Podría derretirme un millón de noches escuchando esa garganta vibrar.

—Está bien, te entiendo —se seca las lágrimas provocadas por la risa—. Ramón no es que sea la alegría de la huerta precisamente.

—No se lo cuentes —ruego desesperada, olvidando momentáneamente mi mal genio—, no le digas que me conoces siquiera.

—No te preocupes —promete aún divertido.

—Pero ni de cruzarnos en un semáforo... Tú jamás me has visto el pelo, nada de na...

Hablo a toda velocidad, fruto de la ofuscación, aunque cuando el dedo índice de Luca se posa sobre mis labios y los sella, en lo único que puedo pensar es en sacar libidinosa la lengua y lamerlo de arriba abajo con ardor.

—He dicho que será nuestro secreto —murmura sensual, observándome con detenimiento.

¿Nuestro...? ¿Ha dicho «nuestro»? La simple ilusión de compartir un «algo» con él, de tener un «nuestro», lo que sea, me enloquece. Siete años después, con solo un chasquido de dedos, acaba de convertirme de nuevo en su esclava de amor.

Seal continúa cantando y nosotros charlamos de mil intrascendencias que se suceden fluidas, una tras otra, y por primera vez en años de aislamiento voluntario, me siento a gusto con otro ser humano que no sea Silvia o Joanna. Su tacto no solo no me provoca alergia, es que lo deseo, lo anhelo con cada fibra de mi ser. Se interesa por mi afición a la lectura y parece satisfecho cuando le confirmo que se ha mantenido y crecido a través del tiempo. Deben de haber pasado horas que a mí se me han ido en un pestañeo, los faroles ya están a pleno rendimiento y el cielo es oscuro como el pelo de un visón. Por favor, genio de la lámpara, aparécete y concédeme una noche eterna.

Sigue soñando, boba.

Porque la conversación sufre un sobresalto cuando Luca se distrae y repite dos veces la misma palabra. Sigo la dirección de sus ojos y descubro una chica despampanante cuya rubia cabellera es una salvaje cascada de rizos que caen hasta su cintura. Con tal marco inigualable, su cara

resulta angelical, sus enormes ojos verde manzana lo abarcan todo y cuando llegan a nosotros, se centran en Luca y sonríen. Por un puñado de terroríficos segundos, el calor de la energía de él, hasta entonces concentrada en mí, se despegaba y me dejaba helada. Sé que es ella quien la apresa, Luca está embobado, no puede dejar de mirarla. Se me desploma la tensión, me siento insignificante y pequeña, me quiero morir.

Por fortuna, la divina criatura se limita a rellenar su copa y desaparece. Luca recupera el hilo de la charla y vuelve a comportarse con la naturalidad de antes pero para mí ya no es lo mismo, mi euforia ha naufragado, hundo mis ojos y escapo de los suyos. He dejado de sentirme especial y entiendo con dolorosa claridad que su interés por mí solo ha sido un espejismo. Por segunda vez en mi corta vida.

—Creo que debo marcharme —digo con sequedad separándome de él. Hemos bailado justo hasta este amargo momento.

—¿Tienes prisa? ¿No puedes esperar? Aún no se ha cortado la tarta.

—¿Qué tarta?

—La de las velas y el soplido, es el cumpleaños de mi hermano.

Ah, claro, qué estúpida, la fiesta es una fiesta de cumpleaños. Jo olvidó decírmelo y ambas nos hemos presentado con las manos vacías como dos perfectas gorronas. Ni siquiera una botella de agua del grifo que entregar contando un chiste. Bien. Tengo que acordarme de agradecerse.

—Detesto los cumpleaños —me oigo decir en un gruñido desagradable—. ¿Para qué sirven? ¿Para recordarte que eres un jodido año más vieja?

Luca contrae el gesto, debe de pensar que soy insoportable. Bien, que se quede con la rubia. A mí, de repente, me duele todo el cuerpo y si Joanna anda por ahí escondida bajo alguna maceta pelando la pava con Simón, me pillaré un taxi y santas pascuas. Vuelvo al plan B. Lo que no me espero es su brazo rodeando mi cintura ni su tono amigable y cómplice casi al oído. Tirita hasta el interior de mis huesos.

—Eres demasiado joven para ser tan cascarrabias. Tus cumpleaños aún no se han convertido en una tragedia. Ya verás cuando llegues a los treinta y empiece la cuesta abajo.

—Tú no los tienes —musito incapaz de dominar mi propia voz. El soplo de su aliento cerca de mi cuello me ha hecho perder la orientación.

—No, pero conozco a mucha gente que sí y todos juran que es verdad. Más me vale hacerme a la idea, solo me faltan veinte meses. ¿Hace un pedazo de tarta para celebrar este reencuentro?

Me pellizca la nariz y con esa muestra de cariño inesperado, me derrumbo. Esto no es normal, yo no bajo las bayonetas ante nadie. Pero huele tan bien, es tan perfecto, que debería ser pecado mirarlo. Antes de darme cuenta, hemos firmado un pacto mutuo de no agresión y jurado ser los mejores amigos del universo conocido.

Pensamos cumplirlo.

Pasa el domingo lento e insoportable, de nuevo sola en casa. He llamado a Jo en varias ocasiones

pero no responde. Anoche se perdió del mapa después de la tarta, casualmente al mismo tiempo que Simón, y tuve que plantearme un mensaje de despedida y llamar un taxi. Menuda suerte la mía, Luca se ofreció a traerme pese a que, de momento, se hospeda en el superchalé de su hermano y debía volver. Fue un detalle maravilloso. Por encima de la rubia estupenda, me dedicó gran parte de la velada, cuidó de mí, procuró que no me sintiera desplazada y al final me regaló aquel trayecto en coche disfrutando de su perfil, sus enormes manos de largos dedos al volante, sus piernas infinitas enfundadas en vaqueros que le sentaban como el uniforme a un superhéroe. Todo él era un espectáculo prodigioso que empequeñecía el auto y lo hacía parecer un juguete.

—No te recordaba tan alto —comenté embelesada.

—Bueno, creo que lo estuve retrasando y al final salió todo de golpe y porrazo —rio—. No, en serio, mis padres llegaron a alarmarse, crecí despacio.

—Las cosas buenas a veces tardan en llegar —declaré misteriosa. Luca apartó unos segundos los ojos de la carretera y me miró asintiendo.

—Luego se afianzan y se vuelven sólidas y robustas. Como las pepitas de oro —concluyó antes de detener el coche a pocos metros de mi portal. Giró su cabeza para encararme—. Bien, señorita, debo decir que ha sido todo un placer volverla a encontrar. Que los años no han pasado por usted y, si lo han hecho, ha sido para embellecerla.

Ambos sonreímos a la par y él bajó del coche para rodearlo y abrir mi puerta. Me había acompañado al portal y mi corazón había bombeado al galope. Era uno de «esos» momentos de las novelas románticas a las que tanto me aficioné, en el que él se daba cuenta de lo mucho que ella significaba, rodeaba su cintura con un fuerte brazo, la adosaba a su cuerpo y le robaba con pasión un beso de amor eterno.

En nuestro caso, Luca me había dado un buen achuchón de colega.

Vale, tampoco estaba mal como comienzo, no podía esperar que se lanzase en plancha; me obligué a recordar que ya en la biblioteca, a pesar de lo que ocurrió, era un tímido de manual.

—Cuidate mucho y toda la suerte posible para el lunes —se despidió con una hermosa sonrisa.

—¿El lunes? —pregunté deseando atarlo de algún modo a los barrotes de mi ventana.

—Nuestros nuevos trabajos, ya sabes, que todo te vaya bien. Dentro de unos días podríamos quedar, tomar un café y contarnos qué tal van.

Ni me planteé no aceptar. Y nos habíamos intercambiado los teléfonos con mucha ansiedad, al menos por mi parte. ¡Válgame la Virgen de las Bragas Vueltas! Aquello iba viento en popa, no podía creerlo. Volvimos a despedirnos, esta vez con cierta torpeza y dos besos en las mejillas y luego, me había pasado mil horas tumbada boca arriba en mi cama, repasando con el dedo los dos puntos donde se habían posado sus labios. La piel, hasta entonces dormida, hervía y hormigueaba pidiendo más, era una sensación increíble.

7

Ser la favorita de alguien

(Mis recuerdos...)

Diez años antes.

Me consolaba ser la favorita de papá. Los dos guardábamos el secreto y él disimulaba muy bien para no disgustar a mis hermanas. Muchas noches, cuando ya todos dormían, me escurría de la cama y bajaba al salón, donde sabía que lo encontraría leyendo las memorias de algún político trasnochado, junto a la estufa, agotado por el trabajo y las presiones del día: mi madre, Silvia, Sandra, su jefe, mi madre, Silvia, Sandra, los clientes, mi madre, Silvia, Sandra..., todos tirando de él como de un elástico. Nadie pensaba que a su edad, con tanto vapuleo, pudiera romperse. No obstante, un movimiento en falso y papá se desplomaría. Muchos años ya de pluriempleo, estrés y desvivirse por una empresa que solo le proporcionaba disgustos.

—¿Qué tal el día? —me interesaba yo tomando asiento en un taburete bajo, junto a sus pies.

—Bien, bien —aseguraba suspirando y apartando el libro. Mi padre era como yo, nunca se quejaba demasiado.

—Pareces cansado.

—Son los años, chiquilla. Ya te llegarán y te acordarás de mí.

—¿Cuántos aniquilaste hoy? —Me recogía las rodillas con los brazos.

—Al menos un par de pueblos. Lo mío son los asesinatos en masa.

Yo entornaba los párpados ensayando una mueca de espía misterioso.

—Terminará cayéndote la perpetua. Verás como te pillen...

—Eso no me quita el sueño. ¿Y sabes por qué? Porque cuando seas abogada, serás la mejor y me sacarás de prisión, donde quiera que me envíen. —Me guiñó un ojo. Le devolví el gesto.

—No lo dudes. Ojalá —suspiré volviendo de sopetón a la realidad.

—En esta semana rellenaremos la solicitud para la beca —me animó—. Ya lo he hablado con tu madre, hay que aprovechar esas notas que sacas.

Detecté un halo de orgullo en sus palabras. Algo que me ocurría a menudo con papá y con nadie más de aquella casa. Sin embargo, lo que dijo a continuación, me desconcertó.

—Mamá no para de hablar de lo inteligente que es su hija. —Se me abrieron unos ojos enormes—. ¿Cómo es esa palabra que usáis los jóvenes...? ¿Fardar? —asentí aún atónita—. Pues eso, tu madre farda delante de las vecinas.

—¿En serio? ¿De mí? —Nunca lo habría sospechado, más bien pensaba que a mamá, yo y toda mi circunstancia le eran indiferentes, pero mi padre jamás mentía.

—De ti, de su pequeña Marta.

Nunca es tarde ni se está demasiado decepcionada para sorprenderse.

—Vamos, papá, de sobra sabes que ella no me llama nunca Marta. Me castiga con Manuela. ¿Por qué tuvisteis que ponerme el nombre de la abuela? Es horroroso.

—Por no romper la tradición, porque con los nervios de padres primerizos, bautizamos a Silvia sin tener en cuenta a las viejitas y a mi madre le sentó como un tiro, pero a la madre de tu madre...

—puso los ojos en blanco— ¡Menudo berrinche! Hubo que contentarla cuando naciste tú, ya que la abuela Paca, pobrecilla, que en paz descansa, nos había dejado y no iba a enfadarse, seguro.

—Luego llega Sandra y como ya no hay compromisos ni tradiciones... Menuda suerte la mía.

Ladeé la cabeza para hurgar el título del libro, pero fue imposible. Papá me ayudó enderezándolo un poco. Leí y arrugué la nariz.

—¿Biografías históricas?

—Son lo más interesante que se publica últimamente.

—De esa hicieron una película. La protagonizaba aquel tío tan guapo, el del planeta de los simios... ¿Cómo se llamaba...? ¿Charlton Heston? —Mi padre me miró con cara de pez—. ¿O era el del hoyito en la barba...? ¿Robert Mitchum? ¿Kirk Douglas? —Me rasqué la barbilla pensativa—. Papá, ayúdame... Sé que era de romanos, al final lo echan a los leones, es que se volvió cristiano por amor...

En ese momento mi padre ató cabos y se echó a reír de buena gana.

—Te estás confundiendo con Espartaco. Este es Espartero, un político español del siglo XIX. —Se limpió los lagrimones que le había provocado la risa.

—Igualmente aburrido. No sé por qué lees esas cosas, donde se ponga una buena revista...

—Son hombres que han realizado grandes hazañas. Para alguien modesto como yo, son lo que nunca llegaré a ser. Me gusta soñar que soy ellos, fantasear un poco a mi edad no debería ser pecado.

—Papá, tú eres un gran hombre —recalqué severa.

—Me hubiese gustado tanto ser militar, boina verde... —Aspiró una corta pero intensa bocanada de aire. En sus manos, las gafas graduadas de montura anticuada bailoteaban felices.

—¡Anda ya, eso está pasado! Eres el General de esta casa y el mejor padre del mundo. ¿Te hace falta más?

Llegados a este punto, papá casi siempre se encogía de hombros porque lo incomodaban los halagos. Así permanecíamos un rato en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Mi padre, seguramente, a lomos de un blanco corcel, espada en ristre, decapitando moriscos y lanzando juramentos irrepetibles. Yo, recolectando sentencias absolutorias para mis distinguidos clientes, vestida con un Armani ceñido, pertrechada con un maletín y una mirada afilada como armas de destrucción masiva.

—Anda, Marta, vete a la cama que mañana hay colegio y no vas a poder con tu alma.

Me erguía cuan larga era y me estiraba perezosa. Efectivamente, solía ser tarde cuando me reencontraba con papá aquellas noches, pero mi alma era ligera y yo podía arrastrarla.

—Instituto, papá —le recordaba una y otra vez, mientras depositaba un beso en su frente—, ya hace siglos que no voy al colegio. Crecí.

—¿Sabes qué?

Ese tono suyo me hacía detenerme cuando ya me dirigía a la puerta, y darme la vuelta, esbozando una sonrisa llena de ternura hacia aquel padre que empezaba a ser abuelo.

—Por muchos años que pasen, tú seguirás siendo mi pequeñaja.

Cuando soltaba esas cosas, yo le enseñaba la punta de la lengua, traviesa.

—No, si pequeñaja, desde luego, soy y seguiré siéndolo. Alabados los tacones de plataforma.

Luego, subía corriendo a mi dormitorio, emocionada, con el corazón llenito de amor.

Mi hermana Silvia es muy suya, tanto como le permitan las diversas situaciones a las que se enfrenta. Al contrario de Sandra, que siempre se las arregla para darle la vuelta a las cosas y moldearlas a su antojo, Silvia reta el peligro con determinación y mentón desafiante. De mí podría decirse que soy flexible a la hora de aceptar lo que viene. Con resignación y mejor cara. Ni sé manipular a la gente para que cambien y me favorezcan, ni tengo agallas para presentar batalla. Lo dicho, en el término medio no siempre está la virtud y yo soy muy... del centro. Desde jovencita, Silvia tuvo claro que sería letrada de alto copete. Yo una inquietante laguna instalada en mi mente. Sin aspiraciones, más simple que una tuerca. Debe de ser por eso que, cuando Silvia proclamó a bombo y platillo que se matriculaba en la Facultad de Derecho, vi la luz. Seguiría sus pasos, defenderíamos juntas causas perdidas. Ella llevaría las riendas del bufete; yo, el peso de los expedientes. Y lo decía en sentido literal, cargaría con ellos, no me importaba. La acompañaría como asistente a las vistas judiciales, bebería de sus enseñanzas.

Estábamos almorzando cuando lancé la noticia:

—Yo también voy a estudiar Derecho.

Mis padres levantaron la cabeza al unísono. Creo que mis hermanas también, pero no tenía ojos para todos.

—Fantástico —alabó papá impresionado—. Dos licenciadas en la familia, mejor que la lotería.

—Todavía te quedan dos años para terminar el instituto —me recordó mi madre volviendo la atención al tenedor—. ¿No te parece un poco pronto para decidir qué estudiarás?

—Hay gente que lo sabe desde primaria —me defendí. Noté que Sandrita hacía muecas burlonas aunque no entré al trapo.

—No eres tú de esas —sentenció mamá dejándome de piedra—. Además, ¿no ibas para misionera en el Congo?

—Ya no, se me pasó la vocación. A las monjas de los orfanatos en África las asesinan.

—Déjala que estudie Derecho si es lo que le gusta —arreció mi hermana Silvia—. Es una buena

carrera con muchas salidas. Si no sirve para el ejercicio, ya habrá algo que pueda hacer, hay mil oposiciones.

Mamá ladeó la cabeza y se rindió a medias.

—Visto desde ese punto de vista...

—Claro —convine sin pararme a pensar que tanto una como la otra me estaban tachando de imbécil ya antes de matricularme—, puedo ser juez, fiscal, secretaria de juzgado...

—Secretaria a secas... —remató Sandra con tono irónico—. Lo primero que has dicho es para listos.

—Marta es muy espabilada —terció papá con la boca repleta de patatas. Mamá hizo un gesto de disgusto.

—Julián, no hables comiendo. Para esos carrerones no basta ser una listilla, se requieren muchos talentos... Fíjate si no, qué pocos abogados buenos hay.

—Das una patada en el suelo y salen veintidós —la contradijo mi padre arrugando la frente.

—He dicho buenos. En fin, todo se andará, que queda mucho tiempo. Habrá que reponerse primero de los gastos de tus estudios —se dirigió a Silvia— y luego ya veremos.

No era una perspectiva muy prometedora, pero había becas y mis calificaciones eran buenas. Era cuestión de rellenar la solicitud cuando llegase el momento. Robles Abogados... Ya veía la placa en la puerta. Dorada, reluciente...

—Pues si ella va a estudiar Derecho, yo quiero aprender a montar a caballo —irrumpió Sandra con voz discordante.

8

El origen de una desgracia

(Mis recuerdos...)

Diez años antes.

Se hizo el silencio en la mesa, todos nos quedamos mirándola. Nunca estaríamos lo suficientemente acostumbrados a sus caprichosas salidas de tono.

—Nenita, ¿cómo dices? —inquirió mi madre con empalagosa dulzura.

—Ya lo habéis oído, quiero ir al club hípico —reclamó con los ojos muy abiertos.

Nada comparado con la sorpresa del resto de la familia. Papá fue el primero en reaccionar con sensatez.

—Hija, esos entretenimientos están muy por encima de nuestras posibilidades.

—Las niñas de mi clase están yendo al picadero —insistió machacona.

—Sus padres podrán pagarlo; nosotros, no —concluyó mi padre decidido a no ceder. Pero el tema, a mamá, sí le interesaba.

—No sabía que hubiera un picadero por aquí cerca. Suele haber muy buen ambiente en esos sitios, Julián, se hacen amistades interesantes.

—Son condenadamente caros —replicó él una vez más—. Se piensan que todos los que van, llevan carteras a punto de reventar.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Luis Montoya me lo ha contado —se refería a un compañero de trabajo—. Se le ocurrió dejarse caer por allí un domingo con su mujer y su hija. Le cobraron nueve euros por una cerveza y el pobre hombre salió por patas. Creo que le ganó en velocidad a cualquier caballo de carreras.

Solo yo solté una carcajada ante su ocurrencia. Mi madre vagaba en un universo paralelo.

—Ah, Luis Montoya sí puede llevar a su hija y nosotros permitimos que la nuestra se acompleje delante de sus amiguitas —le reprochó quitándole de delante el plato de guiso aún no acabado. Mi padre lo vio marcharse con expresión compungida—. Por nueve cochinos euros, debería darte vergüenza.

—¿No te he dicho que Luis...? —trató de explicar.

—No te preocupes, nena. Papá y mamá te llevarán a ese picadero cuanto antes —prometió mi madre a Sandra, que se revolvió satisfecha en su silla. Mi padre se quedó con la boca abierta y Silvia soltó un bufido.

—Quiero ir este sábado.

—Pues este sábado será. ¿Qué hay que llevar?

Papá me contó que el picadero se extendía como anexo a un restaurante coqueto, donde los sufridos padres se dejaban la pasta gansa mientras sus churumbeles hacían el indio con más o menos dignidad. A la derecha, los boxes en hilera y al fondo, visible desde las cristaleras del comedor, el picadero de arena. A mí no me dejaron ir, el presupuesto de los Robles apenas permitía un par de Coca-Colas a seis euros por cabeza, de modo que me quedé en casita para no causar gasto. La excusa oficial para que todos nos sintiéramos mejor fue que tenía que estudiar. Silvia no mostró el más mínimo interés por alternar con la burguesía venida a más.

El caso es que Sandra provocó un pequeño terremoto tratando de encaramarse al caballo y exigió a gritos que se lo cambiaran por un pony. El encargado del picadero no se mostró muy conforme con la sustitución, Sandra estaba ya bastante crecida para un caballo enano. A partir de ahí, todo debió de ser muy patético. Cediendo a las presiones de mi madre para que ayudase a la niña y desoyendo las instrucciones del monitor que lo instaba a apartarse y salir del circuito arenoso, mi padre recibió la pisada de un pony furioso, con una mujerona de casi trece años encima. Regresaron a casa entre lamentaciones y en taxi.

Papá traía el pie aparatosamente vendado y mamá lloriqueaba, sobre todo por el ridículo y porque nuestro utilitario se había quedado arrumbado en las inmediaciones del club hípico. Papá estaba impedido y mamá no tenía carnet de conducir.

—No sé cómo vamos a recuperarlo —sollozó al borde de un ataque.

Silvia la decidida llegó al rescate.

—Pasaré por allí y lo traeré de vuelta. Me llegaré en autobús, no te preocupes.

Mamá vio el cielo abierto.

—Hija de mi vida, siempre apagando fuegos. Mañana sin falta, a ver si lo van a robar.

—Por Dios, Maruja —intervino mi padre desde el sofá con la pierna extendida—, tendríamos que pagar para que se lo llevaran.

—¡Qué poco mérito le das a nuestras cosas! Así nos va...

—No me irás a negar que es una antigualla. Marta, alárgame el periódico.

—Es de anteayer, papá —advertí. Él agitó la mano en el aire.

—Tanto me da. Prefiero leer sucesos atrasados que discutir con tu madre.

Ella giró airada sobre sus talones y se perdió en la cocina.

—A partir de mañana discutirás con la enfermera —rechinó entre dientes atándose el delantal—. A ver si te aguanta tantas tonterías como nosotras.

Papá no replicó pero le vi hacer un gesto despectivo con la cabeza muy poco corriente en él, que jamás le faltaba el respeto a nadie. Debía de estar realmente ofuscado.

—¿Y Sandra? —preguntó con sequedad.

—Creo que se ha ido llorando a su cuarto —informé con un hilo de voz.

—Otro drama. Por si no teníamos bastante con que esa bestia parda me machaque los dedos del pie derecho, ahora mi hija pequeña me odia.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Tu madre y ella están de acuerdo en que las he puesto en evidencia delante de los clientes del picadero. —Sacudió el periódico, que se quejó con un crujido.

—¡Pero si no los conocéis! ¡A ninguno!

—Ni siquiera nos pudimos beber los refrescos y tuve que pagarlos igualmente.

—¿Doce euros?

—Dieciocho —me corrigió—. Éramos tres.

No pegué ojo en toda la noche, se me hizo interminable. Desde mi cuarto oí a mamá ir y venir sin descanso de su habitación al baño, peleas con la vajilla en la cocina y soltar todo tipo de maldiciones a las que no nos tenía acostumbradas. Deduje que mi padre no conciliaba el sueño, que los dolores lo estarían matando. El cansancio debió de vencerme cerca del amanecer, porque hasta ahí llegan mis recuerdos.

Tras eso habían transcurrido dos largos, monótonos y desamparados años en los que las cosas no hicieron sino empeorar.

9

Sabrosos cotilleos

Dejo transcurrir el domingo sin apenas dolores y sin lavarme la cara para no borrar los besos de Luca. Rezando para que la rubia del pelo rizado ya no estuviera en la fiesta cuando él regresó. Jo me envía un par de mensajes de disculpa para asegurarse de que estoy en casa sana y salva, con una broma poco elaborada acerca de Luca, y vuelve a esfumarse. Seguro que Simón le está haciendo una buena revisión de bajos. Que lo disfrute mientras pueda.

Y en estas, aterriza el maldito lunes. Para causar una inmejorable primera impresión, escojo un traje de chaqueta ceñida y falda a juego color camel con un top crema y zapatos del mismo color. Silvia me aconsejó que comprase calzado básico, unos zapatos negros, otros beige-crema, metalizados a elegir, dorado, plata o bronce. Por lo visto están muy de moda. Luisito me recibe ceremonioso tras la mesa de su despacho, sonrío formal, se pone en pie, me estrecha la mano como si acabaran de presentarnos y me da la bienvenida al bufete. Silvia está a su lado, junto a la ventana, observando lo que hace y cómo. Recibe el testigo de su prometido a fin de mostrarme las distintas dependencias y explicarme en qué consistirá mi trabajo en el mostrador de recepción junto a Ava, una joven asiática menuda y sonriente que habla perfecto español en graciosos silbidos.

—Recuerda lo que os he pedido —repito a Silvia cuando nadie nos oye—: no quiero que nadie sepa que somos hermanas. Detesto que el personal me mire como a una enchufada.

—No te preocupes, nadie aquí se acuerda de mi apellido, para ellos soy «Silvia la novia del jefe» o «Silvia la jefa», depende de quién. —Sonríe amplia—. Me alegro de tenerte cerca, hermana, yo también te eché de menos. Estás preciosa.

¡Vaya! Sé que la química entre nosotras siempre ha funcionado pero Silvia es como mi madre: práctica y poco dada a mostrar sus sentimientos, es la primera vez que admite haberme echado en falta. Es muy gratificante, me llena de energía para desempeñar mil tareas simplonas como atender el teléfono, responder *mails* de tramitación, preparar correo, fotocopiar y archivar documentos..., por encima de las punzadas terribles con las que hoy me obsequian mis articulaciones. En cuanto dispongo de un rato libre me escapo al baño y me trago tres analgésicos con un poco de agua. Después regreso junto a Ava y me limito a fijarme en cómo desarrolla sus funciones. He de hacerlo igual o mejor.

Cuando la hora de comer llega, yo estoy absorbida por un programa de citas para clientes que Ava maneja con los ojos cerrados. Me invita a almorzar con ella en la cafetería de enfrente y durante un puñado de segundos me planteo todo tipo de alternativas. Por ejemplo: Koller &

Asociados no queda lejos de aquí, Luca hará una pausa a mitad del día, como es lógico, y estará comiendo algo cerca de su oficina. Podría dejarme caer con cualquier excusa tonta, hacerme la encontradiza... La verdad es que me muero por verlo. Enseguida caigo en la cuenta de que almorzaré con Ramón, no es ninguna idea genial, mejor aparcarla. Acepto y bajo con Ava a comprar algunos sándwiches, si bien ella se decanta por la ensalada. Me encantaría comer con mi hermana pero si ningún empleado toma contacto con los jefes, que hacen vida independiente, no seré yo quien rompa las reglas.

—¿Es tu primer trabajo? —me interroga la asiática—. ¿Eres estudiante de Derecho?

—No, no —respondo con vaguedad—. Pensé en serlo pero se me pasaron las ganas y no superé el primer curso. Quizá con el tiempo, más adelante, retome. No hay prisa.

—¿Comes mucho pan? ¿No te preocupa la línea?

Entorno malévola los ojos.

—No pienso pasarme media vida a pechuga y lechuga por culpa de una talla de pantalón.

—¿Tienes novio? ¿Vives sola? ¿Eres de aquí?

Esta tía es una impertinente. Debe de estar más sola que la una. ¿Cree que ya el primer día voy a convertirme en su amiga del alma? ¿Piensa que voy a responder a su sarta de preguntas?

—Joder con el interrogatorio, Ava, pareces un agente del FBI —gruño. Y me concentro en mordisquear mi sándwich. Veo que se pone rojo chillón. Bien, a ver si cierra el pico de una vez. Yo no le he preguntado nada.

Acabamos el almuerzo con cierta tensión, que en lugar de disgustarme me provoca placer. Soy rara, lo admito, pero no aguanto a la gente entrometida. Si quiere contarme su vida, adelante, me importa un carajo pero disimularé el fastidio. Eso sí, que no me someta al tercer grado porque soy capaz de empotrarla contra la pared. Es la primera vez en la vida que me topo con una tipa tan corta de estatura como yo misma y me estoy viniendo arriba.

—¿Cuántos trabajamos en la oficina? —me intereso cuando ya vamos de regreso, cabizbajas y silenciosas—. Sin contar a los jefes, me refiero.

—Tres en el departamento de procesal, dos en laboral y nosotras en recepción y administración. Creo haber oído que buscan alguien más, extranjería y fiscalidad, pero de momento son solo rumores.

Fiscalidad. Un concepto que trae inmediatamente a mi cerebro la deseable imagen de Luca D'Angeli. En estos momentos podríamos estar trabajando con solo un cristal de separación. Yo me encargaría de su correo, concertaría sus citas, sería la persona más al tanto de sus obligaciones diarias. Si hubiera alguna mujer en su vida lo sabría. Y la espantaría, por descontado.

—El despacho no funciona mal, tenemos muchos clientes y va subiendo. Don Luis es un maravilloso relaciones públicas y su familia está muy bien relacionada —prosigue Ava.

Detecto un tinte de admiración en su tono que me sorprende. Yo a Luisito no lo trago ni recubierto de oro. Es el novio de mi hermana desde que tengo memoria, lo soporto, pero nada más. Eso de que te vaya restregando sus millones por la cara y recordándote que tú saliste de una

alcantarilla en cuanto tiene ocasión, como que no.

Nota mental: preguntarle a Silvia por qué no se casan e informar a mamá.

En cuanto regresamos me hago con una pila de expedientes y me ofrezco para llevarlos al despacho de mi hermana. Ava no sospecha. Cierro la puerta para disfrutar de unos segundos de intimidad. Ella levanta la vista del teclado y me guiña un ojo.

—¿Todo bien en su primer día, señorita Robles? ¿Contenta?

—Sobre ruedas, es un trabajo de niños —afirmo arrojando toneladas de arena imaginaria sobre el puñetero programa de citas que me trae por la calle de la amargura—. Te traigo estas carpetas.

—Ponlas por ahí, donde quepan —indica distraída.

—¿Qué tal las declaraciones de esta mañana? —curioso sin llegar a sentarme.

—Oh, bien, muy bien. Me extraña que te acuerdes.

—Silvia...

Ella ha vuelto a escribir algunas frases.

—¿Sí? —Continúa mirando la pantalla.

—¿Cómo es que todavía no te has casado?

Frena su habilidoso tecleo y me mira. Aunque al principio parece molesta, luego sonrío.

—Porque Luis no me lo ha pedido.

—Venga, no cuela. Es más tradicional que la cruz de un rosario, no me digas que su madre salta de alegría viéndolo vivir en pecado.

—Al principio, puede, pero ha pasado mucho tiempo, estamos bien como estamos, todo el mundo se ha acostumbrado, es relajante. Lo que no quita que un día cualquiera os demos una sorpresa.

—¿Sin avisar? —me ofendo. Ella se encoge de hombros.

No veo que le importe demasiado aunque tampoco la veo radiantemente feliz, muchas cosas chirrían, espero aclararlas con el tiempo. Salgo al pasillo de vuelta a mi mostrador y recibo una llamada de Jo en mi móvil. Me retiro al baño para atenderla.

—No tienes vergüenza —le reprocho en cuanto descuelgo—, mira que pirarte con el «asaltacunas» y dejarme allí tirada.

—Sí, sí, tirada. Ya me ha dicho un pajarito que la más bella flor del jardín se ofreció a llevarte —me replica guasona. Como menciona a Luca, soy incapaz de seguir irritada.

—Esa no es la cuestión, si voy contigo vuelvo contigo. A ver si el profesor de pacotilla te hace un bombo y echamos por alto tu prometedor futuro como doctora en leyes, so pectorra.

—Me pone a cien con solo tocarme... —suspira.

—¡Adiós! Para todo lo demás, Mastercard, ¿no?

—Hablemos de lo importante. ¡Qué fuerte lo del hermano de Alessandro!, ¿no?

—¿Alessandro?

—El catedrático de Derecho Romano, el dueño de la casa, el hermano mayor de Luca. Me refiero al chico de la biblioteca, ¿te ubicas?

—Menos cachondeo, llevo enamorada de él toda la vida. Y sí, serendipia de las de novela.

—Está buenísimo, buenísimo. Fuisteis la comidilla de toda la fiesta.

Ya estaba tardando. El público ocioso planteándose el mito de la bella y la bestia en lugar de atender al jamón de Jabugo. Mal rayo los parta.

—¿Por?

—Bueno, se preguntaban quién era esa especie de modelo americano y si erais novios.

—¡Qué más quisiera yo! Me imagino que todas *ellas* —recalco el pronombre con mala uva— estarían más que al acecho y que no estabas presente para averiguar qué ocurrió cuando volvió a la casa.

—Bueno, no, pero he hecho los deberes para compensar que te dejé sola. No tiene novia. De Venecia llegó escarmentado tras una larga relación con una modelo anoréxica y medio loca, que lo sigue acosando con llamadas y correos a distancia. No quiere enredarse con nadie, disfruta de lo que podríamos denominar un «período sabático» de desintoxicación emocional.

—Buen momento para acercarme —refunfuño.

—Limítate a estar. Conviértete en su mejor amiga y cuando su corazoncito vuelva a latir buscando amor, ahí estarás tú: divina y conociendo a fondo todos sus puntos flacos y necesidades.

Hasta la fecha ignoraba los largos y envolventes tentáculos de mi amiga, lo racional y calculadora que puede llegar a ser. De pronto, ya no estoy tan segura de que no sea Simón quien corre peligro de muerte.

—Suenas maquiavélica.

Ella deja ir una risita de cascabel.

—Bueno, Martita, te dejo. El jueves hemos quedado para tomar unas tapas juntos, toda la pandilla. Deberías pensar en...

—¿Ir? —me anticipo con ansiedad—. Voy.

—¡Vaya! ¡Qué bueno! Pues a las siete en La Cruz Blanca. Ya hablamos antes.

10

Malas noticias

Es jueves por la mañana y tengo cita con el médico. Los dolores arrecian, el ibuprofeno a paladas no me conforta, el Nolotil me deja fría y llevo noches sin dormir. Como las ojeras me delatan, ha sido la propia Silvia la que me ha mandado al hospital, convencida de que se trata de gastroenteritis. Yo la dejo creer. El médico revisa mi historial y las últimas pruebas que me ha ordenado. La impasible expresión de su rostro me pone nerviosa.

—Marta —arranca la charla. Mis manos se buscan la una a la otra y cuando se encuentran inician una desesperada danza de dedos retorcidos y palmas sudorosas—, sabes que lo tuyo es una enfermedad de las denominadas «raras». Presenta la sintomatología de una artritis reumatoide pero no sabemos a ciencia cierta qué es, ni qué lo produce, ni cómo tratarla. Solo tememos que con el tiempo pueda generar tumores.

Se me entrecorta la respiración y siento un agobiante zumbido en los oídos. Es terrorífica esa palabra que me seca la boca: tumores. Conozco los dolores que me acompañan de la mañana a la noche. Conozco la sensación de no poder soportarlos, el tenerme que agarrar a un mueble, al lavabo, respirar hondo y contar hasta diez esperando que pasen. Pero lo que pueda llegar tras esa promesa terrible, eso lo ignoro.

—¿Qué me sugiere?

—Unas cuantas sesiones de quimio preventiva.

La aridez alcanza la garganta. Paso la lengua por los labios y es como recorrer un parterre lleno de ortigas. Primero papá y ahora yo. Jamás hicimos daño a nadie. Qué injusto. Mis ojos se llenan de lágrimas. Estoy recibiendo una noticia horrible y estoy sola, completamente sola sin una mano amiga a la que aferrarme. Por segundos tengo la sensación de que la habitación se llena de humo y que los muebles se convierten en bultos difusos que piensan devorarme. A duras penas consigo concentrarme en lo que el doctor me cuenta.

—No —digo en un murmullo. El médico guarda silencio y espera a que me seque los ojos—. No voy a envenenarme con un tratamiento que aún no necesito, para un cáncer que aún no padezco, gracias.

—No sería exactamente lo mismo, la dosis empleada se reduce drásticamente, va combinada con medicamentos específicos para tu dolencia y los efectos secundarios, como podrás imaginar, también son menores. Puede ayudarte mucho, deberías pensarlo.

—He dicho que no. No, salvo que esté en las últimas. —Lo reconozco, la cobardía me puede. Es la sacudida de tener que enfrentarme sola a algo tan temible y tan grande. Si introduzco el

concepto «quimio» en mi vocabulario, temo que no haya marcha atrás.

—Seguirá avanzando, Marta, no se detendrá; acabará propiciando episodios de parálisis.

—Es diferente a los tumores. La quimio no impedirá la parálisis, ¿a que no?

Mueve la cabeza desanimado pero sin insistir. Es un buen tipo, llevo visitándolo desde los dieciocho y siempre me guardó el secreto. Papá era, con él, el único que sabía de mi enfermedad, porque cuando supo que se moría, solo me lo contó a mí y yo, a cambio, decidí sincerarme. Estuvo bien confesarnos nuestros achaques pero ahora no me queda nadie como desahogo. Ni siquiera Jo. No le haré eso, saberlo la destrozaría.

—Te cambiaré la medicación —decide al fin—. Hay algún que otro nuevo fármaco aún poco testado...

—Correré el riesgo —lo animo—, tengo poco que perder.

—...Que puede servirte de alivio.

—Gracias —musito—, es estupendo.

No, no lo es; es una puñetera desgracia, una putada de la vida, con todas sus letras. La sensación de soledad y absoluto desamparo que me acompaña desde que papá se fue es ahora gigante, inabarcable y a veces me duele incluso más que el cuerpo. Me pregunto por cuánto tiempo más podré ocultarlo y si en un par de años esta mierda me impedirá llevar una vida normal. ¿Querrá el guapísimo Luca tirar de una esposa enferma y decrepita? No. Ni Luca ni nadie en sus sanos cabales. Tengo que conseguirlo y violarlo impunemente mientras aún haya tiempo, me digo con humor. Porque si algo debo empezar a tener claro es que moriré joven.

Jo me recoge y hacemos un juramento solemne de no separarnos ni dejarnos colgadas por sorpresa. Es una lotería que Simón esté corrigiendo exámenes a cuatro brazos y que no salga esta noche. ¡Ooooooh, qué penaaaaa! ¡Anda y que se lo folle un pez! El grupo, esta especie de pandilla de miembros crecidos, coincide en la cervecería y, en cuanto distingo a Luca entre el gentío, se me acelera el pulso y el tamborileo de mi corazón retumba en mis oídos. El deseo, el ardor que me provoca, es una sensación tan intensa como cálida. Literalmente babeo.

Nos saludamos todos con cariñosos besos en las mejillas. Ya somos amigos, es oficial, nos han presentado, nada de estrechar manos. Luca pide una cerveza para mí mientras suplica que le narre mis primeros días de curro.

—Pensé en mandarte un mensaje el lunes por la tarde —admite y me deja helada—, pero no quería que me tomaras por un típico italiano pegajoso. ¿Sin alcohol?

—Sin alcohol. —¿Qué otra opción me queda, con el carro de medicamentos que llevo en el cuerpo? Tomo la cerveza en mi mano temblorosa—. ¿Estás chalado? Lo de los italianos acosadores es un mito.

—Créeme, no lo es. ¿Brindamos?

Me tiemblan las rodillas.

—¿El motivo?

—La amistad recuperada.

—Suenan bien.

Entrechocamos las copas y bebemos. El mundo, el resto del grupo, sus carcajadas, chistes y conversaciones quedan atrás y, lentamente, desaparecen. Luca y yo nos escondemos en una cápsula transparente de universos propios. La química es innegable, fluye, nos reconocemos. Seguramente también fuimos amantes en otra vida.

—Vale, puede que la gente del Sur —retomo la broma—, pero tú eres veneciano, un estiradísimo norteño que nunca, pero nunca, perseguirá los talones de una chica con fines románticos.

Una sombra cruza veloz su cara y yo me muerdo la lengua por no pensar primero lo que suelto por la boca. A lo mejor he provocado que recuerde a la modelo desquiciada.

—Si me enamoro soy capaz de muchas tonterías —dice con aire soñador—, como todos, creo.

—Sí, claro, como todos —convengo sin comprometerme.

El breve silencio que se establece entre los dos se quiebra con la irrupción de un chico rubio y desenvuelto que no he visto jamás. Ahora que caigo, lleva mirándome un buen rato. Situado a espaldas de Luca, es casi tan alto como él. No entiendo que haya podido fijarse en mí, soy bajita, mucho, apenas se me distingue como no agite los brazos por encima de la cabeza y entonces pasan directamente, de no verme a tomarme por loca. Pero este tío sonríe seductor y avanza unos pasos hasta abordarme.

—¿Eres Marta?

—Sí —respondo bastante confundida. Se estira y me planta dos sonoros besos en las mejillas. Luca queda al margen.

—Soy Abel, le pregunté a Joanna por ti.

—Anda, ¿y eso?

Me siento halagada, la verdad, lo pienso y me recreo mientras se presenta a Luca y se estrechan las manos como dos perfectos caballeros. El tal Abel es atractivo, mucho, el pelo a mechones un poco largos, los ojos increíblemente azules destacando como soles en una tez bronceada. Parece un surfista que recuerda a Bradley Cooper, con esa sonrisita de canalla autosuficiente que marea. Aquí estoy, siendo objeto de la mayor envidia femenina, flanqueada por dos ejemplares de macho ibérico y no ibérico respectivamente, a cada cual más arrebatador. No cabe duda de que me moriré pronto, pero empiezo a ser una chica con suerte.

—Es posible que entre a trabajar en el bufete de Luis Carcelén —comenta Abel con entusiasmo—. Tengo entendido que la otra socia, su novia, es tu hermana.

Asiento con la cabeza, y casi sin querer, frunzo el ceño. Empiezo a ver las intenciones de este sujeto tan bendecido por la naturaleza. Ya me parecía a mí.

—Tienen mi currículum, para el Departamento de Extranjería. —Sonríe desganada, pero aún deslumbrada por su desparpajo y el brillo de su mirada—. Si pudieras hablarle fenomenalmente bien de mí y recomendarme para el puesto...

—Gánatelo —sale de mí, abrupto. Hasta yo me sorprendo.

—Pienso invitarte a todas las cervezas y tapas que se te antojen. Tienes mi palabra —contesta sin despeinarse siquiera. Me impresionan su agudeza mental, su caradura, su pinta de Casanova.

—De acuerdo —me rindo a su encanto sin abandonar el tono áspero—, puede que lo haga, deja que me lo piense.

—Perfecto. Os dejo que habléis, no quiero interrumpir más. Encantado —se dirige a Luca con un movimiento de cabeza—. Nos vemos luego, Marta.

Es listo. Hasta para darse cuenta de que estorbaba ha sido astuto y ha sabido esfumarse sin hacer el ridículo. Me chifla la gente así de desenvuelta, quiero aprender a ser igual.

—¿Por qué eres tan borde? —me aborda Luca cuando ya estamos solos. Parpadeo.

—¿Lo soy?

—No lo dudes. Y cortante.

Chasqueo la lengua con chulería. No sé qué pretendo, la verdad.

—Sale natural, no lo provoqué. Me temo que es lo que hay.

—Seguro que no. Recuerdo a una adolescente tímida y tan dulce, que te recreo en mi memoria y se me pinta una sonrisa en la cara.

Mis piernas vuelven a temblar como flanes. Cada vez que Luca dirige su radiofónica voz hacia mi persona, me pierdo. Cruzo los brazos sobre el pecho para acumular fuerzas.

—Hará siglos de eso, te aseguro que ni me acuerdo.

—Debe de estar ahí escondida —sin previo aviso posa su mano en mi pecho a la altura del corazón y me roza, accidentalmente primero, a conciencia después. Siento un chasquido eléctrico que tira de mi pezón y lo convierte en piedra—, en alguna parte.

Me aparto y junto las cejas. Suspiro con resignación porque la súbita desaparición de su calidez sobre mi ropa, me desconciela.

—No te molestes en buscar. Crecí y cambié y me alegro de no ser ya tan vulnerable.

—Si esa no eres tú y has creado un personaje detestable, ya puedes neutralizarlo porque sobra. —Abrimos una extensa pausa en la que yo me limito a sorber de mi botellín haciéndome la interesante. Es curioso, casi acaba de insultarme y yo en lugar de meterle el dedo en el ojo y morderle, me mantengo imperturbable planteándome si no tendrá su parte de razón—. Por cierto, suponiendo que nos veríamos, te he traído un regalo.

Se me cae de golpe la careta al suelo. Mi asombro es sincero y sería imbécil si lo ocultase. No allí, no con Luca.

—¿A mí? ¿A cuenta de qué...?

—Cierra los ojos.

—Pero...

—Que los cierres.

Me pongo a dar saltitos como cuando era pequeña y le pedía a papá que me subiera a los columpios. Aprieto los párpados excitada y noto que Luca acomoda algo pequeño y tibio, muy

pulido, entre mis manos. Pesa un poco. Me da permiso para mirar.

—¡Es una bola de cristal con nieve! ¡Me encantan!

Son los diminutos copos blancos que siempre imaginé cayendo desde el cielo el día de nuestra boda. Me muerdo el labio inferior emocionada y cuando vuelvo a alzar los ojos, tengo las pupilas de Luca fija en el borde de mis dientes.

11

Con la nieve alrededor...

Es verdad, toda la vida quise tener una bola de cristal y nadie me la compró nunca. Una maqueta diminuta de la basílica veneciana, encerrada en una esfera transparente rellena de agua, con miles de partículas de nieve artificial que llueven sobre ella si la volteo. No pienso lo que hago cuando me arrojo a los brazos de Luca y de puntillas intento engancharme a su cuello, que está, como esperaba, demasiado alto. Me rodea la cintura y me alza en vilo como si fuese una cría.

—Pero bueno, ¡qué efusividad! ¿A qué vienen estas muestras de amistad sin fronteras?

Mierda, Jo corta por la mitad un momento único en mi vida. La odio durante tres segundos y medio. Luca me deposita en el suelo y yo muestro mi regalo orgullosa.

—¡Una bola de nieve! Siempre quisiste una —recuerda, lo cual me hace inmensamente feliz.

—¿Lo ves? No te he mentado —me dirijo a Luca. Desde el ángulo derecho, Abel clava en mí sus ojos claros y me aturde. ¿Qué coño busca? Lo de la recomendación ya lo ha dejado claro. ¿Qué más?

—Una vez, subimos toda la familia a Navacerrada y te compré una con mi paga semanal —rememora mi amiga entre risas—; se me rompió por el camino, puse perdido el coche nuevo de papá.

—Siempre has sido torpona —replico, perdida en el danzante vaivén de la nieve al caer.

El grupo se reúne para cambiar de establecimiento y dirigirnos a otro menos concurrido, donde podamos pillar mesa, sentarnos y comer. Luca y yo no volvemos a disponer de otro espacio tan íntimo pero no importa. Estuvo a punto de mandarme un SMS el lunes y ahora tengo un regalo suyo.

Piensa en mí. Piensa en mí.

Con esta colección de pistas es complicado, yo diría imposible, no volver a ilusionarme. Siento de nuevo las mismas luciérnagas en el estómago de cuando acudía a la biblioteca con la esperanza de verlo. Entonces se marchó sin avisar, de acuerdo, pero ha vuelto para quedarse y ahora lo tiene mucho más claro. Le gusto. Y yo a él lo adoro. Es cuestión de echarle meses.

Del jueves al fin de semana hay un mísero paso y la pandilla vuelve a quedar. Me apunto, claro, ahora soy yo la que persigue a Jo a todas horas para evitar descolgarme. Mato dos pájaros de un tiro: doy gusto a mi amiga, que me ha machacado durante lustros reprochándome lo insociable que soy, y salgo con Luca, lo que no deja de ser mi más preciado trofeo. No es que me quite el sueño ver al público contento, allá cada cual con su palo, su vela y la madre que los parió, pero me

sentiría fatal dependiendo de mi amiga a todas horas para ver a mi italiano, si ella fuera, digamos, reacia a compartir las tardes de juerga conmigo. Por el contrario, le encanta, y eso es lo que me hace feliz.

Sí, yo también me he dado cuenta. Me he vuelto egoísta y un poco manipuladora. Que les den a todos por donde amargan los pepinos.

El viernes, la jornada en el bufete acaba a las tres y media. Almorzamos a deshoras pero disfrutamos de una tarde libre. La mañana ha sido espantosa, no he parado un segundo de correr de aquí para allá, recogiendo folios, preparando juegos de copias y devolviéndolos en escrupuloso orden. Ava se limita a contestar al teléfono con una flema que parece británica. Y a dirigirme. Cualquiera diría que darme órdenes con esa voz de mosquita muerta que tiene, la conduce a cotas cercanas al orgasmo. ¡Dios santo, lo que se perdió el ejército!

—Sí, Ava; cómo no, Ava; enseguida, Ava; en cuanto termine esto, Ava.

Rechinan mis dientes pero me contengo. Todo sea por no desgarrar la paz del ambiente. Además, después del corte que se llevó el primer día, ya no ha vuelto a avisarme para comer. Mejor. No tengo el monedero para tanto gasto, me levanto media hora antes y me traigo un bocadillo preparado de casa. Me lo zampo en la oficina, cuando todos han salido de estampida, en el despacho de mi hermana con los pies en lo alto de la mesa y los mejores temas de Spotify, tan ricamente.

Mi cuñado Luisito me trata con una indiferencia que raya la grosería, ni me mira, no se le escapa la menor sonrisa amable, un poco de complicidad cuando nadie mira estaría bien. Vale que he sido yo quien les ha rogado que no revelen los parentescos, pero de eso a comportarse como un témpano de hielo... Lo pienso despacio y caigo en la cuenta de que no lo conozco demasiado a fondo, nuestro trato se ha limitado a un hola y adiós cortés cuando venía a casa a recoger a Silvia al principio de su relación. Luego ella se mudó y apenas volví a topármelo. Es de esas personas que sabes que existen, en alguna parte, pero con las que jamás hablas ni compartes nada. Y parece que la distancia le agrada, ahora trabajamos juntos en alrededor de cien metros cuadrados y simula no conocerme.

Llego a casa con los pies destrozados, mil quinientas pupas por culpa de unos zapatos demasiado baratos y un dolor agudo a la altura de los codos que me parte en dos. Me tomo la medicación a escondidas, preparo café para acompañar los analgésicos, que dicen que hacen más efecto, y me tumbo sobre las frescas sábanas encomendándome a los santos para recuperarme en unas horas, cuando me encuentre con el grupo. Cuando me encuentre con él.

Me zambullo en un estado semigravitatorio de lo más agradable, un duermevela delicioso que me permite divisar el esbelto bulto del cuerpo de Luca avanzando por una especie de jardín, en mi busca. Trae un ramo de rosas blancas en la mano y me lo ofrece. El vello de todo mi cuerpo se eriza y genera oleadas de estremecimiento, las sensaciones son tan reales... Lo veo aproximar su cara a la mía, las frentes quedan juntas, apoyadas, y esos impresionantes segundos de cercanía me regalan lo mejor de su aliento. ¡Me muero por besarlo! Miro sus labios pulposos, ese pequeño

arco elevado en el centro bajo la nariz, quiero mordisquearlo. Él gira la cabeza buscando mi boca y yo se la ofrezco sin dudar...

—¡Tienes que ver esto! ¡Manuelaaaaaaaa!

Doy un brinco en la cama, los alaridos de Sandra me han sacado a tirones del sueño más dulce de todos los tiempos. Cedo a la tentación y la insulto, aunque lo que debería hacer es quemarla, lenta y tortuosamente. Cada movimiento que hago se reproduce en una punzada de dolor infinito. Casi no puedo moverme. Mi hermana pequeña vibra de felicidad, no sé de qué demonios se trata, pero debe de ser importante la cosa porque ni siquiera se defiende de mis pullas.

—¡Tengo coche! ¡Tengo coche! ¡Baja a verlo! ¡Espabila, so vaga!

—¿Coche? ¡Demonios! ¿De dónde ha salido? —Sandrita tira de mi brazo, debe de creerse que es de goma. Cada fibra de mi cuerpo enfermo se queja y tiembla, pero logro alzarme y la sigo hasta el ascensor arrastrando los pies.

—Me lo ha regalado mamá —explica agitando en el aire un llavero tachonado de brillantitos.

—Vaya golpe de suerte —susurro. Por dentro, en cuanto aparco el aturdimiento, hiervo de irritación. Mi madre no ha tenido el menor detalle conmigo desde que tengo memoria y cuando le pedí dinero prestado para ropa formal, me humilló restregándose por las narices un billete ridículo. A la pequeña le compra un coche. Sinceramente, tengo mis dudas acerca de no ser adoptada o recogida de debajo de un puente.

Aparcado frente a nuestro portal, reposa un precioso Cinquecento azul celeste, que consigue arrancarme hondas exclamaciones de admiración. Los asientos llevan unas fundas rosa de conejitos Playboy. Sandra abre las puertas, presume de interiores, pone la radio a todo volumen y yo solo consigo decirle, boquiabierta y maravillada, que su coche es lo más bonito que he visto en mi vida a excepción del flamante deportivo de Luca. Bueno, esto ni se me ocurre contárselo, me interrogaría hasta extraerme la campanilla y se empeñaría en conocerlo, y eso no. Por encima de mi cadáver. De repente, el dolor en mis piernas se agudiza y noto que no me sostienen las rodillas. Me apoyo en el techo del Cinquecento y siento cómo la sangre se retira de mi cara. Sandra me observa asustada.

—¿Qué te pasa? Te estás poniendo como verde.

—Un mareo, si es que no me encontraba muy bien, anda, ayúdame a volver a la cama.

Respiro profundo e imagino una cuenta atrás. Diez, nueve, ocho... Pasará, al final el latigazo siempre pasa. Sandra me sujeta disgustada, a la vez que pulsa el mando de cierre de las puertas.

—¿No es, por casualidad, un ataque severo de envidia?

Será idiota. ¿Y esta quiere psicoanalizar a la gente? Pobres desgraciados, sus pacientes.

—En absoluto —respondo con calma—, puedes estar tranquila.

De nuevo en mi cama, rígida y envuelta en tormento, me pregunto por qué no le he dicho exactamente lo que pienso: que es una fresca encantadora de serpientes que vive por encima de sus posibilidades, como una niña rica sin tener dónde caerse muerta. Que ella sí que carece de ambiciones y que su lema es vivir de mamá hasta que pueda hacerlo a costa de alguna otra fuente,

pongamos por caso, un marido descerebrado y millonario al que estafar. No sé qué me destruye más, si el sucedáneo de artritis del demonio, o tragarme la hiel de mis reflexiones. Si sigo así me crearé dos úlceras, no puedo consentirlo, me obligo a pensar cosas bonitas. Cuesta. Por de pronto, esta noche no podré salir. Se esfuman mis posibilidades de ver a Luca. Envío un mensaje a Jo avisándola de una jaqueca inventada, y cierro los ojos convencida de que el sofocón tampoco me dejará descansar.

Menos mal que al día siguiente es sábado y despierto mucho mejor. Más entera, con cierta energía y menos dolores. Mi amiga y yo entramos en la cervecería cogidas del brazo y mis ojos impacientes vagan buscando su cara. Al no verlo me desinflo decepcionada. Era tener demasiada suerte, puede que se aburra con este grupo, además de guapo, es culto, interesante, extranjero, irónico y galante, tiene todos los atributos precisos, seguro que le llueven las ofertas, la gente debe de darse tortas por pasar un rato a su lado. Siento algunos ojos fijos en mi espalda y me cubro de vergüenza. A estas alturas, si no son tontos perdidos, todos se habrán percatado de mi interés por Luca, apenas me he esforzado en socializar con nadie que no fuera él. Deben de considerarme la convenida interesada que no se esconde. En ese momento tristón, Abel arrastra un taburete y toma asiento a mi lado. Demasiado cerca, me intimida.

—Me alegra verla de nuevo, linda señorita. —Su sonrisa hipnotiza, da la sensación de que podría simplemente alargarse una mano y coger de la estantería de la vida lo que se le antojara—. ¿Qué tal la semana?

A pesar de mi humor de perros, sonrío.

—Supongo que te refieres al despacho —deduzco retirando la mirada, incapaz de mantenérsela—. Si me olvido de que la recepcionista es una vaga aprovechada que me carga con sus tareas, todo va como la seda.

Suelta un silbido de admiración o de lo que sea, no me entretengo en analizarlo.

—Ya veo, la niña no tiene pelos en la lengua.

—¿Por qué iba a tenerlos? Es la verdad, toda la verdad y ya sabes lo que sigue. —Clavo unas pupilas ansiosas en la puerta deseando ver aparecer a Luca. Sospecho que Abel no está acostumbrado a que lo ignoren, cosa que me trae completamente al paio.

—El mundo es un lugar peligroso.

—Y el mar está lleno de peces —replico sin pensar.

—Ya podías ser un poquito más original, preciosa, menudo cliché.

—Será un cliché pero es otra verdad. De hecho, por eso es un cliché, porque han demostrado que, por activa y por pasiva, se cumple. Otro vendrá que la sonrisa te sacará.

—¿De qué diablos estamos hablando?

Entonces vuelvo a mirarlo. Cruzamos los ojos y estallamos en risotadas. Me distraigo medio minuto y me pierdo la entrada triunfal del veneciano en la cervecería. Mil ojos se vuelven a perseguirlo.

12

¿Celos?

—¿Cuál es el chiste? —pregunta un poco picado. Me derrito de placer, está celoso, no hay más que verlo. Me agarra simpático por el cuello y me besa en la sien derecha. Viendo el gesto crispado de Abel, quiero creer que lo ha hecho con posesión, como el gallo que marca el terreno alrededor de su gallina favorita. Saluda al resto del grupo y toma asiento no muy lejos de nosotros dos.

—Somos especialistas en diálogos de besugos —le explico, intentando que no trabe conversación con nadie más.

—¿Quieres otra cerveza, Marta? —me ofrece Abel recalcando mi nombre.

—Explotaré como una rana inflada —respondo—; prefiero agua con unas gotas de limón.

—Solo te has bebido dos, eres una exagerada.

Si este supiera que hace apenas un mes yo no ponía el pie en la calle y casi no conocía el sabor de la cerveza, se cae de espaldas.

—¿Sabes que Ramón te echa de menos? —Luca se aproxima acariciando la boca del botellín con los labios. Se me van los ojos, la lujuria más feroz me carcome.

—No puedo creerlo, no me tomes el pelo.

—Él no sabe que te conozco, desde luego he sido fiel a nuestro secreto pero me ha referido algo acerca de una recepcionista recién contratada que canceló su admisión a última hora y que le había agradado bastante.

Mi cara se desfigura con un chute de incredulidad. Mientras, Abel me entrega el agua y siguiendo su costumbre de hacerse desear antes de sobrar, desaparece discretamente.

—¡Anda ya! Eso es mentira, no le gusté nada, pero nada, nada.

—¿Por qué dices eso?

Voy a responderle, pero me quedo en vilo porque sus ojos vuelan de nuevo a algún lugar lejano colocado a mi espalda y noto que su atención se disipa por completo. Lucho contra las ganas de volverme y descubrir qué es lo que le atrae tanto. Tengo un mal presentimiento; mi estómago se retuerce.

—¡Hola a todos!

La voz es cristalina y delicada, sedosa, envolvente, ese tipo de voces que se graban a fuego en tu cerebro y reconocerías en cualquier parte pasados muchos años. Es ella de nuevo, la rubia con la melena de apretados rizos y los ojos como dos caramelos de menta. Maldita sea.

Va y viene saludando a todo el mundo, intercambiando frases amables o divertidas, según el

caso, con parejas o individuos sueltos. La fascinación que ejerce sobre todo ser humano es irresistible, incluso sobre mí, tiene que ver con su energía, con el modo en que mueve las manos, tuerce el cuello y hace danzar las caderas. Lleva un moderno vaquero pitillo con una camiseta de tirantes cubierta con un chaleco de pedrería que cae suelto y gracioso sobre sus pechos redondos. Es ese tipo de mujeres que no necesitan de muchos abalorios para lucir espléndidas, su pelo es fabuloso, su cara de ensueño, su cuerpo parece modelado por los propios ángeles y sus ojos son dos reposados estanques en los que acampar.

No le falta de nada. Zorrasca.

Intento retomar la charla y aclarar el porqué de la sensación de desagrado en Ramón pero no puedo. Luca está pendiente de las evoluciones de la rubia por el espacio, de cuando se para a charlar, en especial, con algún hombre. Me siento repentinamente tan incómoda y sobrante que me pongo en pie de un salto. Mi espalda acusa el movimiento con un rayo doloroso que me atraviesa de abajo arriba y anida en mi nuca. Me mareo y mi respiración se vuelve superficial. Debo cerrar los ojos unos segundos.

—Voy al baño —anuncio con sequedad.

Prefiero no verlo. Me entretengo unos minutos perdiendo el tiempo, me mojo las manos, compruebo el perfume del jabón, me siento un poquito miserable y, de repente, Jo entra como una brisa de primavera, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Marta! —Ya ha debido de consumir de cuatro a seis cervezas, se la ve achispada—. Me parece, sin temor a equivocarme, que le interesas al divino Abel.

Compongo una mueca de evidente repulsa.

—Pues qué bien. Él a mí, ni pizca —replico. Jo arruga el morrito.

—No digas eso, loca, ¿a quién le amarga un dulce?

—Digamos que tengo los ojos fijos en otro estante de la pastelería.

El destello en su mirada pierde fuelle.

—Ah, Luca.

—Sí, Luca, ¿pasa algo? Dijiste que no tenía novia.

—Y no la tiene.

—¿Entonces?

—No sé, Marta, apenas lo conocemos. —Abre el grifo y se empapa las muñecas—. De Abel puedo decirte que es el perfecto y peligroso seductor que todas quieren cazar y jamás mueve un meñique por ninguna. Sin embargo, en tu caso...

—No irás a decirme que está haciendo una excepción.

—De veras que lo parece.

—Vamos, Jo, no seas ingenua, es tan simple como que quiere que lo enchufe en el despacho de mi hermana.

Joanna eleva una ceja con sorpresa.

—Lo dudo mucho, acaban de contratarlo en el consulado inglés por una millonada.

Me quedo sin argumentos. Me muerdo la esquina del labio.

—De acuerdo, admito que no está mal pero...

—¿Que no está mal? Eres una lunática cegata.

—Me gusta Luca —confieso con apasionamiento—, me gusta desde que tenía diecisiete años, el destino me lo pone otra vez por delante, ¿qué quieres que haga? ¿Ignorarlo?

—Me han dicho que tiene un pollón tremendo —desvela adoptando un aire travieso. Me sacude un estremecimiento.

—¿Quién, Abel?

—No, leches, Luca.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Su hermano Alessandro lo llama el trípode, así que ten cuidado, no me gustaría verte caminando escocida con las piernas abiertas. Se ve que desde que te la metió hace años la cosa ha engordado...

Hago amago de golpearla; ella se zafa con una carcajada.

—Te has vuelto una guarra descarada.

—Como Piqué debe de tenerla de grande. Y gorda. Y sabrosa. ¡Piquetón, piquetón!

Salimos del aseo entre risas y cachondeo, y enfrentarme a la rubia que se ha adueñado de mi taburete y charla animadamente con Luca, rodeándolo con sus tentáculos invisibles, es como chocar de frente con una hormigonera. Hago como Abel un rato antes, sé que sobro, de modo que me mantengo al margen más bien chafada, fingiendo ser la mujer más feliz de la Tierra. Incluso doy entrada al surfero y acepto que me invite a otra cerveza. Al cabo de unos minutos otra pareja se acerca a ellos, intercambian un puñado de palabras y se levantan para marcharse los cuatro. Creo que Luca dice algo, como que volverán más tarde, pero siento una garra afilada que me abre en canal el pecho y me arranca de cuajo el corazón.

A partir de ahí ya no atiendo a nada de lo que me cuentan, me bloqueo y me enfado. ¿Cómo ha podido ser tan insensible, tan grosero, tan...? ¿Y ella? ¿Cómo se atreve a llegar y llevárselo? Me hormigean las extremidades, se avecina otro brote, lo noto planeando sobre mi aturdida cabeza. Susurro unas palabras a Jo y le digo que me voy.

—Espera, me marcho contigo —abandona su silla y me sigue después de que yo me haya despedido—: te traje, te llevo.

—Prefiero estar sola, en serio —rechazo conteniendo a duras penas las lágrimas. Ella me coge por los hombros y me obliga a mirarla.

—Marta...

—Disfruta, de verdad, necesito pensar.

—No significa nada, acaban de conocerse.

Pero nada de lo que pueda decir me consuela. El hombre de mis sueños ha desaparecido con una sirena a su costado y no se ha dignado a aclararme adónde va. Mi desconuelo no puede medirse.

—Mañana te llamo. Mira, por ahí viene un taxi.

Invierto en el coche con conductor lo que resta de mi paupérrimo presupuesto de ocio, ya que al día siguiente no pienso salir. Dibujaré un plan estratégico que me haga ganar la guerra contra la rubia. Acabo de decidirlo.

13

Después del accidente de papá

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Cada pie pesaba cien kilos cuando me tiré de la cama y agarré el despertador. Tuve que mirar tres veces para entender que me había quedado dormida sin oírlo sonar. Ya me había perdido las dos primeras horas de clase y Silvia no estaba en su colchón.

—Joder... —bramé angustiada.

Dirigí mis torpes pasos a la cocina al fondo del pasillo. Se oía un rumor de voces que se interrumpió bruscamente al aparecer yo bajo el dintel. Enfrenté las miradas inquisitivas de mamá y Silvia, que cuchicheaban con las cabezas juntas y una humeante taza de café delante. Me mesé el cabello y traté de sonreír como si no me importase. No me explicaron de qué charlaban.

—Me he quedado frita, ni he oído el despertador siquiera —resoplé.

—Y te saltas las clases —murmuró mi madre dejándome su silla, encaminándose a la cafetera—
— Buena carrera me vas a hacer tú.

Ahogué un bostezo y quise tranquilizarla.

—Los compañeros me pasarán los apuntes, no es el fin del mundo.

—Hay que ir y atender a las explicaciones del profesor. No es lo mismo. Luego te quejas de que no entiendes la letra de tus amigos.

—Todo el mundo falta a clase, mamá —intercedió Silvia divertida—, incluso hay gente que saca carreras completas a distancia.

Mamá se volvió intrigada, con la cafetera en vilo.

—¿Y eso qué significa? Suena fatal.

—Se compran los libros, se los empollan por su cuenta en casa y luego se presentan a los exámenes.

Nuestra madre sacudió la cabeza escandalizada.

—No me irás a decir que es igual. Vosotros los jóvenes os buscáis excusas para todo. El caso es no sacrificarse. A ver si entendéis que a vuestra edad, vuestro trabajo es estudiar y si no se sirve para eso, a una oficina a coger recados al teléfono —apostilló, mirándome de reojo.

—Te prometo que lo aprobaré todo, no me despistaré, es mi último año antes de la Universidad.
—Acepté la taza de café que me ofrecía y recorrí la mesa con ávidos ojos en busca de

magdalenas. Silvia me las acercó—. El año pasado saqué todas las asignaturas.

—Ni una sola nota brillante —apuntó en un tono innecesariamente áspero. Al mismo tiempo, sin embargo, puso pan para mí en la tostadora—. Me gustaría que entendieras que todo lo que digo lo digo por tu bien. Si buscas una beca para la Universidad tienes que tomarte los estudios más en serio —suavizó su tono—. Llevo mucho pasado en el taller y me moriría satisfecha si alguna de mis hijas se evitara una profesión tan poco valorada, con una jefa psicópata que te amarga la existencia.

—Mamá, ninguna de nosotras sabe coger una aguja —rio Silvia.

—Terminé de costurera porque no me dieron estudios para más. Mis padres no se preocuparon de que yo fuera algo en la vida. Papá y yo no somos así, queremos que os hagáis mujeres de provecho. Que no venga una doña Amparo cualquiera y os saque la sangre como si fuera zumo de limón.

El muelle de la tostadora pegó un crujido y nos sobresaltó a todas. Su discurso me había emocionado. Permanecimos en silencio un buen rato, hasta que Silvia carraspeó, miró a mi madre de soslayo, balbució una disculpa ininteligible y se escurrió fuera de nuestra vista.

—Papá ha pasado otra mala noche —aventuré sin preguntar.

—No te haces una idea. El pie le arde, lo tiene peor. No sé yo hasta qué punto lo de operarlo ha sido un acierto.

—No había otra opción, lo dijeron los médicos, los dedos se le gangrenaron y había que cortar por lo sano.

—Pues lo sano huele raro. Debe hacerse la cura a diario, se encargará el practicante del barrio.

—¿La clínica de abajo? —mi madre asintió—. Pensé que solo ponía inyecciones.

—Es un ATS muy bueno. —Mamá miró el reloj de la cocina—. Tendremos que turnarnos para llevarlo y hay que presentar los papeles de la baja definitiva de tu padre en su empresa. ¿Puedes encargarte? —Otra mirada angustiada al reloj—. Ya llego tarde, esto me va a costar quedarme luego, hay que rematar un vestido de novia para dentro de dos días. Si no estoy de vuelta para las siete, baja a papá a hacerse la cura. Ya que no has ido al instituto, sé útil para algo.

—No te preocupes. Llevaré la baja de papá y lo demás —arrastré distraída las palabras con la boca rebosando pan.

—Todo lo que me dieron en el hospital está en la mesita de la entrada. Y, por favor, no hables con la boca llena. —Desapareció refunfuñando por el corredor—. Igualita que su padre.

Tronó la puerta de casa y, tras ella, mi madre, que corría al autobús temerosa de perderlo. Aquella línea de transporte urbano te hacía esperar eternamente y todo lo que mamá despotricase acerca de la dueña del taller de trajes de novia estaba justificado. Era una auténtica bruja que explotaba empleadas, muchas sin seguridad social, obligándolas a dejarse los ojos pegados a la tela por una miseria, cuando ella cobraba fortunas indecentes por cada traje vendido. Me invadió una oleada de compasión por aquella mujer severa y algo amargada, llamada Maruja, señora de Robles. Las muletas de mi padre avanzaban por el pasillo, chocando con estrépito contra los

rodapiés. Salí zumbada a auxiliarlo.

—Malditos sean estos palos...

—Cogerás práctica —lo animé con una ancha sonrisa.

—Eso no suena bien, suena a que cargaré mucho tiempo con ellas, más del que llevo. —Me miró bizqueando—. Y ya van casi dos años; dos años que se me han hecho eternos.

No a él solo, la verdad, teníamos una casa de ambiente enrarecido desde entonces. El que lo callásemos no lo hacía menos amenazante. Ni menos triste.

—Lo que te diga el médico, lo imprescindible. —Acomodé con trabajo a mi padre en la minúscula mesa de la cocina y me dispuse a hacer café de nuevo. Papá gruñó bajito.

—Si en dos años no soy capaz de manejarlas para un tango es que no hay esperanza. ¿Qué haces que no estás en clase? —inquirió rebuscando algo comestible en la pila de despojos esparcidos por la mesa.

—Preferí quedarme contigo —mentí. Bastante cargo de conciencia me provocaba haber disgustado a mi madre; el berrinche de papá podía ahorrármelo. Tampoco iba a confesarle que me preocupaba verlo peor cada día que pasaba. Su lesión se había convertido en una herida crónica empeñada en no cicatrizar.

—Vaya, no creo que haga falta, gracias. —Tomó la taza y olió el café, pasando a un estado de trance por aromaterapia—. No me he vuelto un inválido de la noche a la mañana, solo tengo un pie vendado.

—Machacado, sin deditos —precisé.

—Curará. No quiero que descuides tus estudios. Dame galletas.

—¿No prefieres pan tostado, que es más sano?

—Galletas —insistió como un niño emperrado. Se las pasé y me acurruqué a su lado.

—Vas a tener que demostrarme que puedes quedarte solo un rato; tengo que llevar los documentos de tu baja.

Papá arqueó las cejas.

—Van a flipar. En treinta años no he faltado un solo día al trabajo y ahora esto. Baja definitiva.

—Pues ya era hora. Siempre has pensado en la empresa más que en ti mismo. Te mereces descansar.

—Me da vergüenza, no me siento orgulloso en absoluto —reconoció soplando el líquido negro.

—No quería decir eso, pero todo el mundo necesita un respiro de vez en cuando.

—Preferiría tumbarme bajo una sombrilla al sol de Alicante —bromeó—, con tu madre con un bikini de lunares. Esto está durando demasiado.

La ocurrencia me hizo reír.

—Volveré pronto. ¿Por quién pregunto?

—Antonio López. Un canijo con bigote que lleva los papeles de asistencia y todo ese rollo. Conforme entras en la oficina, un cuartito a mano derecha.

—A por él voy. —Lo repasé con preocupación. Tenía ojeras y el escaso pelo revuelto—.

¿Sientes dolor? ¿Quieres un analgésico antes de que me marche? —negó a todo—. Quédate aquí quietecito y cuando acabe de arreglarme te acostaré de nuevo.

—En el sofá. Se me partirán todos los huesos si regreso a la cama.

Lo miré con ternura y unas ganas infinitas de poder hacer magia y quitarle de un golpe de varita todos los sufrimientos. Papá no se merecía aquella jubilación anticipada, no de aquella forma humillante. ¿Quedarse en el sofá? Le habría concedido cualquier deseo que me pidiera.

Dieron las siete y media y las ocho menos cuarto. Comprendí que mamá no llegaría a tiempo para bajar a la clínica a vigilar la cura del pie de mi padre. Sandrita había vuelto del colegio hacía horas, se había preparado la merienda sin contar con nadie, y encerrado en su habitación. Papá seguía atormentándose con la idea de que su pequeñina, resentida tras dos años, no le dirigiese la palabra con normalidad hasta el día de su entierro.

—No lo hice a propósito —gimió—. El puñetero caballo reculó y me pilló el pie debajo...

—Por favor, papá, ¿todavía le das vueltas? Hace siglos ya de aquello, no tienes que convencernos de nada. —Me sublevaba su complejo de culpabilidad por aquella pequeña zorra caprichosa y rencorosa.

—Además, juraría que nadie en ese club se rio. Puede que ni nos vieran.

—Si a estas alturas Sandra no lo entiende es porque es tan egoísta que... —repliqué furiosa. Papá cortó el torrente de mis insultos con un gesto de su mano.

—Es tu hermana.

Como si eso convirtiese lo negro en blanco. Podía ser mi hermana, mi nuera o la favorita del Sultán de Brunei, y ser exactamente igual de insoportable. No sé cómo el resto del mundo no se daba cuenta. Un monstruo de maldad y astucia es lo que era. Un pequeño bicho con cara de no haber roto un plato en su vida. Un diablo disfrazado de ángel que se encendía como una tea en cuanto las cosas se le torcían una micra, con la suerte de haber pillado unos padres ya carrozas, con tendencia a dejarse manejar.

14

Heridas que no se cierran

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Nunca había presenciado una cura realizada por un practicante profesional. Atravesé la puerta enganchada del brazo de mi padre como una garra de águila, temiendo que en cualquier momento sus pasos renqueantes se enredaran con las muletas y fuésemos los cuatro al suelo: papá, yo y la pareja de bastones. Nos atendieron enseguida y debo reconocer que la visión del pie de papá, destrozado, con su colección de puntos de sutura, regalo del servicio de cirugía, me mareó. Pedí permiso para volver a la sala de espera, envuelta en sudor frío. ¿Cuántas toneladas pesaba un pony? ¿Cuántas toneladas aquel pony asesino en concreto? ¿Y cuál era la causa del gesto delator que detecté en el rostro del ATS al retirar las vendas? Me sequé la frente con un clínex e hiperventilé hasta que me devolvieron a papá.

—Ya sabe, don Julián, no lo moje bajo ningún concepto hasta que podamos retirar los nuevos puntos y que no me entere de que lo apoya. ¿De acuerdo? —Le propinó una palmadita en la espalda y me lanzó una mirada que no supe interpretar.

—Sí, sí, no te preocupes —repuso mi padre—. Soy bueno obedeciendo, que se lo pregunten a mi mujer. Es solo que después de tanto tiempo y va cada vez a peor... Aseguraron que amputando cicatrizaría... Ya estoy harto.

—Vuelva mañana sin falta, que le echemos un vistazo; hay que mantener limpias las heridas —recomendó con amabilidad.

—Sin falta, joven. Adiós, muy buenas.

El practicante nos abrió educadamente la puerta de la calle y papá y yo nos enfrentamos a un atardecer anaranjado donde la luna asomaba las puntas de sus cuernos. Ella no entendía de quirófanos ni de medicinas. Suspiramos a un tiempo y enfilamos la calle ascendente hasta casa.

Al entrar nos asaltó una frenética actividad, Sandra disponía platos y cubiertos en la mesa, desde la cocina nos llegaban las quejas de Silvia y un agobiante olor a harina cocinada.

—Esto es lo último, cocinar para todos, por si no tenía bastante con el tocho de Derecho Penal que tengo que memorizar. —Venía pasillo adelante con una olla entre las manos—. Hola, papá. —Depositó un beso en el aire—. ¿Qué tal la cura con el practicante?

—Bien, bien, fenómeno —respondió él lanzando preocupadas miradas de soslayo a Sandra, que

continuaba ocupándose de los tenedores, cejijunta y con los labios apretados. Lo acomodé en el sofá como pude. Mi hermana menor no nos saludó.

—He preparado espaguetis, no me pidáis otra cosa, que bastante hago.

—¿Y vuestra madre?

—Todavía en el taller. La asquerosa de doña Amparo la retiene encadenada —rugió Silvia. No pude evitar imaginarla con toga, encaramada al estrado, con aquella sangre suya al manifestarse. Iba a ser la bomba, el azote de los criminales, la... Se me agotaron las ideas.

Tomamos asiento y la mayor de nosotras fue repartiendo la pasta. Parecía engrudo sin cocinar, pero disponíamos de tres botes de salsa y mis tripas rugían protestas en seis idiomas diferentes, así que decidí que aunque tuviese que tragármelo sin masticar, rebañaría el plato. En estas, sonó el timbre.

—¿Quién puede ser a estas horas? —se asombró mi padre.

—Será mamá —supuse.

—Mamá tiene llave —escupió Sandra.

¡Mujer, gracias por dignarte a dirigirnos unas palabras!

Pero no se movieron. Me tiré a la puerta y, tras retirar la hoja, aparecieron dos bolsas tamaño maleta de vacaciones de mes y pico en el Caribe. Medio escondida detrás de ellas, venía mi madre. Silvia saltó de la silla y se apresuró a tirar de uno de los armatostes. El saloncito quedó invadido en el acto. Mamá y Silvia se intercambiaron miradas significativas. Evidentemente, compartían un lenguaje exclusivo y secreto, para ellas solas.

—¿Otra vez? —murmuró mi hermana bajando las pestañas.

—Otra vez. Este hay que entregarlo pasado mañana sin falta. La clienta se casa el sábado.

—Pringada... —barbotó Sandra mascando espaguetis.

—¿Qué tal ha ido la cura? —La frase del día. Se centró en papá dejándose caer ante su plato vacío. Parecía agotada y diez años mayor.

—Estupendamente —respondió él en tono jovial—. Ese muchacho tiene manos de oro y ha congeniado con Marta, ¿no es cierto? —Me pegó un codazo en las costillas que me cortó la respiración.

—Anda, papá, no digas sandeces.

—No son sandeces, te aseguro que no le quitaba ojo y fue tan amable todo el rato...

—Seguramente será agradable con todos sus pacientes, para eso le pagan —repuse loca por zanzar el asunto.

—Le pagan para poner inyecciones sin atravesar el hueso, no para hacerle la pelota a nadie. Habéis tenido una visión —gruñó Sandra abandonando la mesa. Mi madre persiguió sus movimientos con una mueca cansada.

—¿Adónde vas, cielito?

—A mi cuarto a escuchar música.

—¿Te quedan deberes?

Sacudió la cabeza antes de desaparecer. En un arrebato de ira, deseé que el pony, en su día, la hubiera pisoteado a ella. Mis padres se miraron mudos.

—No me perdonará nunca —se lamentó él acongojado.

Mi madre arqueó las cejas en un claro «tú te lo has buscado» que dejó al hombre enterrado en la miseria. Silvia colocó pasta por delante en su plato y mamá la ojeó con repulsión, llevándose la mano a la garganta.

—No me entra nada, llevo tomados al menos dos litros de café esta tarde.

—Estupendo para la gastritis —comentó Silvia sarcástica.

—Yo no tengo gastritis. —Mamá alejó el plato.

—Sigue así y no te preocupes, pronto llegará. Estos odiosos empleadores están al servicio del sistema sanitario y las multinacionales farmacéuticas...

Amnistía Internacional abandonó los fogones y nos dejó a mitad de su mensaje revolucionario. Nunca supimos qué tenía que ver el taller de costura de mamá y la arpía de su propietaria con el fabricante de las aspirinas. Silvia era así. Vehemente, huracanada, radical. La perfecta defensora del débil, siempre que la minuta a cobrar lo justificase.

15

Cosas de las matemáticas

Nace el domingo y me encuentra hecha papilla. Mis músculos entumecidos, empeñados en no responder. Mi madre se ha marchado con las amigas al club de campo de *yonosédonde* y Sandra a fardar de coche nuevo por todo Madrid, así que aviso a Jo para que venga a comer conmigo. Antes de que llegue me aseguro de entornar la puerta para no tener que levantarme, se daría cuenta de mi cojera, y vuelvo a encajarme en el tresillo bajo una manta, simulando una resaca de campeonato. Mi dulce amiga aparece con un par de pizzas calientes y una botella de Lambrusco helado en la mano.

—*¡Lunch time!* —exclama con euforia. Me mira y baja el tono—. ¡Coño, nena! ¿Tan mal estás?

—Peor —afirmo arrastrando la lengua a lo largo del paladar.

—Bien, no te muevas, yo lo preparo todo. —Se mete en la cocina y oigo el descacharre, el ir y venir de platos y cubiertos. Corta las pizzas y lo dispone todo en la mesa, las copas de vino colmadas hasta el borde. No sé si podré estirar el brazo para hacerme con ellas.

—¿Con quién se marchó? —pregunto tímida, asustada, cuando la tengo frente a frente.

—Con el mismo amigo con el que llegó —informa. Y siento tanto alivio que, de nuevo, el apetito se remueve alrededor de mi estómago, haciéndome guiños.

—¿Sabes quién es?

Jo no necesita más detalles para adivinar lo que quiero saber. Nuestros mecanismos telepáticos son impresionantes y vienen de largo.

—Solo sé que se llama Miriam Segura y que pertenece al Departamento de Derecho Fiscal de la facultad.

—¿Es por ella que me vendías a Abel? ¿Porque incluso con él tengo más esperanzas que con Luca?

Jo deja ir un largo y profundo suspiro. Puedo adivinar sus pensamientos, así de hondo la conozco y sé que haría cualquier sacrificio por ahorrarme sufrimiento.

—No sé, Marta, ya te dije que no conozco los detalles, es solo una impresión. Esa tía es mucha tía.

Muerdo una esquina de la pizza.

—Por desgracia, tú rara vez te equivocas —enlazo con extrema tristeza.

—Estamos anticipando acontecimientos. —Me conforta frotándome la espalda—. En cómputo global, te ha dedicado a ti el triple de tiempo que a ella. Recuerda que está en su año de barbecho, no creo que quiera ninguna novia por ahora.

—Releches, Jo, a esa rubia divina la quiero hasta yo, y no me van los bollos.
Los ojos de mi amiga sueltan un destello.
—Recuerda el plan. Ella que intente lo que le dé la gana. Tú, su mejor amiga.

Pestañas un segundo y ¡mierda! otra vez lunes. El lunes es, sin duda, el orco de la semana.

Llego a mi hora y Ava, tarde. Para cuando la china aparece con aires de damisela victoriana, ya he sacado un montón de trabajo adelante. Nos tratamos lo mínimo para no ser descortesas, pero ambas sabemos que no estamos hechas de la misma pasta y no llegaremos a ser amigas jamás. Se pasa el día pendiente de los mensajes de su móvil, leyendo o respondiendo; se esconde en el baño a sostener interminables conversaciones y muchas mañanas llega con los ojos rojos como dos ciruelas: deduzco que tiene un novio trabajoso que le da mucha lata. Me gustaría preguntarle, más por curiosidad que por interés, pero si el aprecio es mutuo me soltará un ladrido y paso de arriesgarme.

—Marta, por favor.

Es mi hermana, toda profesional, que me llama a su despacho. Murmuro un «enseguida» más formal aún, cojo bloc y boli y, antes de marcharme, señalo una pila de folios sobre nuestra mesa.

—Estos documentos hay que escanearlos; los *mails* ya los he preparado, solo falta adjuntarlos y son medio urgentes. Van por orden, no hay pérdida —especifico. Ella mueve la cabeza con vaguedad, no estoy segura de que me haya atendido. Me dirijo a la oficina de Silvia.

—Hola, cielo, siéntate —me dice—. Iré directa al grano —se frota la frente, estresada ya en lunes y a primera hora—: la crisis nos obliga a optimizar recursos, no basta con que una persona atienda el pinganillo del teléfono —abro la boca para aclararle que, al menos yo, hago mucho más que eso, pero no me deja—; necesito a alguien que lleve las cuentas y tire persuasivamente de las orejas a los clientes para que paguen.

—¿Me estás despidiendo?

—¡Caramba, qué negativa! Te estoy pidiendo que hagas un curso de contabilidad. —Entrelaza los dedos y se inclina hacia delante en su mesa. Ahora su mirada es radiante—. Tú eres mi chica. Claro, que si no te interesa, tendré que buscar a otra.

Acepto, obvio. Encima las clases tengo que pagarlas yo con mi irrisorio sueldo. Cuando regreso a mi puesto de trabajo los documentos siguen sin escanearse y Ava se ha perdido en el despacho de Luisito, de donde no la veo volver a salir. Por la noche, en casa, mi madre aporta, cómo no, su granito de arena con un comentario ácido y fuera de tono, que bien podía haberse guardado en el bolsillo:

—Mira, al final, tanto quejarte y gracias a tu hermana va a resultar que tendrás estudios.

Han vuelto a cambiarme la medicación y he mejorado considerablemente. Voy a hacer algo más que un mero curso de contabilidad, le he dado muchas vueltas a la cabeza. Luca es economista y Miriam trabaja en el Departamento de Fiscalidad, lo que viene a situarlos en el mismo campo. No

pienso quedarme fuera del circo, me matriculo por libre en la Complutense. Voy a estudiar Económicas, tarde lo que tarde.

Cuando más embebida estoy con mis tareas, brilla la pantalla de mi móvil y leo un mensaje de Luca. El vello se me eriza, mi corazón pega un salto mortal. Casi puedo sentir en mi cuerpo el latido del tiempo transcurriendo.

«¿Cómo va ese trabajo? Ramón, el mostrador de recepción y yo mismo te echamos de menos».

Me quedo de una pieza. ¿Me echa de menos? ¿Ahora me echa de menos, después de dejarme tirada como una colilla? ¿Qué pretende? Volverme majareta, está clarísimo.

Aprieto un labio contra el otro. Quiero responder, por supuesto, pero no sé qué decir que no me comprometa ni me haga quedar como una estúpida. No vi que su brazo rodeara la cintura de Miriam cuando se marcharon, no iban solos, igual solo trataban de comprobar algo con la otra pareja, algo relacionado con sus trabajos. Impuestos, cuentas, cosas que a mí me sonarán muy pronto, he comenzado las clases en la academia de contabilidad y en solo unos meses se inicia el curso universitario. Mis certificados médicos me consienten una situación especial, que me autoriza a asistir a clase cuando mi salud lo permita y presentarme casi por libre a los exámenes. Buscaré un compañero majete que me pase los apuntes. Puedo hacerlo, seguro. Está chupado.

Me invade una desmesurada ilusión y respondo pícaro:

«Ya será menos».

En menos de cuarenta segundos tengo la respuesta en mi móvil iluminado. Ava cruza la sala y me mira con desconfianza.

«Bicho, no seas borde».

«No lo soy, con quien lo merece soy tierna y jugosa como un bistec en su punto. ¿No tienes nada que hacer?».

«¿Eso equivale a una patada en el culo a modo de adiós?».

«Vas a arruinar a tu jefe, deja de perder el tiempo con los mensajitos».

«No tengo jefe, listilla. ¿Hace un helado esta tarde? Quiero comprobar si merezco esa parte blanda de tu carácter».

Pego un respingo y mis ojos se agrandan. Mi trasero salta sin permiso de alegría sobre la silla.

«Ummm, deja que lo piense». Intercalo una carita sonriente. *«Debería hacerme de rogar, las chicas fáciles no están de moda».*

Me envía una fotografía de un cucurucho rosa sorprendentemente grande.

«Me has convencido, pero no me conformo con menos de un cuarto de kilo de chocolate belga».

«Se te pondrá el trasero enorme». Añade un montón de muñequitos con los ojos horrorizados, tirándose de los pelos.

«Déjate de chorradas, se me pondrá divino. Más aún». replico con una agilidad mental que me deja atónita.

Yo de ordinario no soy así, me pienso mucho lo que digo. Pero con Luca todo es sencillo, las ideas llenan mi cerebro, acuden a mi boca y, simplemente, escapan; es genial no tener que esforzarse para ser amable o graciosa, por lo general, me cuesta un mundo.

«A las seis en el Palazzo de Sol».

La perspectiva de una cita romántica dibuja en mi cara una empalagosa sonrisa que no consigo mitigar. Y continúo sonriendo cuando Ava me mira y digo en voz alta:

—Ha pasado un tiempo más que prudencial durante el cual he permitido que me dieras órdenes porque tenía que aprender y, pese a aparentar lo contrario, soy humilde. Ya terminó. Hay que repartir las tareas mitad por mitad y con justicia.

Creo que el disparo la pilla por sorpresa. Pestañean sus ojos rasgados y exclama:

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. —Me mantengo impávida—. Somos dos recepcionistas al mismo nivel, nada de jefa y auxiliar. La actividad es la misma para ambas, sin embargo, solo curro yo para que tú dediques una jornada que te pagan, atendiendo tus relaciones sociales. ¿Sigues sin entenderlo?

—Tú acabas de llegar —me acusa con voz chillona. Me importa un bledo.

—Y tú cobras tres veces mi sueldo. Antes de que me grites que es mentira, recuerda que ahora también llevo las nóminas.

Sale corriendo y se mete en la cocina, donde escondemos la cafetera y un microondas para los desgraciados que, como yo, se quedan a almorzar en la oficina. No se oye nada, se tira allí agazapada un buen rato y finalmente cruza el recibidor directa al despacho de Luisito. Ya ves, el sieso entre todos los siesos, ni que fuera a hacerle caso.

¿Os digo lo que me importa? ¡Woooooo! Tengo una cita, esta tarde tengo una cita, tralarí, tralará.

—¡Maaaaaarta!

¿Yo?

Frunzo el entrecejo y me encamino a la puerta, donde puedo ver a la puñetera asiática mirándome con expresión triunfal. Yo entro, ella sale, la corredera se cierra y mi cuñado me fulmina con la mirada.

—¿Qué le has dicho a Ava?

Ni me inmuto.

—Eso, ¿qué le he dicho?, dímelo tú.

—Has juzgado y criticado su labor en este bufete, la has humillado.

—¿De verdad he hecho todo eso? —Me entran ganas de reír, no sé si por lo contenta que estoy o porque lo que oigo es una soberana estupidez.

—Se llama *mobbing* y es denunciabile.

La verdad, no sé si tomármelo en serio, Luisito echa chispas por los ojos y yo sigo divirtiéndome.

—¿No vas a defenderte? —me reta. Y el brillo de sus ojos vira casi a malvado. Recupero de golpe la compostura, todo mi cuerpo se tensa, incómodo. No me ha invitado a sentarme.

—Ya me dirás de qué. No he hecho más que recordarle que al bufete no se viene a hablar por teléfono. Deberías agradecerme que vele por tus intereses.

—¡Oh, vamos! Dime que tú no atiendes nunca ninguna llamada...

—Claro que sí, al tiempo que saco adelante toneladas ingentes de trabajo, el mío y el de ella, que se limita a descolgar de vez en cuando y a apretar, con mucho esfuerzo, el dispositivo de apertura de la puerta.

—Recuerda que todavía tienes que demostrar tu valía, sabes muy bien por qué te hemos contratado.

—¿Porque no encontrabais ninguna otra imbécil que se conformara con seiscientos al mes? —aventuro seca. Luisito salta de su silla.

—Por compromiso familiar, querida Marta. Por la misma causa por la que invierto cada mes miles de euros en los locos negocios de tu madre.

—¿Locos? No irás a decir que no te ha salido rentable la inversión.

—¡Nunca es suficiente! Tu madre no atiende a mis consejos, es tradicional y lenta, es una auténtica pesadilla para cualquier socio.

La bilis sube y se pasea por mi garganta. Puede que mi madre sea una mujer difícil, pero no consiento que la insulte en mi presencia. Sus trajes de gala son pura artesanía. Levanto una mano para silenciarlo.

—Desde luego, Luis, vas por buen camino para ser el más rico del cementerio. Te enterrarán con todos tus millones alrededor, los billetes entre los dientes y las monedas en el culo.

—¡Marta!

—¿Qué?! ¿Marta, qué?

Mi casi-cuñado hace unos ruidos muy raros. Como el gorgoteo de un desagüe. «*Ugh, ugh*». Está congestionado, por un instante pienso que se ahogará en su propia rabia.

—¡Cuida esa lengua!

—¿Me estás echando en cara que soy hermana de Silvia? —pregunto dolida— ¿Te crees que no me gano el sueldo miserable que piensas pagarme?

El rubicundo Luisito no responde, solo me dedica una mirada vacía.

—Ava es una holgazana —declaro finalmente.

—Ava es cosa mía —responde muy convencido. Entorno los ojos. Algo no termina de cuadrar.

—Pues para ti enterita. Yo pienso hacer mi trabajo y ni una micra más. Lo que quede pendiente y colgando, ya sabes a quién agradecerárselo.

Sin darle tiempo a que replique y me cante las cuarenta, abandono su oficina a paso ligero. Tengo un compromiso ineludible y puedo llegar a Puerta del Sol cogiendo el metro a un par de calles de distancia.

16

Tres son multitud

Desde luego, hoy no es mi día. Cuando llego a la heladería no espero encontrarme con Jo comiéndole los morros a Simón, disimulando rápido cuando Luca aparece procedente del baño. Celebra mi llegada y confirmo que están todos juntos.

—¿También te ha llamado a ti? —curioso al oído de mi amiga.

—Hemos quedado varios para tomar un helado y un par de copas antes del teatro. —Por mi cara de pez deduce que no sé de qué habla—. Alessandro forma parte de una compañía, hoy estrenan su última obra, venimos muchos del grupo universitario.

Maldición, yo no sé nada, Luca no me ha informado acerca de ninguna obra. Así que no se trataba de una cita romántica. Solo una bobalicona como yo podía imaginarse el cuadro perfecto, compartiendo una única copa de helado de pistacho, con las cabezas muy juntas, respirando el mismo aire, enlazando confianzas. Mientras medito todo esto, otros cuatro miembros del grupo de siempre se nos unen y cambiamos de local. Este, que desconocía, es muy vanguardista y colorido, decorado en violeta, pasando por diversos tonos de fucsia, magenta y chicle. Sirven cócteles explosivos combinados con helado. Habría sido insuperable como foro de nuestra primera cita, maldita sea.

Luca se muestra inusualmente inquieto, no para de consultar sus mensajes y ya ha redactado un par o tres. Lo espío con el rabillo del ojo mientras chupo la bola de mi cucurucho. ¿A quién espera con tanta impaciencia? Miro alrededor con cierto desasosiego. ¡Oh, no! Rubia a la vista, camina grácil del brazo de una amiga, sin prisa, sin molestarse en acelerar. Hasta frena para soltar al aire una carcajada. Percibo de nuevo la calma en el objeto de mis deseos.

Miriam saluda y se disculpa por la tardanza.

—Ya casi llegábamos, pero a Amalia se le ha partido un tacón, hemos ido de compras aceleradas.

Las amigas cruzan una mirada y rompen a reír. Escucho que el resto del grupo, incluida Jo, le baila las aguas y me arde la garganta, mi mueca plácida se desfigura de coraje. Así que a mí me cita en Palazzo, que no es ni de lejos el punto definitivo de encuentro, y a ella le facilita la dirección correcta. A ella sí. Se acomodan y Miriam queda a la derecha de Luca mientras que yo ocupo el asiento de la izquierda. Trato desesperadamente de llamar su atención.

—Luca...

Inútil. La rubia empieza a narrar no sé qué absurda anécdota de cuando era más joven y hacía teatro, los ha encandilado a todos, sin excepción. Pido un café irlandés bien cargado y me lo

zampo de cuatro tragos. Miriam viene dentro de un vaporoso vestido fucsia que la asemeja a una deseable gominola de fresa. ¿Buscó expresamente hacer juego con la decoración del bar o ha sido pura casualidad? Miro de soslayo mi traje gris oscuro ribeteado de blanco. No es que sea feo, pero a su lado parezco una monja de clausura. No debí venir directamente del bufete.

Tampoco me doy por vencida. Hasta apoyo la mano en el antebrazo de mi chico. Me sorprende lo fuerte que está.

—Luca, yo...

Sin mirarme, hace una seña para que me calle. Suave, gentil, pero lo suficientemente distraída como para que yo me ofusque. Me levanto para ir al baño y cuando atravieso las puertas del local, aún puedo oír a mi espalda las carcajadas de un grupo entregado a Miriam.

Joanna trota detrás de mí. Estoy furiosa, me recluyo en el retrete y cierro con un portazo. Ella respeta mi cabreo y se mete en el de al lado sin articular palabra. Solo cuando nuestros chorritos se acompañan, me aconseja.

—Nena, controla esos prontos tuyos.

—La Miriam de los huevos, ¿quién se ha creído que es? Llega la última y se convierte en el centro de atención. Se cree irresistible, es una de esas gilipollas que no pueden dejar de ser protagonistas ni un solo minuto, porque se atragantan con su puto egocentrismo.

Tiro de la cisterna como si me debiera dinero, salgo y me doy de bruces contra Amalia, que aguarda apoyada en los lavabos de mármol y me lanza una mirada asesina. Me encojo más todavía, se me abre la boca, no sé qué puedo decir en una situación como esta. Tampoco tengo tiempo, Amalia sacude la cabeza como si espantase moscas y se va.

De nuevo fuera, mis ojos vuelan sin querer hasta la cara de Miriam, que me observa con una mueca afligida. Su confidente ha debido de ponerla al tanto. No puedo con mi vergüenza, me quiero morir. Me gustaría beberme de tres en tres un buen surtido de mojitos, para tener algo a lo que culpar. Puede que la combinación entre el whisky y mis medicamentos hayan propiciado mi desinhibido comentario, pero no estoy borracha, ojalá lo estuviera. Ojalá llevase encima una monumental cogorza y mañana no recordase nada en absoluto.

Me pongo en pie, sonrío mostrando todos los dientes para que quede claro que estoy feliz y encantada, murmuro una disculpa acerca de mis obligaciones del día siguiente y me esfumo. Miriam, Luca y los demás irán al teatro y quemarán la noche juntos.

Bien por mí. Si Dios no lo remedia, la depresión de caballo percherón es mía.

Paso una noche horrorosa y por la mañana mis ojos parecen dos puñaladas en un tomate, enrojecidos, rodeados por un surco sospechoso que no me favorece demasiado. Me acuerdo de Miriam y se me avinagra la saliva, pero también me inspira para elegir prendas: un vestido anaranjado muy femenino que Silvia se empeñó en darme, con el que no parezco ni yo. Me miro al espejo y de inmediato se dispara mi moral. Bien, me resultará de utilidad a la hora de enfrentar a la floja de la china y a mi cuñadito. Vaya par. Cómo la defiende. Debería preguntarle a Silvia si

Ava es otro compromiso familiar. En cualquier caso, pienso entrenarme a fondo en el sutil arte de decir «no» alto y claro, espantar abusones y mandar a la mierda a todo aquel que en mayor o menor grado, lo merezca. La usaré como *sparring*, ella se lo ha buscado.

Esto... También debería comprarme una bicicleta.

No sé por qué lo pienso justo ahora, llevo años deseándola, estaría bien poder desplazarme con ella hasta el despacho pasando del metro, cuando haga bueno. Pero claro, raro es el día que no me duelen a morir las piernas. Vuelvo a recordar los ojos desolados de Miriam, mirándome en un mudo «¿por qué?» y mi estómago se retuerce por cuarta vez.

Ava me ignora. Estamos a menos de metro y medio de distancia y hace como que está sola. La muy cerda ha colocado el teléfono exterior a modo de parapeto separador, supongo que para que cada una atienda el cincuenta por ciento de las llamadas entrantes y ni una más. Vale. Le respondo con la misma moneda, incluyéndola como copia en los *mails* que voy contestando y le reservo la otra mitad.

Enchufada tocapelotas.

Encuentro una nota en mi zona de la mesa, es de Luisito alertándome de que si se comunican desde la secretaría de Instrucción número tres, le pase la llamada con urgencia. De acuerdo, debe de tratarse de algún caso importante; la pego en el borde superior de mi pantalla para tener presente el encargo. Cuando Ava se levanta sin articular palabra, se mete en el despacho de Luis y cierra la puerta, deseo que no vuelva a salir. Yo podría llevar de sobras aquel mostrador y aquellas tareas además de las cuentas; la contabilidad del bufete es una patochada sin complicaciones. Se me dan bien los números, quién iba a pensarlo. Toda la vida queriendo ser legalista y al final resulta que lo mío son los balances de activo y pasivo, lo cual trae de nuevo a Miriam a mi cabeza. Me muerdo el labio inferior, saco mi móvil del bolso, vacilo y, a continuación, marco el teléfono de mi italiano favorito. Oír su voz me produce un extraño y delirante efecto, me derrite.

—Luca, soy Marta.

—¡Hombre, Martita! ¿Qué hay de nuevo? ¿Te despides de tu bufete y te pasas a la competencia? Te advierto que aquí necesitamos con urgencia un toque femenino que nos rehabilite.

Al menos no parece enfadado.

—Tengo que contarte algo, tiene que ver con Miriam.

—¿Con Miriam?

Cojo carrerilla y lo suelto todo del tirón. Mi metedura de pata, mi sincero arrepentimiento, mis ganas de arreglarlo si es posible.

—¿No te ha contado nada ella? —indago mustia.

—En absoluto.

—Encima es buena persona —bufo desconsolada.

—No lo dudes, ¿por qué no lo aclaráis?

Me escuecen los ojos. Hablo en susurros para que el jefe no se percate de que invierto los

valiosos minutos laborales cascando de asuntos privados y, luego, tengo la desfachatez de acusar a Ava de lo mismo.

—¿Qué tengo que aclarar? —gimo—, ¿que soy una chismosa imperdonable? Te juro que no lo pensaba, si ni siquiera la conozco, fueron los malditos cócteles.

—Habla con ella —repite—, yo haré de mensajero intermediario.

—Te agradezco que te tomes tantas molestias por mi inexcusable indiscreción, casi no sé qué decir.

—Bah, las dos sois estupendas, seguro que llegáis a ser fantásticas amigas. Concierto una cita y te la confirmo por mensaje. ¿Tienes la tarde disponible?

—A partir de las cinco. Te dejo, Luca, hay una insistente llamada exterior que amenaza con dejarme sorda.

Nos despedimos con premura, pulso el interruptor y suelto mi retahíla de secretaria perfecta. Joder, es el juzgado de Instrucción número tres, intento pasar la llamada a la extensión de Luisito, pero no responde.

—Un segundo, por favor, manténgase a la espera que aviso a mi jefe.

Llamo con los nudillos a su puerta. Nada. Insisto agobiada, convencida de que la secretaria judicial no es una persona muy paciente y no permanecerá pegada al teléfono por una eternidad. Respiro hondo y me planteo pasar. Tengo las mismas ganas de verle el careto a mi casi-cuñado que de que me atropelle el AVE, pero soy profesional y cumplidora. Empujo la puerta con decisión y con los ojos clavados en la moqueta.

—Disculpa, Luis, la secretaria del Instrucción tres por la línea uno.

Un súbito y frenético movimiento llama mi atención y alzo la mirada. Serán figuraciones mías, pero juraría que he pillado a Ava recostada en el regazo de mi cuñado. Qué tensión. Los tres nos ponemos como la grana. Son dos segundos, ni eso, pero se me hacen infinitos. Vuelven mis ojos al suelo, de donde no debieron haber salido.

—Pásala, pásala —me aviva Luisito con azoro. Asiento una vez con la cabeza y hago amago de cerrar la puerta, pero lo pienso mejor y la dejo entornada. Desde mi silla tras el mostrador, veo salir a escape a Ava, que, atolondrada, se cuelga el bolso del hombro y se va a la calle.

La infidelidad es una constante

Dos horas más tarde, sigo sola con todas las exigencias administrativas del bufete sobre mis espaldas. Silvia debe de estar en los juzgados, no ha aparecido por aquí. Luisito me reclama a través de la línea interna. Carraspeo antes de decidirme a pasar; lo que vi o lo que me pareció ver se sucede en mi memoria como un mal sueño, a vertiginosa velocidad.

—Pasa, Marta, pasa, por favor, siéntate. —Suena de lo más amable. Indeseable cabrón... Obedezco. El tono de su voz es estridente, se abotona la chaqueta con dedos torpes—. Esto... Quería pedirte... En fin, supongo que cuento con tu total discreción.

Ya lo tengo claro, acaba de hacerse la luz en mi desmotivado cerebro. Lo observo con cautela.

—Eso que has visto... —Se pone en pie y se desabrocha los mismos botones, bizco como un camaleón— no era más que una broma inocente.

—Mi hermana no se merece que la engañen —acuso con dureza. Luisito viene a sentarse en la esquina más cercana de la mesa. Sonríe exagerada y artificialmente.

—Por supuesto, por supuesto, ¿quién lo duda? Ya te digo, es un pasatiempo inofensivo que no va a ningún lado.

Me muestro escéptica, pero no digo nada. Veo que se pone más nervioso a cada segundo que transcurre. Me invade entera una maligna sed de venganza. O todo lo contrario, de que se haga justicia.

—¿Tirarte a la secretaria lo llamas «pasatiempo»? Si te acuestas con una vecina, ¿qué será entonces? ¿Un crucigrama? ¿Una sopa de letras?

—Marta, quiero a Silvia, te lo juro. —Sus ojos suplican. Regresa tropezando a su mesa y se pone a salvo detrás—. No haría nada que la dañase.

—Te aseguro que le dolerá en cuanto se entere —firmo con un velo de sutil amenaza en mis palabras. Los ojos de Luisito se abren de miedo.

—Pero no va a enterarse, ¿verdad que no? No ganaríamos nada.

Ya está bien de ser buena, decido ponerlo en un aprieto. Si él no tiene escrúpulos, yo tampoco.

—En realidad sí. ¿Cuánto vale mi silencio? —Me contempla sin entender—. ¿Lo mismo que cobra la chinita complaciente, por ejemplo?

El rostro de mi casi-cuñado se crispa y se deforma con la rabia.

—¿Estás chantajeándome? No puedo creerlo.

—Yo tampoco puedo creer que manosees a la recepcionista en las narices mismas de mi pobre hermana, pero en fin, si prefieres no llegar a un acuerdo... —Apoyo las manos en los brazos del

sillón y hago como que me levanto. Luis me frena con una mano extendida.

—¡No! ¡No! Me parece justo. A partir del mes próximo cobrarás lo mismo que ella.

—Y como contrapartida, y en beneficio de las cuentas del despacho, ella debería cobrar lo mismo que yo ahora; total, para lo que hace... Salvo que entendamos que se le retribuye por otros servicios específicos —remacho con intención. Las mejillas de Luis vuelven a arder.

—Todo se andará —encaja el golpe y promete en voz baja.

—Y darás por zanjada vuestra relación —exijo sin inmutarme. Luis me obsequia una ojeada de intenso resentimiento. Ladeo la cabeza—. Haz lo que quieras, cuñado. No olvides que te vigilo. —Me llevo los dedos índice y corazón a los ojos formando una «V» y, a continuación, lo señalo a él.

Ava no se digna a regresar, debe de estar en un bar enjugando el disgusto, o de tiendas puliéndose la Visa, cualquiera sabe. Yo tengo una cita con Miriam a las seis y media en el Starbucks de Callao y, para hacer tiempo, me quedo en el bufete después de la jornada y adelanto el trabajo del día siguiente. La jugarreta a Luis ha sido tan memorable como mezquina, no me siento orgullosa, pero un sueldo que triplica el actual, que hace llorar de risa a una estatua, me permitirá por fin independizarme, disponer de mi propio minipiso y no tener que soportar las ínfulas de mis parientas ni una semana más.

Mañana, sin falta, me pongo a buscarlo.

Camino hasta bien entrada la Gran Vía, sin parar de darle vueltas a la cabeza. ¿Qué interés puede tener Miriam Segura, la chica diez, en hacer las paces con alguien como yo, la chica tres y medio? Quiero decir, que no tendrá la menor intención de ser mi amiga y solo se desperdicia energía aclarando malentendidos con alguien, si ese alguien te importa. Yo, por ejemplo, por Luca iría al fin del mundo. Por Sandrita tocapelotas, siendo mi hermana, ni a la esquina de enfrente. La cafetería tiene media docena de mesas dispersas por la terraza y la temperatura invita a relajarse delante de una bebida. Miriam levanta una mano por encima de su cabeza y la agita para llamar mi atención. Íntegramente vestida de rojo, con un pantalón estrecho, top ancho por fuera y sandalias. Me extraña que no tenga un corro de admiradores cantándole alrededor, o la tuna de la Facultad de Medicina, que tienen fama de *playboys*. Está más guapa que nunca.

Yo tampoco estoy mal. Me alegro de haber escogido el vestido naranja. Me acerco con una sonrisa timorata y me quedo de pie junto a su mesa sin saber bien qué paso dar a continuación. Me aborda con un abrazo apretado que parece sincero.

—Me alegro de que hayas venido.

—¿Te alegras? —Apoyo el trasero en la silla sin poder ocultar mi nerviosismo y la miro con admiración.

—Pues claro, mujer. ¿Qué tomas?

—Lo que pasó...

—Lo que pasó no tiene importancia, las mujeres somos así, no lo podemos remediar. Llega una

nueva a la pandilla, recibe unas cuantas atenciones más de lo normal y nos enfurruñamos. A mí me ha pasado diez mil veces.

No me creo nada. Pero qué maja por intentarlo.

—Seguramente cuando ocurrió aún irías al colegio —gruño. Y al mirarnos, estallamos en carcajadas cómplices—. Una Coca-Cola con hielo y sin limón, por favor. Ah, no, demonios, que somos pasto de «la franquicia» —marco las comillas con los dedos y una ácida ironía—. Pues un frapuccino de esos, hasta los topes de químicos. Lo dicho, cuando eso pasó, si es que pasó, debías de tener unos doce años.

—Bueno, ya tengo unos pocos más —ríe—; precisamente en un abrir y cerrar de ojos será mi cumpleaños.

—¡Y el mío! ¡Qué casualidad! —Le agradezco que esté haciendo tan llevadera la situación, esta tía es genial, se comporta conmigo como si nunca la hubiese ofendido. Soy yo y, en su lugar, me habría arrancado los empastes.

—¿Qué día?

—El dieciocho de junio.

—¿En serio? ¡Nooo!

—¡Sííí! ¿Y el tuyo?

—¡El mismo día! —exclama eufórica—, no puedo creerlo, cumplimos años el mismo día. ¡Vamos a brindar!

Esperamos a que llegue mi bebida y hacemos chocar las tazas con un entusiasmo desmedido, como si nos conociéramos de toda la vida y no costase contarnos intimidades.

—Claro que con unos siglos de diferencia —dice guiñándome un ojo.

—Ya será menos. Cumpló veinticinco.

—Yo treinta y ocho.

Hostias, estoy a punto de escupir lo que llevo en la boca, eso sí que no puedo creerlo. La miro con los ojos desorbitados y ella rompe a reír de nuevo; sus risotadas son cristalinas, infantiles y ella es divina, encantadora, seguramente lista, brillante, divertida, asquerosamente perfecta. Lo más horrible de todo es que podría conquistarme sin ninguna dificultad. A mí y a cualquier ser humano andante sobre el planeta Tierra. Le dedico mi mirada penetrante, la de mujer a mujer.

—Te estás quedando conmigo.

—Si quieres te muestro el DNI, treinta y ocho hermosas primaveras —confiesa, no sin orgullo—. A punto de convertirme en cuarentañera.

—No... no lo aparentas, para nada.

—No me puedo quejar, la genética fue generosa. Como medio bien, camino media hora al día, bebo agua cuando me acuerdo y, eso sí, duermo como un leño.

—Yo leo mucho, muchísimo —comento por decir algo. Me mira, abre una barbaridad los ojos y sonrío.

Al cabo de un rato, hablamos como cotorras desquiciadas.

—Oye, ¿sabes qué? ¡Podríamos montar una fiesta común de cumpleaños! —Se le ilumina la cara, no hace falta, ya era radiante antes, esa sonrisa permanente suya es como el foco de un faro marino—. ¡Sí! Organizaremos una fiesta y juntaremos a todos nuestros amigos.

Doy un repaso mental a mi lista de invitados... Joanna... Silvia, Silvia, Joanna... Luego también tengo a Joanna, a Silvia... Y a Luca. Pero ese amigo es común. Me entran ganas de morirme.

—Mi presupuesto es más bien limitado —le informo para que no se haga falsas expectativas que puedan dar al traste con la fantástica iniciativa. Ella le resta importancia dejando caer la mano de arriba abajo.

—No pasa nada, yo me encargo, nadie tiene por qué saberlo. Es nuestro cumpleaños —vuelve a sonreírme—, el de las dos.

Se me empañan los ojos, escondo las manos entre las rodillas.

—¿Serías capaz de hacer eso por mí después de lo mal que me he portado y lo perra que he sido?

—Marta, estoy convencida de que eres una gran chica y yo siempre he deseado una hermanita pequeña. —Enlaza sus dedos con los míos y me sacude la mano, entusiasta—. Podríamos serlo, ¿verdad que sí?

—Soy una zorrasca de los infiernos.

—Eres tonta del culo.

Joder, alguien hermoso quiere cuidar de mí. Mis entrañas se abren en canal como una cremallera y siento que tengo tanto amor empaquetado para dar, como el que estoy dispuesta a recibir, que necesito este intercambio energético con urgencia, igual que el aire que respiro porque hasta ahora me han querido bien poco. Empezando por mí misma.

—Sí —hipo emocionada—, podríamos.

18

Liberación materna

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Había asistido a clase tres días consecutivos, todo un logro. Mamá pudo escarbar unas horas para dedicárselas a su marido, a costa de inundar nuestro pequeño piso con hasta cinco trajes de boda que tuvo que terminar de coser ella solita. Silvia y yo le hacíamos de maniqués encaramadas en una silla. Una de las veces, al darme la vuelta y mirarme al espejo, supe que nunca vestiría uno de aquellos ni en mis mejores sueños, y el alma se me llenó de suspiros y los ojos de lágrimas silenciosas.

El caso es que llevaba tres días sin ver al chico simpático de las curas. Pero no me había olvidado de mi padre y seguía asumiendo la tarea de bajar a la farmacia a por sus calmantes y sus pomadas desinfectantes. El dolor de su pie era ya insoportable y ascendía vertiginosamente hacia la rodilla. A mí, entre tanta subida y bajada, la escalera se me hacía infinita.

Irrumpí en casa como una tromba y me extrañó no ver a nadie en el saloncito, salvo a mi padre engarfiado al mando a distancia y con los seis sentidos, incluso el común, puestos en el partido de fútbol que retransmitían por televisión. Lo abracé por detrás del sillón, pasándole un brazo por el cuello y besando suavemente su mejilla áspera, afeitada regulín.

—¿Hay alguien en casa? —pregunté. Él no separó sus ojos acuosos de la pantalla.

—Cocina. Tu madre y tu hermana... Creo que andan por... ahí.

Cuando se ponía así, en trance deportivo, era mejor dejarlo porque casi nada de lo que dijese tendría sentido. Esa era, probablemente, una de las razones por las que no me casaría nunca: debe de ser muy decepcionante ver a tu príncipe azul mirando embobado a once congéneres que corren en pantalones cortos detrás de una bola, se tocan los genitales, escupen al suelo y se gritan groserías. ¿De verdad lo encuentran emocionante?

Me saqué las deportivas de un tirón y arrastré mis pies hasta el cuartito donde cocinábamos. Era muy pequeño aunque acogedor, lo cual incitaba a pasar allí mucho más tiempo del necesario. De hecho, estoy convencida de que habríamos recluso la vida familiar completa entre aquellas cuatro paredes de haber cabido. Desde antes de entrar, me sorprendieron los rumores de cuchicheo entre mi madre y mi hermana. No era la primera vez. Como tampoco era la primera vez que cortaban en seco su intercambio de información cuando veían mi flequillo aparecer por la

puerta. Sería el cansancio, los nervios del examen de física aplicada que tenía prácticamente encima o los apuntes aún por recolectar, pero esta vez me sentó más que mal y no me molesté en ocultar mi enfado. Permanecí apoyada en el quicio y ellas dos me miraron al unísono con una expresión entre inocente y fastidiada.

—¿Por qué hacéis eso? —inquirí con frialdad.

Sé que quisieron aparentar que no me entendían. Mi madre hasta abandonó su silla y desvió el asunto.

—¿El qué? ¿Tienes hambre?

—Callaros cuando entro —insistí—. ¿Se puede saber por qué lo hacéis?

—Voy a hacerte una tortilla a la francesa, no tengo otra cosa y estoy molida. Si quieres algo más, busca en la nevera, hay embutido...

—Mamá, te agradecería que por una vez me contestaras. —Miré a Silvia de hito en hito—. ¿Y bien? ¿Qué es lo que se supone que no puedo oír?

Algo en la resolución de mi tono las empujó a pensar que no me daría por vencida hasta lograr una respuesta. Podían mentirme, claro, pero mi familia destacaba, precisamente, por su comportamiento sincero hasta cuando no era necesario y oír la verdad sentaba como una patada en los dientes.

—Siéntate —pidió Silvia en tono monocorde. Mi madre seguía cascando huevos, pero le dirigió una mirada nerviosa—. Mamá va a despedirse del taller de doña Amparo.

Así de repente, no supe cómo tomármelo, ya que pese a constarme el descontento y las malas condiciones laborales de mi madre, llevaba allí toda su vida. Desde que yo tenía uso de razón, los vestidos de novia del taller «El Gran Día» y Maruja Torres de Robles eran gemelas siamesas. La sorpresa me impidió hacer otra cosa que no fuera abrir estúpidamente la boca.

—Va a montar su propio negocio —prosiguió Silvia con más ánimo.

—¿Cómo dices? ¿Sola? ¿Con qué dinero? ¿Dónde? Para eso hace falta un local...

—De momento, y para empezar, en el salón, aquí en casa —recitó Silvia sin inmutarse.

De locos. Si la casa era una caja de zapatos, ahora pretendían transformarla en una tienda.

—Con una máquina de coser basta para empezar.

¿Empezar? Eso implicaba un plan posterior para crecer o lo que quiera que se le hubiese ocurrido al calenturiento cerebro de mi hermana, visto que era la que llevaba las riendas del proyecto. Mamá batía los huevos con frenesí, lanzando alguna que otra mirada desesperada al vacío.

—No vamos a caber —advertí señalando lo evidente. Silvia se removió intranquila.

—¿Nadie te ha dicho nunca que querer es poder? —En ese terrible momento, mamá echaba el huevo a la sartén y me sobresaltó el chisporroteo.

—A ver, yo...

—Tengo los patrones —aclaró mi madre sin convicción. La miré con los ojos como platos.

—¿Qué patrones?

—Los de los trajes. Los cogí de «El Gran Día».

—Pero, mamá..., eso es robar —me escandalicé. Su timidez se volvió pasión cuando trató de defenderse.

—No voy a diseñar trajes de novia, ni le haré la competencia, voy a usarlos como base y crear mi propia firma.

Ahí vi claro estampado el sello de Silvia la revolucionaria. Madre mía, yo me había perdido muchas cosas estando tan despistada. Le regalé una mirada acusadora.

—¿Qué le has metido en la cabeza?

—Ha sido ella. Por fin se ha cansado de que la exploten —casi gritó. En ese momento nos llegó un alarido de papá desde su butaca: «Gooooooooo!» y Silvia bajó instintivamente la voz—. Deberías alegrarte.

—Si me alegro, me alegro —era decirlo y sentirme como una cucaracha, porque lo cierto es que mentía, me embargaban las dudas, literalmente, me ahogaba en ellas. ¿Mi madre de autónoma? El día que las gallinas criasen pelo—, pero no quiero verla metida en problemas. Pueden acusarla de robar el fondo de comercio, los clientes, los modelos... No sé, tú eres casi abogada, deberías saberlo.

—Solo soy una estudiante de tercero.

Para lo que le convenía. Mamá traía un plato con mi tortilla, aunque de pronto el estómago se me había hecho un nudo. Lo depositó sobre la mesa y apoyó una mano en mi hombro. Sufrí un temblor.

—No tienes de qué preocuparte. Voy a confeccionar trajes de gala y cóctel.

Creí que me caería de culo.

—¿Trajes de gala? ¿Qué sabes tú de eso?

—Sé que los patronos me servirán. —Frunció los labios con disgusto—. Basta, ¿no?

Básicamente, me quedé sin obstáculos incómodos que sacar a relucir. Todo parecía tan redondo, tan proyectado de antemano, que ¿quién era yo para aguarles la fiesta? Así y todo, murmuré:

—¿Tenemos dinero para montar un taller?

—Va a pedir un préstamo —informó mi hermana. ¡Vaya si tenían adelantadas las negociaciones!

—¿Lo sabe papá?

—Tu padre no está para verbenas —replicó mi madre de mala gana, apartando la vista.

—Pues te recuerdo que los préstamos hay que pagarlos.

Silvia saltó en su silla como un muelle recién engrasado, con demasiada energía como para pensar que estaba calmada. Me arrugué sobre mí misma.

—¿Ves lo que te dije? —Miró a mamá pero me señalaba con un dedo estirado, como si yo fuese un mueble decorativo—. Especialista en poner pegas, no ve más que lo negativo. —Mamá asintió y esa coincidencia de juicios en mi contra me dolió una enormidad—. ¿Y tú piensas defender a la gente? —se burló—. Pues vas a ser la abogada más mala de Madrid.

Me hundí en mi silla, si más era posible.

—¡Mujer!, si lo habéis calculado y lo veis factible... —reculé.

—Es factible —sentenció Silvia con su voz de plomo. Mamá volvió a agitar la cabeza como un títere.

—Bueno, pues entonces me alegro —balbuceé pasando a ocuparme de la tortilla que se enfriaba—. Será un gusto ver a mamá dejar de lamentarse y perder de vista a la buena de doña Amparo.

—Pues eso —concluyó mi madre despojándose del delantal. Ahora se la veía satisfecha.

—Pues eso —recalcó mi hermana—. Infinitamente mejor, resaltar el lado positivo de las cosas, que si lo buscas, siempre lo hay. Eres demasiado vieja para la edad que tienes, Marta. Por cierto, colaboraré en el problemita de la falta de metros cuadrados.

Levanté la cabeza por instinto.

—Sandra se mudará a nuestra habitación y su cuarto actual se convertirá en salita para ver la tele. Así mamá dispondrá del salón para sus telas y perchas, y para las máquinas. Estoy buscándolas de segunda mano en internet. Se empeña en no creerme, pero voy encontrando verdaderas gangas.

A mí las máquinas me traían al fresco. Era lo anterior lo que había puesto mis pelos como escarpías.

—¿Sandrita con nosotras?

—Corrijo. Sandra contigo. Yo me instalo con Luis en su apartamento.

Se me hizo una pelota amarga de tortilla atravesada en la garganta. Dosificarme la información habría sido un gesto de buena voluntad por parte de Silvia. Estaba claro que no tenían que me diera un ataque al corazón, pero estaba a punto de llegar. ¿Ahora resultaba que, para remate de la historia, mi hermana mayor se fugaba con su novio?

—¿Con Luis? —repetí incrédula.

—Tiene piso propio y está encantado con la idea; es la mejor opción, aquí estaríamos como sardinas en lata.

—¡Pero es un pijo... y tú una *reivindicatista*... o como quiera que se diga! —me exasperé. Sin embargo, a mi hermana parecía haberle tocado la primitiva.

—Tonterías...

—Vaya, ahora son tonterías, lo que cambian las cosas...

—¿Qué dices?

—¡Nada! ¡Que hagás, que hagáis, lo que creáis mejor! —Dejé la mitad de la tortilla sin comer y me marché a mi habitación aprovechando que papá, entretenido con el partido, no me reclamaría.

Me comporté como se habría comportado Sandra. El mismo tipo de infantilismo que me crispaba los nervios. Puse la radio a todo volumen y me tiré en la cama panza abajo, con la cara enterrada en la almohada. Estaba viendo el final de mis días. No es que me opusiera a que mamá prosperase, no era eso. Pero se avecinaba un lío: un préstamo, una mudanza, la pequeña bruja y yo compartiríamos seis metros cuadrados y el principal apoyo de que disponía, Silvia, se marchaba con un pretendiente que daba al traste con toda su ideología progresista. Mi desesperación llenó

toda la casa.

19

El amor que siempre es bienvenido

Creo que la improvisada reunión con Miriam ha marcado un antes y un después en mi sosa vida. He tomado una decisión trascendente que lo cambiará todo: quiero parecerme a ella (vale, carezco de rizos rubios y mis ojos no son verdes, pero puedo explotar mis atributos). Me refiero a su seguridad y a su carisma.

Ignoro si Silvia está al corriente de lo de mi subida de sueldo. Ava se ha tomado unas repentinhas e innmerecidas vacaciones, y yo les demuestro en esos veintitantos días, que soy más que capaz de llevar las gestiones al dedillo y que ella no es necesaria. Me consta que mi hermana le ha planteado a Luisito prescindir de la chica, porque los he escuchado discutir. Él se opone. Argumenta que cuando la cartera de clientes crezca, pueden asignarme despacho propio para que me encargue de la contabilidad, nóminas y cero tareas administrativas: todas les serían devueltas a la fiel Ava.

Ayquejoerse. Como las desarrolla tan requeitebién... Eso sí, bajo la mesa debe chuparla de escándalo.

Aprovechando mi actual mejoría, asisto a clase en una academia que me prepara para la Universidad y tanto Luca como Miriam, cada uno por su cuenta, me ayudan con las lecciones. Ella se está convirtiendo en un pilar fundamental de mi rutina, ahora que Jo, enamorada hasta las cejas, dispone de tan poco tiempo libre que dedicarme. Incluso me ha acompañado a visitar algunos apartamentos y por fin me decido por uno chiquito, céntrico y soleado, que con la inestimable ayuda de Ikea, como ella dice, se convertirá en una madriguera entrañable. En un edificio con bastantes décadas a cuestas, en un barrio en el que poder salir a tirar la basura después de haber anochecido, sin un trabuco a la espalda. Sería feliz viviendo en una zanja con tal de que mi hermana Sandra no perteneciese al vecindario.

En cuanto a Luca...

¿Qué puedo decir? Vivo pensando en él, respiro pensando en él. Ansío oír su voz a cada minuto. Cuando quedamos para tomar algo, soy incapaz de otra cosa que no sea admirarlo, sus palabras se amontonan en mi cabeza como frases sueltas sin sentido, porque no les presto la debida atención. Nos intercambiamos libros y hemos fundado una especie de club de lectura del que solo nosotros somos socios. Cada quince días, nos reuniremos en una cafetería para comentar el libro seleccionado y elegiremos el siguiente. Es mi motor, mi empuje. Él y Miriam, al margen de Silvia y Jo, son los únicos seres humanos contra los que no descargo mi amargura, porque a veces la rabia me arrastra, tira de mí y me sorprende diciendo cosas políticamente muy incorrectas,

hiriendo incluso a alguien a quien admiro.

Otra cosa: mamá se toma mi independencia como una bofetada y me ha retirado el saludo. No entiendo nada. Supongo que se le pasará, todo se le pasa en cuanto tiene otra cosa con qué distraerse. Sandra sigue obsesionada con su propio mundo, sus problemas son los más grandes y si te ocurre una desgracia, ten por seguro que se sacará de la manga una propia con la que siempre te aventajará. No sabe vivir sin ser el ombligo del puto universo. No la echo de menos en absoluto.

Mis pensamientos retornan a Luca. Mi historia de amor con él camina demasiado despacio. La química es incontestable, nos comprendemos, nos necesitamos, pero todavía no me ha besado. Los episodios de tensión sexual se suceden, pero sus labios siempre acaban en mis mejillas. Me he planteado girar la cabeza para recibirlo con la boca, como si se tratara de un accidente, pero me da vergüenza que me rechace y malograr nuestra amistad. Me digo a mí misma que los meses transcurren y su corazón debe de estar casi curado del desengaño anterior. Se decidirá pronto; mientras, es mejor pasar desapercibida. Algo hay en lo que ocurrió siete años atrás que lo frena.

Abel es el que me confunde. Queda con el grupo, se une a nuestras salidas y me acecha. Es guapo, no puedo negar que su aparente interés me halaga, pero siento miedo, hay algo de inaccesible en su persona, es un poco chulo, un poco donjuán, un poco ¿mentiroso? Un poco muchas cosas y ninguna buena. Nuestras conversaciones son triviales, no conducen a nada, pero sus pupilas me persiguen incesantes. Me toca con cualquier excusa y yo me ruborizo o me estremezco, no estoy acostumbrada al tacto ajeno, me disgusta. En cualquier caso, Luca es lo primero en mi folio de prioridades, si bien no puedo dejar de apreciar que Abel siempre logra que lo busque con la mirada y contenga la respiración, casi como si me gustara. Bueno, de acuerdo, me gusta. Abel le gusta a cualquiera que tenga ojos aunque a mí..., no, no de ese modo. Sé que está jugando pero a veces me arrastra, no veo que emplee con otras chicas del grupo las mismas armas que conmigo, y eso me hace sentir ridículamente especial.

Miriam ha organizado la fiesta en un popular restaurante, camino de la sierra. Han movido las mesas y retirado las del centro para hacer espacio, montan una única y larga que acogerá a los invitados y el resto sirve para bailar y acceder sin obstáculos al bar a por las copas. Ha pagado barra libre para todos, me parece una exageración, pensarán que yo también colaboro en el coste y eso me abochorna. Me ruega por activa y por pasiva que me relaje y me limite a disfrutar, que no le dé vueltas a la factura. Lo intento, de verdad que lo intento, con todas mis fuerzas, pero no funciona. Silvia acudirá con Luisito y Sandra declina la invitación sin molestarse siquiera con una mentirijilla piadosa. Aquí estamos todos, vestidos con nuestras mejores galas, sonriendo entusiasmados entre globos y cadenetas. El ambiente festivo me traslada a las Nocheviejas de cuando era cría, cuando papá aún era el timón de la familia y en el árbol genealógico no volaba tanta bruja. Luca y Abel rompen corazones a su paso, con sus vaqueros gastados y sus camisas con las mangas arremangadas, estampada en el caso del italiano y azul cielo en el de Abel. Lógico que entre ellos no hayan hecho demasiadas migas, son dos machos alfa observándose con recelo todo

el tiempo. Me ofrezco a cargar un par de bandejas de canapés, necesito con urgencia sentirme útil, en lugar de una adjunta aprovechada.

—¿Dónde están? —pregunto.

—En el almacén, dentro del refrigerador grande —me indica el camarero—, pero no se moleste, señorita, ya voy yo.

—Deje, deje. —Como no haga algo pronto, me va a dar un ataque.

Abro la nevera y localizo las bandejas de canapés en el estante inferior, casi a nivel del suelo. Flexiono la cintura, que cruje y me duele bastante, me inclino para recogerlas y cuando me alzo y me vuelvo, me topo con Luca estudiándome muy serio. Y demasiado, demasiado cerca.

Me ha estado mirando el culo. La energía que desprenden sus ojos y su metro ochenta y cinco de estatura es diabólica, no se parece a nada que me haya abordado antes. En la penumbra del almacén, lejos de todos, con la música amortiguada por la distancia y las puertas cerradas, estoy convencida de que Luca dará un paso adelante.

Puede que me bese. Puede que recobremos lo que perdimos.

Se acerca todavía más y mi corazón retumba a lo loco, sudo y me descompongo abrumada por la proximidad. Las bandejas tiemblan en mis manos. La intensidad de su presencia me acalora, los pensamientos se mezclan con el deseo: su tacto, sus besos, su olor, su aliento. Luca dentro de mí, amándome como siempre he soñado. Fundida en el calor de esa mirada, abro de par en par mis puertas dispuesta a llenar siete años de vacío.

—Marta...

Adoro mi nombre entre sus labios, suena mejor, distinto. Suena a caramelo para lamer. Elevo la cara, quiero verlo mejor, y nuestros ojos se enredan en una interminable danza que solo puede acabar de un modo.

—¡Martaaaaa! ¡Nenaaaaa, los regalos!

Mierda, mierda y mil veces mierda. Es Jo, que como una avalancha de nieve, entra, barre y lo congela todo.

—Espera, te ayudo con esto —se ofrece Luca.

Y al arrebatarme las bandejas con los saladitos, nuestros dedos rozan y se reconocen. Me estremezco, incapaz de obviar la atracción imparable que siento por él, por tenerlo. Pero la fiesta aguarda y mi amor gira sobre sus talones y me abandona. Siento que mi piel, ansiosa, viaja a su lado, que se desprende de mi cuerpo de un modo casi visible y lo persigue.

Encuentro a Miriam desmontando un paquete tremendo, una caja de rayas celestes y blancas con un lazo en la parte superior que parece una sombrerera antigua. No me equivoco: con un grito de entusiasmo que enternece los rostros de los presentes, mi nueva amiga extrae un *fedora* de fieltro color violeta intenso que coloca sobre su cabeza y la convierte instantáneamente en una estrella del celuloide americano. Ojalá yo tuviera tanto estilo.

—Creo que ha llegado también tu momento —me susurra Luca casi al oído. Tropezco con mi propio pie y me falta muy poco para caerme de bruces. Me pone en las manos una cajita no

demasiado grande y, cogida por el codo, me conduce a la gran mesa donde Miriam ya la emprende con otro envoltorio.

—No, aquí no —protesto, con todo este público me siento demasiado expuesta—, podría abrirlos ahí detrás...

—¡Nada de eso! —me chilla Joanna—. ¡Todos queremos ver qué hay en los paquetes! —Y me entrega el suyo.

Comienzo con el de Luca; me tiemblan las manos, contengo el aliento visualizando una y otra vez lo que estuvo a punto de pasar en el almacén. Si Jo no hubiese aparecido gritando...

—¡Oh! ¡Otra bola de nieve! —La muestro orgullosa.

—Para tu colección. —Luca sonrío y levanta una segunda caja con gesto cómplice—. Y para una chica que se porta *taaaan* bien, eso no es todo, hay algo más...

Bajo el aplauso de los invitados beso la bola de nieve, esta vez son chispitas brillantes de colores y en el núcleo de la esfera anida un libro abierto. Un recordatorio de nuestra pasión compartida, las historias con cara de papel. Y la pesada caja contiene una colección completa de novelas de Stephen King. Salto de alegría y me anudo a su cuello; me facilita la maniobra apoyando en mi cintura su enorme mano, y los segundos que dura el abrazo, su pecho y el mío se funden en el infinito.

Jo me regala una preciosa blusa floreada que no sé si algún día tendré el humor de estrenar, y Miriam me hace señas para que salga de detrás de la mesa y me acerque con ella al fondo del restaurante, donde una especie de sábana oculta algo de tamaño respetable. La curiosidad corre como un reguero de pólvora. Cada una atrapa una esquina de la sábana y nos cruzamos una mirada.

—¡A la de tres! ¡Uno..., dos..., tres!

Tiramos de la sábana y quedan a la vista dos preciosas bicicletas de paseo, rojas, idénticas.

—¡Pero estás loca! —acierto a decir.

—¿No tenías tantas ganas de una? He pensado que es una magnífica idea, ir al trabajo en bici, yo también pienso hacerlo.

Lo que tengo para ella es un álbum con todas las fotos de nuestras salidas, los cafés, las copas de fin de semana y alguna escapada de nuestra reciente amistad, donde se nos ve pletóricas y divertidas, siempre juntas. Lo cierto es que habría querido regalarle algo diferente, no sé, la mitad de un corazón en un colgante; yo guardaría la otra y el mensaje secreto sería algo como: «hermanas desde el alma». Pero no quiero desairar a Silvia. Tampoco a Jo, siempre se ha considerado mi mejor amiga y no ha cometido ningún pecado que le robe el título.

Cuando estoy convencida de que los malos ratos y las vergüenzas han pasado, que puedo inflarme a cubatas hasta perder el conocimiento sin contárselo a mi médico, mi hermana Silvia se acerca radiante, con una sonrisa y el gesto impaciente.

—Tengo otra sorpresa para ti, cierra los ojos.

20

Mi otro mejor amigo

Cierra los ojos, dice. Hacerlo me coloca en una situación de inferioridad, porque mientras yo mantengo los párpados estúpidamente apretados, ellos pueden ver lo que pasa. Cuando los abro, frente a mí aparece un hombre joven, algo calvo, con gafitas de concha y una espléndida sonrisa. Repaso su indumentaria excéntrica y sólo puedo identificarlo con un probable diseñador italiano amigo de Luca que se haya apuntado a última hora a la fiesta. Pero, ¿qué tiene que ver conmigo?

—¿No recuerdas a Gabriel, tu compañero de juegos infantiles en la calle? —Silvia refresca mi memoria. Me llevo las manos a la boca ahogando una exclamación de auténtica sorpresa.

—¡Gabrielito!

El invitado se sacude con espanto.

—Gaby, tesoro, mejor llámame Gaby. —Me abraza y me cubre entera con su inmenso corpachón—. ¿Cómo estás? ¡Pero qué ganas tenía de verte!

—¿Dónde te has escondido todos estos años? —le reprocho con cariño. ¡Dios! ¿Cómo podría olvidar al chiquillo que odiaba jugar al fútbol y se cobijaba tras mi espalda cuando los demás le llamaban «mariquita»? Gabrielito fue durante años, mi mejor oponente a los cromos, al elástico y a la comba. Nos besuqueamos, nos estudiamos de pies a cabeza, volvemos a abrazarnos—. Señor... Debería multarte por abandonarme de ese modo.

—Bueno, ya sabes... —Cada cual ha regresado a sus entretenimientos: Miriam, las copas, el picoteo... Otros bailan como posesos y se desmelenan. Gaby se engancha a mi brazo y me empuja hasta un grupo de sillas. Silvia nos trae un par de bebidas, nos guiña satisfecha de su original obsequio, y se marcha— Las cosas se pusieron difíciles en el barrio. Después de que mamá muriera, poco me quedaba por hacer allí. Me marché a Ibiza.

—Ahí te perdí la pista.

—De la isla, a París.

—¡Oh! ¡París! Se me hace la boca agua sólo pensarlo. Mi sueño dorado.

—Bien, querida, pues tengo un divino apartamento en la Rue de Rivoli. Cuando quieras venir a visitarme, serás bienvenida. Trabajo en uno de los mejores salones de belleza de la ciudad.

—Pensé que te enloquecía la moda.

Hace un gesto amanerado, de los suyos, con los dedos enjorjados.

—También dispongo de un blog de tendencias con más de cinco mil visitas diarias; no está mal para el tiempo que le dedico, ¿no te parece? —Me encierra las manos entre las suyas—. Estás preciosa. Me enteré de lo de tu padre...

Un velo de pesar cruza mi cara.

—Espantoso, todos esos años entregada a su cuidado... Marta, cielo, tienes ganada la salvación eterna. Perdona si te digo que ya por entonces, tu madre y tu hermana pequeña eran dos brujildas de cuidado.

—Lo siguen siendo —le recuerdo con amargura—, pero casi no me afecta. Logré independizarme —tengo la decencia de ruborizarme al recordar mis métodos de chantaje con Luisito— y no parecen acordarse de que existo. Podemos seguir así por una temporada.

Rompemos a reír y enseguida Gaby enlaza con otra apasionante anécdota de su vidorra en la ciudad de la luz. Atiendo con la boca abierta hasta que, a su espalda, diviso a Luca junto a Miriam en actitud demasiado amistosa. Ella acaba de soltar una feliz carcajada, se han mirado de un modo que me levanta el estómago, él acaricia como por casualidad con el dorso de los dedos la mejilla de ella, atrayendo la cabeza de rizos rubios hacia su hombro. Ella se recuesta encantada, y yo me quiero morir.

—¿Qué decías? —me dirijo a Gaby consciente de no hacerle ni caso. Ese gesto cariñoso de Luca, me ha partido por la mitad.

—En determinados ámbitos artísticos ser gay es un valor añadido —repite con toda paciencia. Ya no lo escucho, Miriam se ha perdido de vista con mi italiano, mis piernas hormigean ansiosas por perseguirlos e interrumpir lo que quiera que el alcohol y la música estén propiciando.

—Buenas noches, llego tarde, ¿interrumpo?

—Abel —Sacudo la cabeza aturdida. Aún miro, hipnotizada, en un par de ocasiones, el punto donde la pareja acaba de desaparecer—. Gracias por venir, mira, te presento a mi buen amigo Gaby.

Se estrechan las manos y yo recibo mi regalo. El azoramiento logra distraerme unos minutos. Es una preciosa pulsera de cuero trenzado con cierre de plata. Gaby la alaba y Abel me la coloca rozando mi brazo a modo de sutil caricia, que me pone, sin que mi voluntad intervenga, el vello de punta.

—Voy a buscar algo de beber, no te escapes —me suplica con un guiño. Balbuceo algo y siento que también necesito una copa o dos.

Hora y pico más tarde, deambulo por el restaurante borracha como una cuba. Soy una puta vergüenza, lo sé, la cabeza me da vueltas como una peonza y siento ganas de vomitar todo lo que insensatamente he consumido. Pido en la barra un café bien cargado, dos vasos de agua y un par de hielos que me restriego por la frente. Gaby se excusó hace rato, está agotado por el viaje y todo eso, comeremos juntos mañana, total pasará una larga temporada a caballo entre París y Madrid, habrá ocasiones de sobra. Silvia y Luisito también han hecho mutis por el foro y Jo se toquetea con Simón en los rincones oscuro como una quinceañera caliente. Me pregunto si estos dos aún suponen, con inocencia, que el resto del departamento ignora su tórrida relación. Los veo capaces de disimular y llamarse de usted en la universidad. Menudo ridículo.

Hace rato que me escabullo de las excesivas atenciones del siempre seguro Abel y no veo a Luca ni a Miriam y eso me atormenta. He perdido el interés por la fiesta y lo que la rodea. Me apoyo en el quicio de la puerta, miro las estrellas y dejo que el aire nocturno me bese la cara y refresque mis ideas. Es más bien una sacudida porque despejarme, lo que se dice despejarme, no hay nada inventado que lo logre. Por fin huelo el perfume inconfundible de la rubia a mi espalda, una mezcla especiada de flores orientales.

—Ya somos un año más viejas, amiga —canturrea con la lengua resbalosa— ¡Enhorabuena!

Somrí triste, pero no digo nada. Se queda allí, compartiendo mi silencio y la visión del cielo de noche. La brisa de la sierra de Madrid es pura y cortante, como yo, pienso. Me gusta. Al cabo de una prolongada pausa, digo:

—¿Tienes algo con Luca? —No ha sido mi intención pero suena acusatorio. Ella titubea.

—No, ¿por qué?

—Por saberlo. —Me encojo de hombros y me hago la desentendida.

—¿Te gusta?

Su pregunta me pilla desprevenida. Algo helado y alienígena salta dentro de mi vientre.

—Lo conozco desde los diecisiete; en la biblioteca del barrio seleccionaba libros para mi padre y me aficionó a leer. O puede que ya hubiera cumplido los dieciocho. Por ahí, entre esos meses.

—Vaya, eso es mucho tiempo —silba admirada.

Evito decirle que nuestra relación se limitó a unos pocos meses de atención bibliotecaria, a dos polvos precipitados en circunstancias excepcionales, y que luego transcurrieron casi siete años sin volver a verlo ni a saber de él.

—¿Te gusta? —repite con insistencia.

Ella me ha mentido, de modo que no tengo por qué ser sincera. Escurro el bulto.

—A quién no le gusta Luca —dejo caer. Y no es una pregunta, es una afirmación.

—¡Miriam, las velas!

Esa voz ronca y maravillosa...

—Hora de soplar —me dice. Y yo no puedo olvidar que a la única a quien Luca ha reclamado es a ella.

Permanezco tozuda y enfurruñada en el sitio, pero él aparece y nos rodea la cintura a las dos por igual, con sus poderosas manos.

—Se consumen las velas y vuestros invitados se merecen al menos un trozo de tarta libre de cera, intoxicaciones e ingresos hospitalarios, ¿no os parece?

Recupero el humor momentáneamente. Soplo y soporto los aplausos y las cancioncitas: ni soy una chica excelente, ni este ha sido un cumpleaños feliz, ha sido un cumpleaños de mierda que de bueno sólo ha traído a Gaby. Me ha sido imposible acaparar la atención de Luca como pretendía. Estoy desbordada de coraje.

En cuanto Jo se despide, aprovecho y le pido que me lleve a casa. Me paso la noche llorando,

desolada y más desamparada que nunca antes, mordiendo con rabia la almohada.

San lunes. Otra vez. Maldita sea. Aunque no tenga que aguantar a Ava, el trabajo me resulta tedioso, monótono, es tan parecido un día al siguiente, que los confundo. Aquí no hay retos ni ninguno de los desafíos personales que confíe encontrar. Después de pasar el domingo en el sofá leyendo y sintiéndome patética, con el móvil apagado en modo *noquieroquemencuentren*, salgo de mi encierro sólo para cumplir lo prometido y almorzar con Gaby, quien ante mi atroz aspecto derrotado y mis marcados círculos bajo los ojos, prefiere encargar comida japonesa y refugiarse de nuevo en mi apartamento. Será para que no me multen por la calle.

—No estás acostumbrada a beber —me regaña con suavidad.

—No, no lo estoy —admito sumisa.

Ni tengo ganas de discutir, la verdad. Si dice blanco, blanco será, por más lila que yo lo vea. Y desde luego, paso de contarle lo de mi enfermedad. Es mi amigo querido, volverá al glamoroso París cuando corresponda, y he decidido que se lleve la mejor versión posible de mí y de mi recuerdo. Gaby me mira con veneración.

—Siempre has sido una niña muy sana. ¿Qué tal vamos de amores?

Le regalo una mirada lánguida y vacía.

—Cuéntame tú los tuyos, acabaremos antes y nos divertiremos más.

—Me irás a contar que con tu edad y esa carita de muñeca no tienes alguien ahí que te cante el *trilorilo*.

¿Qué puñetas es el *trilorilo*? A mí sólo me cantan las cuarenta cuando me equivoco.

—No, nada, cero, lo juro.

—Vaya —Saca el labio inferior por encima del superior. Es gracioso, tierno—. ¿Gay?

—Que yo sepa, no, pero con la experiencia sexual que acumulo, bien podría serlo e ignorarlo.

—¿Eres...? ¡Oh! —cae en la cuenta, y se estremece con un gesto melodramático.

—Virgen, no, joder —lo ayudo a rematar—, pero de milagro.

—¡Jesús, qué desgarrador! —aúlla. Hago como que no lo oigo.

—Si así fuera, tampoco hay para escandalizarse. Abre de una vez esos contenedores de comida, tengo una pelea de perros en las tripas.

—No parece que te importe mucho —me dice, manos a la obra.

—¿Lo de la cuasi-virginidad? No estoy traumatizada, si es a eso a lo que te refieres. Quiero un hombre especial. Cuando tenga que llegar llegará. —Lo miro directamente a los ojos. Gaby siempre ha presumido de sus iris casi violeta, muy Elisabeth Taylor—. Sé lo que significa la palabra sublime, la he incorporado a mi vida y no me conformo con menos.

Alargo ansiosa la mano y Gaby retira de mi alcance los fideos chinos, poniendo esa cara de marisabidilla que domina a la perfección desde que cumplió los siete.

—Yo no te mato de hambre y tú me juras que mañana mismo vas a la peluquería a arreglarte ese desastre de extensiones que llevas colgando.

—¿Tan mal las tengo? —Mis dedos corren sin pensar a palparlas. Los ojos de Gaby describen un arco como si la visión de mis greñas fuese mucho más de lo que su sensibilidad soporta.

—Te-rrí-bles.

Descenso en picado

Ya en el despacho, mientras recuerdo nuestro almuerzo juntos, nuestras risas hablando de sus novios y su sorpresa al descubrir que tengo los DVD de las pelis ordenados por nivel de tristeza y potencial lacrimógeno, siento un espasmo a la altura de la cadera, un calambre intenso y destructor que me recorre la pierna completa y me la paraliza. El terror se apodera de mí, porque las articulaciones se han soldado, hiperventilo y, arrastrando la pierna inservible, llego hasta mi bolso, saco las pastillas de mi tratamiento y, aunque no es la hora de la toma, intento meterlas en la boca con tanta precipitación que van todas al suelo.

—Mierda.

Agacharse a recogerlas sin poder casi flexionar la rodilla es harto complicado. Solo lo logro con un dolor insoportable y los ojos húmedos. Luisito y Silvia no están y en los demás departamentos, al fondo del pasillo, se oyen risas amortiguadas y el murmullo de conversaciones que se cruzan. La articulación sigue sin responder, se endurece por momentos. Tengo que salir de aquí, como sea, no puedo correr el riesgo de que alguien salga y vea en qué condiciones me encuentro. Desvío las llamadas entrantes a la extensión de Procesal y a trompicones alcanzo la puerta y el ascensor. Las lágrimas corren mejillas abajo y empapan mi blusa. En unos veinte minutos infinitos, me hallo sentada en un banco del parque frente al bufete. La pierna rígida aún se sacude, la miro con temor creciente, como si fuera a desprenderse de un instante a otro, o no se tratara de una parte de mi cuerpo. Ignoro el motivo por el que mis dedos se mueven solos marcando el teléfono de Miriam. Se supone que es mi rival, debería odiarla y, sin embargo, con franqueza, todo lo que deseo es que me quiera, recibir sus atenciones, que comparta conmigo alguno de los rayos que emanan del sol particular que parece llevar clavado en la cabeza. Entre hipidos y jadeos, logro contarle lo que me ha ocurrido y el lugar exacto donde me encuentro. Me asegura que estará allí en quince minutos.

Sabiendo que pronto me dará consuelo, consigo relajarme un tanto. La pierna cede y se vuelve más maleable. Cierro los ojos y trato de contener el llanto. Todos mis momentos horribles se pasean descarados por delante: la muerte de mi padre, Luca, la renuncia a mi carrera, mi encierro, mi madre y Sandra aliadas para ignorarme, Luca, la sensación de no pertenecer a ningún grupo, de ser una paria, una maldita infeliz, el abandono, la rabia, la soledad infinita, Luca, mis patéticos intentos de decir «no» con firmeza frente al espejo, Luca... Por primera vez, el miedo es real. Puede que esta desgracia llegase cuando aún no era lo bastante adulta como para temerla. Hoy soy capaz de ver su horror en tres dimensiones, lo que implica, lo que me roba, lo que no viviré

gracias a ella. Y todo mi universo diminuto se sacude, huérfano de esperanza.

—Oh, aquí estás.

Es Miriam, Miriam y su dulce voz balsámica. Lo que no espero para nada es que venga acompañada. Los ojos azul intenso de Luca me estudian con preocupación. Esbozo una tenue sonrisa para decir «buenas tardes», rezando porque en los arbustos se abra un agujero como una boca dentada y me zampe. Lo tengo en cuclillas delante de mí, buscando mi mirada esquiiva.

—¿Vamos a un hospital? —oigo que me dice. Tengo un rumor sordo y persistente pegado al oído que no me deja entender. Estoy aturdida, pero la palabra «hospital» me pincha como un agujón al rojo vivo.

—No, no, al hospital, no —niego con empeño—. Ya se va pasando.

—Pero tienen que reconocerte y averiguar qué pasa. —Miriam se ha sentado a mi lado y frota mis manos contra las suyas. Qué bien huele, a flores frescas. La noto agitada, se expresa con verdadera angustia—. ¿Te has dado un golpe? —niego—. Esta parálisis así tan repentina...

—No es tan repentina —Dos pares de ojos interrogantes se clavan en mí. No puedo sostenerlos, hundo los míos en la hierba del suelo y me arrepiento hasta lo más hondo de los huesos de mi maldita debilidad, que me ha empujado a recurrir a ellos.

—Marta... —murmura Luca.

—Si me lleváis a casa os lo cuento todo —me rindo al fin.

Me han tumbado en el sofá y me han cubierto las piernas con una cálida manta. Es uno de esos momentos en que me gustaría contar con una chimenea pero tengo que contentarme con una estufa anticuada. Miriam ha tratado de convencerme para ponerme el pijama pero mis bragas no son algo que me apetezca enseñar, ni siquiera a ella: sirven de paracaídas y como tienda de campaña familiar, pero no para seducir a nadie. Ahora trastea en la cocina preparando un té y Luca permanece a mi lado atento a mi historia, noqueado por el asombro, atrapado entre tantas emociones mezcladas, que apenas le salen las frases completas.

—Marta, ¿qué no me estás contando?

—Nada, te lo juro —Desvío incómoda la mirada.

—¿Has ocultado tu enfermedad todos estos años? ¿A todo el mundo? ¿A tu familia?

Sonrío a modo de excusa.

—Solo mi padre lo sabía. Bueno, y el médico que me trata. Soy buena disimulando —digo, por imprimir una nota de humor en el ambiente sobrecargado. Luca no se ríe. En la arruga que se forma entre sus cejas podría aparcar mi bicicleta nueva.

—¿Y qué perspectivas de tratamiento futuro hay? —pregunta Miriam desde los fogones.

—Ninguna. Es una enfermedad rara; lo único más o menos seguro, dentro de unos márgenes, es que generará tumores que me llevarán a la tumba. Espero que sean rápidos e indoloros, no soy una enferma muy dócil.

Los dos cruzan una mirada de horror máximo.

—Por favor, Marta, no bromees con esas cosas.

Inspiro hondo y robo su olor. Luca huele a bosque fresco y a mar, una combinación solo posible sobre su piel. Alguien debería explicarle a mi corazón que ya es hora de que aprenda a sosegar en su presencia, puede darme un infarto por culpa de este retumbar desenfrenado altamente preocupante, y tendría gracia palmarla antes de tiempo, por amor. La infusión ya está sobre la mesa y se lleva una taza a la boca. Al doblar el brazo se evidencia el bulto de un espléndido bíceps y, a pesar del sofocón de la crisis, una punzada de deseo brota de mis entrañas y se esparce por mi vientre como lava candente.

—Lo mío es el humor negro y chapotear en la tristeza. Si lo de la salud no tiene arreglo, mejor con risas que sin ellas —replico muy convencida.

—¿Qué podemos hacer? —interviene Miriam conmocionada. La miro. Está hermosa, parece un hada secuestrada de alguna foresta lejana. Se ha recogido la nube de rizos sobre la cabeza y los que cuelgan a ambos lados de su cara, enmarcan sus ojos de hierba. En cierto modo comprendo a Luca, nadie podría resistirse a tanta perfección hecha mujer. Me muerdo el labio superior para contener la desesperación.

—No demasiado. Querermé, mimarme, regalarme bolas de nieve y novelas... —Le dedico una caída de pestañas a Luca, que se retuerce inquieto—. Tiempo del bueno...

—No puedo creerme que te hayas rendido tan pronto —farfulla.

—¿Tan pronto? Me diagnosticaron a los dieciocho, tengo veinticinco y en todos estos años nadie ha descubierto la fórmula mágica que devuelva la soltura a mis articulaciones. Tampoco estoy tomando morfina... aún. Una vez empiezas a tomarla, entonces sí que te has rendido.

No dicen nada. Están catatónicos, como si los hubiesen desenchufado. Y veo a Luca tan pálido...

—Oye, trato de tomármelo con filosofía. ¿Qué otra cosa se supone que debo hacer? —remacho con cierta irritación.

—Aferrarte a la esperanza como si fuese la única tabla de salvación en un naufragio —sentencia con una intensidad que me sobrecoge. Suena como si le importase mi destino, como si le importase por encima de otras muchas realidades.

Como es habitual en mí, recorro a la ironía para destripar lo emotivo del momento.

—Eso me recuerda que ahí, en el último estante de los DVD, tengo *Titanic*; podemos verla juntos y llorar un poco.

—¿Tienes palomitas? ¿Preparo? —se ofrece Miriam. Le digo que sí y se pone a ello con un entusiasmo totalmente fuera de lugar. Imagino que se siente presionada y, milagrosamente, un poco torpe.

El único que pasa de nosotras y no se arrebatá ante las explosiones del maíz tostado es Luca, que se mantiene ausente, entornados los párpados, y de cuando en cuando se mordisquea el labio inferior en un gesto que yo encuentro de lo más seductor.

—No sé cómo has podido mantenerlo en secreto todo este tiempo —musita Miriam casi

ofendida. La frase reverbera en mi interior y me enfada porque ya sé que mi vida es una mierda, no hace falta que me lo recuerden ni írselo contando a todo el mundo.

—Es lo que hay —gruño seca y mucho más brusca de lo que pensaba—. Se sorteaba una jodida desgracia y me tocó a mí. Cómo no.

Lo que quiera que circule por la mente de Luca, queda para él, no lo comparte. Miriam y yo hacemos las paces después del pequeño encontronazo, nos acomodamos en el sofá y sollozamos al alimón con la defenestración del barco y los viejitos que mueren juntos y abrazados, sin olvidarnos de la orquesta. Tras hora y media de visionado de la película y vaciar un bol de palomitas, el hombre que me quita el sueño se mantiene en un mundo propio, profundamente concentrado..., en otra cosa.

Miriam se ha ofrecido para presentar mi documentación médica en el bufete y tramitar mi baja por enfermedad. No he podido impedírselo ni siquiera jurando que me encuentro mucho mejor y que casi puedo caminar. El resultado inmediato es una visita acelerada de Silvia, camino de los juzgados, echándome en cara las intrigas y mi falta de sinceridad. Luego me abraza emocionada y me asegura que me pondré buena antes de lo que pienso. Ha sido todo tan apresurado que solo empiezo a asimilar su consternación cuando ya se ha ido. A continuación, Miriam pasa por mi apartamento con una enorme bandeja de bollos recién horneados, prepara el desayuno para las dos y me acompaña un rato. Su voz suave desgranando historias absurdas sobre intelectuales universitarios, me arranca carcajadas tan hondas que ya ni sabía que existieran. Cambia las sábanas de mi cama y pone una lavadora.

—La colgaré en cuanto vuelva. —Deposita un beso en mi frente y su fragancia fresca y floral me amodorra—. A la hora de comer más o menos. ¿Qué te apetece?

—Miriam, te lo ruego, no puede ser que te estés tomando tantas molestias.

Se queda de pie, anclada en la puerta de salida, con el bolso en bandolera, mirándome con desaprobación.

—Si yo fuera tú, respondería algo así como «no tengo nada mejor que hacer», pero como soy yo, te digo que lo hago con todo el cariño. ¿Traigo canelones o prefieres pollo al curry con arroz?

—¿En serio soy así de borde, seca y gilipollas? —me preocupo. Ella ladea la cabeza con una sonrisa traviesa.

—A veces. Llego tarde, cuídate y no bailes en mi ausencia.

Suspiro cuando se marcha. El silencio, de repente, me abrumba. Resulta curioso... Hace solo unos días lo amaba, acostumbrada a él, como estaba, después de tanto tiempo. Quizá sea porque hace unos días no sabía lo que el calor humano puede dar de sí, ni el placer inigualable de que gente a la que aprecias se desviva por auxiliarte.

Ahora es Jo la que aporrea la puerta. Me cuesta un mundo saltar del sofá y llegar a abrirle, la articulación de la cadera aún no me responde del todo y los dolores se expanden en forma de estrella por toda mi columna hacia arriba. En cuanto la tengo frente a mí, me abraza con algo

cercano al terror y muchas lágrimas.

—No te lo perdono, no, puta loca, ¡no te lo perdono! —dice en jadeos entrecortados. Tentada estoy de ofrecerle una tila. Pero creo que tiene bastante con acarrearne, casi a cuestas, hasta el salón.

Amigos que forman un coro

Volvemos al tresillo y se queda un segundo observando los dulces de la bandeja.

—¿Quién te está cuidando? —quiere saber con un tintineo de resabio en su voz.

—Miriam. Los ha dejado por si me entraba hambre a mitad de mañana. Vuelve para almorzar.

—Vaya. La divina se ha empeñado en quitarme el puesto de mejor amiga.

—No digas tonterías. —Le tiro un cojín a la cara, no con bastante fuerza—. Tú siempre irás por delante de todo el mundo. Simplemente tiene más tiempo libre y está sin novio —recalco con intención.

Ella se atusa distraída la melena.

—Pensé que tenía algo con Luca, no te he dicho nada por...

—Ya, yo también lo pensé, pero al parecer son tan solo amigos, igual que conmigo. Todavía tengo posibilidades. O no. Porque hacerle cargar con una moribunda que al final se irá y lo dejará solo con el alma hecha pedazos... No me negarás que es una faena.

Sé lo que he dicho, soy consciente de su carga dramática. También de que me la he cargado con esta ironía que tiñe lo que suelto por la boca. No es más que una coraza. Joanna suspira y me clava unas pupilas vidriosas. La energía de su tono se enfría en décimas de segundo.

—¡Tanto tiempo, Marta! ¿Cuánto dolor has soportado sin contarlo? Y sobre todo, ¿qué ganabas ocultando tu enfermedad?

—Odio dar pena. Eso es lo que he dado toda mi vida: pena. Pena por no ser tan inteligente y brillante como Silvia; pena por no ser tan deliciosa y guapa como Sandra; pena por ser la pobre analfabeta que solo servía para cuidar de papá y cocinar bizcochos; pena por trabajar gracias a la caridad de mi hermana mayor. Pena, pena.

Pronuncio cada palabra con repulsión creciente, escupiéndolas en mitad de una espantosa sensación de náusea. Joanna me abraza porque, cuando culmino mi sermón, mis ojos llorosos hacen sombra a las cataratas del Niágara.

—No digas eso, tonta. No tienes ni idea de lo valiosa que eres, lo generosa y valiente. ¿Sabes cuántas chicas de tu edad serían capaces de aparcar su futuro para ocuparse de su padre? ¿Sabes cuántas con el coraje suficiente como para matricularse en la Complutense a estas alturas? En un par de patadas llegarás a ser economista y todo gracias a tu esfuerzo. No puedo soñar siquiera con parecerme a ti.

Se hace el silencio. Los elogios de Joanna me han impresionado, jamás pensé que alguien vivo tuviese esa visión tan destacada de mi persona. En menos de un minuto, las dos lloramos

abrazadas como dos bobas de primera división.

Vuelve a la universidad, de donde en realidad se ha escapado para visitarme, y promete regresar a la tarde para cenar juntas. En la puerta se cruza con... ¡mi madre! La sorpresa al verla allí no es solo mía. Jo la saluda educadamente y mientras la abraza, cruza conmigo una mirada de angustia. Le hago señas de que se relaje y, sin sacudirme el pasmo del todo, le ofrezco asiento a la autora de mis días.

—¿Cuándo pensabas contarlo? —me larga nada más apoyar el culo en la butaca.

—Estás muy guapa, mamá, muy elegante. ¿Has ido a la peluquería? —me intereso con toda parsimonia. Parece que mi resistencia afloja un poco su tensión.

—He venido en cuanto Silvia me lo ha contado.

—Y yo te lo agradezco —digo con humildad. La verdad es que no espero nada de ella, no más decepciones que permutar en rencor, por favor, no me caben, no podría soportarlas. Por el rabillo del ojo compruebo que me examina confundida.

—Ni que decir tiene que irás a los mejores médicos, si te hace falta dinero, aquí estoy yo. Ah, y olvídate del préstamo ese que tenemos pendiente.

¿Los cien euros? ¿Se refiere a los cien euros que me prestó para trapos? Yo la mato.

—La verdad es que, aun a riesgo de enfadarte, te diré que no pensaba devolvértelos. En cuanto a los médicos..., no hay nada que hacer, te lo aseguro, solo esperar y rezar para que descubran algún fármaco milagroso que detenga el proceso.

—¿El proceso?

—De deterioro. ¿Te apetece un café?

—¿A estas horas? —consulta su reloj de pulsera—. Mejor una copa de vino.

¡Cómo ha cambiado mi madre! Ahora es una mujer de mundo con pendientes de perla, sin residuos del ama de casa entregada que un día fue. Está revisando cada rincón de mi escueto apartamento. Dentro de mi miseria, parece agradecerle porque no critica nada y eso es raro nivel Dios.

—A veces la forma de ser de uno influye en la salud. —Se detiene y yo mantengo los labios apretados en espera del veredicto. Adivino que no será agradable—. Quiero decir, que si no fueras tan... ácida, a lo mejor...

Se pone en pie de un salto con el bolso-cartera entre las manos recién pasadas por la manicura.

—Me tengo que ir. Voy a investigar qué genios de la Medicina están puestos en esta materia y podrían servirnos de ayuda.

—No te molestes, mamá, el doctor que me trata desde hace años...

Me interrumpe con impaciencia.

—Ni que decir tiene que también pienso hablar con él; tendrá que explicarme los motivos de mantener al margen a tu familia.

—Mamá, yo era mayor de edad, se limitó a respetar mi decisión, no le echés la bronca al pobrecillo.

Pero Maruja Torres ya me ha besado superficialmente el pelo y galopa hacia la puerta muy ofuscada. No sé por qué, en lugar de sentirme apoyada, tengo el convencimiento de que el hecho de que mi madre haga suyo mi problema es lo peor que me puede pasar.

Tras el maratón de visitas sucesivas, respiro aliviada y me decido a dormir un poco con la televisión encendida. En el móvil tengo cuatro mensajes de Luca que no he contestado, y en el último me pregunta si puede pasar a verme. Lo cierto es que entre unos y otros me han dejado agotada, pero para él, mi casa, mi corazón, mi vida entera, siempre estarán de par en par.

Le digo que sí, claro, que venga cagando leches.

He rezado al santoral completo para que ni Miriam ni Jo aparezcan por la puerta, que les surjan mil inconvenientes y no asomen la cabeza hasta mañana, pero el azar no me sonrío. A la hora de comer, algo más tarde de lo previsto, Miriam aparece radiante y se nos acopla para el resto de la jornada. Corta de cuajo el ambiente de íntima camaradería que habíamos logrado Luca y yo, y con la incorporación de Joanna a media tarde, mi escena de amor truncada se convierte en una acampada de amigos que parlotean alegres.

Maldita sea mi suerte. Bueno, no. Pero sí.

Desde la mesa, me mira con lástima el ramo de flores que él me ha traído. Le devuelvo con un suspiro el sentimiento; esta tarde a solas pudo ser memorable, pero desgraciadamente, mis amigas me quieren con frenesí. Me quedo en mitad de un chiste de Miriam porque suena mi móvil y leo en la pantalla el nombre de mi hermana menor. Mamá ha debido de atarla, amordazarla y amenazarla con perder la herencia, para conseguir que marque.

—¿Sí?

—Pensé que estabas con una pata en el cementerio. Oye, yo te oigo la mar de bien —es su cínico saludo.

—No estoy mal. Hola, Sandra, yo también te quiero.

—Hija, mira que eres borde.

—¿Borde yo? *Naaaaah*. Asperilla, lo tengo asumido. ¿Cómo es que te acuerdas de tu hermana?

—Rectifica: me acuerdo de mi moribunda hermana.

Joder, menuda mala leche. Luego resulta que la arisca intransigente soy yo.

—No tienes de qué preocuparte, tienes tu parte en el testamento, aunque no esperes gran cosa, te lo advierto.

—¿Estás... en fase terminal? —pregunta, ahora con algo de miedo.

—La verdad es que no, yo diría que a ratos casi ni se me nota.

Resopla de alivio.

—Entonces me paso a verte. Un día de estos. ¿Te llevo algo?

—Con tu divina persona estaré más que servida, gracias —respondo con todo el sarcasmo que soy capaz de reunir.

—Un beso, hermana.

Ojú, qué conversación más corta.

—Otro para ti —digo con cierta morriña. A Sandra prefiero recordarla como la peque regordeta y bulliciosa que fue, con coletas como plumeros, antes del jodido incidente del pony que puso toda nuestra realidad patas arriba.

Me reincorporo a la pequeña fiesta que mis amigos han decidido montar en mi salón. Luca se ha retirado a un rincón y teclea furiosamente en mi portátil. Más bien lo aporrea y parece agobiado. Si descubro que está chateando con alguna pava mientras yo me muero a chorros, lo descabezo.

23

La terrible verdad

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Pasaron los días de papá, sus lentas procesiones por el pasillo sintiéndose culpable por abandonar para siempre el trabajo. Cierto es que, cuando cinco de sus compañeros y el mismísimo jefe en persona vinieron a visitarlo acompañados de una caja de bombones del tamaño de un tráiler, se apaciguó su disgusto. Pero esto no disminuyó sus muchas otras emociones negativas, por estar postrado, por no ser un buen marido, por no poder ayudar a mamá con la instalación de las máquinas, por no cuidar de las hijas, porque Sandrita seguía enfurruñada dos años después...

Lo que más le retorció las tripas era ser causa de que yo perdiera muchas horas de clase. Tuvimos mil discusiones por ese motivo y yo, casi siempre, lograba engañarlo. Me habría cortado una mano con tal de que no sospechara el surco que tanto desajuste estaba ocasionando en mi último año preuniversitario. Los cursos siempre podían repetirse, para los exámenes siempre existirían las chuletas, pero mi padre era el hombre de mi vida y no pensaba abandonarlo.

Difícil tenía encontrar otro sin asomar la nariz a la calle. Yo quería un novio de verdad, que me arrullase entre sus brazos los viernes por la noche, delante de una película de vídeo y un bol interminable de palomitas con sabor a mantequilla. Que me presentara a sus padres, me llevase de acompañante a las bodas de sus mejores amigos y que, llegado el momento, le pidiera mi mano a papá para entrar conmigo en brazos en el chalecito adosado que nos compraríamos, felices e inocentes, con una hipoteca cabrona que nos mantendría asfixiados el resto de nuestras vidas. Básicamente, no era chica de una sola noche, ni de «aquí te pillo aquí te mato». Ya me gustaría, ya... Por lo que contaba Silvia, no estaba nada mal.

El practicante simpático fue lo único que vieron mis ojos en mucho tiempo. Y no pasamos de ahí, de los ojos. Aquel muchacho no tenía el menor interés en mi persona. Vale que papá se hiciera ilusiones y ya me viera en la iglesia, con la peineta clavada en el moño y el velo de tul, pero no era más que un espejismo. Su atención se centraba en la herida del pie, demasiado fresca para retirar los puntos, y mi padre aguantaba las ráfagas de intenso dolor y se doblegaba sumiso.

—Tú mandas —le decía—. Si no es tiempo, no es tiempo.

No era cuestión de seguir esperando. El practicante nos remitió al hospital con una sombra de honda preocupación en el rostro. Cabizbajos y sin despegar los labios, volvimos a casa a dar la

mala noticia.

Allí, las mujeres habían convocado cónclave en la cocina y los sollozos de mi madre llegaban hasta la entrada. Papá se alteró mucho al oírla, intentó correr hacia su mujer para abrazarla, sin que sus pobres pies le permitieran otra cosa que renquear, torpe y despacio, enredado en sus propias prisas. Aparté los ojos para no sufrir más.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué pasa, Maruja, por qué lloras? —La abrazó por detrás y ella se dejó hacer como una novia coqueta.

—Han denunciado a doña Amparo —explicó, seguramente por segunda o tercera vez—; una empleada resentida que había discutido con ella ha denunciado al taller. Se nos ha presentado una inspección de trabajo.

Mi padre soltó una exclamación de angustia terminal. Yo me acerqué a la puerta y le hice una seña seca a mi hermana menor.

—¡Arrímale a papá una silla, petarda! ¿No ves que no puede estar de pie y va a desplomarse de un momento a otro?

He visto hienas salvajes mirar a su presa con menos maldad que Sandra me miró a mí. Pero en ese feliz instante, no sé si motivada por el intenso amor que sentía hacia mi padre, descubrí que sus miradas taladro ya no me afectaban, que era capaz de resistirlas sin arrugarme, que me estaba haciendo fuerte a costa de soportarlas año tras año.

—¡Que le acerques una silla, te digo! —le chillé por encima de las explicaciones de mi madre.

—Ha cerrado y probablemente no abra nunca más en la vida —gimió—. Me he quedado sin trabajo, Julián, ¿sabes lo que significa eso?

—Desde luego, no el fin del mundo, mujer. —Levantó una mano callosa y se la pasó por el pelo con tanta ternura que volvieron a humedecerse los ojos. Yo seguía allí, aferrada con los dedos a la jamba de la puerta, observando la escena como si fuese un teatro que había pagado por ver y que, sin querer, me sobrecogía—. En peores plazas hemos toreado, esposa, ¿ya no te acuerdas de cuando empezamos, lo difíciles que eran aquellos tiempos? ¿Y con las niñas pequeñas?

—Tú eres una artista, mamá, te desenvuelves muy bien en lo que haces —intervino Silvia con renovado brío—, ¿quién necesita a doña Amparo? Ni que fuera Pronovias. Tú saldrás adelante sola, trabajando menos y ganando más.

Al inocente de mi padre se le iluminó la cara llena de arrugas.

—¡Claro que sí! Puedes coser por tu cuenta...

Le tomaban el pelo. Aquello estaba ya más que decidido, yo lo sabía y también mi madre y mi hermana. ¿Para qué tanto circo? ¿Por qué simulaban pensarlo ahora? ¿Era por justificar que le invadirían el piso con un taller clandestino? Me pasé desesperada las manos por la cara y procuré hacer mucho ruido, para atraer la atención de todos.

—Mañana hay que ir sin falta al hospital. Las heridas de papá no cierran y ya no se puede seguir esperando a ver qué pasa, hemos esperado demasiado. Dice el practicante que urge. ¿Me oís?

Nadie respondió.

Estábamos dispersas. De cuerpo y de mente, cada una por su lado, pero cuando vimos avanzar por el pasillo al doctor que había atendido dos años atrás a papá, nos adosamos unas a otras como una piña. No venía muy contento.

—Señora Robles, su marido —nos miró a nosotras, seguramente para no excluirnos de la mala noticia— presenta un cuadro complejo. Ya leí en su historial que la principal ocupación laboral de don Julián ha sido la desinsectación y la desratización.

—En efecto —confirmó mi madre con un hilo de voz.

—Durante muchos años.

—Toda su vida. Es un profesional especializado.

—Ya les comenté que en ese tipo de tareas se utilizan productos altamente tóxicos...

—Ah, pero él siempre ha seguido... ¿Cómo se llama... la normativa... que viene en unos folletines pequeños?

Mi hermana Silvia acudió al rescate.

—El protocolo de seguridad e higiene en el trabajo.

—Eso mismo. Nunca se quitaba la mascarilla. Y el casco, tampoco, lo llevaba desde que entraba a trabajar hasta que salía, me consta —juró mamá sofocada.

—Bien, señora, eso está muy bien, pero los análisis muestran que los pulmones... En general, todo su organismo está afectado...

—Dígame lo que sea, doctor, de manera que pueda entenderlo.

—Bien, como ven, la herida no cicatriza. Hay de nuevo principio de gangrena, los tejidos se han necrosado... Y a pesar de nuestros esfuerzos por mantener limpia la herida y de las pequeñas amputaciones parciales que se le han practicado, no seca. No queda más remedio, tenemos que amputar de forma total.

Mi madre dejó escapar un gemido. Yo me quedé sin aliento. Mis hermanas ignoro cómo se lo tomaron, porque estuve a punto de caerme redonda.

—¿La pierna? —casi gritó mamá.

—En principio. Hicimos lo posible para salvar la mayor parte y que solo tuviera dificultades para caminar. Por lo visto, no fue suficiente.

—Dios todopoderoso. —Mi madre se persignó varias veces seguidas—. ¡Qué desgracia tan grande...! Ahora que todo parecía arreglarse...

—Esperemos que funcione. Una vez intervenido habrá que ver la reacción de la herida —nos alarmó de nuevo. Podía imaginarme a papá, que siempre había querido ser un héroe de guerra, postrado en una cama, mutilado y sin medallas.

—O sea, que puede empeorar —apuntó mi hermana mayor con voz chirriante, de esas de nuez alojada en la garganta.

—Puede. Esperemos que no sea así. —El doctor se dispuso a marcharse, dejándonos allí con el regalo de su noticia, sin saber cómo manejar la situación. Mi madre lo frenó, demudada y pálida.

—¿Cuándo piensan... operarlo?

—Cuanto antes, no podemos perder mucho tiempo. Ahora le están haciendo unas pruebas, pueden pasar a verlo si quieren, pero no lo fatiguen. En cuanto me pasen los resultados fijaremos la fecha de la intervención. —Hizo una ligera inclinación de cabeza y desapareció como alma que se lleva el diablo.

Yo le hubiese lanzado un cenicero a la nuca, pero el pobre no tenía culpa de los males de mi familia.

24

En este río que cambia

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Mi padre era un árbol. No en el sentido literal, claro está, pero yo desde pequeña siempre lo había visto como un ejemplar centenario de gigantescas ramas y tronco robusto, bajo el que podías guarecerte de una tormenta sin que una sola gota de agua te rozase el cabello. También lo era por su solidez y sus colosales raíces bien ancladas al suelo. Erguido, solo y majestuoso en la cima de la colina, era el punto de referencia de todos los miembros de la familia. Papá siempre había estado y estaría allí para nosotras, y la certeza de saberlo nos hacía vagas en las muestras de afecto. Nadie necesitaba adularlo demasiado para garantizar su presencia, porque ni el peor tsunami lo movería de nuestro lado. Sin embargo, lo que parecía dado por añadidura, ahora se me antojaba en peligro mortal. Las miradas desesperadas de mi madre a la cama hospitalaria eran distintas a cuantas yo conocía. El mutismo de mi hermana Sandra, de ordinario mordaz e impertinente, y los ojos de búho de Silvia, pendiente del más nimio detalle, eran claros indicadores de que las cosas se torcían. Yo, sencillamente, estaba aturrida, deseando estar viviendo una pesadilla que se esfumara con el timbrazo del despertador. Pero no, la cruda realidad de que mi padre enfrentaba un grave problema de salud, me derrumbó y me convirtió en un montón de escombros.

Así y todo, él estaba decidido a tomárselo con sentido del humor.

—Adiós a mis clases de ballet clásico —refunfuñó con la boca seca. Le costaba trabajo hablar, no sé si era agotamiento o le habían suministrado calmantes para que soportara mejor el traqueteo de las pruebas médicas—, después de esto, no va a haber quien me calce las zapatillas de punta.

—Menuda broma —rugió mi madre en voz baja—. No es para tomárselo a chufla, Julián. Ya te dije aquel día que salieras del puñetero picadero, que allí tú no pintabas nada. —Con movimientos un poco bruscos, le ahuecó las almohadas—. Pero claro, cómo va el señor cabezón a hacerme caso...

—Mamá, por favor —me vi obligada a intervenir, ya que nadie decía nada. Indignante que encima tuviese la desfachatez de echarle la culpa—. No resucites algo que pasó hace tanto, ya no tiene remedio.

—Ni mamá ni leches —atizó el último sopapo a la almohada. Papá suspiró de alivio al verla

acabar.

Habría querido gritar que aquello había sido un desafortunado accidente, que era papá quien se quedaba cojo, que responsabilizarlo era un crimen. Pero un cruce de miradas con él me persuadió de lo contrario. Me mordí la lengua y me arrastré hasta la cama, tomándole la mano perforada por la vía intravenosa. Papá me la apretó sin fuerzas.

Allí permanecí en silencio, observando a mis hermanas como dos estatuas inexpresivas y a mamá recorriendo la pequeña habitación, moviendo objetos de sitio, por el simple hecho de mantenerse ocupada. No paró de protestar un solo segundo. Era así como exteriorizaba su frustración, su rabia y su terrible miedo a que papá dejara de ser el sostén de aquella familia. Miedo a perder al hombre al que amaba, aunque fuera torpe al demostrarlo, y vérselas sola con su destino.

Operaron a papá y lo sacaron en camilla con una sola pierna. La visión de su cara apergaminada logró que Sandra olvidase las viejas rencillas y se abrazase a su cuello. La escena y sus incontenibles lágrimas, nos conmovieron a todos, incluida la enfermera. Le dieron el alta después de más de una semana durante la cual todas nos las arreglamos para combinar clases, alimentarnos, iniciar los trámites para montar el taller de mamá, dormir y las visitas al hospital. Volver a casa fue toda una bendición. Parecía que la vida regresaba a sus raíles. Pero a partir de ahí, empeoró: papá adelgazó muchos más kilos de los que le sobraban, se sumió en la depresión y se enclaustró en una silla de ruedas imposible de manejar dentro de casa.

Su recaída fue un shock para toda la familia pero, milagrosamente, ellas se recuperaron y tomaron las riendas de sus ocupaciones, dejándonos a mi padre y a mí hundidos en el desconsuelo. Me fui volviendo gris, gris y macilenta. A todas horas era la chica triste. Me derretía, me había contagiado de la falta de deseo de vivir que leía cada mañana en los ojos de mi padre.

El último examen del trimestre lo suspendí. Lógico, no había sido capaz de concentrarme ni un solo minuto con papá recluido en su dormitorio mientras dos señores con mono trataban de encajar las máquinas de mamá en el saloncito. Enseguida le tocó el turno a la marcha de Silvia. Su abandono me rompió el corazón. Hizo y deshizo maletas por espacio de una semana y arrambló con todo lo que pudo de mi escaso guardarropa. No me opuse. Estaba tan destrozada por su desaparición, que hubiese podido llevarse todo mi armario y hasta mis manos, y no me habría importado. La miraba y la veía eufórica, mientras yo me ahogaba. La tarde que Luis vino a buscarla, sacaron la pila de maletas y cerraron la frágil puerta tras sus espaldas, empezó la epopeya. Me encerré en el cuarto de baño y me di un buen atracón de lágrimas. Lloré como en mi vida hubiera pensado que un ser humano podía llorar. Luego me mojé la cara con agua fría y contemplé mis ojos inflamados en el espejo. Estaba espantosa pero me sentía mucho mejor, más liberada. Así salí a enfrentarme con lo que quedaba de día.

Antes de llegar al comedor, una terrible punzada en las rodillas me dobló las piernas y estuvo a punto de tirarme al suelo. Con mucho esfuerzo alcancé el sofá y me lancé a la desesperada,

buscando apoyo. Entonces, cuando dejé de pensar en los otros, tomé conciencia de que mi cuerpo se retorció por dentro hacía tiempo y de que ignoraba el motivo. Que los dedos de mis manos amanecían entumecidos y rígidos, que mis pies se agotaban en exceso con solo una pizca de tacón. ¿Qué me pasaba? ¿Solidaridad con mi padre?

25

El pelo que perdió Sansón

—Marta, este pelo tuyo no aguanta más extensiones.

Estoy en la peluquería, adonde he reptado en cuanto la salud y mi a veces limitada movilidad me lo han permitido. Últimamente, ya solo podía peinarme recogíendome en una coleta la maraña infame que tengo por cabellera. Vengo en busca de soluciones aunque cuesten una fortuna, y me encuentro con esto.

—¿Cómo que no aguanta?

—Está endeble, cariño, y muy pobre.

—Sobre todo pobre —recalco lacónica. Conozco la causa, mi pelo se está muriendo por culpa de la enfermedad, el estrés y los medicamentos. El organismo sobrevive arañando energía para lo imprescindible y desecha el resto como innecesario—. ¿Qué sugieres?

—Hay que recuperarlo. Te quitaré esto, que ya te vale haberlo alargado tantos meses, y te doy un buen corte, moderno y juvenil para sanear. Verás qué guapa.

Un imaginario viento helado me recorre la espalda. La idea me horripila.

—¿Yo con el pelo corto?

—Se lleva una barbaridad.

—Llevo siglos con las extensiones, no voy a poder acostumbrarme.

—Seguro que te ves muy favorecida, mujer, dame un voto de confianza. ¿Te añadido unas mechitas?

Observo mi reflejo en el espejo. Mi pelo oscuro y sin vida, mi piel descolorida, son fabulosos incentivos para, no sé, ¿darme de narices contra un muro y romperme todos los huesos del careto?

—De acuerdo —acepto con voz cansina—. Despójame de lo único hermoso que tengo. Adiós, melena.

Sin embargo y contra todo pronóstico, cuando la peluquera termina, gira las ruedas de mi sillón y me enfrenta al espejo, la especie de Audrey Hepburn sofisticada que me saluda, me alucina. Perpleja, abro y cierro la boca incapaz de articular palabra. ¡Me gusta! No, ¡me gusto! ¡Estoy guapa, joder, parezco otra! ¡Tengo estilo!

—¿Arrepentida? —La peluquera me guiña un ojo.

—Como la mayor parte de cosas en mi vida, debí hacerlo antes.

De vuelta a casa y en los días venideros que regreso al despacho, tengo que apañármelas sola con mi angustia. Poner sonrisa de falsete cuando todos me preguntan qué tal me siento y asegurar, así

me maten, que esto solo es jodido si llega una crisis que me paraliza en la cama. Mentirle a la mayoría me importa un bledo. En cuanto a Luca, Jo y Miriam, me parece una sucia falta de respeto, no lo merecen. Pero no sé hacerlo de otro modo. No puedo contarle una historia distinta a cada humano y luego pretender mantener la farsa, no tengo tanta memoria. Así que todos se relajan dentro de unos términos, convencidos de que la cosa avanza por el buen camino.

Luca hace de estas visitas una rutina diaria. Llega cargado de comida y de novelas maravillosas que, tras comentar y leer a su lado, se convierten aún en más inolvidables. Las tardes vuelan junto al hombre que me hace ver el arco iris en las paredes de un callejón.

—Marta, tengo noticias que darté.

Hoy he tenido un sueño nada pacífico, pleno de sobresaltos y calambres en la parte baja de la espalda, y apenas mantengo abiertos los ojos. Gruño algo ininteligible hasta para mí.

—Hay una clínica..., me ha llevado días localizarla, verás, está lejos, bastante, en las montañas de Bulgaria, pero sé que merece la pena.

—¿De qué demonios me hablas? —Tengo las neuronas en funcionamiento base.

—Están consiguiendo verdaderos milagros con los enfermos de cáncer, la mayoría vuelven curados, puedes leer sus testimonios en el foro —habla como una ametralladora, está excitado como un crío—. Eso sí, el período mínimo de internamiento es de cuatro semanas completas.

—Luca...

—Nena, pueden curarte.

—Nadie puede curarme —me repito en una letanía.

—No pienso darme por vencido, bicho.

La frase final la pronuncia con tal énfasis que explota en mi cerebro y me cubre de chispitas brillantes. La manera en que el «bicho» ha danzado entre sus labios, pese a no ser el más bonito de los adjetivos, me vuelve loca. Solo porque viene de él, estoy dispuesta a creer lo increíble, a aferrar el cabo que me lanza.

—¿Estás... seguro?

—Tenemos que probar.

—¿Me propones viajar al fin del mundo para que jueguen a conejillos de indias conmigo?

—Eso mismo te propongo. —Marca una pausa, decidido a infartarme—. Y no irás sola.

Esto se me ha ido de las manos. O quizá debería decir «se nos ha ido» de las manos. Hemos organizado el viaje en un abrir y cerrar de ojos, continuamente interrumpidos los preparativos, con llamadas y visitas de mi madre. Ha tratado de forzar el que no vaya, con ruegos lastimeros y comentarios despectivos acerca de los médicos alternativos. Como no han funcionado sus chantajes emocionales, doña Maruja pasa al enfado directo y sin disimulos.

—Es que no entiendo a qué viene este viaje absurdo. No tienes referencias, no conoces la clínica, solo conseguirás agotarte.

—Sí la conozco, mamá —le respondo cargada de paciencia—, dispongo de todos los datos necesarios, los he cogido por internet.

Parece que la información la escandaliza. Ella vende sus modelos por internet, pero en el fondo de su ser sigue despreciando una realidad virtual que no acaba de entender, porque no puede tocarla.

—¡Internet! —Se tapa los ojos con la rebeca—. Tampoco sabes quién la dirige —remacha crispada.

—Síííí, eso también lo sé —afirmo sin mirarla. Meto en la maleta cuatro pantalones de chándal no demasiado nuevos. Luca me ha dicho que en la clínica estaremos todo el día en plan cómodo.

—Pero igual ni siquiera es médico, con estas terapias fuera de los cauces normales, como para fiarse —se exaspera.

—Eso, sinceramente, me trae sin cuidado. Sé de los resultados, la gente se ha curado. Y lo cuentan con todo lujo de detalles.

—A saber. Igual les pagan para publicitarlos.

—Pienso intentarlo. Aquí carezco de opciones, no hay garantía de curación. ¿Qué puedo perder? —la miro desafiante—. Y, por favor, ahórrate contestarme.

Nos quedamos mudas un segundo, jadeando casi. Ambas llevamos dentro una carga insoportable de frustración y amargura. Sus ojos tiernos me cuentan cosas que su lengua se niega a admitir. Ahora sé que a su modo me quiere, que dentro de sus limitaciones, le importo. No porque sea mi madre, sino porque es una buena persona. Pero no sabe hacerlo de otro modo.

—Mamá, si no hago algo voy a morirme muy pronto —musito con un hilo de voz. Su cara se frunce entera en un sollozo antes de apartarse de mí. Creo que es una posibilidad horrenda a la que prefiere no enfrentarse.

Abre el bolso, coge un cigarro y lo prende. Empieza a fumar estresada, soltando rizadas volutas de humo, una tras otra. Superado el momento emotivo, busco dos pares de zapatillas deportivas. Me llevaré puestas unas terceras. Zapatos de fiesta seguro que no necesito. Bueno, cogeré unos salones todoterreno por si acaso...

—No fumes —la reprendo—, que es malo para la salud.

Arquea las cejas con antipatía.

—Bueno, ya me has dicho que en esa clínica son un hacha con el cáncer de pulmón. —Suspira hondo—. Lo que no deja de sorprenderme es ese buen humor tuyo, ese entusiasmo. ¡Por Dios, Marta! Vas a un sanatorio para desahuciados y parece que fueras de crucero por el Caribe. ¡Mírate! Llevas puesta la sonrisa que le reservabas a tu padre.

Me vuelvo desde el borde de la cama y la enfrento. Ella no podrá entenderlo nunca. Claro que estoy contenta, me voy con Luca, ¿cómo no iba a estarlo? Igual fui una niña con un déficit brutal de afecto que me marcó a fuego. Igual se me retorció la vida y me robaron la adolescencia. Igual para cuando la juventud llegó, ya estaba lo bastante amargada como para decir «no» a casi todo lo bueno. Pero aunque me aseguraran que al volver acabarían mis días, seguiría estando feliz. Esta

sensación de plenitud de hoy, no la cambio por nada.

Buscando esperanzas

Volamos hasta Sofia y luego iniciamos una demencial carrera en coche que se alarga más de cuatro horas. Un chófer de la clínica ha venido a recogernos al aeropuerto y bajo el sofocante calor de agosto, conduce con una mano, aspecto distraído y continuos zig-zags, a ochenta kilómetros por hora. Luca se desespera viendo pasar todo tipo de cachivaches motorizados del año de la polca, adelantándonos como centellas. Contengo la risa al ver su impaciencia y le aprieto una mano pidiéndole contención y calma. Acabado el acto de comunicación muda no me la suelta y su calidez me conforta hasta dentro de los huesos. No puedo creer que estemos aquí los dos, solos, a tantísimos kilómetros de nada conocido. Que lo haya dejado todo. Y que lo haya hecho por mí.

Me ama, estoy segura de que me ama, de otro modo esto no tendría sentido. Ha invertido lo que igual son todos sus ahorros, en el fondo creado para costear mi tratamiento. Mi hermana Silvia y mi madre han aportado el resto. Y ha aparcado sus responsabilidades en el despacho de don Ramón para dedicarme todo su tiempo.

—Con la temperatura que hace y estás helada —me susurra antes de depositar un suave beso sobre los nudillos.

—Manos frías, corazón caliente —replico yo, con ganas de provocar.

Duermo a ratos, me sofoco, el aire acondicionado del viejo coche expulsa remolinos de viento hirviente, paramos a echar gasolina y, por fin, iniciamos una subida de montaña de sesenta kilómetros entre bosques espesos: pinos con troncos como columnas egipcias, con sus buenos veinte metros de altura y sus copas estiradas buscando el sol. El chófer es un chico más o menos de nuestra edad, todo cabeza y sonrisas, con unas anticuadas bermudas de cuadros, camiseta de rayas ajustada a su estrecho torso y chancas playeras. Desde que ha enfilado la peligrosísima carretera de montaña ha canjeado el «paso de caracol» por el «rally suicida», y la velocidad media es, ahora, de ciento veinte. ¡Con las chancas sobre los pedales!

El madrugón, el trasiego de los aeropuertos y las curvas a toda mecha me tienen exhausta. A veces doy una cabezada y me descubro apoyada sobre el pecho de Luca, que me rodea con su brazo, me estrecha contra su cuerpo y me consuela con besos en el pelo. Debe haberseme agrandado el corazón como una esponja. No quiero que esto termine.

Por fin, la clínica se hace visible con la ladera de una colina preñada de abetos como telón de fondo: parece un precioso hotel de montaña, con su fachada color crema y sus angulosos tejados marrón tierra. Yo debería estar desmadejada y rota y, sin embargo, soporto los dolores con una fortaleza milagrosa. Bajo del coche y, mientras el conductor saca del maletero nuestro equipaje,

aspiro profundamente el aire puro de la naturaleza salvaje. Todas mis miserias y mis penas parecen haberse quedado a años luz de aquí. Luca se me acerca con el móvil en la mano.

—No estaremos demasiado bien comunicados. La cobertura es muy deficiente y las llamadas cuestan una fortuna, pero hay internet en las zonas comunes y me he traído el portátil.

—Yo también. —Lo miro con una pizca de aprensión—. Bueno, ya estamos aquí.

Me agarra por los hombros con un sólido apretón. Su mirada azul cobalto me traspasa y me derrite.

—Marta, vamos a conseguirlo. Piensa eso en cada minuto del día, van a curarte, esto no será fácil pero tampoco en vano, vas a verlo.

Sonrío lánguida y me ahorro una respuesta que no sería nada ingeniosa. Si pudiera confesarle la verdad, lo que siento, que solo el tenerlo a mi entera disposición, entregado, preocupado por mi salud ya es suficiente regalo, que no quiero más, que sanar o no es secundario... Sé que si le cuento mi fábula va a enfadarse porque creerá que no quiero pelear por seguir viva, de modo que me callo.

La recepción es amplia con altísimos techos de madera con vigas vistas y una decoración anticuada llena de floripondios y bordados. Nos asignan dos habitaciones contiguas y después de dejar las maletas sobre la cama, bajamos hasta el despacho del director de la clínica, que nos recibe con su asistenta. Son británicos, pizpiretos y sonrientes. Llevan toda la vida salvando personas casi por una miseria, al margen los gastos materiales de la estancia, lo que quieras pagarles por caridad, adoptando niños y buscando familias para perros callejeros. Un par de ángeles escondidos en los confines de la tierra conocida. La corriente de simpatía es mutua e inmediata. Luca reparte mi historial por toda la mesa y se explaya en largas explicaciones acerca de mi enfermedad. Se lo ha empollado, ¡Dios! Sabe de la artritis reumatoide más que yo misma, si es que lo que me está matando se llama así. Se enzarzan en un complicado intercambio de pareceres que yo, con mi limitadísimo inglés, no cazo. Finalmente, el doctor se vuelve hacia mí y me muestra los dientes en una sonrisa.

—Bien, Marta, me gustaría hacerte una exploración básica, si no te importa tumbarte en esa camilla.

Luca me traduce por si hay dudas, obedezco y veo con desesperación cómo la asistente del doctor Moore, pues así se llama, lo saca de la consulta. Con mi inglés deficiente voy respondiendo como puedo a las preguntas del médico que examina mis articulaciones, palpa mi columna, observa el aspecto general de mi piel, ojos, lengua.

—*Well, Marta, that's ok. You can sit here, please.*

Me incorporo y ocupo mi sitio original ante su escritorio; él se apresura a anotar muchas cosas en mi expediente, pero Luca no regresa. Annie, la asistente del doctor es muy bonita, rubia y sonriente, he visto cómo lo miraba al entrar, ¿qué están haciendo? ¿Le estará mostrando las instalaciones de la clínica? Me desconcentro y no entiendo absolutamente nada de lo que Moore me indica. Tan solo veo que se levanta y con amabilidad me conduce hasta la puerta. Eso debe de

ser que me vaya, que ya está bien por hoy. De acuerdo, es un alivio, tengo tanto sueño que podría dormir veintitrés horas seguidas. Encuentro a Luca sentado tranquilamente en un sofá de espera, ojeando un periódico. ¡Solo!

Queda claro, soy una puta psicópata paranoica, yonqui de su atención en exclusiva.

—¿Todo bien? —me pregunta con una dulce sonrisa que vuelve a inundar de calor mi alma congelada.

—La verdad, no entiendo casi nada de lo que me dice, habla como un cohete, pero me ha despachado, eso sí lo he comprendido.

Luca se ríe.

—Es hora de cenar. Menos mal que estoy yo aquí para hacerte de traductor, pequeño bicho desastroso.

¡Oh, Señor! ¡No solo de traductor! Optamos por el ascensor en lugar de por las escaleras para bajar al comedor, no por el cansancio del viaje, sino por mis piernas inflamadas. A mitad de camino freno y lo obligo a mirarme cara a cara.

—Luca... No sé cómo agradecerte esto. Sin ti jamás habría sabido de esta clínica, no habría tenido el valor de viajar tan lejos, no tendría quien me tradujera el idioma y sería imposible el tratamiento. Si mejoro...

—Si te curas —me corrige.

—Si me curo...

—Que te vas a curar —me interrumpe muy seguro de lo que dice. Al final, se me escapa una risita.

—Si me curo, será todo mérito tuyo. Me habrás salvado la vida y eso en las civilizaciones antiguas equivaldría a poseerme. —Sufro un violento estremecimiento de deseo cuando me oigo—. Quiero decir, que me comprometo a ser tu esclava de por vida.

Lo he pronunciado rotunda, firme y convencida. Se trata de una de esas escasas ocasiones en las que ni bromeo ni me apoyo en el sarcasmo para defenderme. Es importante que entienda lo mucho que significa en mi mundo diminuto. Sin embargo, al contrario que yo, Luca tiñe de humor del bueno sus frases.

—Bueno, no creo que sea preciso llegar a esos extremos —se carcajea. Querría decirle que sí, que es lo que más ansío, pero hemos llegado al comedor y un montón de caras desconocidas que me intimidan, nos reciben, nos observan y nos colocan bajo supervisión.

En menos de quince minutos, Luca ya conoce a todo el mundo y nos ha presentado. Admiro su aptitud para entablar conversación y trato, sin temor, con cualquiera, mientras que a mí la presencia de extraños me asusta y me enmudece. No tengo por qué, la verdad, son todos enfermos, igual que yo, que han venido tras la estela de una ilusión; son cordiales y agradables, desde Eric, un ciudadano austríaco afincado en Singapur con cáncer de pulmón, hasta Irina, enferma de arterioesclerosis múltiple a quien en todo momento, junto a su andador, acompaña su marido. Hay

una amable pareja de holandeses, ella padece un cáncer agresivo, y Tara, una joven londinense que ya ha perdido el cabello y se cubre la cabeza con un pañuelo. También un matrimonio norteamericano con una enfermedad rara en el colon de ella que nadie consigue diagnosticar y un anciano polaco aquejado de múltiples tumores, acompañado de su hija, que hace de traductora. Podría parecer que el panorama resulta desolador pero es todo lo contrario: en sus ojos agotados leo esperanza, todos quieren vivir y si han llegado hasta aquí es porque no se conforman, porque son unos luchadores. Me avergüenzo de haber pensado en rendirme, tirar la toalla no es nunca una opción. Mañana comienza el protocolo para todos, algunos pasos y fases serán comunes, otros personalizados, y nos reuniremos en las comidas para comentar qué tal nos va, en esta especie de Gran Hermano hospitalario.

Cuando me despido de Luca en la puerta de mi habitación, me siento llena de energía y de planes futuros. Por él, por lo que la hace sentir, Marta anhela por encima de todas las cosas y aunque sea entre cenizas, RENACER.

Primeros pasos

Tengo el presentimiento de que me costará acostumbrarme al nuevo horario. Aquí la gente se va a dormir a eso de las nueve de la noche y la alarma suena a las siete y media, que en España, atendiendo a la diferencia horaria, son las seis y media. El desayuno comienza a las ocho. Engullo medio dormida dos capuchinos que me saben a gloria. A mi lado, Luca recién duchado, hermoso como nunca, despejado y vivo, me apoya y me gasta bromas acerca de mis pelos de loca electrocutada.

—Annie me ha dado tu calendario de actividades; arrancamos con el protocolo general. He anotado lo que tienes que tomar, cuántas gotas y cada cuánto. Déjalo todo en mis manos, yo te cuidaré. Tú te limitas a ser una buena chica, comer todo lo que te pongan en el plato, dormir muy bien y obedecerme sin rechistar.

—Suena prometedor eso de que me cuides y me protejas —aseguro, con un ligero temblor de hembra excitada desde la entrepierna.

—Lo que suena a música celestial es que no te me rebeles, bichín —sonríe—. Vaya, por ahí viene mi tortilla.

—¿Cuántos huevos lleva eso? —me escandalizo cuando veo la voluminosa masa amarilla. Aquí todo es fresco, ecológico, natural y riquísimo. Tenemos miel de panal y queso y yogur búlgaro hechos en el pueblo, una verdadera delicia.

—No sé, cuatro o cinco, me las hacía mi madre. ¿Gustas?

Me lo quedo mirando con la barbilla apoyada sobre mis manos cruzadas.

—¿Te das cuenta de que nunca nos hemos atascado?

—¿Atascado?

—Sí, atascado de quedarse sin conversación.

Me apunta con el tenedor cargado.

—Contigo charlar es fácil.

—Sabes que no es verdad, soy una tía complicada, huraña e insociable. Sin embargo contigo...

—Conmigo eres encantadora y graciosa.

—No me cuesta; tú tendrás la culpa.

—Entonces soy poseedor de tu ternura en exclusiva —ríe.

—Algún hechizo tuyo, por ahí, escondido.

—Pues es mutuo. Siento que puedo confiarte mis secretos más íntimos —baja discretamente el tono—, mis debilidades más bochornosas.

—Lo harás.

—Eso me temo —replica sin perder la sonrisa.

—¿Crees en las almas gemelas?

—Nunca hasta ahora había encontrado ninguna. Bueno, quizá mi madre lo fuera —se ensombrece su mirada azul—; siempre tenía las palabras justas para calmarme en mis peores momentos, que te anticipo, fueron muchos. Sé a ciencia cierta que me entendía.

—¿Ya no te entiende?

—Murió.

Trago saliva. Soy una metepatas de campeonato.

—Lo siento.

—Como tú con tu padre. Puede que también fueseis almas gemelas.

—Pobre papá. Quería ser boina verde. Yo misionera. Imagina.

Luca suelta una carcajada que salta por encima del dramatismo instalado en nuestra conversación y afloja una pizca la melancolía. Cuando logro enfocar, lo que tengo delante es su mano extendida.

—Bienvenida a mi vida, alma gemela.

—¿También querías ser misionera? —me burlo.

Aparto su ofrecimiento con un manotazo y cara de acelga.

—Serás capaz de saludar a tu media naranja con un frío estrecharse las manos... —Como estamos sentados codo con codo, me doy un poco la vuelta, me arrojo en sus brazos y le palmeo la espalda como si se tratase de un colega, porque no sé muy bien qué hacer que no destruya esta magia. Nos separamos e insiste con la mano extendida. Pongo los ojos en blanco y cedo, pero cuando tiene la mía en su poder, tira y pega nuestras caras. Las narices se rozan, es sencillo embriagarse con su aliento de menta. Besa ruidoso mi mejilla, demasiado cerca de la comisura, dejando un rastro húmedo que cosquillea.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, bicho. —Una lágrima resbala por su pómulo.

¡Dios, es capaz de emocionarse a unos niveles que me resultan inalcanzables! Carezco de esa sensibilidad suya, pero querría limpiar su dolor, de donde quiera que venga, con un beso.

—¿Ves a lo que me refiero? ¡Joder! —Se la seca precipitadamente con el puño cerrado—. ¿Qué tío llora sin importarle delante de una chica?

—Uno muy valiente.

Me regala una mirada plena de devoción.

—Eres como mi madre. Siempre sabes qué decir.

La visita del dolor no es bienvenida

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Los dolores nocturnos se acrecentaron y a veces me mantenían las ocho horas en vela, agarrada a la almohada, con las mandíbulas apretadas o mordiéndola, para no gritar. Los momentos de berrinche se convirtieron en mi terapia secreta. Cada tarde, en un segmento aproximado entre las nueve y las diez, me ocultaba en el baño, corría el pestillo, me masajeara los pies y las piernas, y me hinchaba de llorar. Cada día se alargaba un poco más y cada vez imaginaba que, con lo que había descargado, en la próxima ocasión, la oleada de dolores sería más breve, pero qué va... Generalmente, Sandrita aparecía para estropearlo todo en mitad de las sesiones de llanto, aporreando la puerta sin miramiento.

—¡Abre! ¡Manuela, abre! —Sabía lo mucho que detesto ese nombre—. ¡Mamá! ¡Manuela se ha encerrado en el cuarto de baño y no me quiere abrir! —chillaba con voz de rata.

—¡Manuela, el cuarto de baño es de todos! —me recordaba mi madre con paciencia desde su máquina de remallar.

Tenía que secarme la cara a toda prisa y salir, dedicándole a mi hermana una mirada asesina, todavía acalorada por el sofoco y arrastrando sin fuerza los pies. Terminaba refugiada en el cuarto de papá viendo el fútbol.

Mi madre cosía sin descanso. En medio de la sala habían acomodado una mesa vieja enorme, que usaba para cortar. Donde quiera que mirases, encontrabas rollos de tela de vistosos colores, gasas y sedas, listos para ser troceados y vueltos a ensamblar. Y tras el ris-ras de las tijeras, los resultados ya empezaban a colgar de las perchas de un burro que Luis había tenido la deferencia de regalarle. Estando yo inmersa en uno de mis ataques, masajeara con jabón y agua caliente la parte baja de la espalda que tanto me atormentaba, mamá golpeó la puerta del baño. Pensé que tenía un apretón.

—Marta, sal, necesito que me ayudes. —No me había llamado Manuela, así que no estaba enfadada, nada que temer pese a mi inesperada colección de suspensos.

—Voy, mamá, un segundo.

Supongo que se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de que su hija mediana se hubiera convertido en drogadicta o algo peor, y que utilizaba el baño de casa para dar rienda suelta a sus

vicios, pero se abstuvo de comentarios. A veces, me traspasaba con miradas interrogantes, pero ese día no fue una de esas. Cuando me dejé ver, me mostró cinco o seis vestidos que colgaban graciosamente de sus perchas.

—Mira qué bonitos.

—Sí que lo son —admití sin excesivo entusiasmo. Oí el estallido de los forofos del equipo que acababa de marcar un tanto en el partido, pero no oí a papá gritar gol.

—Ahora tengo que preparar el catálogo. Tu hermana me ha prestado una cámara. —La tomó de la mesa con un destello de emoción en los ojos.

—¿Catálogo? —repetí sin comprender. Últimamente parecía una autómatas. Cada vez que los dolores me provocaban un chispazo cercano a un cortocircuito, a costa de disimular, mi cerebro se bloqueaba.

—Fotos de los vestidos con una persona dentro, para llevarlos a las tiendas y que me los encarguen —me miró ladeando la cabeza—, ¿entiendes lo que te digo?

—Sí, mamá, te veo hecha toda una profesional —traté de sonreír con mucho esfuerzo—, pero ¿qué pinto yo en esa historia?

—Serás mi modelo para trajes de adulta y Sandrita posará para los juveniles.

Sandra surgió de nuestro cuarto disfrazada de diva rubia. Convenientemente peinada, con pendientes de filigrana en las orejas y los labios pintados de rojo rabioso. La miré espantada, imaginándome en idéntica tesitura. Mamá se hizo con un traje de tela de encaje que parecía diseñado para una alfombra roja.

—Toma, ponte este. Encima de la cama tienes los complementos, y no tardes. Voy a empezar con tu hermana.

Agarré el vestido y me perdí en las tinieblas de mi dormitorio, dispuesta a acabar cuanto antes. Me calcé el traje, que era fresco y ligero. Traté de imitar el peinado de Sandra, pero el pelo pegado con raya en medio y moño bajo destacaba mi cara de torta y el atrevido tocado con plumas sobre la coronilla parecía una parabólica en lo alto de un monte. A lo Dolce & Gabbana, toda yo estaba ridícula y, además, el sentido del humor que hubiese podido salvarnos del desastre, con aquel malestar mío, no acompañaba. Sin embargo, salí al salón justo para ver a Sandra posando a lo Kate Moss, subida en una silla, poniendo morritos. Mi madre me miró de refilón, contrariada.

—Píntate los labios al menos, que no estés pálida como una muerta —ordenó sin dejar de disparar.

—Voy.

Mientras Sandra se cambiaba de traje, me tocó aparentar que me sentía princesa, a costa de meterme en la boca un par de paracetamol, ya que la acción del ibuprofeno me resultaba demasiado lenta. Choqué mucho con mamá, que requería algo más de entusiasmo por mi parte. No podía confesarle lo que me apretaban los dolores en los huesos, y las pocas ganas que tenía de reír. El tormento duró tres horas y los pies ya no me sostenían. Tuvimos que probarnos y fotografiar la colección completa y solo me despabilé cuando mamá insinuó que deberíamos bajar

a la calle para cambiar de escenario. El pánico que me producía exhibirme con aquellas pintas delante de los vecinos, me llevó a hacer piruetas de puntillas sobre la mesa de cortar y a poner más morritos que Sandra. Mamá quedó tan satisfecha con el resultado que se olvidó de los exteriores.

—Enséñame cómo se miran las fotos —pidió luego, trasteando la cámara con ímpetu.

—A ver si al final la rompes... Mira, así.

—¡Uy, qué seria estás! —se quejó torciendo la boca—. Mira Sandrita lo bien que ha salido. — Se sonrieron por encima de la mesa—. Es que mi niña es muy mona —piropeó mamá con una sonrisa de almíbar.

Eso, y a mí que me dieran morcilla después de disfrazarme de antena parabólica. Como no era mona... Quedé tan agotada tras la sesión de arte y fotogenia que me acosté sin cenar. Y sin estudiar.

Me preocupaba que papá no encontrara incentivos para salir de su habitación, y tampoco me inspiraba sobre cómo proporcionárselos. Cada mañana abría su ventana y me aseguraba de que se colaba el suficiente aire fresco como para barrer las miasmas enganchadas al cabecero de su cama. Después, le servía un desayuno en bandeja, donde me cuidaba de que no faltase zumo de frutas, algo de leche, cereales y una loncha de mortadela cuando no disponíamos de jamón cocido. A partir de ahí, arrancaba el duelo de titanes: yo pretendía sacarlo a la calle con su silla de ruedas, aunque ello supusiera varios viajes, bajarla plegada y vacía en el ascensor, y más tarde, papá con sus muletas, que yo habría que devolver al piso antes del paseo. Todo lo daba por bien empleado con tal de que le diera un poco el sol. Él se atrincheraba en un «no» monumental.

—No me apetece salir. Hace frío.

—No hace frío, papá, hace un sol espléndido. Ya me dijiste que hacía frío ayer y anteayer.

—Será que yo siento frío. Estoy muy a gusto en casa, no quiero tener que recorrer todos esos metros para bajar... ¿adónde? A una calle aburrida con unos comercios que ya conozco de memoria. —Me miró travieso—. Yo no soy como las mujeres, que disfrutan viendo escaparates.

Por mucho que me guiñara el ojo, yo sabía que me mentía. Que disfrazaba la realidad de su terrible depresión, su desinterés por la vida que circulaba alrededor, de la que alguien, sin advertir, le había bajado de una patada en el culo. Papá había decidido que si el mundo lo rechazaba, él tampoco estaría para nadie y punto pelota. Su único anclaje con la tierra, aparte de nosotras tres, era mi madre. Pero su mujer se pasaba el día haciéndole arrumacos a sus agujas y a sus hilos de colores. Ya apenas cocinaba y al final del día estaba tan rendida, que no le quedaba fuelle para charlar. Todos andábamos un poco hartos de su monotema: que si un volante, que si tres, que si flores, que si terciopelo que vuelve lo clásico. Nadie de aquella casa había pisado jamás la gala de los Goya y toda la parafernalia nos sonaba tan ajena como el diseño de portaaviones. A trancas y barrancas logré terminar el instituto y, de la calma chicha que se respiraba en casa, conseguía evadirme asistiendo a clase en mi primer año de facultad. La ilusión

de ser letrada se me salía por las orejas. Llamaba a Silvia e intentaba arreglar el mundo atacando al sistema. Pero a mi hermana la reivindicadora, enamorarse de Luis la había convertido en una semipija de mercadillo con aspiraciones. Ya no decía nada en contra de nadie, cada vez tragaba más y mejor.

Mardito parné.

Un oleaje por completo nuevo

Así comienza mi estancia en la clínica. Luca me acompaña en la mayoría de las terapias. Cuando me toca baño medicinal se sienta a mi lado, de espaldas para no verme desnuda, dice (¡mierda!), y en voz alta lee mi novela favorita. Al principio, aceptó a regañadientes cuando le dije que no dispondría de tantos ni tan variados temas de conversación como para entretenerme durante hora y media, que era más rentable acudir a los libros. Ahora se ha enganchado a la historia como un desquiciado y anda deseando que llegue la hora del baño para avanzar.

—Si no fuera porque no quiero leerla dos veces ni dejarte atrás, me la bebería yo solo en una noche —me confiesa. Hago un gesto de suficiencia.

—La alumna aplicada ha aprendido —declaro ahuecando la voz— y ahora sabe escoger buenos libros, ¿eh?

—*Touché* —admite e inclina la cabeza. Dejo ir una larga carcajada.

—Me recuerdas a mi padre enganchado a los culebrones. Hacíamos apuestas sobre el final de cada trama... ¡Qué tiempos aquellos!

—Y pensar que cuando apareciste por aquella biblioteca no habías leído una novela en tu vida...

—Y que a ti te espeluznaban las historias románticas, aunque a mí sí me las aconsejaras como lectura.

—Todo cambia en esta vida —me dirige una mirada intensa—. Afortunadamente, para mejor.

La bañera es de esas antiguas con patas, preciosa, me la llevaría a España sin dudar. Estoy dentro, sumergida en agua tibia mezclada con productos naturales que huelen a lejía. No voy a decir que sea agradable, los primeros baños no podía soportarlos, me pasaba la hora prescrita aguantando las ganas de vomitar. El penetrante olor se me colaba por las fosas nasales como la hoja de un cuchillo, pero es curioso, a todo se acostumbra una y al cabo de tres o cuatro baños empiezo a no notarlo. Tengo la cabeza apoyada en el extremo de la bañera y sentado en el suelo, de espaldas a mí, Luca apoya la suya en el mismo sitio. Nuestras orejas y mejillas se tocan, me llega directa la reconfortante calidez de su piel y en lugar de hablar, susurra para no molestarme. Aquí cierro los ojos y me siento en el cielo. No podría pedir más.

Los días transcurren. Demasiado rápido, demasiado lentos.

El hecho de tener habitaciones separadas no impide que pasemos mucho tiempo juntos. Me tumbo en el sofá y mientras vemos la tele en un idioma ininteligible, Luca se dedica a masajearme los pies y las piernas con aceites naturales, tal y como Annie, la asistente del doctor, le ha

enseñado. Nos inventamos los diálogos de los personajes según la cara que ponen y nos divertimos muchísimo. Cada cierto número de minutos debo engullir algo de sabor asqueroso, solo el humor infinito de Luca y el centelleo de sus ojos azules lo hace más llevadero: saca su teléfono y me fotografía, está dispuesto a crear toda una galería de los horrores con la expresión de mi careto cada vez que me tocan las tomas. Amenaza con mandárselas a los amigos, cosa que al menos con Miriam cumple a rajatabla.

Hablando de Miriam, desde que recibo su primer mail, la ansiedad se apodera de mí. Es una sensación desagradable, como un dedo helado que me recorriera la espalda. Jo y Silvia también me han escrito pero solo Miriam nombra a mi chico:

«Luca me ha contado que estás mejorando mucho. Luca me ha contado que el sitio es precioso y la comida de fábula. Luca me ha contado que te portas muy bien y cumples con las terapias sin quejarte. Luca...».

Luca, Luca, Luca. Omnipresente Luca. Él le ha escrito. Es evidente. Y no una, sino varias veces y eso me escuece y me pone furiosa. Se supone que sería solo para mí, al menos este mes. Por lo visto, no ha podido resistirse. Quizá debería preguntarle a bocajarro si ahora hay algo entre ellos, ya que mi amiga no fue en su día capaz de decirme la verdad, pero no lo hago. Rompería el encanto de este Paraíso y tengo demasiado pavor a lo que pueda responder. ¿Qué tal si le cuento a ella que, tras un episodio de altísimas fiebres, Luca ha volcado una bolsa de pétalos de flor en mi bañera? ¿Y si le digo que los recogió en el bosque, de madrugada, uno por uno, desafiando al frío y la humedad? Porque aquí arriba, en las montañas, a alguien se le olvidó que es verano. Quiero marcar mi territorio, que Miriam se entere de lo que él es capaz de hacer por mí, si es que aún el mundo entero no se ha dado cuenta.

Estamos desayunando y, por tercer día consecutivo, advierto la ausencia de Tara en la mesa. Me intereso por ella. Tengo al caballero holandés sentado a mi izquierda, todos respetamos los lugares elegidos en la primera cena.

—*She has collapsed* —me explica—, *two times*.

Mis ojos pasan a Luca buscando confirmación. ¿He entendido bien? ¿Tara ha perdido el conocimiento y ha dejado de respirar? ¿Dos veces? Asiente en respetuoso silencio.

—El doctor Moore ha tenido que revivirla con masaje cardíaco en dos ocasiones, está muy mal, le han recomendado que vuelva a Inglaterra.

—¿Y que deje la terapia? —me horrorizo. No hay más que ver las sonrosadas mejillas de Eric y de los demás, su fuerza creciente, sus ojos antes vidriosos ahora burbujeantes, para saber que el llamado «protocolo», lo que quiera que hagan, funciona.

—Vino demasiado tarde —murmura Luca a mi oreja—, ya había recibido quimioterapia, sus órganos están destrozados y no asimilan la cura.

Dejo caer el tenedor sobre el mantel blanco. Miro alrededor. Todos sin excepción han mejorado. Personas esqueléticas y sin fuerzas ni para hablar, tras solo dos semanas, lucen mucho más saludables y charlan por los codos, están animados, ven y sienten los progresos. Hasta yo con

todo mi pesimismo lo siento, tengo menos dolores, mis articulaciones no han vuelto a bloquearse.

Pobre Tara, es tan joven...

—Le están buscando un vuelo de vuelta a casa —aclara Luca—. Acaba el yogur, vamos a dar un paseo hasta el lago.

Hace diez días le habría preguntado si estaba loco. Hoy me siento con energías suficientes para escalar una montaña y acepto ilusionada. Es domingo y nos vamos de excursión. Sin embargo, algo ocurre cuando salgo de mi cuarto y cierro la puerta a mi espalda. El sonido alerta a Luca, que está apoyado contra la pared mirando el vacío a través de la ventana. El veloz gesto con el que se seca los ojos no basta. El que trate de sonreír para despistarme, tampoco.

—¿Qué pasa?

—Nada. —De momento, desvía las pupilas y las manda contra la pared. Estoy decidida a insistir.

—Luca, ¿qué pasa? Mientes fatal, tío.

—Te he dicho que no pasa nada. Venga —da un paso adelante—, nos vamos.

Reculo la misma distancia y me libero de su agarre.

—Me voy a morir, ¿es eso? No queréis que me entere, pero a ti sí te lo han dicho.

Su sonrisa es ahora dulce y balsámica. Es como un río de miel caliente recorriendo mi boca.

—No, bichito, no te vas a morir. —Me acaricia la cara y me pellizca la punta de la nariz antes de besarla.

—¿Entonces...?

—En otro momento.

El lago está a unos veinte minutos de la clínica, es un paseo accesible y delicioso. El calor del sol nos baña las cabezas y me ayuda a olvidar la situación de Tara. La aprecio, ha tenido mucha paciencia conmigo y con mi inglés deficiente, me repite cada frase un millón de veces y me ríe las ocurrencias; no quiero que se muera, no es justo. Ella está peleando contra su enfermedad, hace lo que puede, tiene que salir adelante.

Nos acoplamos en una lengua de hierba fresca cerca de la orilla. Luca ha traído una especie de manta, dos botellas de agua y fruta, es todo lo que podemos comer, detoxificar es vital en nuestra curación. A escasa distancia, una familia con un niño de unos siete años, monta su mesa plegable y se dispone a almorzar. Cierro los ojos después de deleitarme con el intenso celeste del cielo.

—No hay derecho, estás sufriendo nuestra misma dieta —le digo—; a estas alturas supongo que matarías por un buen salchichón o unos gofres...

—No los disfrutaría sabiendo que estáis ahí, en la mesa de al lado, siguiendo esas estrictas reglas sobre la desintoxicación y el comer sano.

—Que no siempre es el buen comer —remato. En ese momento, la pelota del niño cruza por delante de nosotros y está a punto de golpearme la cara. Luca la intercepta y se la devuelve con un empujón de su poderoso brazo.

—En Italia la comida es todo un ritual —prosigue—. Y no sabes cómo cocinaba mi madre. De pecado.

—Lo que no entiendo es que no estéis como toneles zampando toda esa pasta. Lasaña, canelones, espaguetis, pizza, esos surtidos de bollos que veo en los escaparates...

—*E panzerotto, calzone, linguine e la famosa sfogliatella napoletana.*

Me tapo la cabeza con la esquina de la manta.

—¡Calla! ¡Callaaaaaaaa! Ahora mismo, si me dejaran, devoraría un camión de...

¡Zasca!

La puñetera pelota del niño, otra vez sobre nuestra manta y esta vez me acierta de lleno en la cabeza. Bufo y fulmino a los padres con la mirada mientras Luca devuelve el esférico. Ni el niño se disculpa, ni los padres se dan por aludidos.

—Como vuelva a darme con el balón no respondo —amenazo en modo dragón. Luca me ofrece una lustrosa manzana a cambio de mitigar mi furia.

—Estos países que de repente te transportan a los años cincuenta, me recuerdan a mi abuelo, pobre... —Lanza su mirada azul zafiro al fondo, donde el lago se funde con el cielo. El crío ha cambiado el balón por un pito y nos está dejando sordos—. Héroe de guerra condecorado que vive para contar batallitas y recordar glorias pasadas. Ya no quedan héroes, hoy probablemente le darían un sueldo para toda la vida...

—Como el de Nescafé —apuntillo con guasa.

—O una medalla...

—Como la de la Cofradía de la Virgen de los Remedios. —Vuelvo a hacerlo. Él ríe.

—Un salchichón de marca, dos quesos...

—Y una caja de tomates maduros de la huerta almeriense.

Rompemos a reír con el inquietante y agudo chillido del silbato rompiéndonos los tímpanos.

—¡La madre que parió al niño! —exploto—, no se tragara el pito... ¿Cómo pueden soportarlo sus padres? ¿De verdad nadie ha pensado en asesinarlo?

—Lo piensan —responde muy serio—, a todas horas. Pero tengo entendido que es hijo único y les da reparo.

Volvemos a escuchar nuestras propias carcajadas. El mundo es bello con su surtido de cosas diminutas. Grandioso, incluso con el vecinito insoportable, y yo soy inmensamente feliz. ¡Por favor, por favor!, que nadie me lo robe. Los dos reposamos sobre la espalda, mirando al cielo. Luca apoya la cabeza en sus brazos doblados. Llevamos sin hablar demasiado rato, a la altura del ombligo me burbujea la impaciencia.

—Regálame tus pensamientos.

—He retrocedido en el tiempo. Un montón de años —confiesa sin mirarme. Tampoco me hacen falta muchos más detalles para aventurar una sospecha—. Pudiste decirme que eras virgen y todo habría sido más sencillo —masca entre dientes.

Ah, eso. Madre mía, qué rencoroso. Hago lo imposible por disimular.

—Uf, estaba desesperada por dejar de serlo, temía que me raptasen para algún espantoso ritual.

—Siempre tan cínica —critica girando sobre el costado. Me perfora con una mirada intrigante que se apodera de la situación.

—Vamos, no me irás a decir que tiene alguna importancia. —Me río pero se me tuerce la boca.

—Para mí la tuvo y para ti también, no digas tonterías.

—Ni me violaste ni me engañaste, no era ninguna niña inocente.

—Niña puede que no. Inocente...

Siento arder las mejillas.

—Vale, sí, la tiene, pero así fue como ocurrió y fue maravilloso, no podría imaginar una primera vez más perfecta ni con una persona mejor... Mucho más terrible y dolorosa fue tu desaparición de la noche a la mañana, tu expediente policial de bibliotecario esfumado en el misterio. —Hago un gesto con las manos imitando un letrero fluorescente. Lo que quiero es que afloje el ceño, que se ría de algo que a estas alturas no tiene mucho significado.

—Ya sabía que tenía que irme, la noche en que ocurrió... Iba a decírtelo y en lugar de eso... Yo pensé que tú...

—¿Era una pilingui que se metía en la cama con el primero que se humedecía los labios, y que te consideraría uno más? Si reconoces que es eso lo que pensabas, te pongo los dientes de diadema —bromeo fingiendo enfado—. ¿La verdad? No. Era una chica más bien tradicional.

Y me guardaré muy mucho de añadir que lo sigo siendo.

—Ya lo hemos hablado, somos amigos de nuevo —resume Luca con un suspiro de alivio. Le sonrío con toda la cara.

—Lo somos. Estás aquí, conmigo en el fin del mundo, apoyándome. Esto no hay dinero ni años en la vida para pagarlo.

Su dedo corretea por mi hombro. De ahí pasa a mi cuello.

—El cariño y la amistad no se pagan. Olvida que fui un imbécil, y yo olvidaré la vergüenza que me provocó.

—¿Te avergonzaste de salir huyendo? Ni que fuera a exigirte promesa de matrimonio por deshonra.

A mi mente acuden las imágenes de los bebés imaginarios que fabriqué, la ceremonia de nuestra boda y la capita de armiño sobre mis hombros. Les arreo una patada de pronta eliminación.

—De no haber dispuesto de esta segunda oportunidad, lo habría sentido toda mi vida. Tiendo a ser muy obsesivo con las cosas que me importan.

—Vaya —ronroneo complacida—, de modo que te importo.

Me mira de una forma indescifrable. Avanza un centímetro hacia mi cara. Boqueo. Si pudiese meterme dentro de su piel lo haría ahora mismo. Avanza otro poco. Nuestras narices se rozan.

Y entonces, la pelota del niño se cuele entre nosotros y rompe el momento en diez millones de pedazos. Suelto un grito de frustración que más bien parece el alarido de un rinoceronte en pleno ataque. La familia de domingueros nos miran apurados y recogen el picnic a toda velocidad.

Es tarde. Se han cargado una burbuja de delicada intimidad que no piensa volver. Así permanecemos un rato todavía, mirando al cielo, las nubes que corretean y se moldean cambiando de forma.

—En cuanto a lo de antes... —comienza.

No necesito más para adivinar que se refiere a cuando lo pillé llorando en el pasillo. La impaciencia me encoge el corazón. Asiento con respeto, sé que va a revelarme algo importante y secreto.

—Al oír lo de Tara me acordé de mi madre, del cáncer terrible que nos la arrebató. Cáncer de pulmón, ¿entiendes? Igual que Eric y míralo. Si hubiese conocido esta clínica, si hubiese investigado, si hubiera oído hablar del doctor Moore...

Dios mío, se está culpando y no tiene porqué. Me devano los sesos tratando de encontrar una frase de consuelo, un ancla que lo devuelva a tierra, a mi lado.

—Sufiríais mucho —murmuro por fin. Nada brillante, lo sé. Es la emoción, que forma nudos en mi garganta. Luca sigue tumbado bocarriba mirando el cielo.

—Nada comparado con lo que sufrió ella.

—Estabais muy unidos.

—Mucho. Era una gran mujer, luchadora y vital, y sería un cretino si no supiera reconocerlo, independientemente de que fuese mi madre. Mi padre no se ha recuperado de su pérdida, sigue en la niebla. Y yo... bueno, no hay un solo día en que no la recuerde. Su enfermedad fue uno de los motivos de que me fuese de Madrid con tanta prisa, empeoró de repente... —Sus largos dedos vuelan por entre sus mechones. Ahogo un suspiro de deseo—. No busco una mala excusa, de verdad que no, me sobra culpar a otros por lo mal que me porté; eso fue cosa mía, solo mía.

Apoyo la mano en su antebrazo. Sus músculos se tensan bajo mi toque.

—Influyó, puedo imaginarlo. La salud de los que queremos es a veces más importante que la propia, pero Luca, todo eso nuestro quedó muy atrás, en serio, ¿es que no puedes olvidarlo?

—Lo que no puedo es perdonarme. —Sus ojos azules me taladran. Leo en ellos una pena inmensa que me sobrecoge—. Te hice daño y en el fondo lo sospechaba, pero fui un cobarde que miró en otra dirección y se repitió que no era para tanto, que lo superarías. Tiene gracia, fui yo el que no lo superé nunca.

Se le atragantan las palabras. Suspira y traga. Yo respeto sus duelos aún por cerrar porque sé de lo que habla. He sentido lo mismo mil veces, que papá se marchó sin merecerlo, que el destino me ha privado de compartir con él muchas cosas que eran solo nuestras, el cepto del remordimiento por cada error. Nos abrazamos fuerte y nos reconfortamos de nuestras pérdidas como podemos. Con un afecto que, de sincero, traspasa la piel.

En el desayuno, tres días más tarde, junto al contenedor del yogur, me tropiezo con una Tara reluciente como nunca.

—*You know?* —me dice—, *I'm not going! I'm staying!*

La abrazo eufórica. Si se queda y continúa la terapia significa que ha mejorado, ¡Dios, me alegro mucho, muchísimo por ella! Nuestro animado cotarro lo interrumpe la enfermera, al indicarme que el doctor Moore me espera en su consulta, tras el desayuno. Me envario y mi corazón se acelera como una máquina pasada de revoluciones. No me atrevo a compartir mis miedos con Luca, no quiero que piense que soy una niña temerosa y desagradecida pero cuando atravesamos los corredores camino de la consulta, le agradezco que me coja la mano y me la apriete. Está sudada, temblorosa y fría.

¿Qué noticias van a darme? Han pasado las semanas y nadie me ha informado a niveles médicos, aunque yo me sienta flotar. Puede que no esté realmente mejor, puede ser solo el efecto «Luca», no me engaño. Pero...

—¡Enhorabuena, Marta! El resultado de los análisis es formidable, estás respondiendo mejor que bien al tratamiento.

Siento que se abren todas las ventanas de mi oscura existencia y que por fin puedo respirar.

—¿En serio?

—Tu estado de ánimo ha contribuido a ello, eres una chica positiva, siempre alegre.

Miro a Luca con una ceja arqueada. ¿Con quién me está confundiendo este buen hombre? ¿Siempre alegre yo? ¡Si soy la madre de todos los cardos borriqueros! No sabe lo que dice. Es por él, por Luca, porque está aquí a mi lado, sacrificando su tiempo, prefiriéndome a Miriam. Él me insufla ganas de superarme, él es la medida de los años que me quedan por vivir.

Celebraciones a nuestro modo

—Hoy salimos a cenar, hay que celebrar nuestros avances —declara un Luca exultante, cargado de entusiasmo, una vez terminada la entrevista con Moore.

Nuestros. Ha dicho «nuestros».

—¿Dónde?

—A cualquier sitio bonito fuera de esta dichosa clínica; el pueblo no está lejos, pediré prestado un coche. Vamos, ponte guapa.

Troto hasta mi dormitorio estremecida de ilusión y abro el armario. Localizo enseguida la única prenda factible que he traído conmigo, casi de pura casualidad: un vestido rojo de punto que se adapta al cuerpo como un guante y los bonitos zapatos de tacón que arrojé a la maleta a última hora. Me premio con una larga ducha, peino mi cabello corto a conciencia para sacarle lustre y me maquillo con cuidado. Es una noche especial, me estoy curando, lo sé, lo siento en cada fibra de mi cuerpo, Luca me ha salvado trayéndome aquí y además me quiere. Nací princesa afortunada y no supe verlo. Mira que he desperdiciado tiempo quejándome... Hay veces en que no te das cuenta de la suerte que tienes, solo porque tarda un poco en llegar y te pilla distraída. O cabreada como una mona.

Annie nos presta su cochecito, un modelo de Opel Kadett que en España ya no se fabrica y le pregunta a Luca por enésima vez si ha entendido el camino al pueblo. No tiene pérdida, solo hay una sinuosa carretera de montaña que, entre rizos y caracoles, baja hasta el conjunto de casitas y luego asciende de vuelta. No entra en nuestros planes despeñarnos. Le han recomendado un restaurante típico de la zona y después de extraviarnos por un par de calles y de batallar porque no tengo ni idea de cómo se interpreta un mapa, aparcamos en la puerta con una innegable sensación de triunfo y la mirada de admiración de Luca, que vuelve a recorrerme entera, como cuando nos encontramos en el *hall* de la clínica. No me ha dicho con palabras que me ve guapa, me lo han contado sus ojos. El interior nos acoge con una luz amarilla semejante a la del fuego, el artesonado de recia madera y las mesitas cubiertas con alegres manteles de cuadros. Tengo la impresión de que acabo de entrar en la cabaña del abuelo de Heidi tras una remodelación mobiliaria. El camarero, un jovenzuelo con chaleco y camisa blanca, nos conduce a nuestra mesa, enciende la vela del centro y nos pregunta qué queremos beber. Luca saca un papelito arrugado del bolsillo, intenta pronunciar la difícil palabra que lleva escrita en él y, viendo los mohines del camarero, acaba entregándoselo.

—¡Ah! ¡*Slivovitz!* —exclama al identificarla.

—Sí, eso. —Luca se ríe.

—¿De qué se trata? —curioso.

—Es un licor de frutas típico de la zona, vamos a probarlo.

—Los licores que esta gente toma para desayunar nos abrirían un agujero en mitad del estómago —cuchicheo—, ¿has perdido el juicio?

—Es solo para brindar. En la cena tomaremos vino.

Hala, ya está, ya lo ha decidido él solito sin consultar. ¡Cómo son los hombres!

Se me cae la baba.

—¿Estás seguro de que puedo tomar esas cosas? Quiero decir, ¿no serán incompatibles con mi tratamiento y tal? No vaya a salir con los pies por delante.

—Solo por hoy y sin pasarse, tengo autorización oficial del doctor —afirma con un floreo de manos. El chico ha vuelto con una botella de cristal verde sin etiqueta que me pone el vello de punta y nos sirve dos chupitos. Hace ademán de llevársela, pero Luca le indica que no lo haga.

La botella permanece sobre la mesa, peligrosamente cerca. Lo mismo que él.

—Brindemos por tu milagrosa recuperación.

—Me parece una buena idea, veneciano, aunque no acabe de creerme que tengo otra oportunidad.

—Este veneciano está muy orgulloso de ti. —Levanta el vasito.

Lo secundo alzando el mío. Lo subo, lo bajo y, dispuesta a quedar como una auténtica mujer de mundo, me lo llevo a la boca y me trago el contenido de una atacada.

—¡No, así no! —creo oír en algún rincón de mi cerebro, mientras mi garganta literalmente se abrasa.

—¿Cómo que no? ¿Esto no se bebe? ¿Acabo de engullir algún tipo de detergente o abrillantador de plata?

¡Virgen de las Bragas Vueltas! ¡Ven a mí! ¡Que me enveneno!

—Hay que decir *salute* mirándonos fijamente a los ojos —me aclara Luca muerto de risa— y el que aparte la mirada, pierde.

—Joder, qué susto me has dado, debería arrearte con la botella en la cabeza. Vamos allá.

El licor no es fuerte, es lo que le sigue en la escala mundial de terremotos, pero una vez caldea el estómago, sube la alegría por el cuello arriba. Disimulando, me paso la punta de los dedos por las mejillas. Noto que la temperatura ha sumado varios grados. Me entran ganas de gritar gilipolleces del tipo *yujuuuuuu* y similares. Callo, pero me cuesta dominarme. Ando como eufórica.

—*Salute* —canta la voz de barítono de Luca. Sus ojos se clavan en mí y es como un Dementor, me sorbe el alma.

—*Salute* —murmuro sin dejar de mirarlo. Bebemos sin apartar las pupilas de su sitio original y al acabar me lanza una provocadora sonrisa.

—¿A que así es mejor? —ronronea.

—Mucho mejor —confirmo sedosa, prendida del arco de sus preciosos labios.

Así soy capaz de acabar con la cosecha completa.

—¿Repetimos? —me pregunta en un susurro intencionado.

—Uno más —acepto medio en trance. Todo empieza a darme vueltas, ni me atrevo a preguntar por la graduación del alcohol que me estoy metiendo entre pecho y espalda.

Retomamos el ritual y, de repente, todo es una cerilla arrojada a un campo de arbustos secos: arde en cuestión de segundos. Algo que seguramente será deseo explota a nivel de mi vientre y me recorre a ráfagas como un río de lava candente. El calor se propaga por mis miembros y me aturde. Mi boca se abre y jadea suavemente.

El camarero está esperando a que pidamos la cena. Luca rompe el hechizo antes que yo y comenta en perfecto inglés los platos disponibles.

—¿Carne o pescado?

Cuando recupero la movilidad, reparo en el tiempo que hace que no me como un buen churrasco. Los menús de la clínica son, sobre todo, escuetos y vegetarianos. Pero por lo visto hoy dispongo de carta blanca, vamos a aprovechar.

—Un buen pedazo de carne a la brasa con sus patatitas y su acompañamiento. ¡Señor! No sé si desintegraré mis articulaciones digiriéndolo, pero me relamo solo con pensarlo.

—Disfruta. Es tu noche.

Eso mismo pienso hacer. Sin cálculos ni miedos, sin remordimientos, sin pensar que mi mañana igual no llega. La esperanza es el agua que riega toda la hierba del mundo y la vuelve verde. Nos sonreímos y hablamos de un montón de cosas triviales hasta que decido aterrizar en algo más personal.

—Háblame de tu novia.

Arquea las cejas en un gesto de sorpresa muy sensual y muy suyo.

—No tengo de eso.

—Vamos, ya sabes a qué me refiero, a la que dejaste en Venecia.

—Un caballero no desvela ese tipo de historias —se resiste guasón.

—Sé un poco rebelde, venga, dime que era imbécil y gilipollas.

—Pues bastante —admite pasados unos segundos. El placer me inunda cada poro.

—Pero sería una gilipollas guapa.

—Más de lo que se merecía. Ni siquiera sé qué me atrajo de ella.

—Pues eso, sus piernas de metro quince, su melena de leona.

—No soy hombre de deslumbrarse con los exteriores bien empaquetados.

Arrugo la boquita, traviesa, juguetona.

—Imagino que con el tuyo propio tienes bastante.

—Era alegre. Sonreía todo el tiempo. A primera vista era imposible pensar que disfrazaba tantas obsesiones. El peso, las copas, la ropa, los contratos, la fama..., ser la primera, la única, la mejor. Ese perfeccionismo enfermizo que hace invivible cualquier existencia.

—De modo que le rompiste el corazón.

—La dejé ingresada en una clínica con uno ochenta de estatura y treinta y nueve kilos. Era lo mejor para los dos, pero sobre todo para ella.

—¿Te sigue llamando?

—Ya muy de vez en cuando. Ha tenido su época y admito que fue difícil de soportar. A mi madre no le gustó jamás y a ella solía caerle bien todo el mundo.

—Aguda intuición, la suya.

—El día que corté con esa locura descorchó una botella de champán.

—¿Y nunca la echaste de menos?

—Ha sido la mejor decisión que he tomado en la vida. Continuar algo roto por pena es un error garrafal.

Alzo la copa y le dedico el brindis. Relaciones por pena. ¡Uf! ¡Qué delicado! No quiero empañar la grandeza de esta noche con más recuerdos amargos de los precisos.

—Por ti, Luca D'Angelis. Por ser un tío que deja huella allí donde pisa. Caballo de Atila.

La cena la protagoniza la dicha, con mayúsculas. Mi vida al completo, hasta hace poco, no había sido precisamente para tirar cohetes, pero esta noche lo compensa todo. Con creces. Me siento como la Cenicienta en brazos de su príncipe, sin pensar en un mañana, ni en que a la vuelta se convertirá en calabaza. Bueno, ella no, su carroza pero... ¿a quién coño le importan ni la calabaza, ni la carroza? Me estoy zampando una maravillosa tarta de chocolate que seguro que está prohibida, pero Moore no está aquí para regañarme. Pienso disfrutar cada micra de cada segundo de esta jornada gloriosa. Soy tan estridentemente feliz que es del todo imposible que me sienta mal la comida.

Cuando terminamos estamos ebrios, saciados y más jubilosos de lo que pudiésemos haber planeado. Tras pelearme medio en broma con Luca por pagar la cuenta, él se ocupa y salimos abrazados por la cintura cantando «*Hands up, baby hands up...*».

El vigilante del turno de noche es un sanitario de unos cincuenta y tantos años y rizado bigote, con el que apenas he coincidido en las terapias y que me recuerda una barbaridad a Hércules Poirot. Lee flemático tras el mostrador de entrada y se levanta en cuanto escucha ruido para abrirnos. Contenemos las risas como podemos, parecemos un par de universitarios llegando tarde al colegio mayor. Por cierto, yo soy universitaria; Luca, ya no.

Saludamos con la media lengua que nos queda, aceptamos las llaves que cortésmente nos entrega y nos dirigimos a nuestras habitaciones. Por el camino se me dobla un tacón y Luca aprieta el gancho que rodea mi cintura para evitar que me estampe contra el suelo. Vuelve a darnos la risa, pero no podemos alborotar a estas horas, sería imperdonable.

—*Chisssss* —le digo poniéndome un dedo sobre los labios—, esta gente está malita, necesita descansar.

—Vale, nos reiremos bajito...

—¡Chissss te digo! —Y ahora coloco el mismo dedo sobre su pulposa boca. El toque actúa como un detonador. Me acerco más a él, que no me suelta ni se aleja. Recorro con la yema el dibujo de su arco de Cupido. Me aproximo un poco más. ¡Dios! Permito que nuestros labios queden a escasos centímetros de distancia y que nuestros alientos se reconozcan. Va a ocurrir. ¡Ahora sí! Y no aparecerá nadie para interrumpir. Estamos en ese momento incomparable previo al delirante beso, donde la tensión se corta con cuchillo, se comparte el mismo aire y el deseo forma torbellinos de colores.

Escucho girar una llave en una puerta cercana. No puede ser, no puedo tener tanta mala suerte. Me distancio de Luca, abro mi habitación, tiro de él y lo cuelo dentro. Vuelvo a cerrarla y me abalanzo a sus brazos con un ansia inhumana. Siento regueros hirviendo que se deslizan desde mi pecho hasta el sexo, donde explotan en forma de estrellas. Su mano levanta mi falda, se introduce por la pernera de mi culotte y me acaricia suavemente el trasero. Me empuja hacia la cama, se acomoda sin hablar, tira de mí y me sienta en su regazo. Su lengua llena mi boca, en décimas de segundos todo mi ser se quema. Nos arrancamos las prendas sin interrumpir los besos y ese contacto ya conocido para mí con su piel, pecho con pecho, es como un veneno mortal. Mis pezones acusan la carga del deseo tantos años contenido, me duelen. La humedad de su saliva alivia el escozor pero sus dientes lo renuevan. Estiro el cuello, dejo caer hacia atrás la cabeza y gimo.

Esto es... sencillamente fabuloso. Indescriptible. ¿Qué mierda he estado haciendo yo todos estos años sin su amor? Perdiendo el tiempo, está claro.

Me agarra por las nalgas y rectifica mi posición. Separo las piernas y quedamos sentados, uno frente al otro, yo rodeando su cintura con las extremidades inferiores, él la mía con las suyas. Noto su pene erguido y duro sobre mi ombligo y, tímidamente, bajo la mano para rozarlo. ¡Jo-der! Recuerdo el mote del que Joanna habló, pero tengo cosas mejores que hacer que reír, ahora. Me está alzando y adivino que poco a poco va a dejarme caer sobre él. Después de tantos años sin hacer el amor con nadie no sé si me dolerá, solo sé que estoy empapada, más que lista para recibirlo.

—Bicho..., no tengo condones... —susurra.

—No pasa nada, sigue... sigue...

—Sí puede pasar...

Le agradezco el detalle de responsabilidad en este momento de calentón máximo, pero ayer mismo acabé con la regla y no es probable que ocurra nada. Se lo cuento al oído, bajito y con un tono entrecortado e insinuante, que nos pone más a tono todavía.

Entonces me penetra, mi cuerpo se dilata para que entre y aunque al principio cuesta un poco, con ternura y suavidad se mete dentro de mí, alcanza mis entrañas y me arranca un pequeño grito que se apresura a mitigar, tapándome la boca con la mano. Le muerdo el borde y los dedos, enloquecida. Gira sin salir, me recuesta boca arriba en la cama y me cubre con su peso. Soy tan

pequeña y él tan grande que desaparezco. Pero eso es lo de menos, todo mi ser se convulsiona bajo ráfagas de placer tan intensas como prolongadas. El bombeo de sus caderas es rítmico y sedoso, nada violento, adaptado a mis necesidades y a las de los dos orgasmos que experimento antes de que Luca se deje ir y se derrame por completo en mi interior.

Nos dormimos abrazados, mi cara reposa sobre su pecho y sus dedos se enredan y juegan con mis mechones, antes de quedar inmóviles por completo. Sus caricias han derretido las capas más hondas de mi espesa armadura. Cedo al sueño, sorprendida de lo hermoso que puede ser el contacto íntimo con otro ser humano.

El final de una etapa

Cuando despierto Luca no está en la cama y eso me asusta. Aguzo el oído por si se esconde en el baño, pero mi habitación se la come el silencio. Palpo las sábanas, no están calientes, ni siquiera templadas, debe de hacer rato que me abandonó. Así es como me siento, abandonada, desierta, hambrienta de más. Lo quiero a mi lado, susurrándome dulzuras al oído, confirmando mis anhelos, asegurando los lazos entre ambos. No es así como esperaba despertar el día después de haber recordado el mejor sexo que puede soñarse.

No consigo ir más allá con mis reflexiones porque llaman a la puerta. Aparece la cara de Luca, que me sonrío sin adentrarse en el dormitorio.

—¿Dónde te habías metido? —Sé que es una pregunta estúpida, lo sé, trae el pelo mojado, no viene en pijama y huele a recién duchado, pero tengo que decir algo.

—He ido a mi habitación a asearme y tú deberías hacer otro tanto, señorita, no querrás llegar tarde al desayuno el día que te dan el alta.

Tardo en computar sus palabras. Lo que mis oídos han escuchado se parece más a un «no querrás que nos vean saliendo de la misma habitación». Lo sé, me comen los miedos y los prejuicios. Parpadeo confusa.

—¿Me dan el alta? ¿Ya? —Me aparto a manotazos el pelo—. Dios, mi nivel de inglés es mucho peor de lo que suponía, de eso no me he enterado.

—Normal —me disculpa con ternura—, nos pusimos tan nerviosos cuando nos dijo que te habías curado...

—Curarme —repito en un eco sordo—. Suena tan a milagro que no me lo trago. ¿Curada del todo?

—No te engañes, tendrás tratamiento para varios meses y alguna cautela de por vida, pero la mejora siempre irá en progresión, esa es la buena noticia. Te espero en el comedor.

Frunzo el morrito y me aseguro de que me vea antes de desaparecer. Lo que mi cuerpo anda pidiendo es a él, sobre mí, dentro de mí, alrededor de mí. Derritiéndome con sus caricias por siempre jamás. Es muy listo este cuerpo mío.

—¿No me llevas en brazos a la ducha? —Sueno desilusionada.

—Es tarde, perezosa, vamos.

Se ha escabullido de mi propuesta y de quedarse. Algo no va bien. De repente lo noto distante. No a nivel emocional, solo físico. O es que yo soy una ansiosa de mucho cuidado, que también. Me ducho, me visto a toda velocidad y ocupo mi silla a su lado en el comedor. Algunos pacientes

ya conocen la noticia y me dan la enhorabuena, otros cotillean, se alegran y se suman a las expresiones de afecto que tanto repelús me dan. Me cuentan que ellos tampoco se quedarán mucho más tiempo y que no pueden esperar a ver las caras de sus médicos, cuando comprueben con sus super-máquinas que los tumores han desaparecido o se han vuelto mínimos.

Pero yo solo soy consciente de la mitad de lo que está ocurriendo.

—¿Te pasa algo? —asaeteo a Luca en cuanto vuelvo a la mesa.

—Tienes tu última consulta con Moore, no lo hagas esperar.

Me entran ganas de rugir y escupir lenguas de fuego por la boca.

—¿Por qué de pronto te has vuelto tan marimandón?

—Siempre he sido así, igual es que no lo has notado antes —responde indiferente, aunque hace un intento por sonreír. No parece el mismo Luca que yo conozco; esta incertidumbre que se forma en mi mente me está costando un desagradable nudo en la tripa que no sé parar.

—Esperaba que me dieras los buenos días, un beso, una muestra de cariño, no sé... Estás raro.

—Me pican los ojos, tengo que impedir que salga una sola lágrima—. ¿He hecho algo malo?

Me acaricia la mejilla y me la pellizca. Creo que me está tratando como si fuese su sobrinita.

—¿Qué bobada! ¿Qué vas a hacer tú de malo?

Echa a andar corredor adelante. Troto para alcanzarlo y le tiro de la manga. Soy persistente y cabezona si la causa merece la pena y esta, por mis bemoles, que la merece.

—He hecho algo malo —afirmo rotunda y con los ojos húmedos—. ¡Dime qué es!

Luca aprieta las mandíbulas, sus músculos traspasan la línea de su cuadrado mentón. Sube una mano y se mesa el pelo.

—He vuelto a fallarte.

Pestañeo y le echo caradura. No hay mejor defensa que un buen chiste. Ácido.

—Creo que te equivocas en una vocal.

—Sin coñas, Marta, que hablo muy en serio.

—¿Qué tiene de malo? ¿Qué? ¡Estuvo genial! Más que eso, me has dejado unas demenciales ganas de repetir que...

—¡Y ni siquiera usamos protección, soy un auténtico descerebrado! —Su expresión crispada hace que me trague las palabras de aliento. Sus dedos se pierden de nuevo dentro de su pelo, se lo revuelve frenético. Nunca lo he visto tan afectado por algo. Bueno, quizá hace muchos años. Alargo la mano para posarla en su brazo, pero se me escurre—. Perdí la cabeza, vine con intención de protegerte y mira lo que he hecho. Llevo dándole vueltas desde que desperté.

—¿Te das cuenta de que se repite la absurda conversación de hace siete años?

—Será porque han pasado pero sigo sin aprender.

Avanza otro poco y se deja caer a plomo sobre un banco del pasillo. Por más que se empeñe en disimularlo, todo su cuerpo lo canta: está enfurruñado, molesto y a un millón de kilómetros de mí. No estoy dispuesta a pasarlo por alto. Quizá sea mejor recuperar el camino recto e ir con la verdad por delante. Aprovecho la momentánea parada para acoplarme a su lado, rodearle el

cuello con los brazos y acariciarle la mejilla sin afeitarse.

—Venga, no te preocupes, ya te dije que es imposible que haya riesgo, no lo empañes, quiero recordarlo exactamente como ha sido, increíble, *porfi*, no lo fastidies.

Gira los ojos y me atraviesa con ellos. Son dos lanzas azul oscuro directas al corazón. Mi conciencia se abre a la verdad: llevo toda la vida enamorada de Luca, nunca lo he superado. Por eso jamás he consentido ser de nadie, no me han interesado otras relaciones, he preferido mustiarme en casa a ser infiel a lo que siento y me quema por dentro.

—Marta, eres muy importante para mí, no quiero por nada del mundo que un calentón de mierda enturbie nuestra amistad, odiaría que se resintiera.

Ojo, «un calentón de mierda» no es precisamente como me gustaría que lo definiese. Le digo que no, claro, que seguimos siendo los de siempre, los mejores amigos dentro de la galaxia, pero mientras lo tartamudeo, me pregunto qué clase de declaración de amor es esa y qué significa. Suena a que no volveremos a acostarnos, suena a que se arrepiente de haberme amado. Otra vez. También es posible que esté nervioso y no se exprese como quisiera. O que yo no entienda bien sus intenciones, a fin de cuentas, sigo sin tener demasiada experiencia con los hombres.

Será eso.

Tras la consulta con el dicharachero doctor Moore y algunos abrazos que, pese a la emotividad, me producen urticaria, metemos las maletas en el temido transporte que nos llevará al aeropuerto de Sofía. Miro por última vez el edificio que alberga la clínica y mi corazón se hincha y expande como una esponja sumergida en líquido. Cuántas cosas han pasado aquí, cómo ha cambiado mi vida al pasar por sus umbrales.

Ya dentro del avión, tras muchos esfuerzos e intentos fallidos por mi parte, consigo borrarle a Luca la cara rancia y vuelve a ser el que era. Nos gastamos bromas y nos reímos repasando las fotos que me ha sacado a traición durante el internamiento. Algunas no tienen perdón. La brutal bajada de defensas que sufrí durante la primera semana, la infección que me invadió toda y me postró en cama cuatro largas jornadas consumida de fiebre. Luca no se separó de mi lado, noche y día, sin soltarme la mano. Las peleas porque me diese intimidad con los enemas. El baño entre pétalos de flores, tantos detalles hermosos... Ahora, con la vuelta a la rutina, habrá tiempo y oportunidad de aclarar los asuntos y emociones descarriadas, las piezas encajarán, todo será rosa y perfecto, me prometo a mí misma.

Qué lejos estoy de sospechar que lo que se está fraguando, precisamente, es mi desgracia.

Peldaños en ascendente y niños mamones

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Mi delicado y oculto estado de salud, los estudios y yo precisábamos de silencio y tranquilidad y, ambas cosas, en mi casa, brillaban por su ausencia. La gota que colmó el vaso fue una horripilante clienta que se nos coló por la puerta, recordándole a grito pelado a mamá que la fiesta de no sé quién se le echaba encima y que por culpa de sus retrasos no tendría dispuesto el traje. De la chepa llevaba colgado un niño de unos cuatro años, disfrazado como el chico del aro de las postales, con unos pololos imposibles y una chaqueta de marinerito tan cursi que daba grima verla. El dulce infante correteaba por toda la sala chillando a pleno pulmón. Pensé en el pobre de mi padre y suspiré.

—¿Y Sandra?

—La he mandado a casa de una amiguita —informó mamá al borde de una embolia. El monstruito seguía saltando por todos lados como una pelota loca.

—Lástima no poder hacer igual conmigo —boqueé escondiéndome en la ¿paz? de mi dormitorio.

Ordené los libros en mi escueta mesa dispuesta a meterle mano a las lecciones, pero duró poco. Enseguida mamá asomó tímidamente la cabeza por la puerta pidiendo disculpas.

—¿Te importaría salir un rato? La señora Valdieso tiene que probarse su vestido.

Aunque me importara. ¿Cómo iba a oponerme? Eché un último vistazo a mis apuntes y los dejé tal cual, cediéndole el espacio a la exigente dama. Fue vislumbrar la habitación y arrugar la boca en un mohín de evidente disgusto, todo en uno.

—¿Aquí? ¡Qué taller tan mal organizado tienes, Maruja, por Dios! Conste que lo hago porque me encanta tu diseño, que si no... Menudo cuchitril —insultó, para a continuación, la muy fresca, pedirme—: Cuida de mi Alvarito mientras salgo.

Las súplicas de mi madre sirvieron de sostén a su avinagrada orden.

—Échame una mano, Marta, por favor.

Otra vez Marta en lugar de Manuela. Me quedé mirando al niño.

—Hola, guapo. ¿Quieres un vasito de leche?

—¡No! —me chilló en todo el tímpano, el muy cabrón.

—¿Un Cola Cao? ¿Galletas? —probé.

—Magdalenas —bramó el niño entornando los ojos.

Me incorporé y miré a mamá, al borde del asesinato.

—¿Tenemos magdalenas?

—Creo que queda algo en la cocina —recordó desmayada—. O sobaos...

—¡Magdalenas! —aclaró Alvarito por si quedaban dudas.

—Magdalenas, bien, vamos a buscarlas —sonreí aparcando mis impulsos de estrangularlo.

Desde mi cuarto, la madre del angelito reclamaba ayuda con la cremallera. Mamá voló a su lado.

—¿Me acompañas? —dije al niño.

—No. Dame magdalenas.

Me agaché hasta quedar a su altura, le agarré la solapa de marinerito bien fuerte y le pegué la boca a la oreja.

—Si no vienes conmigo ahora mismo a la cocina, abriré esa ventana y te lanzaré por ella como si fueras la cáscara de un plátano —susurré macabra.

Evidentemente no entendió la frase, pero captó la mala leche en el tono, eso, fijo. Porque empezó a hacer pucheros y a mirarme con ojos desorbitados por el terror. Me puse nuevamente en pie, le sonreí con inocencia y le ofrecí la mano. El pobre niño reculó.

—¡Mamá! —salió corriendo a toda mecha buscando protección.

La señora salió del dormitorio vestida de princesa con tocado y todo, empeñada en colocarse hasta la última peineta de nácar para estudiar el efecto. Y debe ser que le satisfizo porque permitió que mamá le colocara unos alfileres aquí y allá, sin dar demasiada guerra. En el tiempo que tardó en volver a cambiarse, el puñetero niño se nos perdió de la vista y apareció en el salón arrastrando las muletas de mi padre, momentos antes de que llamásemos a la policía a denunciar su robo.

—Alvarito, suelta eso, que no es nuestro —rio su madre. Maldita la gracia que tenía el niño. Me estaba volviendo loca.

—Quiero el palo —chilló.

«*¡No es un palo, es la muleta de un inválido, cachocabrón!*».

—Suéltalo —repitió su madre con el tono todavía flojo.

—No quiero.

—¡Cómo son estos críos! —se acompañó con un cacareo deslucido.

Di un par de pasos hacia él y extendí la mano.

—Que me des la muleta —reclamé con voz serena.

La dejó *ipso facto* en el suelo y fue a esconderse tras la falda de su madre, que ya se había olvidado de él y negociaba con la mía los plazos de entrega. Aprovechando que no me veía nadie, al recoger la muleta le hice una mueca espantosa que lo puso a llorar. No puedo expresar la honda satisfacción que me bañó de pies a cabeza.

—Debe de ser que tiene hambre... a estas horas... —lo disculpó la clienta al tiempo que dedicaba una mirada tierna a su *destroyer*. Luego se despidió con brevedad y salió por la puerta.

Mamá y yo suspiramos de alivio al perderlos de vista.

—Demasiada gente para una casa tan pequeña, supongo —soplé.

—El otro día fue mucho peor. Vino otra señora con una niña a la que por poco tenemos que atar. Y la anterior, le volcó el batido de fresa por encima a su madre, justo cuando se probaba el traje. La buena señora me obligó a pasarlo por la tintorería antes de entregárselo. Te imaginarás lo poco que le saqué a ese trabajo.

Me llevé las manos a la cabeza

—¡Mamá! ¿Cómo permites que te traten así? —Habló quien pudo, pensé a continuación.

—Bueno, los clientes reaccionan según lo que ven —miró abatida a nuestro alrededor—. Y este local no inspira mucho respeto.

—La gente que pare esos hijos no debería comprarse trajes de gala —concluí yo después de meditarlo mucho.

—Estoy de acuerdo, menudos bichos —musitó mamá a punto de desvanecerse.

Nos cruzamos la mirada y rompimos a reír. Hacía mucho tiempo que no compartíamos un segundo tan cómplice. Mi padre, desde su celda, preguntó cuál era el chiste y por qué no lo dejábamos participar.

Después de las risas, vinieron los llantos, como suele decirse. Los episodios con infantes repelentes no fueron caso aislado. Había mucha madre generadora de este tipo de prole, deseosa de vestirse de fiesta con los diseños exclusivos de Maruja Torres. Por muy deprimente que resultara el taller, el número de clientas ansiosas se multiplicaba por días. A papá le compré los tapones más gordos que encontré en la farmacia, pero ni por esas, el jaleo en casa resultaba insoportable, y para remate, yo acumulé dos hermosos suspensos, con humillación pública por parte del profesor, que no creía que pudiese tener una alumna tan idiota en clase. Sandrita pasaba más tiempo en casa de la vecina que con nosotros; en realidad, solo volvía para cenar si había pasta. Mamá asistía al decadente espectáculo, llorando cuando nadie la veía.

Debió de tomar la determinación un día cualquiera, de aquellos desastrosos, y se pondría al habla con la siempre responsable Silvia, a fin de elaborar el plan de escape. Debí sospecharlo, pero era tan simple que jamás intuía nada, deberían darme un premio a la boca abierta permanente. El caso es que noté algo raro en el modo en que mamá sujetaba las tijeras cortando satén rojo aquella tarde. Lo achaqué a mi turbio estado de ánimo y a mi total agotamiento físico. Sin embargo, levantó la atención de su mesa y me sonrió.

—Hija, todo esto va a mejorar.

Aguardé demandando más información. Si es que todo andaba mal, nuestra situación económica, la pierna, el humor y la salud en general de papá, las insoportables compradoras, mi estrecha convivencia con Sandrita, mis dolores cada vez más agudos que no me atrevía a comentar con

nadie... Con aquel panorama, era lógico que no supiera a qué se refería. Debió de leérmelo en la cara, porque volvió a sonreír.

—He vendido muchos vestidos, más de los que tenía planeado y he ahorrado algo. Creo que es el momento de trasladar el taller a otro local.

Tardé un segundo en reaccionar.

—¿Marcharte de aquí, dices? —asintió en silencio. Ella parecía feliz. Yo, por el contrario, vi que el mundo se me venía encima.

—Llevo un tiempo dándole vueltas a la cabeza, comprenderás que así no puedo seguir, no es manera de trabajar y no lograré que «Maruja Torres» se convierta en una marca respetada. Tu hermana me aconseja que crezca.

Hice una mueca burlona con las cejas.

—¿Que crezcas? Mamá, tienes cincuenta y ocho años, lamento comunicarte que no saldrás de tu metro sesenta y cinco.

—No te pongas difícil, Marta, que sabes perfectamente a qué me refiero —parpadeó nerviosa—. No lo haré sola, tengo el apoyo del padre de Luis, que me alquila un buen local a mejor precio.

Se abrió una incómoda pausa que se fue enfriando hasta convertirse en puro hielo, en tanto transcurrían los segundos. Coincidieron fijas nuestras miradas.

—Ah, ya veo, ahora Luis se ha convertido en nuestra tabla de salvación —conseguí sonar irónica.

—No sé por qué le tienes tanta manía. Es un muchacho estupendo, mucho más de lo que tú llegarás a conseguir jamás. —Aquella frase injusta me dejó como si me hubiesen arrojado una jarra de cubitos helados por dentro del jersey.

—Tengo asumido desde que nací que Silvia es perfecta y su novio también, no hace falta que me lo recuerdes —vomité con amargura.

—Es encantador, de una buena familia, y se preocupa por el bienestar de tu hermana —me regañó severa—. ¿Por qué si no iban a entretenerse en ayudarme?

—¿Quizá porque no te alquilarán el local gratis? —adiviné maliciosa. Mi madre parecía tan inocente, inmune a toda maldad—. Vale, como quieras, pero ¿quién va a cuidar de papá?

Mamá me observó en silencio durante mucho rato. Conociéndola, más de lo conveniente.

Sacrificarse se escribe con «m» de Marta

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

—De eso quería hablarte. Papá no ha mejorado y es evidente que alguien debe quedarse y hacerle compañía. —Le costaba trabajo expulsar las palabras, al tiempo que tragaba saliva—. Yo estoy liadísima con el negocio despegando, tu hermana Sandra es pequeña...

—¿Pequeña? —me indigné—. Es una irresponsable de mil pares de narices que no dejaría al cuidado de papá, aunque fuese el último ser humano respirando sobre la faz de la Tierra.

Mi madre no pareció impresionarse por mis razones y siguió su frase, como si no la hubiese interrumpido nunca.

—Ya sabes, depende de sus clases del instituto. En cuanto a Silvia... bueno, está centrada en terminar la carrera, prepara su tesis y además le va muy bien con Luis, ese gran chico —pareció evadirse un minuto—; sería un acto de egoísmo obligarla a volver a casa, están muy contentos viviendo juntos.

—¿Y? —señalé temiéndome lo peor—. ¿Solo quedo yo?

—Solo quedas tú —confirmó mamá esquivando mis ojos ávidos—. Será algo temporal, hasta que podamos permitirnos una enfermera.

—Sabes que papá nunca querrá que lo atienda una enfermera —reí con amargura. Me temblaban violentamente las rodillas y a duras penas contuve un rugido.

—Lo convenceremos llegado el momento —aseguró firme—. El caso... es que eres la mejor opción, Marta. Total, ni siquiera has comenzado la carrera en serio y llevas fatal el curso, no pierdes mucho —soltó despreciativa y a bocajarro.

Así que sabía lo de mis suspensos. Y lo había disimulado para poder usarlo como artillería pesada cuando resultara necesario, por ejemplo, ahora. Sentí que mi mundo se derrumbaba allí mismo. Adoraba a mi padre, seguramente era, de mis hermanas, la que más unida estaba a él. Pero el tributo de tener que abandonar los estudios, mi sueño de ser abogada, el imaginado puesto como compañera de Silvia... Me di cuenta de que tenía los ojos encharcados.

—No es justo —sollocé.

—La justicia no tiene nada que ver con sacrificarse cuando tu familia lo necesita —contraatacó mamá con dureza—. No es para ponerse así, ni que fuera el fin de la cristiandad. Mira la cara

positiva de las cosas: Sandra recuperará su dormitorio, papá el salón de la tele y tú tendrás un cuarto para ti sola.

Convencerme con migajas. Otra lección aprendida de la inteligente Silvia.

—Sí, sí, claro, qué bien... —murmuré. No sé cómo contuve mi arrebato de entusiasmo y no me colgué de la lámpara. Seguramente porque era demasiado barata como para soportar mi peso. El corazón retardó sus latidos. Estaba tan furiosa que me quedaba sorda por momentos.

—Pues deberías hablar con tus profesores esta semana —organizó mamá volviendo a su actividad. Estaba empacando vestidos—. Si lo necesitas, papá o yo podemos prepararte una notita.

—Mamá, eso se hacía en el colegio —recordé agria. Me sequé la cara con el revés de la manga—. Perderé el curso y no hay cómo evitarlo, no me lo van a guardar.

—Ya seguirás más adelante.

—Pues pienso acabarlo y dejar abierto y preparado el acceso al segundo año de Universidad —me juré a mí misma. Mi madre enarcó una ceja.

—Ayúdame con esos rollos de tela.

En la facultad, tenía que informar de mi marcha e ignoraba cómo hacerlo. Los profesores se despreocupaban de otra asignatura que no fuese la suya y el mío era un caso global. Después de mucho pensarlo acudí a administración. No pareció conmocionarles mucho mi historia, la verdad, no me trataron con especialidades ni me prometieron el oro y el moro. Eso sí, se aseguraron de que entendía que si constaba en mi expediente como «no presentada» a los exámenes perdería la posibilidad de una beca. Tal hecho dificultaría mi acceso a los estudios, en caso de que intentase retomarlos en un futuro. Genial.

Aún parpadeaban las ascuas de la hoguera provocada por la huida de mi querida Silvia, y comenzó el traslado del taller de costura de mi madre. Salmuera sobre heridas sin cicatrizar. Cada máquina, cada hilo, cada rosco de telar que salía desfilando por la puerta era un recordatorio de las muchas horas que mamá pasaría fuera de casa, lejos de nosotros. Y una grieta insalvable en la unidad familiar. Para consolarnos, mi padre y yo nos enganchamos a todos los culebrones de la programación televisiva. Los veíamos seguidos, un episodio tras otro, ¿en qué otra apasionante actividad podíamos embarcarnos? Leíamos con avidez las páginas finales de las revistas, donde una reseña ligera daba pistas acerca del contenido de los próximos capítulos y hacíamos porras a ver quién se acercaba más adivinando la trama.

—Adivina. Antonella se ha quedado embarazada pero no sabe quién es el padre —anunció papá radiante—. ¿Apuestas a que carga con el mochuelo a Alejandro Javier?

—Ni lo sueñes —roí una patata frita con deleite—. Ese es tan víbora como ella. Se lo endilgará a Jacobito, que es un alma de cántaro. Van dos euros.

Papá sacó trabajosamente la apuesta del bolsillo y la volcó sobre la mesa, sonriente.

—Ahora de «*Todo por ti*» —arremetí—. ¿Margarita Lola se queda huérfana o no?

—¡Uf! —resolló papá—. Es muy cría, sería una crueldad del guionista.

—De eso se trata, de que suframos. Los guionistas suelen ser retorcidos y maquiavélicos, papi, de otro modo no nos enganchan. ¿Va la apuesta?

—La pensión no da para más. Me quedo con los dos euros de Antonella.

—Gallina... —rezongué aguantándome la risa.

Por primera vez en mi vida presté atención a los programas de cocina. Por dentro y por fuera, envejecí treinta años de golpe, pero no me importó un comino, porque elaboraba los más sabrosos y variados bizcochos que puedas imaginarte. Saltándome a la torera las indicaciones de las recetas, innovaba e inventaba en pos de la cocina creativa. Y para alentar a una pastelera avezada, nada mejor que un consumidor compulsivo de sus dulces: papá se volvía literalmente loco con mis tartas, las alababa a grito pelado desde que empezaban a oler y aplaudía su presentación en la mesa. La mayoría de las tardes, las devorábamos juntos delante de la tele, haciendo planes sobre la que cocinaría al día siguiente.

Al menos no discutíamos, muy al contrario, nada más salir mamá y Sandra por la puerta de mañana, el piso quedaba cual balsa de aceite en la que papá y yo nadábamos a gusto. Luego, si volvían las brujas y por cualquier minucia peleábamos, el decaimiento le duraba varios días.

Yo, a cambio, me aficioné al fútbol.

Todos los que dicen quererme...

Me da un coraje horroroso que nos coman el coco con ciertas cosas vitales y me refiero, entre otras, a la salud. Nos han vendido que el cáncer mata y no se cura más que con los procedimientos habituales, que quitan más que ponen, y cuando alguien, como yo, ha visto lo contrario con sus propios ojos le dicen que se equivoca o lo toman por un pirado. ¿La verdad? Me trae al paio. He vivido lo que he vivido, día a día con aquellos enfermos, ningún listillo de tres al cuarto va a venir ahora a convencerme de que lo blanco es negro. Y no es que sea una antisistema por naturaleza... Que también.

Mi vuelta a casa arrastra un sinfín de visitas curiosas, incrédulas, ávidas de narraciones interminables que acaban por agotarme. Continuamente tengo que recordarles que sigo siendo una convaleciente a la que no pueden expresar sin compasión. De acuerdo, miento un poco, me siento fenomenal, podría salir corriendo a zampar calamares fritos y cerveza, pero está bien disponer de un pretexto que aleje moscones. Además, nada es rigurosamente falso, tengo un tratamiento casi de por vida y pasarán doce años antes de que pueda volver a comerme un bocadillo. El gluten, el azúcar, los fritos y otro par de cosillas desaparecen de mi dieta para los restos. Sin embargo, decenas de personas que ni conozco me escriben y me llaman, porque un amigo del amigo de otro amigo les ha referido mi caso y quieren información para algún pariente enfermo. No puedo culparlos, yo haría lo mismo.

Luego está mi madre. ¡Dios, esta devota del drama! ¡Qué pesadita se ha puesto! Llega a visitarme con un papelón de churros, como cada mañana y, sin pedir permiso, desorganiza mi minicocina para preparar café. Gruño con disgusto. No esperará que después de siglos haciéndome la vida gris ceniza, ahora corra a refugiarme en sus brazos, henchida de amor filial.

—¿Tanto te aburres que vienes a verme? —Me revuelvo el pelo y me despego las legañas. Ella sigue a lo suyo, enroscando la cafetera.

—¡Uf! ¡Qué mal humor de buena mañana, hija! Madrugar no te sienta bien, ya lo veo.

—Lo que puede que no me sienta bien es esta invasión cotidiana de mi intimidad. No soy una inválida, puedo desayunar perfectamente sola.

—Te quejarás, son de San Ginés —añade refiriéndose a los churros. Yo los miro con codicia.

—Mamá, no puedo comerme eso. Te lo digo cada día y tú cada día parece que cierras las orejas.

—¿Ni uno solo?

—Ni uno solo.

—Entonces deberías darme una copia de la llave del apartamento —repite, como si cerradura y churros tuvieran algún invisible hilo común—, así podría entrar y preparar...

—¡Ni lo sueñes! —Suelto tal alarido que hasta yo me sobresalto. Mi madre se encoge de hombros y enseguida su interés se diluye en los churros—. Una tortilla a la francesa estará bien.

Mi madre se pone a ello dándome la espalda y, mientras, yo me dedico a ordenar cojines y a quitar de en medio apuntes de contabilidad que lo inundan todo. Cuando vuelve con el plato a la mesa, nos sentamos juntas sin hablar.

—¿Piensas volver al bufete? —me pregunta—. Me consta que Silvia está agobiadísima, la chica que les lleva los papeles es una inútil integral.

Es oírlo y algo dentro de mi pecho se inflama en la medida de mi valía.

—¿Quién, Ava? —pregunto sin sacar la nariz de la taza de café.

—No sé cómo se llama. Es medio china, por lo visto.

—Ava. Pues convence a tu queridísimo Luisito de que le dé la baja definitiva. Es capaz de morderte.

—No es mi queridísimo Luisito —replica con animadversión. Dejo ir una risilla maligna.

—¿Desde cuándo no es tu yerno adorado?

—Desde que lleva el ciento y la madre con tu hermana y no toma la iniciativa en pro de un matrimonio tradicional y decente.

Se ensombrece mi mirada. No soy capaz de revelarles a doña Maruja lo que Luisito se trae entre manos con la recepcionista, probablemente, uno de los motivos por el que no se decide a casarse. Ser depositaria de ese secreto mugriento me pone de los nervios, pero no quiero que Silvia sufra, no quiero.

—Bueno, ya llegará —la calmo—, supongo que de algún modo los dos se han acomodado con la situación, tienen mucho trabajo, poco tiempo libre... Ya sabes lo que supone montar un bodorrio.

—Eso no son más que patochadas, yo misma podría organizarlo con la madre de Luis.

—¿Se te ha ocurrido pensar que igual les hace ilusión montar ellos su propia boda? —me indigno con un trozo de tortilla entre los dientes.

—Como siempre, corrosiva hasta el final, hija, no cambias —se lamenta meneando la cabeza como si corregir lo mío fuera ya misión imposible—. Bueno, lo dicho, ¿vuelves o qué?

—Claro que vuelvo, es mi trabajo, tendré que vivir de algo. El lunes próximo, ya lo tengo previsto.

—Bueno, hoy es jueves, no está mal. ¿Lo sabe tu hermana?

—Lo sabe.

Mi madre suspira y me acaricia la coronilla. Luego se arrepiente de haberme despeinado, así que recoloca cada pelo.

—Parece que las cosas se enderezan. ¡Ay, Manuela, vaya pedazo de susto que nos has pegado, no se te ocurra repetirlo!

—Desde luego, mamá. Ya ves, me puse enferma solo por fastidiar.

Cada tarde de cada día, desde que volví de la clínica, Miriam, Jo o Luca han pasado a echar un rato. Hasta Abel, tímido y encantador, arropado por Simón, me trajo bombones. Estoy recibiendo, comprimidos, todos los mimos de los que carecí, qué gozada. Pero segundo a segundo, mis sueños de amor infinito con Luca se desvanecen, porque no ha vuelto a propiciar ni una gota de intimidad. Ni una palabra que lo comprometa se le ha escapado. Más bien, se esfuerza lo indecible por dejar claras las posiciones. Somos colegas y aquí no ha pasado nada. Pero pasó. Lo sabemos él y yo, y sus pupilas me gritan al mirarme que esconde más. Una maraña de sentimientos en los que estoy envuelta pero que no sacaré nunca a relucir.

Hoy sábado, Jo se ha empeñado en que me emperifolle y la acompañe a cenar a no sé qué local nuevo que han abierto y que a mí, como es lógico, me importa un pimiento morrón.

—Venga, no seas vaga, tú y yo solas disfrutando de la noche madrileña y de la charla, venga, lo necesito —me hace un puchero—. Tengo confianzas por hacer.

Se enciende un piloto rojo en alguna esquina de mi cerebro.

—¿Confianzas sobre quién? ¿Luca?

—No te pienso decir nada hasta que lleguemos al segundo plato. ¡Vamos! ¿Qué quieres ponerte?

Escojo un pantalón negro pitillo y un top de tirantes con aplicaciones brillantes en los hombros, muy propio para un sábado por la noche. Sandalias de tiras y una cazadora ligera que haga barrera con las temperaturas de la calle, en permanente descenso. En cuanto pisamos la calle me pongo a parlotear. Mi cerebro ya ha montado una justificación y necesito compartirla con ella, que me confirme que tiene sentido.

—¿Lo entiendes, Jo? En el improbable caso de que Luca quiera conmigo algo más que una amistad..., que no digo que la quiera..., soy yo la que no puede. No puedo hacerle algo así.

—¿Algo así, cómo?

No sé, no veo que me atienda con mucho interés, la verdad. La agarro del codo y tiro para que amague esa carrera frenética que lleva.

—Soy una moribunda.

—Pero ¿qué estupidez dices? Te han curado en esa clínica...

—Hemos frenado la enfermedad, que no es lo mismo. Cada minuto que pasa soy más una granada de mano con la anilla suelta, ni los médicos saben cómo acabará ni cuando.

—Te odio cuando te pones profunda —espetea retirando la mirada. Yo chasqueo la lengua.

—Pensando en que a Luca lo mueve un intenso enamoramiento, estoy dejando que se me vaya la pinza, seguramente lo único que le causo es pena...

—Joder, qué negativa, pensé que venías renovada, pero te desinflas por momentos.

—...Porque la vuelta a casa ha disipado las serpentinas —gimoteo—. He dedicado a esto un montón de energía pensante. La conclusión es que no permitiré que pase nada entre Luca y yo.

Joanna me mira suspicaz, con las cejas arqueadas en una pregunta muda.

—¿En serio? ¿Crees que un tío se merece tal muestra de generosidad?

—Él sí.

—¿Es lo que quieres? ¿De verdad verdadera? ¿Alejarte para no fastidiarle la vida?

Cierro los ojos, aprieto los párpados y suspiro tan hondo que temo ahogarme.

—No sé lo que quiero, Jo. Lo amo pero no quiero perjudicarlo. Estoy confusa.

Mi amiga bufa y se engancha a mi brazo.

—Mira, no hagas demasiados planes. El amor es ilógico y aventurero. Cuando tengas claro lo que siente por ti, decides. Pero solo entonces.

Optamos por el metro a causa de los problemas de aparcamiento y llegamos hasta la zona de Fuencarral, tirando de mi discreta cojera. Joanna me estudia de reajo sin terminar de creerse que no vaya en silla de ruedas.

—¿Estás bien? ¿No voy otra vez demasiado rápido? —quiere asegurarse. La tranquilizo con una mirada sonriente.

Por fin mi amiga se relaja y me conduce acera adelante, envuelta en una densa conversación acerca de su relación con Simón, cada vez más consolidada.

—Creo que ya mismo la haremos oficial y pública —me dice. Arqueo una ceja.

—No me digas que aún piensas que no lo es.

—¡Pues claro que no lo es! —exclama ofendida.

—¡Por Dios, Jo! Os pegáis el morreo delante de media universidad, si disimulan es porque son muy buena gente o porque ya conocen de qué pie cojea Simón.

Joanna derrapa y me apunta con un dedo tieso, directamente al entrecejo.

—No vuelvas con eso, Simón nunca antes ha mantenido una relación tan formal con ninguna adjunta. Soy especial, no me da la gana que lo niegues. Aquí es.

Sacudo la cabeza porque no tengo intención de discutir y ella empuja la puerta y me da paso. Lo que me recibe es un maremágnum de cadenetas, globos y confeti volador, y un cirio de gente chillando «*Bienveniiiiidaaaaa*» y cosas por el estilo. Hasta oigo dos taponazos de botellas de champán que se inauguran. Directamente me agobio. Miriam corre a abrazarme y tras ella Luca, Simón, Abel y toda la ristra de conocidos con los que siempre salimos.

—Miriam se ha empeñado en montarte una fiesta sorpresa —me explica Luca muy emocionado.

—Eso ya lo veo yo solita, gracias —susurro entre dientes.

—¡Era necesario! —se defiende ella, rodeada de pelo rubio y rizado, con ese vestido de gasa verde esmeralda en el que va embutida, está irresistible—. La vuelta de Marta no sería lo mismo sin una buena celebración.

Me pone una copa en la mano y me pregunto si será del todo grosero recordarle que volví hace casi un mes.

—No sé si acaba de gustarme que me uses de excusa para montar un fiestón —declaro tratando de apaciguarme.

—¡Vaaa! No seas cascarrabias. Mira, hay comida y bebida de sobra, lo vamos a pasar de

miedo.

La pierdo de vista entre la multitud. La fiesta será en mi honor, pero ella es el eje central, la anfitriona protagonista. En un puñado de minutos olvido que es una fiesta-corte-de-manga a la muerte, y me dedico a charlar de vaguedades con unos y con otros y a espiar los movimientos de Luca con el rabillo del ojo. Lo noto un poco nervioso.

También ha venido Abel, vestido para la ocasión: vaqueros oscuros, camisa *sport* celeste con las mangas dobladas sobre sus poderosos antebrazos, ojos azules agudos y brillantes destacando sobre un rostro atractivo y moreno, sus mechones rubios de surfero sobre la frente.

—Estás muy guapa, esa temporada de reposo te ha sentado estupendamente —me dice.

—Pues tú has debido de tomar el sol mientras yo me dedicaba a morirme; me parece de muy mala educación —advierto—, estás bronceado.

—Bajé a Tarifa un par de semanas con la tabla. ¿Has practicado surf alguna vez?

—La verdad es que con el equilibrio de pollo muerto que me caracteriza, no duraría de pie ni tres nanosegundos.

Abel se ríe con ganas. Coge un par de copas y las reparte entre ambos. Miro la mía, aunque no pienso bebérmela, la salud solo me permite agua mineral con limón y, haciendo un exceso, con burbujas.

—Tengo que llevarte.

Entorno los ojos misteriosa.

—¿Es un Juramento Inquebrantable de los de *Harry Potter*?

—En efecto. Si no lo cumplo mi sangre se volverá negra y me consumiré preso de los más terribles sufrimientos. —Levanta la copa—. ¿Chinchín?

—Si no hay más remedio... —protesto. Pero lo cierto es que lo estoy pasando bien, Abel me entretiene y ya no me intimida como al principio. Es guapo a rabiar y no estaría mal darle un poco de coba a ver si Luca espabila con una buena ración de celos. Ya sé que es una solución infantil, pero ¿qué más da? Si funciona...

—¡Un momento! ¡Atención todos!

No, no me lo digas

Miriam se ha subido en una silla, golpea una botella con una cuchara y ahora todos los tíos presentes se esfuerzan por mirarle esas torneadas piernas de modelo que gasta, sin que se note. Cuando ha logrado el silencio casi absoluto, regresa a tierra y se aclara la garganta con un carraspeo. Se avecina discurso, me temo.

—Gracias a todos y todas por venir esta noche, para mí era importante que Marta comprobase lo mucho que la queremos y la cantidad de gente que la ha echado de menos mientras ha estado fuera.

Se oyen algunos «Ooohs» y «Aaahs» de fingida sensiblería. A mí me hace gracia que diga lo que dice, porque el setenta por ciento de la gente que se está poniendo púa de comer y beber a costa de su bolsillo no me ha visto en su puñetera vida. Pero en fin, así son las cosas, la debilidad de Miriam Segura son los festivales y malgastar su cuenta corriente. Ella misma.

—Marta es un ejemplo de lo que significan la perseverancia y la voluntad de seguir adelante —continúa. Noto muchas miradas fijas en mí y me arrugo, roja como una amapola—. Puede parecer un milagro, pero aquí la tenemos, fuerte como un roble y dispuesta a empezar de nuevo. Este aplauso, querida Marta, es para ti.

Todos le obedecen como focas amaestradas. Agacho la cabeza con un bochorno insoportable y me toqueteo nerviosa las puntas del pelo corto. Espero que aquí acabe todo, pero no, por mucho que rezo parece que piensa seguir hablando.

—Y no me gustaría dejar de nombrar a quien hizo posible el milagro, quien actuó de ángel de la guarda, quien estuvo en todo momento a su lado dándole fuerzas si le fallaban. Mi amor, eres lo mejor que puede pasarle a nadie. Te quiero, Luca.

Otra salva de aplausos, esta vez dirigidos a ese italiano alto y fornido que sonrío con timidez y cruza conmigo una rápida mirada de angustia. ¿He oído bien? ¿Ha dicho «mi amor» y «te quiero»? ¿Las ha juntado en la misma frase? ¿Significa lo que creo que significa? Una insoportable sensación de frío se apodera de mí y me petrifica. Miro al vacío con cara de súplica.

—Y aprovecho para que, ya que estamos, brindéis por nuestro futuro: Luca y yo nos vamos a vivir juntos, deseamos toda la felicidad posible —culmina Miriam su entusiasta sermón.

El grupo la rodea y la aparta de mi radio de visión. Todos corren a estrecharla y a desearle lo mejor en su nueva etapa, aunque la que ha burlado a la muerte y tiene una segunda oportunidad sea yo y no ella. Siento que me clavan un estilete directamente en el corazón. Boqueo. Gimo. Me quiero morir. Veo a Luca aproximarse y deseo poder esfumarme en un abrir y cerrar de ojos.

Como tal cosa no es posible, lo recibo con todo el cinismo que logro acumular, aunque ni siquiera enfoque los bultos que se mueven a mi alrededor.

—Vaya, felicidades por la noticia. —Masco las palabras—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Siento que hayas tenido que enterarte así, hablé con Miriam, intenté que no lo hiciera público, a fin de cuentas, a nadie le importa, esta era tu fiesta.

Mi fiesta, sí. Pues bien que se ha apropiado de ella. *Dile de mi parte que se vaya a la mierda.* Un espasmo interminable me recorre las entrañas. Mi necesidad de asesinar a alguien del modo más diabólico y sangriento crece junto a mi falta de ganas de vivir. Identifico una de las intenciones más absurdas de esta guerra mía, insensata donde las haya. Nada contra Miriam. ¿Quién iba a ganar?

—¿Qué rollo me estás soltando? ¿Desde cuándo sales con ella? —casi grito. Las manos me tiemblan de rabia.

—Comprendo que estés enfadada, trata de entenderlo. —Nuestro lenguaje corporal empieza a superar el límite de lo natural, para parecer violento.

—¡No! —Me desembarazo de su mano, que intenta agarrarme—. Ya estoy harta de entender, de perdonar y de ser jodidamente empática. De no poder cagarme en nada con todas sus letras cuando me hacen daño.

—Marta, escucha...

—¡Tampoco me da la gana de escuchar! ¡Solo entiendo lo que pasó! ¡Lo que sentíamos los dos cuando permitimos que pasara! ¿Y tú ya tenías novia?

Me hace un gesto de contención para que no grite pero me cuesta dominarme. Busco un rincón discreto donde poder dar rienda suelta a mi frustración y él me sigue.

—No sé cómo he estado tan ciega —me reprocho con los dientes apretados—, si se te notaba a la legua, a todos los tíos se os nota. Miriam te pone, te gustó desde la primera jodida noche que la viste. Pero en Bulgaria ella no estaba y yo sí. Necesitabas sexo y esta imbécil estaba tan dispuesta... Igual me follaste pensando que era ella, coño, ya hay que echarle imaginación.

—No hay necesidad de ser cruel. Las cosas simplemente se nos fueron de las manos, a veces los amigos se atraen más de lo debido...

—Más de lo debido —repito sarcástica—, ahora es que debe de haber reglas para medir eso. Podías haber avisado... Ah, perdona, ahora que recuerdo, tú nunca avisas, gallina cobarde.

—Marta, joder...

—Mira, déjalo, déjame en paz. —Intento darle la espalda pero no me lo permite. Atrapa con fuerza mi muñeca y me obliga a mirarlo. Cualquier cosa me resultaría en estos momentos más soportable que enfrentar sus ojos y saber que no me pertenecen.

—No voy a arrancarte de mí así por las buenas, existes, y tampoco simularé que no me preocupas.

—Pues deberías, ya tienes mujer, formar *harén* no es legal en España. ¡Ja! ¿Tanta preocupación era por no haber usado condón, o por los pedazo de cuernos que le estabas poniendo a tu novia?

Lo veo cerrar los ojos para tomar aire. Llena los pulmones también de paciencia. Sufre. Pues me da igual, yo escuchando a Miriam dar su noticia he sentido que me trituraban el corazón.

—Óyeme, por favor.

—¡Caramba! ¡Me ruegas como si te importara! —bufó con todo el dolor del universo concentrado en mi pecho.

—¡Es que me importa, ostias, me importa!

Lo miro largamente y libero mi mano de un tirón.

—Pues lo disimulas muy bien. Nunca debiste venir conmigo a esa clínica, nunca debiste siquiera haberla buscado. ¿Por qué molestarte en salvarme la vida cuando ya tenías tu futuro tan bien planteado y conmigo fuera?

—¡Me cago en mi puta vida! ¿No entiendes lo mucho que te quiero? Lo otro... ¡Ya te dije que no debió pasar!

Eso me duele mucho más y arregla bien poco.

—Pero pasó y lamento que ahora te arrepientas, porque no puedes cambiarlo. Ese parece ser mi maldito sino, cada vez que me haces el amor das marcha atrás. Lo siento, en el mundo *muggle* no existen los giratiempos. Si me disculpas, necesito una copa con urgencia.

—Marta...

—Calla —tiendo una prolongada pausa. Me fulmina una oleada de cansancio—, te lo suplico.

—Pasa del alcohol, no bebas.

—Pues no me traigáis a una fiesta.

Me alejo tambaleante con el pecho atrapado en una mordaza. Menuda estupidez. Menudo error apoyar la felicidad de mi vida en otra persona. Los hombres son traidores, te decepcionan en cuanto pueden. Mierda de realidad. Suena *Esclavo de tus besos* de David Bisbal y solo oigo el bocinazo de Luca, chillándole al DJ:

—¡Quita esa mierda de canción, ostias!

Me paso el resto de la velada esquivando a la parejita, demoliendo mis defensas para que otros puedan abrirse un hueco. Cada vez que separo los labios para hablar, mi cerebro se atasca en una palabra: su nombre. Luca llega recurrente piense lo que piense, y arrasa con todo. Recorro al plan B que ya casi había descartado: Abel. ¿Por qué no? Está buenísimo, es un tío con el que cualquier chica mataría por estar y lleva meses mostrando interés en mí. Hasta ahora no he sido muy amable, puede que sea uno de esos a los que le va la marcha y mis desplantes, en lugar de desanimarlo, lo ponen cachondo. Será divertido y recogerá el sangrado de mis heridas.

Pero no las cerrará, eso seguro.

—Bien, cuéntame rapidito en qué consiste eso del surf y por qué te entusiasma —lo reto aproximándome con un andar sinuoso. Sus ojos claros se abren para mí y me regala una sonrisa esplendorosa. Me echa el brazo por encima del hombro y, dada la diferencia de tamaños, cubre todo mi cuello. Acerca su cara a la mía, su aliento huele a ron dulce, el mío debe de andar por el

estilo. En cuanto me descuido, me da un mordisquito en la comisura de los labios.

—Es mejor que lo experimentes. Se te dará bien, no eres muy alta.

—¡Pero qué cabrón! ¿Me estás llamando tapón de alberca? —rujo en plan Gorgona, dirigiendo hacia su comentario parte de mi cólera.

—¡No! Solo digo que esto es como el esquí o el judo, los que tenéis el centro de gravedad más bajo mantenéis mejor el equilibrio.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirte que el equilibrio no es lo mío? —Mudo mi tono de agresivo a seductor. Veo que lo desconcierto.

—Someteremos tu cuerpo a las más duras pruebas con distintas posturas que nos dirán... si... el surf es... lo tuyo.

Mientras me intriga con promesas de futuros ejercicios, su dedo hábil recorre la silueta de mis labios. Primero el superior, deteniéndose en el arco de Cupido, luego el inferior, pellizcando la zona central. Será el alcohol pero empiezo a sentir un sospechoso latido en la entrepierna que me induce a entregarme sin reservas al placer más carnal y primitivo. Lo tengo claro, no voy a permitirme sentir más amor, voy a evitarlo por mero instinto de supervivencia. A partir de ahora, solo sexo, sexo a paletadas. Buena idea, ¿no? Y con Abel al lado me siento menos vulnerable.

—Seamos amigos. —Me ofrezco en bandeja y con descaro.

—Lo seremos si me dejas meterte la puntita. —Nos echamos juntos a reír como descosidos. A esas horas arrastramos una monumental curda que lo justifica casi todo.

—Y si me la metes entera te habrá tocado la lotería —ronroneo justo antes de que se abrace a mí y me inunde la boca con un beso violento.

Acabamos en el baño de señoras metiéndonos mano como dos estudiantes calentorros. Abel tiene un cuerpo pecaminoso y el bulto que adivino bajo su pantalón no está pero que nada mal. Es un mujeriego experimentado y se le nota, va al grano, sin delicadezas. Su lengua recorre mi cuello a velocidad de bala y acampa en el lóbulo de mi oreja. Noto sus mordiscos y la visita que luego hace al interior de mi boca. Una de sus manos guía mi nuca y la otra palpa mi trasero y lo aprieta contra su cadera. Cuando mi pantalón ya está desabrochado y sus dedos hurgan en el encaje de mi ropa interior, lo fuerzo a que pare.

—He traído coche —me susurra con voz ronca—. ¿Vamos a tu apartamento?

Acepto. Total, ya he conseguido que Luca nos viera juntos, es lo que quería. Ahora pensaré solo en mí y en mis necesidades físicas. Se impone una revancha.

36

Solo sexo

Todo el mundo debería disfrutar de una noche de sexo salvaje aliñada con cantidades infames de alcohol en vena. No digo cada fin de semana, al menos una vez en su vida. Abrimos la puerta de mi apartamento y entro de espaldas, casi en volandas ya enganchada de la cintura de Abel, con su erección clavada en mi entrepierna, soltando gemidos sin la menor vergüenza. De una patada nos pone a salvo del descansillo de la escalera y da con mi habitación enseguida. Un ligero vértigo y ahí estoy, tumbada boca arriba, expectante y caliente, por completo dominada por un deseo irracional que no se parece en nada al que siento en presencia de Luca.

—Este me hace sentir hembra animal. Nada de sentimiento. Calentura.

Mis movimientos son frenéticos. Igual que los suyos. Él me desnuda, yo le arranco la ropa. Los pedazos de piel que van quedando al descubierto entran en contacto y grito hambrienta y desesperada. Me lamo los labios resecaos y elevo la cadera para facilitarle las comprobaciones.

—Estás tan mojada...

—Estoy más que lista. Abrasando.

—¿Todo eso es por mí? —susurra halagado, librándose de mi sujetador, desplazando los labios desde el escote a los pezones. Sus dedos juegan en el triángulo entre mis muslos, un segundo antes de bajarme las bragas. Separo al máximo las piernas.

—Presuntuoso...

—Te deseo desde el día que te conocí. —Un lametón y un mordisco pone en órbita la sensibilidad de mis pechos—. Eres desafiante y odiosa, ruda, fría... Y mírate ahora.

Acaba de sacar un condón, aún en su envoltorio, que sostiene con los dientes. Se desprende del bóxer y vuelve a cubrirme con su cuerpo. El roce de su vello me atormenta la piel y mis caderas se agitan nerviosas cuando su miembro se aproxima, manteniendo las distancias, frustrándome con su titubeo.

—Fóllame —le ordeno retándolo con las pupilas. Jamás se me habría ocurrido hablarle así a Luca. Pero con Abel todo es diferente, duro, feroz y muy carnal.

—¡Uf!... No me digas eso... —Se cubre el miembro con el preservativo, me embiste y entra hasta el fondo arrancándome un grito ahogado.

Me aprieto contra él, me agarro fuerte mientras me clava una y otra vez contra el colchón. Con cada penetración, el placer crece y se mueve en oleadas intensas. Jadeo con tanta ansiedad que se me seca la garganta. Tengo cerrados los ojos, entregarme a las sensaciones, al arrebató y al delirio es mi meta. Sin pensar en él. Y correrme. Correrme como si no hubiera un mañana. Porque al fin y

al cabo, sin Luca, sin el amor de mi vida, nada tiene demasiado sentido y esto se limita al sexo.

Cuando llega el orgasmo me pilla casi desprevenida. Es tan potente que me mareo. Todo da vueltas a mi alrededor mientras hundo compulsivamente las uñas en los hombros de Abel, grito y arañeo su piel húmeda. Se tensa, gruñe y también se deja ir con un alarido de macho satisfecho. Qué sensación tan increíble. Esconde la cara en mi cuello. Estamos empapados, respiramos con dificultad y nos palpita cada rincón del cuerpo.

—Un notable, señor surfero —consigo decir pasado un rato. Imprimo al comentario algo de desdén y parece que la provocación surte efecto.

—¿Solo un notable? —Me da un mordisco en el hombro. Simulo un dolor terrible y pataleo para zafarme—. Con menos de sobresaliente no me conformo, tendré que esmerarme en el siguiente.

—¿Puedes otro? ¿Ya mismo?

—Podré toda la noche. —Me pasa la lengua por el cuello y mis pezones responden al instante.

—Los fantasmas a los castillos... —Mete la mano en la unión entre los dos, busca mi clítoris hinchado— ¡Eh! ¿Qué haces...? ¿Qué haces...?

No despertamos hasta bien entrada la una. Lo de anoche fue una apoteosis. Abel gastó todos los preservativos que llevaba en el bolsillo, uno detrás de otro. Ya es un hecho incontestable la pérdida de mi virginidad, eso me ha dado alas, me convertiré en una auténtica diosa del sexo que los vuelva del revés como los calcetines. Una severa y aguda punzada en la sien me recuerda que además de sexo salvaje, anoche tuve mucho, pero que mucho alcohol y ante semejante descomunal pelotera, hoy lo que toca es una resaca del copón y desintoxicarme ayunando todo el día y bebiendo tisanas amargas. Aparto el brazo de Abel, que rodea posesivo mi cintura y me escorro fuera de la cama. Voy dando tumbos hasta alcanzar la ducha. Puede que un buen chorro no demasiado caliente y directo a la cara me espabile. ¡Joder! Voy a necesitar litros de café y tres días completos para recuperarme de esto. Cuando salgo, envuelta en una toalla, con el pelo mojado, Abel me espera sonriente y satisfecho, exponiendo su fabulosa desnudez sin una micra de vergüenza, con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Aquí viene mi muñequita preciosa. Pensé que habías huido...

—Lo tienes difícil, chaval, estamos en mi casa —le recuerdo sin la menor simpatía. Cada sílaba retumba de forma horrible en el centro de mi cráneo.

—Vuelve la borde. Ya había olvidado cuán delicada y sumisa puedes llegar a ser si te lo propones —bromea. Me saca un esbozo de sonrisa.

—¡Me duele la cabezaaa! —aclaro agarrándomela con las manos.

—Ven aquí, corazón, yo te quitaré ese dolor. —Me hace una seña y repto dócil hasta la cama. Abel me abraza, acomoda mi cara contra su pecho de suave vello y me masajea las sienes. De inmediato siento un ligero alivio y cierto adormecimiento. Cierro los ojos y empiezo a relajarme. Solo empiezo. La mano libre de Abel juguetea con mis pezones y en cuanto los endurece, busca conquistar reinos más al sur. Siento sus habilidosos dedos introducirse entre mis piernas y doy un

respingo.

—No, por favor, no me apetece.

—Esto y un *whisky* doble son los mejores remedios para el día después. Seguro que no tienes *whisky*.

—Sería capaz de vomitarte encima.

—Merece la pena correr el riesgo. —Busca mi boca y le dejo hacer—. Me vuelves loco, pequeña.

Me distancio y lo repaso enfadada.

—No me llames «pequeña». Mirando mi tamaño suena muy... predecible.

—¿Y qué más da a lo que suene? Mientras estés conmigo tengo derecho a llamarte como me apetezca.

Salto de la cama como si llevase instalado un resorte en el culo.

—¡Que te lo has creído! Si esa es la regla, yo te llamaré «*huevo lindos*».

Estira las manos con las palmas hacia el techo con cara de resignación.

—Me parece justo, los tengo muy bonitos. ¿Quieres dejar de escabullirte?

—Quiero café —replico con algo cercano a la desesperación.

—¿Lo prefieres a recomponerte el cuerpo? —se extraña mientras alardea del tamaño de su miembro. Lo miro fijamente y sin parpadear.

—¡Por descontado!

Creo que mi contundencia ha tenido un efecto devastador en su erección. El mayor tesoro de *huevo lindos* mengua hasta convertirse en un juguetito inofensivo que él se apresura a cubrir con la sábana. Gruñendo y farfullando desaparece en el baño.

No es el dolor de cabeza, que duele, es la necesidad de estar sola y poder llorar a gusto mi desgracia. Los múltiples revolcones con Abel han estado genial pero ahora necesito tiempo y espacio para asimilar mi humillación. Luca está enamorado de otra, se irá a vivir con ella. Todo lo que imaginé en la clínica ha quedado reducido a un montón de cenizas frías. Preparo café y la tisana, tragando saliva de forma mecánica y me quedo absorta, con la mirada ida sobre el cacharro que pita, echa humo y despide un aroma medicinal.

—¡Peque! ¿Y ese delicioso café? —Abel me busca y yo salgo a su encuentro con dos tazas colmadas. Me lo encuentro completamente desnudo en mitad del salón. Este tío tiene una extraña tendencia al exhibicionismo integral.

—Podrías probar a vestirte —protesto. Me las compongo para esquivarlo sin tirar ni una gota al suelo.

—No me importaba que tu albornoz fuera rosa y floreado, lo juro. Pero no he conseguido meter un solo brazo, es una miniatura.

—Creo que ya ha quedado claro que soy recortadita. —Le alargó su taza con cara de pocos amigos. De hecho, más vale que no me pregunte qué me apetece porque lo pondré de patitas en la calle—. Tengo magdalenas, si tienes hambre. —Venga, lo diré con tacto—. Cuando desayunes

preferiría quedarme sola. Tengo mil cosas que preparar para mañana.

Intenta abrazarme y solo consigue besarme la mejilla.

—Venga, mujer, es domingo, podemos salir por ahí a comer algo.

—Te agradezco el detalle, pero no. Odio las paellas domingueras, toca *detox*. Además, vuelvo al trabajo después de todo este tiempo y...

—Solo tienes que coger el teléfono, pequeña, no seas melodramática. ¿Qué necesitas? ¿Sesión triple de meditación?

—No solo cojo el teléfono, imbécil —me ofusco. ¿Cómo se atreve a despreciar mis funciones con tanta frescura?—. Muchas cosas en ese bufete dependen de mí. ¿Qué te has creído?

—Coño, no me crucifiques todavía —recupera el tono desenfadado, pero yo no.

—Es mejor que te vayas. Ha estado muy bien y todo eso, hasta puede que se repita, pero ahora es domingo y quiero disfrutar sola lo que queda de día.

Abel se mantiene apoyado indolente contra la pared, me mira entre sus largas pestañas preguntándose algo que no me entretengo en imaginar, y da un par de sorbos lentos a su café.

—Eres bien rara —declara finalmente. Yo hago como si no me importase. De hecho, no me importa.

—Lo tomaré como un cumplido. Te saco las magdalenas.

—¿De verdad prefieres enclaustrarte en este apartamento enano a salir y lucirte de mi brazo?

¡Ostias! ¿He oído bien? ¿Ha dicho «lucirme»? No puedo con los tipos arrogantes. Me acerco a Abel armada con una magdalena y antes de que pueda reaccionar se la incrusto entre los dientes.

—Come y calla, engreído del infierno.

Nos acercamos un poco

La verdad es que me cuesta un montón convencerlo de que se largue. Casi lo tengo que empujar fuera del apartamento, me ha propuesto unos quinientos planes románticos distintos, desde llevarme a comer, al cine, a pasear, y a un concierto, hasta bajar a la farmacia, comprar dos cajas de condones y pasarnos el día ensayando posturas en la cama. Los he rechazado todos. Parece descolocado, un tío tan atractivo no debe de estar acostumbrado a las calabazas. Pero Marta Robles no está para ligués ni para encoñarse. Marta Robles solo aspira a que le amputen la cabeza con urgencia. Ahora, la verdad de lo que ocurrió anoche vuelve dañina y contundente, a dejarme emocionalmente agotada. Tengo una presión asfixiante a la altura del esternón. Será mejor que me ponga mi pijama espantoso favorito y me prepare a pasar el día sola en silencioso recogimiento. Soy terca y férrea, superaré este trago sin derramar una lágrima, sin atiborrarme de chocolate, sin derrumbarme, sin...

¡Ay, madre!

Compruebo que el móvil sigue desconectado. Impediré a toda costa que nadie me localice, ni siquiera Jo. A la mierda con la compasión de todos. Estoy tan dolida que no sé contarlo.

Una hora más tarde, busco desesperada una tableta de chocolate con leche y avellanas que sospecho que tengo escondida por alguna parte, con los ojos rojos e inflamados de tantísimo berrear.

Le cuento a mi doble en el espejo del baño que recuperar la rutina es la pera y que el despacho de Luisito será la panacea para olvidar el mal de amores. Mente entretenida, mente anestesiada, ese es mi lema. Pero el puñetero reflejo es el de una chica pálida y mustia con grandes ojeras que no parece muy feliz. Paso de mirar más rato, de hecho, ni debería haberme acercado, es mucho mejor mantenerse en la ignorancia. Mientras dirijo unos pasos flojos hacia el metro caigo en la cuenta de que la bicicleta roja gemela a la de Miriam que compró para nuestro cumpleaños, sigue en casa de Luca. Mil veces insistió en traérmela pero siempre le respondí que no tenía sitio. La echo de menos, cuando vuelva a irse el frío será un placer pedalear hasta el bufete por las aceras aún no colapsadas del Madrid de primera hora. Hablaré con el portero, a ver si me permite guardarla en el cuarto de contadores. Es un abuelete cascarrabias, pero en el fondo le late un corazón de esos que no caben entre las costillas. Creo que, en bastante, nos parecemos.

Cuando abordo decidida un paso de peatones, me cruzo con la rubia encantadora de serpientes: rizada melena hasta la cintura, vistosas gafas de sol. Miriam y su bicicleta roja son

inconfundibles. No la he visto (ni he querido verla) desde el fatídico día del «anuncio» y he supuesto que tanto Luca como ella andan muy liados con lo de la mudanza.

—¡Hey, nena! —me saluda. Y se baja de la bicicleta con una gracia que debería estar, al menos, multada—. ¡Cuántos días sin llamarnos! ¿Vas al curro?

—Allá voy, a ver qué tal se me da el día —relato sin mucho entusiasmo. Repaso su indumentaria con discreción, lleva una blusa blanca, cazadora de cuero, vaquero capri y tacones de Miu-Miu, con un estilo que yo no rozaré, en la vida, ni de lejos.

La propia Miriam me rescata del incómodo silencio.

—¿Te gustó la sorpresa?

No sé bien a lo que se refiere, si a la fiesta que no me esperaba o al notición de su noviazgo con Luca, que me esperaba aún menos. Tiro por la calle de en medio para no comprometerme.

—Sí, claro que sí —fuerzo una sonrisa—, fue una velada de lo más entretenida.

—Ya lo vi —pone en blanco los ojos—, todos comprobamos lo mucho que Abel y tú aprovechasteis el tiempo y las penumbras de los rincones.

La verdad, no tengo ganas de reírme.

—Te dejo, voy un poco justa de tiempo y no quiero llegar tarde ya el primer día. ¿Os estáis... mudando?

—Solo empaquetando. Parece mentira la cantidad de cachivaches que una llega a reunir en un piso pequeño. Y eso que solo llevo dos años viviendo en él.

—Te vas... —¡Señor, cómo me duelen las palabras!— ...¿Te vas a casa de Luca?

—Es mucho más espaciosa y está mejor situada, sería una tontería no hacerlo. Además, Luca es tan grande, no cabe en mi cama, se le salen los pies. Venga, no te entretengo más, dame un beso y prométeme que nos vemos esta semana, como sea.

Le doy lo que me pide, pero me sabe amargo, a beso de Judas. El resto del camino al despacho de Silvia es aún más oscuro que el primer tramo.

La ley de Murphy: si las cosas pueden ir peor, irán *deputapena*. Me encuentro a Ava apostada tras el mostrador, tecleando como una posesa. Alza ligeramente la cabeza y me recibe con una sonrisa timorata que yo respondo de mala gana. Ha vuelto, me cago en *to* lo que se menea, por lo visto mi casi-cuñado no entiende los ultimátums. O tal vez he sido demasiado sutil y no ha pillado la indirecta: si no finiquita el lío que mantiene con esta muchachuela, aquí va a arder Troya. Me chivo, canto, monto un pollo del quince. Aunque a mi hermana le dé un soponcio.

—Marta...

Oigo que me llama.

—¿Sí? —atiendo sin levantar la mirada de mis facturas.

—Quería decirte... Bueno, ya sabes...

—No, no sé, ¿qué voy a saber?

—No le has dicho nada a Silvia y... —susurra muerta de miedo.

Mi cuello se impulsa a mirarla como una catapulta. Me dirijo a ella con el busto agresivamente inclinado hacia delante.

—No te confundas, mona. Si no le he dicho nada es porque no quiero verla sufrir. Acabáis esta mierda que tenéis y santas pascuas. Como si no hubiera pasado.

Compruebo que ahora, la unineuronal esta entiende mucho menos.

—¿No quieres verla sufrir? ¿A la jefa? ¿Y a quién le importa?

Me subleva el tono desdeñoso que utiliza para referirse a Silvia, cuando reparo en que ella ignora que somos hermanas, así que domino mi caballería desbocada.

—Existe algo que se llama escrúpulos y moral. Claro que me importa que la gente lo pase mal, y me parece de lo peor que te enrolles con un tipo prometido, en las mismas narices de su novia. Es el colmo.

—Cualquiera lo diría, Marta —Ava recupera el tono normal y se pone hasta un poco chulita—, no das la impresión de desvelarte por nadie más que por ti misma.

—Mejor que dar la impresión de no ser más que un putón verbenero —espeto. Y regreso a mis papeles, aunque acabo de liarlos todos y ahora no encuentro ninguno. De repente, tomo una decisión y me pongo en pie. La miro osada, salgo de detrás del mostrador y llamo con los nudillos al despacho de Silvia. Ava me contempla impertérrita desde su silla, seguramente piensa que no soy capaz.

—¡Adelante!

Me topo con una Silvia acelerada metiendo a toda prisa expedientes en su maletín de piel, que no me dedica ni un microsegundo.

—Silvia, tengo que hablarte...

—Ahora imposible, llego tarde al juzgado.

—Dime cuándo, de verdad que es importante.

Se para frente a mí y me pellizca la mejilla con cariño.

—Procura no tomarte las cosas muy en serio ya desde el primer día, tienes que cuidarte.

—Vale, pero ¿cuándo te veo?

Ya no me contesta. ¡Leñe! Iba a vengarme de la china allí mismo y no ha podido ser. Muerta de bochorno me escondo en la cocinita y me invito a un café, el segundo de la mañana, aunque debería estar haciéndome una infusión de hierbas búlgaras.

Silvia no ha vuelto. Ava alarga su actitud arrogante y yo le envío dos o tres mensajes a mi hermana tratando de concertar una cita o, al menos, que entienda que se cuece algo trascendente. Solo me responde con evasivas, los lunes nunca son la mejor opción, la gente pretende resolver en ocho horas los asuntos de toda una semana y viven el día estresados al máximo. Solo cuando se van dando cuenta de que no es posible, empiezan a relajarse y posponer cosas, pero para entonces, se les ha pasado y ya estamos a martes.

Salgo a las cinco y media y me llevo una sorpresa inesperada. Abel en la puerta misma del

despacho, apoyado en un impresionante Mercedes CLK azul oscuro milagrosamente aparcado con el que pasa a recogerme, más feliz que unas castañuelas. Justo cuando me abre la puerta y espera como un caballero a que me acomode dentro, una morena cruza la acera subida a unos tacones, con unos pantaloncitos vaqueros cortos y el culo respingón. Se le van los ojos detrás del bamboleo. Superados los instantes de *shock*, el suyo a causa de la visión celestial y el mío por el descaro con que la persigue, se vuelve y me deslumbra con su sonrisa de galán cinematográfico, todo inocencia. Cualquiera diría que lo ha hecho en contra de su voluntad y ni siquiera ha sido consciente.

—Bienvenida a mi carroza, pequeña.

Su sonrisa de perdonavidas me noquea, me sube la temperatura.

—¿Y esto?

—Te llevo a cenar.

—No tenemos una cita, que yo recuerde —lo pincho, aunque en el fondo estoy encantada con la atención que me prodiga.

—Hay confianza, no es necesario.

—Te advierto, me matan los *machomen* tan seguros de sí mismos. De hecho, no los trago —farfullo cruzando los brazos sobre mi pecho. Él se ríe.

—Porque soy sexi, atractivo y completamente irresistible. ¿A que sí? Dímelo.

—Sí, lo eres. —Sonrío por primera vez esa tarde.

—¿Mucho? ¿Cuánto?

—Muchísimo.

—¿Del uno al diez...?

—Hummm, catorce.

—No está mal, haré lo que pueda por mejorarlo.

Me invita a una cena de *delicatessen* francesas aliñadas con agua mineral de marca noruega, y la conversación es amena y divertida. Si algo tiene Abel es un magnífico sentido del humor y una perpetua sonrisa estampada en la cara. Lo miro y me acuerdo de Luca, es algo reflejo que no puedo remediar. Sus rasgos se confunden, los brillantes ojos de mar, si alucino, me parecen los mismos.

—Marta, me gustaría saber algo.

Lo estudio con desconfianza.

—Procura que no sea muy complicado de responder, ni tenga nada que ver con mis traumas de la infancia, porque lo llevas claro.

—¿Estás enamorada de Luca?

La pregunta me coge por sorpresa. Enamorada, encoñada, loquísima por él... Llámalo como quieras. Sí. Hasta la médula de los huesos. Estiro los labios y sonrío mintiéndome a mí misma.

—¿Cómo has llegado a esa peregrina conclusión?

—Porque solo has sido accesible cuando Miriam y él se han ido a vivir juntos. Es como si de

repente hubiese desaparecido un obstáculo. Hasta entonces me las has hecho pasar canutas.

—Supongo que ahora me vendrás con eso de que estás absurdamente fascinado por mi persona desde el día que me conociste.

—Absurdamente no, pero todo lo demás, sí. Ya te lo dije la otra noche.

—¡Venga, vamos! ¿En mitad de un polvo? ¿Pretendes que te tomara en serio?

No le da la gana responderme a eso. También tiene su carácter.

—Y jamás he visto que te plantearas darme una oportunidad.

Suspiro.

—¿Sabes qué? Me gustas más cuando estás en plan canalla, de cachondeo.

Frunce los labios en un mohín de encantadora desolación.

—Todos tenemos nuestro lado sensible, hasta los crápulas.

—Entonces, lo admites —acuso con un dedo estirado. Me lo agarra, se lo lleva a la boca y, lascivamente, lo mordisquea—. La verdad es que conozco a Luca desde mi tierna adolescencia, somos muy, muy buenos amigos.

—¿Camaradas? ¿Eso es todo?

Me encojo de hombros. No pienso abrirle ni una rendija más de mi baúl de los secretos.

Melocotones en el mercado

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Papá disfrutaba un partido y yo me dejé caer a su lado, abrazada a un cojín, con un tenedor en la mano. En la mesita, dos platos con generosas raciones de tarta recién horneada.

—Se me ha ocurrido una maldad —anuncié jovial.

—Tú no eres capaz de eso —se mofó papá. Qué bien me conocía el muy jodido.

—¡Va en serio, una maldad gigantesca! Oye: voy a afiliarme a un equipo que le zumbe al tuyo —chispearon mis ojillos—. Con bufanda y todo para darle vidilla a los partidos.

Mi padre me observó espantado, deseando que le confesara que la amenaza no iba en serio.

—No te lo tomes como algo personal —proseguí muy seria—, es por ponerle emoción a la cosa.

—Ya, claro, lo que le hace falta a mi pobre corazón, un buen berrinche futbolero —refunfuñó.

—Tú no tienes mal el corazón, papá, solo un pie descacharrado. —Me mordí la lengua. No había sido mi intención recordarle su estado ni el alcance de sus lesiones. Por más que lo intentaba, raro era el día que no metía la gamba.

Me miró entristecido.

—Ojalá fuera solo un pie. —Volcamos toda nuestra atención en el partido—. Ya no puedo volver a trabajar y a veces pienso que nunca más seré bueno para nada —agregó vencido por la tristeza.

—Hombre, para correr detrás de las cucarachas en plan cazafantasmas, probablemente no, pero no eres ningún inútil, papá. —Apoyé la mano en su antebrazo tratando de reconfortarlo. Él cambió de tema igual que gira el viento.

—Trae acá esa maravilla. —Le alargué el plato de tarta sintiéndome culpable y comimos en silencio. Temía equivocarme de nuevo si abría la boca—. Esta de melocotones te ha quedado de rechupete.

—Son en almíbar, ¿eh? Sabría mejor de haber comprado fruta natural. Con los de bote se queda muy lamiosa para mi gusto.

—¿Lamiosa? —arrugó toda la cara.

—Lacio, chafado, puf... —Hice un gesto con la mano.

—Entiendo. ¿Y por qué no compras melocotones en el mercado?

—Porque cuestan una fortuna, papá.

—¿Qué tal una tarta de plátanos? Los plátanos son baratos...

—De muerte. Mañana sin falta.

—Mañana sin falta, ¿qué? —Cortada de cuajo la diversión. Los dos recorrimos con la vista la distancia que nos separaba de la voz. Era mamá, con pinta de estresada.

—Compraré unos plátanos —dije tan solo, mirándola con aversión. Últimamente no aparecía más que para regañar.

—Ven a la cocina un momento —ordenó. Ya estábamos. Mi madre a punto de cortar de raíz mi vena artístico-culinaria. Pero le hice caso y me encerré allí con ella. Todavía llevaba el bolso colgado del hombro—. Por muy aburrida que estés, no puedes seguir dándole de comer esas cosas a tu padre. Se le ha disparado el colesterol, debe de tener las arterias forradas de goma espuma. ¿Quieres que le dé un infarto? —me acusó conteniendo el enfado.

—No, ¿cómo voy a querer eso? —me horroricé.

—Pues entonces ve pensando en pasarte a las ensaladas. —Me miró de arriba abajo—. A ti tampoco te vendrá mal, te estás poniendo como una vaca burra. —Tras la frase apocalíptica, todo cuanto pude ver fue su espalda, trajinando con las bolsas colocadas sobre la encimera—. Esta noche dejaré preparadas unas lentejas con verdura, a ver si es posible que os cuidéis un poco. Ya que no haces nada, podías ayudar y no obligarme a seguir trabajando cuando vuelvo a casa. —De repente se dio la vuelta y reparé en sus ojos enrojecidos—. No te haces idea de la cantidad de trabajo que tengo en el taller.

—¿Estás contenta en el nuevo local? —Mamá meneó la cabeza asintiendo.

—Mucho, ese no es el problema, ya sabía que tendría que arreglármelas sola, pero el negocio está despegando bastante antes de lo que nos figurábamos.

Ese empleo del plural me confirmó el plan cuidadosamente urdido entre ella, mi hermana y su familia política.

—Es lo que querías... De todas formas cuídate tú también, mamá. Y no te preocupes por las lentejas, si me explicas cómo hacerlas, yo puedo...

—Deja, deja —dijo a entender, con un gesto de la mano, que seguiría el plan, su plan—. Ahora tengo que marcharme. Procuraré no volver muy tarde.

Salió a toda mecha, regalándole a papá un beso demasiado precipitado y cruzándose en la puerta con Joanna. Jo, mi mejor amiga del instituto. Bueno, la única, porque había faltado tanto a clase que la gente se fue montando las juergas por su cuenta y nadie volvió a acordarse de que yo existía. Sin embargo, ella siempre había permanecido fiel, me pasaba escrupulosa los apuntes a limpio y se tomó como un fracaso personal, el hecho de que yo dejase aparcados los libros.

—Hasta luego, señora Robles, me alegro de verla —saludó alegremente.

—Torres. Maruja Torres —la corrigió mamá acelerada—. Ya soy marca registrada de trajes de cóctel y gala.

Mi amiga no dispuso de oportunidad para responder, porque la escalera se tragó a mi madre a una velocidad de vértigo. Acabó de entrar y me apretó contra su pecho en un abrazo de los de verdad, que a punto estuvo de ponerme sensible y ñoña. Luego se separó un tanto para estudiarme mejor. Haría unas tres semanas que solo hablábamos por *mail* o por teléfono.

—Marta, estás engordando —analizó con preocupación. Resoplé sin disimulos.

—Mi madre acaba de decirme algo parecido, con mucho menos cariño.

—Hola, Joanna, tienes que probar la tarta de melocotones en almíbar de mi hija. Está de fábula —alardeó mi padre retorciéndose desde el sofá.

—Sí, ahora la prueba, me la llevo a la cocina —repuse empujándola suavemente.

Medio en volandas, Jo cumplimentó a papá con un montón de cosas bonitas que a mí no me saldrían de espontáneo, ni a tiros. Una vez solas, me miró y suspiró. Yo interpreté enseguida su mirada reprobadora.

—¿Tan mal me ves?

—No pareces una chica de dieciocho años —reconoció—. ¿Piensas quedarte aquí encerrada atiborrándote de melocotones el resto de tu vida?

Me consta que lo que decía, lo decía por cariño, porque le chocaba mi estado. Pero yo reaccioné como si me hubiese atacado una bandada de patos salvajes. Supongo que rebasé con ella los límites que no me permitía pasar con mi madre. Con una sacudida en el estómago, me puse de pie de un salto y recorrí la cocina igual que si anduviese sobre brasas al rojo.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Qué pretendéis todos? —Agarré la bayeta y froté la encimera con frenesí por donde no hacía falta—. Me han encargado cuidar de mi padre enfermo, maldita sea, me ha tocado a mí y mi vida se ha convertido en una completa mierda... ¿Qué demonios quieres que haga?

Procuré no alzar el tono de voz y, aun así, oímos el volumen del televisor elevarse de inmediato. Papá nos concedía intimidad para que yo me despachase a gusto. Otro motivo para sentirme patética.

—No te alteres. —Jo me sujetó los hombros—. No te critico: de más sé la papeleta que te ha tocado resolver. Es solo que podrías... tomártelo con un poco más de filosofía. Puedes cuidar de tu padre y no echar tus días a perder de esta manera.

—Crees que me estoy abandonando —recité, ahora al borde del llanto. La taza que sostenía fue al suelo de cabeza y se hizo añicos. Miré horrorizada mis manos, cuyas articulaciones se habían anquilosado en un segundo sin permitirme aferrar nada. Las escondí a la espalda.

—Lo creo. Mira, no des por perdido tu sueño de estudiar Derecho —prosiguió Joanna ajena a mis dolores—, ahora esta casa es un remanso de paz, aprovecha para estudiar. Yo te traeré los apuntes, te explicaré lo que necesites. No soy Estampa Brown pero nos las arreglaremos y... buscaremos quien se quede con don Julián mientras te examinas. Hasta puedo venir a estudiar contigo todas las tardes —se ofreció. Jo era toda buena voluntad.

Pero yo hubiese preferido que me clavaran el alfilerero de mamá en un ojo. Los libros apilados,

los artículos para memorizar, todo se me antojaba como una montaña inmensa y yo era una exescaladora sin equipo y con las dos piernas escayoladas. Ni ánimo ni energía.

—No tengo ganas. He perdido el incentivo y el hábito de estudio. Ya no soy capaz de leer ni un tebeo. En cuanto acabe este curso, si es que lo acabo, se terminó. —Me senté a su lado con las manos ocultas en el regazo, sin dejar de masajearme los dedos. Poquito a poco volví a sentirlos.

—No me lo creo —refutó haciéndose la dura—, te encanta recolectar información y adoras las leyes.

—Debió de ser un espejismo. Ahora me produce náuseas solo pensarlo y no consigo concentrarme.

Joanna se quedó cavilando mis muchos obstáculos.

—Tendrás que retomar todo desde cero. Puedes empezar por no ver tanta tele y leer un poco en cambio. —Abortó mis protestas alzando las cejas—. Libros, novelas, cualquier cosa que te enganche, no me refiero a libros de texto. —Se le encendieron las mejillas mientras rebuscaba en su bolso hasta dar con un papelito azul claro que mantuvo en secreto—. Precisamente, acaban de abrir una biblioteca en el barrio.

—¿En serio? —disimulé lo poco que me importaba.

—Es una fundación, pero funciona como biblioteca pública. Está muy bien montada, solamente tienes que hacerte el carnet de socia. Mira, me han dado un folleto informativo en la calle. El diseño gráfico es precioso. —Y por fin me dio acceso al papel.

Así era Jo, un alma sensible y candorosa, igual que yo. Hasta tres veces tuve que releer las pocas frases anunciando el préstamo gratuito de libros, para saber de qué iba. Así de perdida en el limbo estaba. Devolví el folleto a su legítima dueña que, por cierto, lo recibió con sorpresa.

—Gracias, me lo pensaré. Papá está bastante deprimido, necesita compañía.

—Coge libros también para él —insistió Joanna empujando el folleto en mi dirección.

—Está muy mal de la vista. —Volví a deslizarlo sobre la mesa en pos de su bolso.

—Pues que se ponga las gafas. —Empujó el folleto por cuarta vez hacia mí y mantuvo firme la mano extendida sobre él—. Y si vas a asombrarme con la excusa de que son muy viejas o le falla la graduación, te recomendaré que le proporciones unas nuevas, las paga el seguro. —Vi una sombra de súplica en sus ojos almendrados—. Marta, por Dios, deja de ponerte excusas.

—En esta familia cada uno va a lo suyo. —Acepté el folleto publicitario con reverencia y mucha compasión hacia mí misma.

—No te entierres, tienes toda la vida por delante. Si ellos viven, ¿por qué tú no? Pronto tu padre mejorará y volverás a ver la luz —sonrió mostrándome todos los dientes—. Que no te pille en baja forma.

Le seguí la broma con la sensación de tener el estómago lleno de piedras. Quería sonreírle, pero apenas esbozaba algo decente. Nunca fui lo que se dice un ser optimista y alegre.

—No caerá esa breva.

Jo no se amilanó. En lugar de mandarme a la mierda como me merecía, rebuscó en su mochila

multicolor hasta dar con algo que colocó con solemnidad sobre la mesa.

—Te he traído un regalito. —Dejó de taparlo con la mano y todo lo que pude ver era un botecito minúsculo lleno de algo rosa. Pero al entregármelo, los ojos le brillaban con una ilusión estridente. Dichosa ella que era capaz de emocionarse con cualquier minucia, algo que a mí me resultaba inalcanzable. Digamos que para que Marta Robles saltara de júbilo, el estímulo tendría que equipararse a la invención del preservativo, como poco. Nada como una catástrofe para venirme arriba. Y cuanto más apocalíptica, mucho mejor.

—¿Qué es? —inquirí sin atreverme a apropiármelo.

—Un *peeling* para los labios. Para que los mantengas sedosos y el que te bese muera de amor al instante.

Habría mucho que discutir en cuanto a eso. El único beso que me habían robado fue a los ocho años en el colegio. Estiré la mano y agarré el botecito. Desenrosqué la tapa y hundí la punta de la nariz.

—¡Dios, cómo mola! Huele a gominolas y a fresa.

—Fabricado con azúcar. Aporto mi granito de arena a la transformación del patito... ¿feo?

—Estás tonta, no hagas estas cosas, eres una estudiante pobretona sin un duro.

—¡Que me ha costado dos euros, leñe! ¿Quieres dejar de ser tan mirada? ¿Voy a tener que enseñarte también a aceptar un regalo?

«No me vendría mal», pensé. Estaba tan poco acostumbrada a recibirlos que se me había olvidado sonreír de verdad y limitarme a agradecer, pensando que lo merecía. Mientras yo cavilaba dilemas impropios de mi edad, Joanna sacó su móvil anticuado. La miré con una chispa de envidia, yo ni siquiera tenía de eso. Buscó una canción que puso a toda pastilla.

—Midnight Red, *Where did you go*. Cágate en las bragas. ¡Vamos a bailar!

Pensaba decirle que no, pero ya estaba dando saltos como una mona por toda la cocina. Desde el salón oí a mi padre dando palmas con la intención de acompañar el ritmo. Joanna sacudió las manos en mi dirección.

—¡Venga, amiga! No seas cardo, estás de un sieso...

Eso era yo, por mucho que Jo se empeñase en reinventarme: el más sieso de todos los cardos. Y cayendo en picado, así que... cada día peor.

Un paseo hasta la biblioteca

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

A pesar de lo mucho que hice sudar a Joanna y de que se marchase (después de bailar sola) pensando que yo era un caso perdido, sus amables recomendaciones no cayeron en saco roto: me obligaron a reflexionar. No me quedaba otra, porque Jo era el único ser vivo, aparte de papá, que me aventajaba en testarudez, lo cual se traducían en que pasados un par de días volvería a dejarse caer de visita de inspección, con nuevo armamento y un saco interminable de reproches. Y así sería hasta que despertara de mi sopor. Por las buenas o a guantazo limpio.

Aquella mañana, tras una espantosa noche de calambres y analgésicos mezclados, abrí de par en par las ventanas y dejé que el airecillo aún caldeado del otoño inundara la casa. Quedaba poco para que nos avasallara el invierno trayendo con él su morriña, y las cosas empeorarían. El encargado de la empresa de papá nos sorprendió asegurando que pondría sobre el tapete la posibilidad de rehabilitarle con un nuevo contrato conforme a su situación. Algo relacionado con administración y oficinas, creí oír. Pobre papá, con lo que disfrutaba disfrazado de submarinista con las botellas de producto químico colgadas a la espalda y la manguera de fumigar en las manos, acechando a los bichos. Podía olvidarse de esa actividad. En realidad, esa mierda de gases tóxicos eran los causantes de su mal estado. Así y todo, se iba a sentir muy desgraciado estampando sellos delante de una pila de facturas por contabilizar.

Cualquier cosa, mejor que tenerlo sentado como un maniquí delante del sofá, me corregí.

Sin embargo, conforme transcurrían las semanas sin noticias, la mera posibilidad de volver a una tarea remunerada se volvía más y más atractiva, ya no nos importaba demasiado que lo colocasen de oficinista o de florero, el caso era sacarlo de casa y del letargo en que se hallaba sumido. Pero la respuesta definitiva seguía sin llegar y después de preguntar en repetidas ocasiones por teléfono y obtener promesas vagas e inconcretas, papá dejó de llamar. Verlo hundirse de nuevo cuando, gracias a mis pasteles, había recuperado parte de su buen humor, fue como atizarme en la cabeza con un paraguas. Tenía que hacer algo, introducir un cambio en nuestras insulsas vidas. Y entonces me acordé de la fundación de la que me había hablado Joanna.

Se me hizo raro vestirme con otra cosa que no fuera el chándal desgastado que usaba para estar en casa. Estuve varias horas hasta lograrlo, no porque me hubiera vuelto presumida, sino porque

no cabía en mi ropa de siempre. Finalmente, por milagro divino, encajé en un vestidito suelto azul marino, que ni recordaba que tuviera. Papá detectó el cambio en su pequeña Cenicienta.

—No me digas que vas a salir.

—Jo me ha convencido de que me llegue a la biblioteca nueva y saque unos libros. Insiste en que nos serán más útiles y sanos que toda la ristra de canales televisivos que tan ricamente manejamos —informé desganada mientras pelaba patatas.

—Buena idea —aplaudí.

—¿Sí?

Venía tambaleándose con sus muletas camino de la cocina. Fue verlo, soltar el cuchillo y correr hasta él para sujetarlo. Se resistió al auxilio.

—No voy a caerme, tengo que aprender a manejar estos trastos, para poder valerme cuando me reclamen de la oficina.

Pobre..., aún albergaba esperanzas. Yo no. Me había vuelto pesimista al máximo. Lo siento, puede que fuese injusta con él, con su jefe y con todo el organigrama de su oficina. Puede que hasta fuese injusta conmigo misma, pero había visto mi vida naufragar como el *Titanic* sin haber hecho nada malo, y me había vuelto una descreída y una rencorosa contra el mundo en general. Todas las amarguras de la Tierra se me acumulaban ardiendo en la punta de la lengua. Me las tragaba por no ofender, pero se iban enredando en mi garganta, formando un nudo apretado y venenoso que crecía que daba miedo.

—Pondré las patatas al horno con queso rallado por encima. Deja que te acompañe al sofá y luego me arreglo el pelo.

—¡Qué estrés! —bromeó papá girando sobre su único talón—. Todo el día recorriendo la vasta mansión...

—Menos cachondeo, don Julián...

De tanto leer el folleto de Jo, me sabía de memoria el plano de situación de la biblioteca, así que no me costó encontrarla. Vista desde fuera, era un edificio anodino, con dos macetas de geranios decorando la puerta. Entré sin muchas expectativas, pero tengo que admitir que desde el primer segundo me cautivó la paz que se respiraba allí, entre las estanterías repletas de volúmenes. Divisé un mostrador pero estaba desierto. A mi izquierda, había varias mesas con flexos donde dos chicos parecían consultar manuales. Exceptuándolos a ellos, no había un alma en aquel recinto, solo libros y más libros. Historias, información, sabiduría. Avancé hacia las estanterías con paso inseguro. Había que ser muy lista para orientarse entre tanta cosa. Supongo que estarían ordenados por índice de autores o por materias o en orden alfabético, no sé. Qué mareo, ¿por dónde empezar? Que apareciera un alma caritativa, se apiadase de mí y me echara una mano, o daba media vuelta y me largaba. Tres, dos...

—Te veo muy perdida. ¿Puedo ayudarte?

¡Bingo! ¡Mis plegarias por una vez atendidas! Giré el cuello para ubicar la voz y me enfrenté con LOS ojos. Me avergüenza decir que, del resto de él, ni me percaté. Esos ojos azul ultramar me

traspasaron. La boca se me secó como a una completa pardilla.

—Sí, yo... gracias —balbuceé—, buscaba un libro...

—Has venido al sitio adecuado, una frase más que típica... —sonrió. Tenía un acento extraño, sensual, y un tono grave e insinuante que me arrebató por completo. Alzó una ceja—. ¿Qué clase de libro?

Menuda pregunta, tenía la mente más en blanco que un folio sin reciclar.

—Bueno, no sé... Cualquiera estaría bien... Que sea entretenido. —Desvié la mirada incapaz de sostener el peso de aquellos iris. El chico sonrió con un gesto seductor.

—Bueno, me lo estás poniendo muy fácil. Sígueme, creo que tengo algo para ti.

Lo seguí, vaya si lo seguí. Lo hubiera seguido al fin del mundo a poco que me lo hubiese insinuado, porque me había sumergido en un dulce trance hipnótico con solo mirarlo. Caminando a su espalda, pude observarlo sin reparo: era delgado y gracioso y tenía el culo más bonito que había visto jamás. No es que yo hubiera visto muchos culos, pero una vez la tele y compra revistas donde los macizos se exhiben sin pudor. Y aquel culo merecía un sobresaliente.

—Lee este —me tendió un libro y me obligué a sacudir la cabeza para reaccionar. No me di cuenta de cuándo lo cogía, de manera que era muy probable que me hubiese pillado oteando su trasero con cara de salida. En cualquier caso, seguía sonriendo amable, no dio muestras de estar ofendido. Acepté el libro temblando.

—Gracias —logré decir.

Él se deslizó con su andar de bailarín hasta el mostrador de la entrada y extrajo un talonario de un cajón. Separó una ficha y me la entregó.

—Si estás interesada en ser socia, rellena tus datos, por favor. —Me ofreció un bolígrafo—. Es gratis.

—Vale, estoy interesada. —Obedecí.

—Me alegro. —Sonrió mostrándome una blanca y perfecta dentadura—. La gente que no lee no sabe lo que se pierde.

Me puse roja como el letrero de una ambulancia. Yo jamás había leído nada que no fueran los obligatorios del instituto o revistas de cotilleos. Ni siquiera me interesaba la moda, era una vergüenza. ¿Y estaba allí, permitiendo que aquel chico encantador me confundiera con una mujer versada en letras? Sin embargo, en lugar de sincerarme, estiré el chicle de mi farsa.

—Desde luego, estoy de acuerdo. —Devolví la ficha con cierta formalidad después de escribir apresuradamente mis datos, y me quedé tan fresca.

—Todo en orden. —La miró por encima—. Marta. Hasta la próxima y espero que te guste.

Tardé un par de segundos en entender que se refería al libro que llevaba atrapado bajo el brazo. Es que el aplomo perdido cuando me abordó, de momento se empeñaba en no regresar y la sensación de flotar por encima de las estanterías de cuatro metros había empeorado al escucharlo pronunciar mi nombre, de manera que me dirigí hacia la puerta con la sensación de que un pato mareado caminaría con mucha más gracia que yo. Además, no podía dejar de temer que el chico

desconocido me estuviese mirando el trasero; al fin y al cabo, yo había hecho lo mismo un rato antes, no podía culparlo.

Llegué a casa a tiempo de rescatar las patatas calcinadas del horno. Ni siquiera papá era visible, por culpa del espeso humo que lo llenaba todo. La cocina olía a rayos y abrir la portezuela del horno fue un reto para valientes. Oí a mi padre lamentarse desde el salón, chillar agarrándose con las manos las orejas.

—¡Me he dormido! ¡Me he dormido! ¿Cómo he podido dormirme? ¿Cómo he podido ser tan descuidado?

—Yo era la encargada de retirar estas patatas antes de salir y me olvidé. —Con ayuda de tres toallas para no abrasarme, coloqué la bandeja en el fregadero. Era una masa informe de carbón—. No te preocupes, no ha pasado nada, solo que comeremos patatas fritas de bolsa —traté de tranquilizarlo con una chorrada de las mías. Pero el pobre hombre lloriqueaba.

—Lo que faltaba es que se quemase la casa y yo... no soy capaz ni de apagar un electrodoméstico... —ocultó la cara clavándola contra el esternón—. Soy inútil como un sombrero.

—No digas tonterías, papá, los sombreros son lo más útil que se ha inventado. ¿Cómo iría sino la gente de safari? —Tiré de su barbilla y lo obligué a mirarme. Tenía los ojos empañados—. ¡Eh!, eres muy mayorcito para lloriqueos. Nunca te dije que te ocupases de las patatas, eran cosa mía. Te he traído un libro.

—Esto... —vaciló—. No se lo digas a mamá.

—Justo iba a pedirte lo mismo —respondí con toda la complicidad de que era capaz.

Y pese a mi odio voraz por la gente, con mi padre era capaz de mucha. Toneladas de interminable complicidad.

Análisis profundos

Tras la cena, Abel me trae a casa y nos consolamos mutuamente. ¡Déjate de simples sobresalientes! La verdad es que el sexo con él es de matrícula de honor, es un hombre caliente y experimentado que sabe llevarme al límite del placer con su lengua, con sus dedos, con su miembro. Empiezo a temer por mis vecinos, los gritos puede que los escandalicen y decidan convocar una junta extraordinaria y urgente para rescindir el contrato de alquiler por perversidad.

Al día siguiente vuelvo a probar suerte con Silvia. Quiero hablar con ella contra viento y marea, y consigo invitarla a un café fuera de la oficina. No obstante, cuando me dice que sí, la mueca satisfecha de Ava me lleva a replantearme si no se estará cociendo algo. Quizá lo que espera es que Silvia se entere del meneo, plante a Luisito y tenerlo por entero disponible. Como el cobarde de su amante no se atreve, ella ha visto en mí, inocente mensajera, la oportunidad que hasta ahora no se le ha brindado. A fin de cuentas, ¿qué importa cómo lo sepa Silvia? El caso es que alguien le cuente que su amorcito tiene una novia que no es precisamente ella, que monte en cólera y dé por terminada su larguísima relación.

Así que doy marcha atrás, tengo que meditarlo. Me invento un montón de idioteces con las que justifico la invitación y mis prisas, y lo único que consigo es que mi ocupadísima hermana se cabree.

—Por cierto, en quince días nos vamos de viaje —comenta de pasada.

—¿Luis y tú? —indago.

—No, tú y yo. A Londres.

—¿A Londres? ¿Nosotras? ¿Juntas? ¡Qué pasada! —Casi no puedo creerlo.

—Tengo que ver allí a un par de clientes, estaremos unos tres días, nada del otro mundo, pero nos divertiremos —me cuenta con aire profesional. Mira su reloj de pulsera y sale embalada—. Leches, todo el día corriendo. ¿Te importa pagar?

Le hago una seña con las manos, con mi sueldo de ahora no me importa pagar eso y dos como esos. Y encima me marcho a Londres, mi culo bota de alegría sobre la silla.

Disfruto como una enana con la cara suspicaz de Ava a nuestra vuelta, tratando de discernir si ha estallado o no la bomba. Me pongo todo lo misteriosa que puedo y la fastidio más aún. Además me dedico a vagar en los departamentos, haciendo como que le llevo carpetas a los compañeros

e hilando unas conversaciones de lo más superficiales, pero que me mantienen entretenida y la obligan a ella a responder el teléfono y atender la puerta. Que se joda, que para algo cobra.

Cercano el mediodía, recibo una llamada de Gaby y quedamos para comer juntos. Me alegro infinitamente de que haya dado el primer paso, lo tengo un poco abandonado con esto de los amores rotos y vueltos a componer.

—Podemos comprar algo rico y prohibido con un millón de calorías y comérmolo tumbados en el césped de los jardines de Plaza de España —propongo cargada de entusiasmo.

—¡Ah, no, nada de eso, señorita! A ese plan le pongo un cero.

—Es divertido, lo he hecho miles de veces... —Se apaga mi voz. Lo he hecho miles de veces con Luca. Siento su ausencia apretarme el pecho, necesito desesperadamente repetir cosas que hacíamos juntos antes de que se fijara en otra.

—Puede que a ti te divierta, que eres una jipi contestataria, pero yo soy un gay sofisticado que prefiere almorzar como Dios manda en un sitio bonito con cómodas butacas de bambú. Eso, sin contar, pedazo de burra, con que tienes que cuidarte. Nada de comida basura conmigo delante.

Bufo.

—Tú ganas, pero que no esté muy lejos, solo dispongo de una hora.

Una vez acomodados en un restaurante coqueto, me estruja las manos por encima de la mesa. A Gaby no le cuesta nada ponerse sensible, lo lleva colgado de la solapa de su extravagante chaqueta turquesa.

—Vuelvo definitivamente a casa.

—¿Muy pronto? —Descubro que me da pena perderlo a él también. Otra clase de tristeza, pero ahí la tengo.

—En un par de días. Espero que en mi ausencia mires por ti, Marta, eres una chica fabulosa. —Hago una mueca guasona—. Nunca olvidaré que me prestabas tus muñecas a escondidas —rememora con un deje nostálgico.

—No eran mías —lo decepciono—, se las robaba a Sandra.

—Ah, bien hecho. Siempre fue muy *jodía* —añade, y el matiz es de franco disgusto.

—Sigue siendo muy *jodía*, la puñetera.

—Lástima, con lo mona que era.

—Eso tampoco lo ha perdido, pero cabrona... de primera. —Me dedico a revisar el mantel. Hablar de mi familia me pone tensa.

—Veo que las viejas rencillas persisten.

—Siempre nos hemos llevado a matar, mi hermana tiene una piedra por corazón. Siento a Jo mucho más cercana que a ella. Si tuviese que elegir a quién descabezan de las dos, no lo dudaría.

—Una pena que Joanna esté ahora tan ocupada como para ver —desliza misterioso. Abro mucho los ojos en una mirada interrogante.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, ese sucedáneo de romance que mantiene con el doctorcito en leyes, que Dios sabe

cuánto durará, la mantiene muy entretenida, todavía no ha visto *lo tuyo* —recalca las dos últimas palabras con mucha intención. Me pongo como una remolacha.

—Lo mío.

—Tu corazón pasado por la batidora.

Miro hacia el camarero, le sonrío y le pido los menús tratando de ganar tiempo, pero las pupilas de Gaby se clavan insidiosas en mí.

—Salgo con Abel, se puede decir que tengo un ligue medio serio, no está tan mal —comento por decir algo.

—Mírame, Lady Vinagre.

Levanto la cabeza de un tirón. Siglos hace que no escuchaba ese nombre.

—¡Venga! No me llames así, me cago en la leche, ¡ya se te ha pegado de Jo!

—Siempre pensé que era un mote acertado.

En cuestión de segundos el humor se borra de mi cara.

—Soy una amargada, lo admito, pero no me dirás que me faltan motivos.

—No te lo digo, no has tenido una vida lo que se dice muy feliz, pero mírame, yo tampoco: mi madre se encerraba conmigo en el cuarto para que mi padre no me atizara con el cinturón y los niños en el cole me arrinconaban y me pegaban unas palizas de muerte; incluso aquella vez que conseguí un papel de árbol en la función de teatro me pusieron la zancadilla y me caí rodando con todas mis manzanas.

Me da la risa floja imaginando la escena.

—Es genial verte reír —me dice—; tienes la sonrisa más dulce que he visto en mi vida.

—¿Dulce? ¡Por Dios, Gaby, aléjate con esa palabreja, no querrás que me dé una embolia!

—Venga, desembucha, sales con Abel para darle celos a Luca que es quien verdaderamente te pone.

¿Lo hago? ¡Ostras, qué ojo tiene mi amigo!

—Luca tiene novia, por si lo has olvidado, y Abel está buenísimo y es un partidazo de los que le gustan a mamá.

—Si tú lo dices...

—En realidad, no tengo ni idea de cómo me ha ido embrollando en este lío erótico de alto voltaje —rio bajito, jugueteando con la esquina de la servilleta—, pero me tiene entretenida y me cura las penas. Lo que de verdad me nace es meter la cabeza en un cubo de agua y que me la saque el sepulturero.

Eso lo he dicho con la barbilla bien alta, desafiándolo con una mirada serena. Gaby sacude arriba y abajo la cabeza.

—Eso suena más real, más a ti.

—Pero no te confundas, funcionará, Abel babea por este cuerpo, no diré que lo entienda, pero le gusto. Creo que hasta ahora todo eran pijas rendidas a sus pies y este necesita buenos castañazos en lugar de mimos.

—Un masoquista sin apellidos —deduce—. En fin, tú verás, tesorito, lo que no quiero es que sufras.

—Ya sabes, soy dura como el acero de los barcos.

—Eso no es cierto, Lady Vinagre, tienes un montón de capas pero bajo ellas, el centro de la cebolla es puro almíbar.

—Y dale —me enfurruño—. ¿Podrías cambiar de tema y sobre todo de mote, por favor?

—De acuerdo, pues atención: tengo un noviete que se enrolla en un navío de Greenpeace. Está cuadradote y riquísimo.

—¿La embarcación?

—No, tonta, mi chico. Me marcho con él.

—¿Con Greenpeace? No te veo yo adosándote a semejante aventura.

—Soy defensor de un planeta limpio, sostenible y solo uso productos naturales sin aditivos ni garrerías que causen cáncer. El cofre cosmético que te regalé por tu cumple está fabricado con aceites esenciales de rosa de Bulgaria, puedes usarlos sin temor alguno.

—Ya me traje cosméticos de Bulgaria —recuerdo con nostalgia. Porque, de repente, multitud de recuerdos ñoños se agolpan en mi frente y la sensación me roba la sonrisa.

—Por cierto, antes de que se me olvide, Abel debe de saber que lo utilizas impunemente.

Su brusco cambio de dirección en la charla me enfada. Ya tenemos los platos sobre la mesa y parece decidido a no dejarme comer en paz. Si lo sé no vengo.

—Me importa un pimiento —exploto—. Si le desagrada mi conducta ya sabe dónde tiene la puerta.

—Siempre tan fina —se burla.

—Hombre, acabas de decirme que es un masoquista, pues que le sirva de castigo. —Sujeto el tenedor como un arpón ballenero—. Puede que mientras no me conquiste en serio, siga ahí, erre que erre sin darse por vencido, sin importar lo mal que lo trate o lo que haga.

—Hija, no tienes corazón.

—Algunos hombres nacieron para ser usados —afirmo rotunda. Gaby enarca las cejas y se lleva parsimonioso un trozo de lechuga a la boca.

—Ten mucho cuidado, no vaya a salirte el tiro por la culata.

Palabras proféticas las de Gaby, solo que en este momento, ninguno de los dos lo sospechamos.

El aquí y el ahora

Pasa la tarde sin pena ni gloria en el bufete y surge plan para la cena: Abel me invita a su casa. Mentiría si no confieso la curiosidad que me corroe por saber más de él, dónde y cómo vive. Me recoge en su coche, me pavoneo delante de Ava y llegamos a un edificio cerca de las torres Kio, ultra moderno y carísimo. Vamos charlando y riendo, ya he dicho que Abel tiene un formidable sentido del humor e imita a la perfección no solo a sus compañeros de oficina, sino a personajes famosos. En menos de media hora, logra borrar todas las sombras de duda que la conversación con Gaby ha arrojado sobre nuestra relación. El motivo por el que dos personas empiezan a salir juntas, a menudo, es irrelevante, me digo. Lo importante es que marche. Y esto marcha. Hasta que decidí darle una oportunidad a este maratón sexual, me sentía como si tuviese ciento cinco años y solo quería dormir en posición fetal.

—Adelante, señorita. —Ha abierto la puerta de su luminoso apartamento y me indica que pase. Tras un recibidor cuadrado con las paredes forradas de piel marrón y dos grandes espejos minimalistas, se ofrece una mareante vista de Madrid al atardecer, gracias a unas vidrieras de techo a suelo que ocupan todo un lateral del salón. Los muebles son de diseño, con algún detalle oriental que le otorga calidez y le resta seriedad—. ¿Te gusta?

Me ha preguntado porque no he articulado palabra y su enorme ego le picotea la boca del estómago. Decido ponérselo difícil, al fin y al cabo él ya conoce el oscuro cuchitril donde vivo.

—No está nada mal —admito con indiferencia.

—¿Eso es todo? —Se quita la chaqueta, me recoge el bolso y deja ambas cosas sobre una butaca.

—No pretenderás que me ponga a dar saltos de entusiasmo solo porque has invertido unos euros en un par de muebles apabullantes. No soy de las que se impresionan con un pisito, chaval.

Lo veo reír por lo bajo.

—Voy a ponerme cómodo —entra en lo que debe de ser su dormitorio—, ahí tienes el bar, puedes servirte una copa como aperitivo. ¿Quieres comer?

—Pues claro, para eso hemos venido, ¿no?

Su cabeza y su torso a medio desnudar aparecen por la puerta con un gesto pícaro. Las ganas se me ponen revoltosas.

—Si me das a elegir, hay tanto con lo que podríamos echar el rato...

—¡Deja, deja! Llevo todo el día soportando los caprichos de mi casi-cuñado y las imbecilidades de la ameba que tengo por compañera. Si no muerdo algo sabroso y pronto, encargo

dos pizzas sin gluten, te lo advierto.

—Volvemos al plan A, entonces. —Lo veo venir con un pantalón deportivo gris que cae suelto sobre sus estrechas caderas y una camiseta blanca de manga corta y escote en uve que lo convierten en un Apolo. Se adentra en la cocina, un universo de artilugios inoxidable. Lo sigo y me siento, con todo descaro, sobre la mesa. Abel abre y cierra cajones.

—¿Vas a cocinar para mí? Pensé que era coña.

—Nada extraordinario, no se me da bien, pero aquí tengo sopa de sobre y espaguetis con su salsita ya preparada.

—Abel, la harina blanca ni la pruebo —le recuerdo ceñuda.

—Son de espelta, ¿qué pensabas? ¿Que no cuido de mi tesoro máspreciado?

—¿Espelta? ¡Qué asco!, pero vale, me rugen las tripas.

Coloca una cacerola con agua sobre la vitrocerámica. Yo medito acerca de las cosas tan románticas que suele decirme, las tiñe de descaro y bravuconería, les resta importancia y color, pero ahí están, respirando. Acaba de lanzarme un beso al aire. ¡Qué mono!

—¿Soy tu tesoro?

—Valioso como los de los barcos pirata. ¿Me ayudas?

—Ni lo sueñes, para algo soy la invitada.

Se olvida de la olla por unos minutos, repta a mi lado, me atrapa por la cintura y yo rodeo sensualmente la suya con mis piernas. Desabrocha mi blusa botón a botón, sumándole emoción a la cosa.

—Cómo me ponen de burraco tus borderías —susurra—, cada vez que me miras y me escupes una de tus frases lapidarias me pongo duro como una columna de mármol romano.

Le paso la punta de la lengua por las comisuras de los labios. Luego le lamo la boca como si se tratase de un helado.

—Menos lobos, Caperucita.

Descubre mi ropa interior de encaje e introduce una mano para acariciar mi pecho. Me estremezco de excitación.

—Vaya par de peras, Martita.

—¡Tetómano de mierda! —le regaño. Me recuesto sobre mi espalda y subo las piernas hasta enredar su cuello. Coloco una en la nuca y con la rodilla de la otra aprieto su garganta. A modo de respuesta, Abel me sube la falda y me arranca las bragas. Aquello se parece bastante a la escena de *El cartero siempre llama dos veces* pero sin estropicios de harina.

—No hace falta que sigas asfixiándome, nena, ya estoy más que empalmado.

Su lengua baila alrededor de mi ombligo, lame y mordisquea mi vientre y cuando está a punto de rebasar la frontera del pubis y siento que me humedezco y que lo quiero dentro, la tapa de la cacerola empieza a dar saltos empujada por el vapor.

—El agua hierve —anuncio con voz de funeral.

Con los pantalones por las rodillas y el redondo y apetitoso trasero al aire, echa la pasta a la

olla, remueve y baja el fuego. Se gira con una monumental tranca tiesa entre las piernas y ojos de codicia infinita. Vuelve a la carga recolocando sus manos sobre mi cuerpo, que parece pertenecerle.

—Veamos esos aperitivos...

Su lengua recorre mi esternón. El vello de todo mi cuerpo se empina. Me empala de un solo empujón, me toma en brazos y sin salir de mis entrañas, llega hasta el cajón de un mueble del salón y coge un preservativo. Sale de mí un instante y con una habilidad que solo regala la práctica, se lo coloca. En un abrir y cerrar de ojos estamos de nuevo unidos por la carne. A partir de ahí, solo se oyen gemidos y jadeos mezclados con el barboteo de los espaguetis, que, por descontado, no nos comemos al dente.

Ya es oficial. Todos me consideran la novia de Abel y el ramalazo de amargura que ensombrece la preciosa cara de Luca cuando el grupo queda para salir juntos es música celestial para mis oídos. Puede que lo lamente cuando debería alabar agradecido al cielo. Le he librado de una chica enferma, débil y con un corte de pelo *pixie*, que no se queje. Mi historia de sexo desenfrenado con el surfero supone un continuo reto: jugamos a toearnos el uno al otro, es divertido, hasta podría engancharme. A diferencia de Abel, Luca es sosiego, es amor profundo, lo sé, también imposible, cuanto antes me haga a la idea mejor para mí. Me lo repito cada vez que Miriam se acerca, lo besa y lo marca como «propiedad privada» delante de todos. Aprieto los ojos para no ver y me cuesta mucho menos perderme en la sonrisa provocadora de Abel. No voy a plantearme si este repentino interés mío por él es o no despecho, no puedo permitirme ese lujo, las opciones con Luca, de momento, son cero, y aunque me reclamase con desesperación, mi respuesta seguiría siendo «no», de modo que ¿por qué no relajarme y disfrutar? Abel es guapo de morir, ocurrente y chistoso, un máquina en la cama y jamás sufriría por mí... ni por nadie. No pienso darle más vueltas, esto es el aquí y el ahora.

El amor puede esperar.

Tanto es así, que cuando Silvia me recuerda nuestro viaje a Londres, frunzo el ceño sin disimulos. Ahora no me apetece, aunque sé que cambiaré de opinión en cuanto me suba al avión: jamás he salido de España, debería estar como una niña con zapatos nuevos. Aprovecho la ocasión para ganar puntos con Abel al hacerme desear. También cometo el error de pedirle, en un instante de debilidad, que me llame a diario mientras estoy fuera.

—Ya veremos, nena —me responde con su arrogancia de costumbre—, va a ser una semana movidita en la embajada.

—Si no lo haces, tampoco pienso morirme —me apresuro a apuntar—; si te apetece bien, y si no, nos vemos a mi vuelta.

Estira el brazo y cierra un cepo invisible alrededor de mi cintura. Me atrae contra su pecho y me besa la punta de la nariz.

—Te llamaré, te llamaré por las noches y tú me contarás cómo de corto es el camisón que llevas puesto. Y para que no me echés de menos, te contaré todo lo perverso que sería de tenerte delante.

—Sexo telefónico. Eso ya está muy visto, vaquero. Lo mismo me llamas y no me da la gana de contestar.

—Uyyyy, doña durezas. —Me estrecha más aún. Yo me resisto.

—Para ti, Lady Vinagre.

Nos despedimos con una increíble sesión de sexo, y me marcho con el pellizco en las tripas de quien acaba de cometer un error terrible, y una maleta de fin de semana con mis mejores galas. Nada más acomodarnos en nuestros asientos, intento entablar conversación con Silvia, la veo animadísima. Es un buen momento para analizar el asunto «Ava». Pero cada vez que arranco, ella cambia de tercio y evita que alcance el meollo del espinoso tema.

—Silvia, demonios, no sé si se nota, pero trato de decirte algo —exploto, harta de dar tumbos, abrir y cerrar la boca sin conseguir hilar nada.

—Por la cara que pones adivino que debe de ser desagradable, no me lo cuentes —me corta con una espléndida sonrisa que me deja fuera de combate.

—¿Y si fuera importante?

—Puede esperar, no fastidies este fantástico viaje.

—Pensé que no era más que un aburridísimo surtido de reuniones de trabajo.

Silvia entorna los ojos, intrigante.

—La verdad es que no, eso es lo que he dicho pero lo que se anuncia no tiene por qué coincidir con la realidad, ¿te suena lo de la publicidad es engañosa?

Por un segundo me dan ganas de comprobar mi tarjeta de embarque.

—¿No vamos a Londres?

—Sí, pero no de reuniones. Tú vas de compras y yo... Yo he quedado con alguien.

—Pero...

—Vamos a tomar café y *plum cake*. ¡Azafata!

A partir de ahí, es imposible sonsacarle una palabra más y yo me como las uñas de impaciencia. Claro que el mal humor se me borra de golpe y porrazo cuando veo el fastuoso Meliá White House, en Regent's Park, desde el que pueden apreciarse unas extraordinarias vistas del centro, a un tiro de piedra del Museo Británico. Mi habitación es la leche y tengo una cama tan ancha y mullida como un nubarrón de tormenta. Me lanzo en plancha y me quedo frita de inmediato. Me despierta mi hermana aporreando la puerta como un bombero tras la alarma de incendios. Rujo un «paaaasa» sin querer apartar la cara de las frescas sábanas.

—¿Te gusta la habitación? ¿A que sí?

—Me ha cortado por completo la respiración —farfullo aún adormilada.

—Yo voy saliendo ya. —Antes de que pueda replicar algo, me coloca entre los dedos una tarjeta de crédito y solo me despejo cuando compruebo que está expedida a nombre de Luisito, mi casi-cuñado—. Púlete la Visa de este imbécil —me alecciona—, compra lo que se te antoje,

cuanto más y más caro, mejor.

—¿Imbécil?

—Perdido. Y roñoso. Pásalo bien, cielo, haz turismo, coge el autobús rojo, es muy divertido, te lleva por todas partes. Nos vemos dentro de un par de días para desayunar.

Se dirige tan pancha hacia la puerta. ¿Un par de días ha dicho? Parpadeo completamente atónita y de repente lo comprendo todo.

—Silvia, ¿tienes un amante?

En Londres por todo lo alto

Mi hermana sonríe con una inocencia que me aturde.

—Creo que s , podríamos llamarlo así, puesto que nos amamos.

—Entonces, Luis... —Mi cansado cerebro empieza a atar cabos—. Por todos los santos, hermana, pensábamos que os iba bien, que en algún momento os casar ais, llev is juntos una eternidad.

—Puede que ese sea el problema, demasiado tiempo juntos, demasiadas emociones perdidas.

—Yo tenía que decirte algo... —despego hecha un mar de l os. Pero Silvia va muy por delante.

—Ava. Es de ella de quien me quieres hablar,  verdad? Vas a contarme que entretiene a Luis a mis espaldas. Pero eso ya hace que lo sabes,  por qué ahora?

No utiliza ningún tono especial, pero yo me siento miserable y rastrera. Agacho la cabeza porque pienso ocultarle lo de mi subida de sueldo bajo coacción.

—Le plante  un ultimátum, pens  que la dejaría y t  no tendrías que enterarte y sufrir.

Silvia se encoge de hombros, camina lánguida hasta el minibar y se sirve un *whisky* capaz de tumbar a un mamut. Ella tiene un amante con el que se las arregla para viajar, Luis se tira a una secretaria inútil a la que paga un sueldo solo para que est  disponible... Yo no entiendo el planeta en el que vivo.

— Qu  clase de relación tenéis? —pregunto desconcertada.

—Una muy convincente a ojos de todo el mundo. Ya sabes cómo va, el público sigue entrando y pagando su localidad, nosotros seguimos representando la función.

Se bebe dos tragos seguidos.

—  l sabe lo tuyo?

—Ni idea, da igual, no me echar  nada en cara, sabe que sigo con él por mamá y por mucho que proteste con la boca chica, ese no suelta el boyante negocio de la alta costura «Torres», así lo despellejen.

Vaya, cre  que yo era la única capaz de sacrificarme por la familia, pero veo que no.

—Tienes esta habitación magnífica con todos los gastos pagados y un *spa* formidable, usa la tarjeta dónde y cómo quieras, diviértete, no te pierdas el Museo de Cera. En tres días se acaba la magia y volvemos a Madrid.

Recorro Londres de cabo a rabo con todo el entusiasmo que cabe esperar en una provinciana que jamás ha salido de los aledaños de su barrio. No solo extermino la agenda de actividades

recomendadas por Silvia, hago muchas más, y el tiempo vuela entre mis pasos. Las caminatas las doy con unas All Star amarillas que me acabo de comprar, puesto que vine pensando en reuniones de trabajo y solo traía zapatos de tacón. Amarillo. Me chifla. Dicen que es un color ácido, ¿no? Pues eso, mi color.

Me comporto, creo que por primera vez en mi vida, como una auténtica irresponsable y renuevo el vestuario a cuenta de Luisito en boutiques cuyas bolsas deberían llevar impresas frases del estilo de «arruinada para los restos» o «este mes no comes». Los remordimientos me duran treinta y tres segundos de reloj. ¡Anda y que le den! Finalmente, y antes de la pausa que pienso regalarme en el Starbucks, asalto una tienda de souvenirs carísimos y me compro una esfera de nieve para mi colección: es especial, en su interior anida la enigmática torre del Big Ben, y si la agito, la cubren cientos de esporas de diamante y oro. Luego, la lluvia alcanza la base y desaparece. Como mi felicidad, dura tan poco... Apenas la dejo caer en mi bolso, el recuerdo de Luca golpea brutalmente mi conciencia. Se instala en mi pecho una presión, una incómoda punzada que me empuja a escribir un mensaje ñoño cuyo destinatario es Abel. Me juré que no lo haría, ya que ni ha llamado ni ha respondido los tres anteriores, pero en un arrebato de engreimiento me convenzo de que le ha dado tan fuerte con lo mío que, simplemente, me castiga por abandonarlo. No sé si diciéndome eso cargo una pila de energía positiva a mi alrededor; el caso es que pasado un rato, me llama. Yo ya estoy despatarrada, sorbiendo un Frappuccino como una posesa.

—¿Qué tal todo, preciosa? —Sospecho que el timbre de su voz intenta ser cálido sin conseguirlo del todo. Suena monótono, alejado, y no me refiero a los kilómetros.

—Bueno, Silvia deja muda a la concurrencia y yo le sostengo el bolígrafo con bastante dignidad —bromeo sin la menor intención de desvelar el verdadero propósito de nuestro viaje.

—¿Llueve?

—La verdad es que no, está encapotado y hace fresco, pero no me he mojado todavía.

—Vuelves de aquí a un par de días, ¿verdad? —pregunta distraído. Oigo el furioso tecleo de sus dedos mientras habla y me siento como alguien que suelta una carcajada en un funeral.

—Sí, el jueves. —He perdido parte del fuelle y la ilusión que me impulsó a reclamarlo. Será el clima nostálgico de Londres, pero necesitaría una chispa de cariño, que me dijera con ternura que me echa de menos, que por la noche se gira y me busca en su cama, que oye mi voz llamándolo desde la ducha... Sin embargo, la relación que tenemos no es así, es pragmática, puramente sexual, demasiado erótica, poco madura, no sé si sólida. O puede que solo esté cocinándose y necesite rodaje.

—Eso está muy bien, van a salirme callos en la mano derecha esperándote. —Le río la gracia sin ganas, no es una burrada de esas lo que espera mi corazón encogido—. ¿Llueve?

¡Coño! ¿Otra vez? Tengo el *ta-ca-ta-ca-ta-ca* de sus teclas incrustado en los sesos.

—Oye, te noto distraído, si estás trabajando lo dejamos, no quiero interrumpirte —gruño.

—Sí, ya te dije que serían días malos con cantidad de ajetreo.

Mucho me equivoco, o eso que escucho de fondo es la campanita del chat de internet, pero lo

dejo correr. Total, de nada sirve ponerse en plan cafre a tantas millas de distancia.

—Lláname en cuanto llegues, ¿de acuerdo, muñequita? —Ahora que toca despedirse, lo noto revivir.

—Por supuesto. No te mates currando, que luego no empinas —le sermoneo sin humor. Abel suelta una risita de suficiencia.

—Tú sabes mejor que nadie que mi pequeño gran hermano no defrauda. Un beso.

¿Mejor que nadie? Eso es que hay más gente que le abre la bragueta.

Soy un genio mordiéndome la lengua. Quiero decir, que consigo arramplar con el bufet del desayuno del hotel y volar dos horas veinticinco desde Londres a Madrid, culo a culo con Silvia, y fingir que no me interesa su turbulenta historia de folleteo con «Don Perfecto sin rostro». ¡Anda que ella hace algo por sacarme de dudas! Sonríe todo el tiempo, debe de llevar la entropierna contentuela y saltarina. Y no suelta prenda. En fin, ella sabrá, yo le he dejado a mi *casiseguroqueno-cuñado* la tarjeta con más tembleques que un chihuahua. Apoyo la cabeza en la ventanilla del avión y creo que hasta ronco. De vuelta a los Madriles, el taxi que ocupamos mi alborozada hermana y yo se detiene ante el edificio de apartamentos donde vivo, y en tanto el conductor saca mi, ahora sí, voluminoso equipaje del maletero, Silvia me estampa dos besos veloces en las mejillas y me enseña hasta las muelas del juicio.

—Nos vemos mañana en la oficina. Ven temprano que hay que poner al día la agenda.

—¡Cómo se nota que te han metido las baterías bien hondas! —bromeo sin querer mirarla a los ojos. Creo que me ruborizaría ya que ella tiene la desvergüenza de no hacerlo.

En fin. De momento, sola. ¿Y ahora qué?

Pienso en avisar a Jo de que he vuelto, pero me parece un poco ridículo, tampoco he estado fuera dos meses, ni que viniera de Siberia. Saco la ropa nueva de las maletas y mientras le hago sitio en el armario, pienso. Este picorcillo desagradable por los brazos, la inquietud que no cesa agazapada en el estómago... Soy muy capaz de ponerle nombre. Se llama Luca, sin ninguna duda, me encantaría usar el pretexto de la miniescapada para verle: «¡Acóplate en el sofá, voy a contártelo todo sobre Londres!», le diría. Pero no, la verdad es que solo quiero verle, quiero perderme de nuevo en esos ojos rasgados que añoro al punto de ahogarme. Soy especialista en cubrir con tiritas mi ánimo maltrecho, pero la sangre no deja de brotar, debo de estar herida hasta las espinas.

Suspiro, diciéndome por enésima vez que Luca se merece un futuro más halagüeño con una mujer sana, lo preciosísimo que es todo lo que me he comprado y lo barato que me ha salido... Me cuento que, pese a la salud, soy una chica afortunada, guardo las maletas en el altillo del armario y me pongo a limpiar la casa con la radio puesta hasta que tiemblan los cimientos.

Eso sí, escribo un mensaje para Abel, escueto y frío: «He vuelto», y espero a que dé el primer paso. Lo hace al cabo de, aproximadamente, tres horas y tres cuartos. Cuando ya casi me he olvidado de que necesito calor humano y estoy más contenta con el mocho que bailando con Henry

Cavill, telefona.

—La misteriosa señorita Holmes regresa de las neblinosas tierras británicas —bromea haciendo pulular una voz de ultratumba. Me pilla lo bastante relajada como para que me haga gracia—. ¿Cenamos?

—Cenemos —acepto sin florituras.

—¿Me has traído algo?

—Mi cuerpo serrano, no esperarás mejor regalo, chaval.

—Tienes razón, soy un ansioso. ¿Paso a recogerte o nos vemos en la esquina de Callao?

—Mejor me recoges, vengo rendida de tanto caminar y mis articulaciones no están para tablaos flamencos.

—A las ocho y media, en cuanto salga del despacho y rompemos con un aperitivo.

—¿Rompemos?

No sé el motivo, pero la palabra me ha entrado por los ojos como un rayo maldito y ha estallado en el centro de mi sistema operativo. Abel carraspea nervioso.

—Es una manera de hablar, chiquitina. Te dejo, ando liado.

Como siempre. Como últimamente. Es Abel «*siempreliado-huevoslindos*». Bonito nombre.

La noche decide saltarse todos mis temores y discurre con sorprendente normalidad. Abel está simpático, solícito, su sonrisa ladeada de perdonavidas vuelve a embelesarme y durante la cena se desvive en detalles. Parece más concentrado, atento a lo que le cuento, nada disperso. Ríe cuando le hablo de la tarjeta de Luisito, aunque no descubro a mi hermana y solo menciono una jornada de compras que Silvia me regaló, como recompensa por mi buen hacer como asistente. Lamento no tener con él esa complicidad que conseguí desarrollar con Luca, a él sí se lo habría contado todo, hasta lo del amante.

¡Joder, ya está bien, Marta! Deja de comparar y echar de menos lo que no tienes, límitate a disfrutar lo que sí tienes.

Pero esa madrugada, envuelta y jadeante en los brazos de Abel, lo que percibo hasta marearme es el aroma de la piel de Luca, y no puedo reprimir las lágrimas.

43

Intercambio de historias

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

A los tres días, papá me devolvió el libro y me pidió tarta de plátano. Si bien es cierto que no lo estaba matando de hambre, sí me esforzaba por cocinar alimentos más saludables y menos calóricos. Pero mi padre adoraba el dulce, igual que yo. Nos daba un bajón de azúcar y éramos capaces de asesinar por un caramelo de menta. Calculé que ya llevaba cinco días sin probarlo y me dejé embaucar.

—Vale. Saldré a comprar fruta y cambiaré el libro por otro. ¿Te ha gustado? El chico de la biblioteca querrá saberlo. —Me dio un brinco el estómago al recordarlo. Todos aquellos días, su recuerdo se había mantenido en duermevela, cobijado en algún oscuro recoveco de mi mente anestesiada por culpa del aburrimiento.

—Bueno, ¿qué te digo? Nada de particular. Si es que me sacas de las biografías de ilustres y no sé distinguir un huevo de una castaña —se disculpó mi padre—. A lo mejor es bueno, buenísimo, solo que no sé apreciarlo.

—Preguntaré si tienen de esos que te gustan —me comprometí.

Desperdiqué más de tres horas delante del espejo tratando de sacar algo de mí para acabar vestida íntegramente de negro, que dicen que adelgaza, y salí a la calle nerviosa por el simple hecho de volver a verlo. El soplo fresco de octubre me despabiló, apreté el librito contra mi pecho con el pulso acelerándose conforme caminaba. Menuda estupidez, no era más que un empleado de la biblioteca pública, no era Aidan Turner, aunque se le pareciera. Pero claro, Aidan Turner tampoco me hubiese sonreído como él lo hizo. Me desesperó la idea loca de que me hubiese olvidado, cuando lo que debí preguntarme es «a cuenta de qué iba a recordarme». Ese extranjero irradiaba un halo especial más allá de su físico de impacto, él brillaba, era todo lo contrario a mí. Quizá su cercanía lograra teñirme de cierta pátina que me diferenciase de la masa mundial. Pero todo se pega menos la hermosura, decía mi madre.

Volví sobre mis pasos, porque había olvidado comprar los plátanos. Pero una vez que los tuve conmigo, supe que había metido la pata, qué poco glamur entrar en la biblioteca con la bolsa de la frutería colgada del brazo. No había marcha atrás, así que respiré hondo y empujé la puerta. Esta vez sí ocupaba su puesto tras la recepción y revisaba con empeño unas páginas. Pero levantó la

mirada con el ruido de la campanita y nos sonreímos. ¡Nos sonreímos! ¡Me había reconocido!

—Venía a... —traté de ocultar los plátanos— devolverte el libro.

—Ajá. Y supongo que te llevarás otro —musitó esperanzado. Madre mía, qué ojazos, qué labios mullidos, qué sonrisa Profidén... Y qué pelo más brillante y más negro.

—Sí, claro, claro...

—Pues estuve pensando... —¿Estuvo pensando? ¿En qué? ¿En mí?— y hay una historia bellísima. —Abandonó momentáneamente su puesto y se perdió por entre las estanterías. Yo lo seguí con la vista, asustada, no fuese a perderlo. Pero regresó y no venía solo, traía algo en la mano—. Lee este, es genial, te gustará.

—Vaya, no tenías que haberte molestado —susurré encantada fijándome en lo bonita que era la portada. Ya no me atrevía a pedirle biografías de famosos.

—No es molestia, es mi trabajo —contestó animado—. Si no me gustasen una barbaridad los libros, no estaría aquí.

Sonaba de una lógica aplastante. Claro que también podía estar en paro y la necesidad de comer no conoce excepciones. Si estaba allí despachando fichas y orientando almas perdidas como la mía, era porque probablemente no barajaba muchas otras ofertas.

—¿Cómo te llamabas?

Por entre mis pestañas lo miré con rencor. Ya me había arrinconado en el baúl de los recuerdos. Cretino.

—Ela.

—¿Ela? ¿A secas?

—Ela —repetí con firmeza, consciente de que no era el nombre que había dado al rellenar la ficha.

—Bonito nombre.

Me derretí. Habría querido sonreír coqueta y replicar segura de mí misma: «Gracias, a mí también me lo parece». En lugar de eso, confesé abochornada y con velocidad de ametralladora supersónica:

—Es diminutivo de Manuela. En realidad soy Marta Manuela. Puedes llamarme Marta sin más.

—También es un nombre precioso —insistió con tono amable. Lo estaba liando, seguro.

—¿En serio lo crees?

—Bueno, soy italiano por parte de padre pero me fascina España. Creo que los nombres castizos como Manuela son una pasada.

Me sorprendió sobremanera que conociera esa palabreja. Me refiero a «castizo».

—Me alegro... Yo no estoy, digamos, muy orgullosa que se diga. Al menos de la primera parte, por eso me inventé un diminutivo que sonara gracioso.

—Suena gracioso —confirmó con las manos en los bolsillos y un curioso balanceo sobre las puntas de los pies.

—Pero nadie lo usa, o soy Marta o soy Manuela. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Qué preguntas? ¿Si soy gracioso o si estoy orgulloso? —me miró sin comprender y yo me eché a reír.

—No, que cómo te llamas tú.

—Luca. —Torció el gesto—. Predecible y veneciano, ¿verdad?

¿Cómo decirle que me sonaba a música celestial sin parecer boba? Me fijé en que llevaba el pelo, oscuro y rizado, recogido en una coleta.

—Es muy... sonoro. —Debí de escoger bien la palabra porque sonrió. Allí estaban otra vez aquellas dos hileras de dientes blancos y perfectos.

—Me alegre, nunca lo había visto así.

Italiano, claro, estaba cantado. Con solo haberme fijado en el color de su pelo, su mandíbula perfecta y sus ojos como piedras preciosas, podía haberme marcado un punto sobre su procedencia. En ese momento llegó una señora pidiendo cómics y Luca corrió a atenderla con la misma premura con que lo hacía conmigo, aunque quise pensar que con menos alegría. Nuestra conversación se había extinguido, de manera que lo saludé con la mano alzada y desaparecí con suavidad. Pensé que las mujeres elegantes siempre desaparecen con suavidad. Por el camino me extasié con la portada del libro. Preciosa. Pero ni por esas me entraron ganas de leerlo. Solo quería tener muchos, muchos volúmenes de aquella biblioteca en casa, para ir devolviéndolos poco a poco, día a día, todos los días.

Y verle siempre.

Se lo entregué a mi padre, que le dio varias vueltas esperando descifrar de qué iba.

—No les quedaban biografías de personajes ilustres pero me han asegurado que este merece la pena —vi su mueca de desencanto—. Mira qué portada tan divina. ¿No es un castillo de ensueño?

—Sí, sí, muy bonita, pero... yo quiero la biografía de Napoleón —gruñó.

—La próxima vez te la traigo, aunque no te prometo nada, Bonaparte está de lo más solicitado, el *cachocabrón*. Los castillos están llenos de héroes y guerreros, papi, esa te gustará.

Me lo devolvió pasados unos días sin más comentario, seguía emperrado con Napoleón. Yo lo había acechado como el león a su presa, contabilizando a distancia las páginas que restaban para acabar. Corrí emocionada a la biblioteca, incluso me puse un poco de maquillaje. No me esperaba el interrogatorio del hombre de mis sueños cuando me vio entregarlo.

—¿Qué te ha parecido?

Me quedé de piedra.

—Bien, muy bien, es fantástico —respondí azorada tratando de ocultar mis ojos mentirosos.

—Los personajes son impresionantes, tan vivos, tan llenos de vida...

—Oh sí, desde luego —balbuceé. Alguien siseó molesto desde la sala y por un instante albergué la esperanza de que Luca detuviese el caudal de preguntas, pero se limitó a bajar la voz.

—Es una buena historia, ya no se escriben buenas historias, solo basurilla comercial.

—Estoy... de acuerdo. —Noté que el corazón se disparaba, que las manos me sudaban. ¿Por qué no me aceptaba el libro de una maldita vez, tomaba nota del nuevo que me llevaba y me

dejaba en libertad con mis vergüenzas? Me pareció que entornaba los ojos. Peligro mortal.

—Y esa escena en la que el perro atraviesa el estanque con el nenúfar en la boca... es tronchante —comentó con un deje misterioso. Le seguí la corriente totalmente confundida.

—Ah, la del perro, me encantó, sí.

Luca, el dios italiano del amor, me miró un segundo, volcó atrás la cabeza y se echó a reír. Yo me puse del color de las remolachas.

—No hay ningún perro, tramposa, ni nenúfares; no te lo has leído —descubrió sin perder la sonrisa.

No me molesté en contestar. Me sentía tan estúpida como absurda, pequeña, ridícula, y mis mejillas ardientes ya contaban lo suficiente. ¿Por qué no le decía la verdad y acababa de una vez con la farsa? Parecía que me trajera entre manos un oscuro asunto de Estado y era únicamente un libro para mi padre enfermo. ¡Por Dios!

—No pasa nada, el que me haya gustado a mí no lo convierte necesariamente en bueno —admitió con humildad. Extrajo otro de debajo del mostrador. Si lo reservaba para mí, podría ser que hubiese ocupado otro segundo de su pensamiento y la mera sensación me catapultó a la euforia. Y la euforia, a su vez, a la cima del Himalaya—. Prueba con este.

—No, si... —leí la decepción en sus ojos y yo no quería decepcionarlo, por nada del mundo. Era la única persona con la que me relacionaba, aparte del frutero y, desde luego, el frutero no tenía aquellos ojos ni aquel culillo redondo y provocativo—. A ver..., mi padre quiere leer la vida y milagros de Napoleón —escupí al fin. Luca abrió muchos los ojos.

—¿Los libros son para tu padre? —Asentí con las orejas gachas. Él se palmeó la frente con un gesto cómico—. Habérmelo dicho antes, te he estado recomendando novelas románticas.

—No, pero este me lo pienso leer yo —juré apretándolo contra mi pecho.

—Como quieras —alzó las palmas sin perder la sonrisa—, conste que no estás obligada.

—Búscame lo de Napoleón —rogué bastante sofocada.

—Volando.

También en esa ocasión, mi torrente de ideas sobre qué conversar llegó a agotarse y opté por despedirme, que era lo más educado y pertinente. Luca no hizo intento de retenerme, de hecho ni siquiera pudo despedirse porque otros usuarios de la biblioteca absorbieron su atención solicitando libros difíciles de encontrar. Pero se había entretenido eligiendo lecturas para mí. Yo no sabía a qué ritmo debían avanzar las relaciones de pareja pero, de momento, con aquello me conformaba.

He extraviado la brújula

Asigno las tardes a ponerme al día con mis amigas. Almuerzo con Gaby en Skype; ceno con Jo, también a solas; tomo café con Miriam acompañada de Luca, que rehúye mirarme de frente, y vuelvo a almorzar con ella, esta vez, flanqueada por Joanna. Me pregunto cuándo voy a superarlo, no puedo soportar verme a solas con ella, como tampoco puedo seguir posponiendo eternamente la visita a su nidito de amor. Me consta que la pandilla se reúne allí y comen pizza, se arruinan unos a otros apostando céntimos de euro al Trivial Pursuit o ven películas, pero yo siempre consigo zafarme a tiempo. Podría aparecer con mis trapos londinenses nuevos y unos tacones de infarto, colgada del brazo de mi pinturero Abel, y restregarle por las narices que ella no es la única que se beneficia a un pibón, pero es planearlo y sentir arcadas. Soy fría y calculadora pero no hipócrita, aún me cuesta aparentar lo que no siento.

La relación con Abel se ha estabilizado. Tuvo un par de altibajos, casi una semana tras mi viaje con Silvia, cuando lo pillé mirando al vacío y mucho más pendiente de su móvil que de costumbre, pero parece que ya se ha calmado. A estas alturas debería aceptar que un hombre importante que se ocupa de tareas de responsabilidad, a veces cede a la presión y se estresa. Abel es un perfeccionista que moriría antes de admitir que se ha equivocado. Eso acelera mucho el pulso, pero después de un tiempo, la noria vuelve a rodar y su lejanía se me hace patente. Cuando me abraza y me lame el cuello, no es amor lo que late sino deseo. Cuando me posee lo hace con furia, casi con rabia, donde yo preferiría dulzura. Y no sé si el reproche dirigirlo a él, que siempre se comportó de ese modo sin promesas azucaradas, o a mí misma, que me conformé con lo que no quería. ¿A estas alturas y en Abel busco amor? Debo de estar loca. Se lo comenté confidencialmente a Jo y ella mueve a un lado y otro la cabeza sin decir nada. Apoya la mano en la frente y sigue callada.

—Oye, ¿quieres soltar de una vez lo que sea que te ronda la mente? —le espeto furiosa—. Me vas a matar de ansiedad.

—Abel es un caníbal sexual —me dice. Me quedo esperando que continúe pero no lo hace.

—Eso ¿qué demonios significa?

—Significa que le gusta follar y se le da bien, tiene a todas las mujeres que se le antojan y, perdona que te diga, no creo que tenga intención de ir más allá con nadie.

—Ni conmigo, claro. —Pierdo la mirada al fondo de la habitación—. ¿Tú lo has probado?

—¿A Abel? Ojalá. —Deja escapar una risa maliciosa—. No te pongas celosa, lo he dicho en broma, ya sabes que no veo otro pito que el de Simón.

Estamos acurrucadas en mi sofá, como cuando éramos adolescentes. Subo los pies desnudos y los escondo bajo la mantita. Luca siempre dice que los tengo muy bonitos, pequeños y sexis.

—Hasta ahora solo he sacado en claro que Abel es bueno en la cama pero eso no hace falta que tú me lo digas, cada vez que nos vemos tengo escocida la entrepierna una semana. Lo que quiero que me expliques es por qué está tan... indiferente.

Mi amiga me mira igual que si le estuviese pidiendo un chalé en la sierra. No me extraña.

—¿Cómo quieres que sepa más que tú, Marta?

—Se supone que era amigo tuyo.

—Es amigo de Simón. —Pongo los ojos en blanco. Menudas referencias, las del asaltacunas ese —. Puedo darte mi opinión, ¿la quieres? ¿Mi opinión cruda y sincera?

—Por favor...

—Supongo que ya pasó la novedad del principio, se ha calmado, tenéis una relación que podríamos llamar estable y... él siempre ha sido así, si es amor y carantoñas lo que buscas, Abel no es tu chico.

—Puede que no sea tan difícil. —Me desinflató—. Estoy confundiendo indiferencia con desencanto, ya se ha aburrido de mí el muy...

Joanna alza las manos en son de paz.

—¡Hey, hey! ¡No te adelantes! ¡Estamos elucubrando en plan perverso y para mal!

—Deberías sentirte culpable, cerda, tú me lanzaste a sus brazos —farfullo resentida.

—Para que te divirtieras y te quitases las telarañas, no para que planearas la boda. ¿Y si solo se trata de una racha de malestar físico? ¿Y si el cónsul se dedica a tocarle las pelotas? ¿Y si lo han culpado de un incidente diplomático internacional?

—¡Puaj! Me fastidia jugar a adivinarle los pensamientos a otro. Creo que la vía más directa es preguntárselo a la cara. De esta noche no pasa.

Bebemos. Ella su cerveza, yo un zumo biológico de arándanos.

—¿Estás preparada para lo que pueda decirte? —pregunta Jo con timidez, pasado un buen puñado de minutos. Me limito a sacudir los hombros como si tuviese claro qué responder.

—Por supuesto, en realidad, paso de tíos. Estoy con él porque está bueno de morirse y folla divinamente. Me lleva a cenar a sitios chulos y tiene un coche de fábula, pero no estoy enamorada.

—Lo que no quita que te gustaría estarlo.

—Ni de coña, quita, quita... Lo que odio es que me tomen el pelo.

Esquivo las sagaces pupilas de Joanna, que me buscan con insistencia. Al final recoge mi barbilla y me obliga a mirarla.

—No me mientas, tú no eres de esa clase de chicas.

—¿No lo soy? —finjo sorpresa—. Pues muy mal, debería serlo. Me iría mejor en la vida.

Todo el salón está flanqueado de velitas. Desde el equipo de música brota una melodía de piano cuasi-celestial que, prodigiosamente, calma mis nervios. Dejo que Abel se acerque por detrás, me

bese el cuello desnudo y se ocupe de mi abrigo y mi bolso. Sus dedos regresan a mis clavículas, sus labios y su lengua, a la zona baja de mi oreja. Ese particular punto G que es mi cuello no solo me traiciona y me incendia las bragas, también barre mis defensas y me deja sin argumentos para negarme al placer. Digo yo, que podremos hablar luego.

—Me encanta tu corte de pelo a lo chico, es de lo más sexi —gime ronco mientras succiona. Yo me estremezco al son de la caricia.

—Y a mí esta música. ¿Quién es?

—Un clásico, Richard Clayderman. *Exodo*. Una pieza maravillosa.

Sigue a mi espalda. Desde esa posición me controla cómodamente y yo puedo cerrar los ojos y abandonarme al sentido del tacto. Levanta mi vestido y me lo saca por la cabeza. Me dejo hacer, como siempre. Sus manos recorren mis perfiles, mi piel se eriza. Las notas del *Exodo* me trasladan lejos, donde nada puede dañarme y todo es placentero. Intento girarme en sus brazos pero me lo impide. Suelto una risita.

—Quieres jugar...

—Quiero. —Despacha mi ropa interior. Sospecho que la suya cae también al suelo. Cuando vuelve a unirse, lo nuestro es piel contra piel.

Sus dedos palpan mis pechos, pellizcan y reconocen. Viajan alados desde el escote a la nuca, reptan y se enredan en mis mechones. Su lengua lame la zona de la columna bajo el nacimiento del pelo. Dejo escapar un gemido de gozo. Ya estoy caliente, ya estoy mojada. Ya responden mis pezones como un radar detector de placer máximo. Sus manos se abren sobre mi tórax y mi vientre, resbalan alcanzando el pubis y antes de poder darme cuenta ya tengo sus dedos dentro de la vagina. Retorciéndose en mi humedad, disparándola.

—Dime cuánto te gusta —me susurra al oído. Respondo un «mucho» lánguido y enredado. Estoy muy lejos de este apartamento, en realidad.

Esas puntas de dedos empapados resbalan con facilidad sobre mi clítoris. Ahora todo se reduce a un puñado de maniobras orquestales en la semioscuridad, unos cuantos giros, círculos, presión, y me corro con total facilidad. Abel ya me conoce, conoce mi receptividad a los estímulos sexuales, mi pronta y desmesurada respuesta.

—Así me gusta, mi pequeña. Disfruta, disfruta.

Me tumba en el sofá de cuero, no va a molestarse en trasladar esta sesión al dormitorio. Separa mis piernas y hunde su boca en el vértice entre mis muslos sin darme siquiera tiempo de reposo. El contacto es extremo al principio, estoy tan sensible que creo que no lo soportaré, pero enseguida muta y se convierte en un ramalazo de placer eléctrico desorbitado. Con las manos inmoviliza mis caderas y los vapuleos a los que las someto cuando el orgasmo regresa por segunda vez, no lo apartan de mí.

Mis gritos deben de estar poniendo en jaque a medio edificio.

Cambia de postura, no puedo impedirselo, ando exhausta y desmadejada, pero lo suficientemente clara para sentirlo invadiendo mis entrañas. Es tan delirante lo que siento al

llenarme, al buscar a tientas su boca y entregarle mis labios para que los devore a ritmo de embestida, que apenas percibo el modo en que los remolinos en mi sangre crecen, la temperatura salta a las alturas por tercera vez y todo explota en un clímax conjunto. Un último golpeteo, jadeos, respiración acelerada y un largo gruñido de satisfacción extrema que escapa de la garganta de Abel.

Hemos hecho el amor dos veces seguidas, la segunda a cuatro patas y como Abel es grande y yo diminuta, tengo las rodillas hechas puré. Se levanta, se encierra en el baño, no oigo que se duche y, a continuación, sale desnudo e imponente en la penumbra, enciende un cigarro y se va hasta la ventana a fumárselo a largas caladas. Lo miro un rato y cuento hasta tres.

—¿Hasta cuándo piensas esperar para contármelo? —lo sorprende. Creo que da un respingo.

—No sé de qué hablas.

—Lo que sea que te tiene tan trastornado.

Sonríe petulante.

—Yo no me trastorno, pequeñuela. Pienso, calculo, hago mis apuestas...

—¿Y contra qué exactamente estoy luchando yo?

Abel respira ruidoso y me observa con el pitillo colgando de las comisuras de sus labios. Está irresistible y lo sabe, el muy cabronazo. Me mantengo firme, con la boca apretada y los brazos rodeando mis rodillas bajo la sábana.

—No tengo toda la vida —lo hostigo. Un pequeño gesto lo delata. Está nervioso.

—Ha aparecido alguien.

—Joder, Abel, no te pongas críptico. Ha aparecido alguien, parece el título de un culebrón de tercera. Dame más datos. ¿Estás enrollado con otra chica?

Termino de pronunciarlo y ya me apuñala el barranco adonde me pueda conducir. Que no sería tanto cuestión de amor herido como de orgullo hecho papilla. Recuerdo a Jo y sus cautelas.

—Es una antigua novia del instituto. —Habla sin sentimiento, como quien narra los avatares del tiempo—. Estuve colado por ella casi tres años sin que se dignara a despreciarme siquiera. Luego, de repente, se volvió loca y salimos durante año y medio. Le dio otra ventolera y se marchó a Sudamérica; apenas supe de ella hasta hace unos meses. Fin de la historia.

—¿Dónde viene la parte romántica? —aprieto sin inmutarme. Por dentro sufro una especie de desangre lento. Para colmo, Clayderman ahora toca *Romeo y Julieta*. Me quiero morir.

—Creo que sigo encoñado después de tantos lustros.

—¡Hombre! ¡Pues está bien que me lo confieses después de haberme follado como un animal!

—La rabia me ahoga a tal punto que no puedo ni hablar.

—No haberme preguntado.

—Eres un maldito cerdo —escupo. Retiro la sábana de un tirón y salgo de la cama. Busco a tientas mi ropa interior. No voy a llorar, ni siquiera de coraje, no pienso permitir que ocurra. No. Antes muerta.

Pero para mi total y completo asombro, quien se cabrea es Abel.

—¡Me cago en la puta! ¡Mira que sois complicadas las tías! Te lo estoy contando, ¿no es eso lo que pedís? ¿Sinceridad? De boquilla para afuera, porque cuando tenemos el valor de afrontar los hechos y os damos lo que exigís, entonces, somos unos cerdos.

—¿Eso son los cuernos que me pones? ¿Un hecho? ¿A eso los reduces? —grito a medio vestir.

—¡Tengo que intentarlo! ¿Qué más quieres que te diga? Podría estar indefinidamente con las dos y ni siquiera lo sabríais, me cago en la leche, para una vez que decido ser honesto...

No sigue despotricando porque le tiro a la cabeza su propia zapatilla. Cuando la esquivo orgulloso, no sabe que la segunda va de camino, y se la estampo en toda la cara.

—¡Vete a la mierda! La culpa la tengo yo y solo yo, por fiarme de un fulano como tú.

Ya no sé ni lo que me he puesto. Sospecho que llevo el vestido del revés, pero me importa lo mismo que el clima en Australia. Voy descalza, arrampo con lo que queda, el bolso y los zapatos en la mano, y recorro el pasillo como un ejército de termitas hacia la puerta. Pego tal golpe que las bisagras tiemblan. No sé qué va a pasar a continuación, cuando me quedo a solas en el ascensor doy rienda suelta a mi frustración y a mi desencanto. Tiene de todo menos gracia que un amor de la juventud que yo no puedo conseguir me amargue la vida, y que el amor de juventud de otro se encargue de joderme lo poco bueno que tengo. También es probable que tenga razón Jo, y mi hombre perfecto no sea más que un imbécil que me ha estado usando como entretenimiento y colchón emocional, mientras miraba la mercancía alrededor, decidiendo de quién enamorarse.

Menos mal que no se ha atrevido a decirme lo de «pero seguiremos siendo amigos» porque no respondo. Eso solo lo dicen los idiotas integrales, los peores.

Pillo un taxi, simulo una leve borrachera para evitar que el taxista sucumba a la tentación de entablar charla y, para cuando las llaves de mi puerta de soltera cornamentada aterrizan en la cestita de la consola de la entrada, en mi móvil parpadea un mensaje de Abel:

«Al menos, dime que seguiremos siendo buenos amigos».

Mi vergüenza es mía

Dejo pasar toda la semana y parte de la otra sin comentar el incidente con nadie. Ni a Jo me atrevo a contárselo, se lo cotilleará a Simón, este al resto del departamento, luego correrá el rumor como la ola de Rocío Jurado y me convertiré en el hazmerreír de toda la panda. Es mucho mejor llorar a solas, comerse los mocos y enfrentarte a la jauría de conocidos cuando ya te has medio repuesto, lo tienes asimilado y puedes declarar sin arrugarte: «Nos hemos tomado un tiempo». Es imprescindible articular cada letra con desdén, así todos sacan en conclusión que eres tú quien lo ha plantado. Pero, o no me lo he montado muy bien, o lo llevo escrito en la cara. Una más que compungida Jo me cita para almorzar en el Vips de Alcalá y cuando entro y la veo esperando en la mesa del fondo con una gran nube de rizos dorados acompañándola, me entran ganas de irme corriendo.

Es tarde. Me han visto y Jo agita su mano por encima de la cabeza llamando mi atención.

—Hola, guapa, ¿cómo estás?

Nos besuqueamos, nos juramos que estamos divinas y toda la pesca, lo de siempre. Qué poco me gusta tanto toqueteo, cada vez menos.

—Divinamente, ¿por? ¿Parece otra cosa?

—¿Cómo lo llevas?

Ahora es Miriam quien me interroga y mis ojos vuelan de Jo a ella, como si no entendiese español.

—¿Cómo llevo qué?

—Lo de Abel...

Trago saliva. Joder.

—¿Qué pasa con ese?

—¿Habéis... cortado?

—Cortado, cortado... ¿Y qué, si hemos tenido alguna peleílla? ¡No puedo creerme que yo sea capaz de pasar página antes que vosotras! —Simulo estar muy contenta y reírme mucho de todo, qué guay es el invierno, qué ocurrencias tienen mis amigas.

—Marta, lo hemos visto, está con otra persona.

Me recompongo en un abrir y cerrar de ojos. Vale. Trago saliva por segunda vez, creo que no lo han notado.

—¿Y? La vida sigue. Yo no tengo otro novio porque no... ¿Quién coño necesita un tío?

—Con nosotras no hace falta que te hagas la dura.

No sé qué me molesta más. Si la frasecita de marras o la suave mano de Miriam apretando mi antebrazo. La retiro con más brusquedad de la pretendida. Las palabras bullen en tropel y salen de mi boca como una catarata imparable de insultos contenidos.

—Podéis ahorraros las condolencias, os aviso con tiempo. Me sobra la piedad, los «no te merecía», los «encontrarás otro mejor». Odio a muerte los «nena, tú vales mucho» y los «nos tienes a nosotras» podéis metéroslos por el culo. Además, no tengo hambre.

Me levanto de un salto mortal y nadie hace nada por retenerme, las he petrificado en sus sillones de escay rojo. Salgo por la puerta aguantando las lágrimas y me escondo en un cine donde, finalmente, por culpa de muchas noches de vuelta y vuelta en el colchón, insomne perdida y gracias a una película soporífera, voy y me duermo.

Ya me he curado. A la mierda. Ya no me acuerdo de Abel. O sí. Perderlo ha sido lo peor que me podía pasar: al perderlo me he dado cuenta de que me importaba más de lo que yo creía. Por eso, esta tarde de domingo que decido pasarme tirada en el sofá como si fuera un imán gigantesco que me atrae y no me permite escapar, lo que menos me espero es tener que discutir por su causa con alguien que hace mucho, mucho tiempo, no venía a visitarme.

—¡Luca! —exclamo al abrir la puerta. Me ha pillado sin maquillar, con mis cuatro pelos apartados de la cara con pinzas de colores y un pijamita azul claro. Maldita sea mi suerte. Conforme saludo me voy arrancando las pinzas a toda velocidad.

—¿Puedo pasar?

—Claro, hombre, ¿cómo no vas a poder? ¿Y Miriam? ¿Te ha cortado hoy la cuerda?

—Ha ido a visitar a sus padres, no seas mala. —Y me suelta un beso húmedo en la mejilla, que me pone los pezones como guisantes congelados. Está visto que el efecto Luca no se pasa, ya no sé qué antídoto tomar.

—Mala yo, qué cosas tienes... ¿Café, té, chocolate, medicación de la mía...?

Se queda clavado, de pie en mitad de mi salón, ocupándolo casi al completo con su imponente estatura. Yo revoloteo entre los muebles como un pajarillo nervioso.

—¿Qué?

—Joder, vaya si estás espeso —me alegra ver que, pese a todo, domino la situación, él parece aturdido—, que qué te apetece tomar.

—Un chocolate sería fantástico. Hace frío fuera.

—Pela, pero mira lo bien que rula mi calefacción y lo calentita que estoy aquí, las ventajas de tener un piso enano. Si tú renegaras de tus doscientos metros cuadrados...

Le hablo desde la cocina, con la voz un poco en alto. Se ha sentado frente a la tele y aprieta el interruptor de *mutting* en el mando. Está como ido. En uno de mis giros delante de la vitro, me lo topo detrás, casi pegado. Me sobresalto, no lo he oído entrar. El calor que emana su cuerpo tiene dedos, me toca.

—¿Qué tal te fue con él todo este tiempo?

Siento que su voz ronca y misteriosa desgarrar mis defensas como si fuesen papel cebolla. Estoy a punto de dejar caer el cazo que sostengo en la mano. Su aliento se estrella de lleno contra mi boca y separo ligeramente los labios para apoderarme de su esencia.

—¿Para qué quieres saberlo? —musito sin apenas fuerzas.

—Siempre dudé de si era un tío de fiar o, al menos, el que convenía a una chica sensible como tú.

Hablamos en susurros entrecortados, como temiendo que alguien, más allá de las paredes y de nuestros propios reparos, nos espíe.

—Hablas como un amante celoso.

—¿Eso es lo que pretendías saliendo con él? ¿Ponerme celoso?

—¿A qué viene esa pregunta? Que me aspen si te entiendo.

—¿Querías ponerme celoso? —repite muy despacio. Su voz me taladra como una broca de diamante. Hasta tiemblo.

—¿Qué coño quieres saber exactamente? No me vengas con historias de celos, que no me las trago, Luca, soy ingenua pero no tanto.

—Explícame si le querías, si te enamoraste, si te ha herido, es un capullo imperdonable...

No lo sé. ¿Encelar a Luca? ¿Es lo que pretendía? Ahora solo estoy segura de una cosa: verlo tan afectado y tan cercano está haciendo latir mi pulso de forma peligrosa; no obstante, la arrogancia que contiene su planteamiento me irrita y me lleva a empujarlo lejos, con fuertes golpes de puños sobre su pecho. Seguro que no es esta la reacción que esperaba.

—¿Quién te has creído que eres? ¡No puedes venir sin más y hacer esas preguntas! —le chillo a lo demente—. ¿Qué te has pensado?

Me coge por las muñecas y detiene mi ataque furioso. Sus pupilas buscan las mías, lo frenan todo.

—Marta, no quiero estar celoso, pero lo que siento por ti es confuso. Me digo y me repito que es el interés de un amigo, la preocupación por alguien a quien quiero, que las cosas son normales dentro de unos términos... No estoy seguro... Maldita sea, cuando se trata de ti, no estoy seguro de nada.

Este preciso momento es el que alguien elige para marcar su número y el móvil dentro del bolsillo de sus vaqueros empieza a tronar. Lo ignora. Yo no puedo.

—Cógelo, puede que sea Miriam.

Vuelve a adosarse a mí. Tirito. La temperatura de mi cuerpo se desmorona y luego asciende vertiginosa, toda mi piel se eriza para, a continuación, teñirse de rubor.

—Sigo teniendo la absurda costumbre de dedicarte mi último pensamiento antes de irme a dormir —confiesa a media voz.

Ese teléfono no para. Se ha propuesto desquiciarme los nervios.

—Cada vez que pienso que Abel te ha tocado, te ha besado, que has sido suya, me pongo enfermo. —Atrapa un mechón de mi flequillo, más largo, y lo acomoda tras mi oreja. Sin

interrumpir la caricia desliza los dedos por mi mejilla. Boqueo. El timbre del teléfono se agota por fin. Es un momento especial, muy mágico, que puede conducirme al desastre, así que me aparto con brusquedad.

—¿Y cómo crees que me siento yo cada vez que os imagino a Miriam y a ti en la cama? ¿Crees que eres el único con tripas? ¿Cómo piensas que me sentí después del anuncio de vuestra relación? Pisoteada, decepcionada, destruida y furiosa. Por el amor de Dios, ¡fue humillante y público!

—Marta...

—¿Qué? ¿Marta, qué? ¡Me cago en todo lo que se menea!

—¿Eres capaz de entender que a veces las cosas no están tan claras? Para nadie. Me pliego sobre mí misma. Mi voz sale rebotando, como un hilo que tiembla.

—¡Oh, sí, faltaría! Ahora vienes y me lo cuentas.

—No toda la Humanidad tiene tu clarividencia —me grita. Nos estamos gritando y ni siquiera sé por qué.

—¿Clarividencia yo? ¡Ja!

—En tu mundo no caben las dudas, todo es cero o cien, ¿verdad?

—¡Pues te jodes! Si tienes pegas... ¡lárgate de aquí! ¡De hecho, no tienes nada que hacer en mi casa!

Me escabullo de entre sus brazos, donde corro serio peligro, y me refugio en el salón. Creo que el corazón escapará rompiendo la jaula de mis costillas; estoy hiperventilando, solo quiero que desaparezca, que se marche, que me deje sola, en paz. Deshecha, puede, pero a salvo.

—Vienes a verme aprovechando que ella no está, a escondidas, como los ladrones —le reprocho—, encima es mi amiga, no hay nada que pueda hacer para sentirme mejor, es..., es como una maldición de las peores.

Tengo la puerta de la calle abierta de par en par y mis ojos lanzan ascuas de fuego en su dirección. Todo el lenguaje gesticular del que es capaz mi pequeño cuerpo le grita que se vaya por donde ha venido. Porque de eso depende mi supervivencia. Porque si se queda, si me sigue mirando de ese modo, no seré dueña de mis actos.

—Deberías escucharme, debería poder hablar —protesta.

—¡No! —aúllo—. ¡Por supuesto que no deberías! Has venido a mear tu terreno ahora que el otro macho alfa lo ha abandonado. ¿Acaso me ves como un juguete que...?

Su boca asalta la mía con una fiereza desconocida en Luca. Pensé que solo era capaz de las más sutiles dulzuras, pero está dejando salir toda la pasión latina que caracteriza a los de su estirpe, sus grandes manos apresan mi cintura como garfios sedientos, su beso letal me aturde. Y un puntapié suyo cierra de golpe la puerta de mi casa. Cuando me libera y me clava los ojos, ocultos entre un bosque espeso de pestañas, tengo la certeza de que no me recuperaré de esta emboscada nunca jamás. No debí permitir que me besara. Ahora soy de nuevo carne de cañón y el miedo a no mantenerme firme me muerde las entrañas. Sin embargo, me estiro muy digna y me limpio la boca

con el revés de la mano y mueca de asco.

—He dicho que te largues. ¡Y no vuelvas a aparecer a menos que vengas acompañado de Miriam! —Sueno dura, pero sin convicción. Así nos quedamos unos segundos, sin hablar, conteniendo el aliento, mirándonos en un ruego mudo de amor infinito con demasiados obstáculos.

—Hazlo, al menos, en nombre de la honestidad —insisto. Es un dedo retorciéndose dentro de la herida, lo sé.

Obedece, sale en completo silencio y, al fin, puedo cobijarme tras una puerta cerrada que me protege de todo mal. De él y de su amor. Me desmorono, mi espalda resbala a lo largo de la madera y me quedo sentada en el suelo, cubro mis ojos con las palmas y las lágrimas ruedan como perlas engrasadas cara abajo. Tantas noches sin dormir, fantaseando con que Luca apareciera arrepentido a recuperar mi amor, imaginándolo de otro modo, otras frases, otros sentimientos... ¡Dios! Por fin ha ocurrido y no hay ni una micra de felicidad en mi alma.

Soy Lady Vinagre; tienen razón los que me llaman así.

Pasan los días. He hecho todo lo que se supone que debo hacer, he seguido el manual: me mantengo ocupada, he ido al centro comercial y me he comprado un libro, *Bellas y solas*. Bien, me identifico. Puede que no sea precisamente bella, pero sola estoy un rato, eso no hay quien lo niegue. Me apunto a un gimnasio por aquello de trabar nuevas amistades y lo único que consigo es pasar desapercibida en mi altura mínima, entre un ciento de cuerpos esbeltos y apabullantes. Uno, dos, izo la pesa arriba y abajo, concentro el tirón en mis bíceps y giro las muñecas mientras alterno los brazos. Dicen que esto te los pone duros, dicen cualquier cosa para vender. Habrá que hacer siete mil por lo menos. Uno, dos... Joder, qué aburrimiento. Ni siquiera la música me gusta.

Opto por marcharme, a fin de cuentas es mi primera semana en el gimnasio; tras veintiséis años sin pisarlo, no iré a matarme ahora. Una buena ducha y a mi casa. No me espero divisar a Abel, rubio y bronceado, tonteando como de costumbre con la chica del bar de zumos naturales. Se me detiene el corazón, ni siquiera sabía que hiciera gimnasia. Parece relajado, sonrío seguro de sí mismo, está inclinado sobre el mostrador, apoyado indolente en un brazo como un ligón de barra con mucho encanto. La zumera se ahoga en saliva, la tiene entregada.

Me acerco un poco más, de puntillas, no quiero por nada del mundo que me descubra pero necesito ver mejor los detalles: si le coge la mano, el modo en que se miran, si pudiera cazar alguna palabra... ¿Será esta medio pelirroja la novia del instituto por la que me ha dejado o ya está con otra? La curiosidad es la que mueve mis pies y me induce a esconderme tras una enorme muñeca de cartón grueso que, vestida de patinadora, trata de vendernos crema de baba de caracol. La tipa del anuncio triplica mi altura, así que no corro peligro de ser vista. Oír no oigo nada, pero el lenguaje gestual es bastante significativo: ella dobla la cara a un lado, pone ojitos, pestañea, se toca mimosa el pelo... Así que me lo invento. Debe de estar admirando sus músculos definidos bajo la ropa deportiva y el insultante azul de sus pícaros ojos. Como quien no quiere la cosa deslizará «la gran pregunta», e indagará si tiene o no novia. Salvo que la tipa en cuestión sea su

novia, propiamente dicha. Entonces me callo. Estiro el cuello, a continuación el tronco, tiro de mis piernas a ver si pillo algo más de información y, al apoyarme sobre la modelo de las babas, el colosal anuncio cae a plomo al suelo dejándome completamente al descubierto.

Giro sobre mis talones y conecto el turbo en una descocada carrera hacia los vestuarios. Temo oír su voz llamándome en cualquier momento, pero no. Igual he sido afortunada y Abel no me ha reconocido, total, chicas con una estatura de metro cincuenta y tres centímetros y el pelo corto y moreno debe haberlas a miles. No hay nada en mi espalda que me haga reconocible.

Noche de... ¿Navidad?

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Papá y yo acabábamos de cenar puré de manzanas con estofado de cerdo, en compañía de Sandra. La puñetera niña no abrió el pico en todo el rato, ojeando maleducada una revista, abierta a lo ancho sobre la mesa, pasando de nosotros y de conversar.

—¿Cómo te va en el colegio? —Papá probó suerte.

—Bien —bufó sin mirarlo siquiera.

—¿Las notas? —tuvo el valor de agregar.

—Hummm.

—No sé si tenéis exámenes ahora...

—No.

—Ah.

¡Hostias, qué guantazo con la mano abierta tenía mi hermana! El silencio cayó sobre los tres cual manta zamorana. Sandra pasaba las páginas con indolente indiferencia y mi padre la miraba de reojo, sintiéndose excluido. En cuanto acabó de cenar, la niña fue al frigorífico, se sirvió un yogur de macedonia y se encerró en su cuarto sin despedirse siquiera.

—Esta chiquilla está cada día peor, más zafia y más desconsiderada —se quejó papá con una vocecita apagada que me quebró en dos el alma.

—Su madre dice que son cosas de la edad. ¿Yo era tan gilipollas a sus años?

—Ni de coña.

Desde que convivía conmigo tantas horas se había vuelto muy mal hablado, adoraba las palabras modernas y malsonantes que un señor de su generación no debería utilizar. Lento, inició su retirada y yo, con mucho cuidado para que no me fallasen las manos, me hice con los platos para limpiar la mesa. La llave giró en la cerradura más temprano que de costumbre, pese a ser viernes. Era mamá, pero no lo parecía. Llegó rejuvenecida, estrenando vestido, con un corte de pelo moderno y el color renovado. Después de pasar por chapa y pintura, de repente ya no era más mi madre, sino una señora de las que toman el té con el meñique estirado. Venía hasta las cejas de cajas y bolsas de tiendas caras. Estaba acostumbrada a abrirle paso cuando cargaba con el trabajo para el fin de semana, pero hacerlo al regresar de una maratoniiana jornada de compras, era nuevo

para mí.

—¡Julián! —llamó desde la entrada—. ¡Julián, tienes que ver todo lo que traigo! ¡Sal!

Papá respondió algo inteligible desde su dormitorio. Mamá dispersó bolsas y cajas por todo el sofá y regresó al descansillo a dar paso a las que quedaban.

—¡Julián, que salgas te he dicho! —se impacientó.

Yo la auxiliaba con sus múltiples adquisiciones y le lancé una mirada de reproche.

—Necesita ayuda, mamá, no puede salir solo trotando, le cuesta una barbaridad moverse.

—Pues ayúdalo —repuso distraída. Sandra acudía al olor de los regalos y ya se había abalanzado contra la montaña de paquetes, revolviéndolo todo con ojos brillantes. Mamá y ella disfrutaban como si tuviesen la misma edad.

—¿Qué se cuece por aquí? —resopló papá apoyándose en mi hombro—. ¡Vaya! ¿Cuándo es que compré el boleto premiado de la lotería?

—No nos ha tocado nada —repuso mi madre sacando dos corbatas de una bolsa. Estaban cuidadosamente envueltas en papel de seda y eran llamativas a más no poder. Papá las ojeó con miedo—. He vendido las dos colecciones, tengo un montón de encargos —irradiaba entusiasmo por todos los poros de su emperifollada persona—. Seguramente tendré que contratar más gente para el taller, pero... ¿Qué más da? —se encogió de hombros con una sonrisa de oreja a oreja—. Ese era el objetivo, al fin y al cabo.

Ya hasta hablaba distinto a mi madre, con más eses, pensé.

—Mira qué maravilla de corbatas te he comprado, marido —se las alargó y desarrolló otro paquete—. Mira, Sandrita, para ti, jerséis, camisetas, dos vestidos y qué vaqueros más chulos...

Observé a papá sosteniendo las corbatas desorientado. Estaría bien preguntar cuándo y en qué ocasiones deseaba la señora que las estrenara: si una en el desayuno y otra a la hora de la cena. Mi padre no salía a la calle desde hacía siglos y si a alguien le constaba, era a su mujer. Mejor hubiera hecho comprándole unas pantuflas tiernecitas y bien calientes. Bueno, «pantufla» en singular. Lo de las corbatas pareció una broma cruel.

Quedé expectante viendo cómo mi hermana desabalaba las prendas con que la obsequiaba mi madre.

—Y esto es para ti, Manuela. —Me entregó una caja cuadrada que pesaba. Un joyero de esos con bailarina que gira al son de la música. Genial, mis joyas se reducían a dos anillos de plata y un par de brazaletes de plástico rígido—. ¿A que es una monada?

¿Monada? ¿Desde cuándo incluía esa palabra el diccionario de mi madre?

—Sí, es precioso, muy práctico —rumié. Ella no captó la ironía, estaba demasiado embebida en el disfrute de mi hermana menor.

—Veo que hemos tirado la casa por la ventana —advirtió papá con un tono que me sonó melancólico.

—Ya era hora de podernos dar algunos gustos —fue la convencida respuesta de mi madre, estirando sus modelitos para que aplaudiéramos.

No pude resistirlo, empecé a sentir mareos, arcadas contenidas a duras penas, que se sumaban al penetrante dolor en la zona baja de la espalda, las rodillas y los codos.

—Estoy muy cansada, me voy a la cama. —Me dirigí a mi padre—. Si necesitas ayuda para acostarte, dímelo, estaré en el baño.

Mi madre me miró con los brazos en jarra y, por lo visto, poco contenta.

—Mira que eres huraña, qué poca vida familiar haces, Martita. Ahora que llego yo, te acuestas.

No me quedaban fuerzas para replicar. Mejor. Me consta que hubiera sido enzarzarse en una pelea a las diez de la noche, que habría podido terminar en sangre. Además de mal, me sentí decepcionada por una madre que parecía no saber qué comprarle a su hija mediana, que le hiciese ilusión. Doña Maruja no me conocía.

Amaneció un sábado esplendoroso. Mientras observaba la calle soleada desde detrás del cristal de mi ventana, pensé que el otoño decía adiós regalándonos un manojo suelto de días extraordinarios, pero que pronto bajaría el invierno a fastidiarlo todo y puede que mis dolores arreciaran. Ya no se limitaban a los pies, las rodillas y la parte baja del cuello: alcanzaban mi cintura y los omoplatos, me recorrían como un látigo y eran cada vez más insoportables.

A la nariz me llegó el olor a pan tostado con mantequilla derretida. Me incrusté el chándal viejo de siempre y salí al salón prometiéndome a mí misma que no volvería a chocar con mi madre. Sería una buena hija que se alegraba por los éxitos ajenos, aunque a mí me trataran como a la Cenicienta. Iba dándome cuenta de que el resentimiento alojado en mi interior crecía sin permitirme pasar por alto sus comentarios mordaces con la facilidad de siempre. En algún momento, meses atrás, mamá había resuelto ocuparse de sí misma y de su carrera, liberándose de papá y del freno que cuidarlo implicaba. Yo aún estaba lo suficientemente despierta como para captarlo y darme cuenta de que, pasito a pasito, me convertía en una amargada.

Sin embargo, aquella mañana todo fueron buenas caras y cordialidad en la mesa. Que si pásame la mantequilla, que si gracias, que si de nada, que si te apetece un poco más de café, que si uy, te vas a poner cardíaco... Al acabar, mientras yo la ayudaba a recoger la mesa, ella le propuso a Sandra ir juntas a la peluquería y, luego, al almacén de telas a elegir las de la nueva colección. Explicó que equivocarse con los estampados era arriesgarse a perder «garra» en los modelos. Contuve la risa, a mi madre verdadera la habían abducido los extraterrestres y aquella mujer de mundo que se inflaba a pan con manteca sentada a la mesa no pertenecía a mi familia. Para los Robles, una garra es lo que te encuentras al final de la pata de un gato, nada que ver con los floripondios de una tela.

—Ponte medio mona, Sandrita, que igual nos invitan a almorzar —apremió.

Aquello despertó la curiosidad de mi padre.

—¿Se puede preguntar quién y qué se celebra?

—Luis y Silvia. No sé si van a anunciarme que se casan o que su padre busca asociarse conmigo en el taller —soltó una risita impertinente típica de las señoras remilgadas.

Mi padre arrugó el entrecejo. Yo, que lo conozco, sé que estaba molesto.

—Si tienen pensado casarse supongo que yo pintaré algo, ¿no? —refunfuñó inquieto por si lo dejaban aparcado en la cuneta. Mi madre volvió a reír.

—Es un decir, hombre. De todas formas, si es así, no te extrañe que lo comenten conmigo primero, ya sabes, las madres... —Le salió Sandra al encuentro con un traje azul estampado de pequeñas margaritas, precioso—. ¡Me encanta, hija! ¡Pero qué guapísima te has puesto! Anda, date prisa, que tenemos mucho que hacer y la mañana vuela.

—Pero si se casan... —seguía papá erre que erre. Su insistencia exasperó a mi madre, que se volvió de sopetón desde el pasillo, con la cara desencajada y un mugido.

—¡Basta ya, Julián! Nada va a impedirte que te vistas de pingüino si tanta ilusión te hace, ni siquiera la silla de ruedas. Pierde cuidado, que si los niños se casan, se hará una pedida de mano como Dios manda. Así que ve ahorrando para el reloj de Luisito —recitó todo seguido y sin respirar.

Mi padre se quedó mudo y con los ojos desorbitados ante la perspectiva, mientras las reinas de la casa se esfumaban tan contentas.

Avances mojados en lluvia

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Como siempre después de una bronca, yo heredaba la ardua tarea de sacarlo del pozo. Cada vez resultaba más sencillo hundirlo y más trabajoso izarlo. Para lograrlo, mentía. Mis embustes empezaban cogiendo carrerilla y no había Cristo que los parase.

—No recuerdo si te dije que han encargado la biografía de Napoleón, expresamente para ti. Mientras llega te propongo un juego. Te leeré este en voz alta, me lo ha recomendado el gerente de la biblioteca en persona, un chico muy culto. —Ya estaba yo alardeando, colocándole a Luca títulos que ni sabía si ostentaba.

—Me vas a leer —confirmó papá lentamente y con mala cara.

—Sí. ¿No te gusta la idea? —me desinflé un poco.

—No, niña, lee, lee si eso te hace feliz. Pero no te prometo nada.

Preferí no seguir indagando. Tampoco hizo falta, lo descubrí enseguida: acunado por la melodía de mi voz, papá se puso a roncar como un mamut. Yo, sin embargo, tardé en darme cuenta, porque la lectura sugerida por Luca me había absorbido y transportado a un universo paralelo. Creo que era la primera vez que conseguía leer del tirón y con ese interés más de dos páginas, en algo sin dibujos. Pero allí estaba, conteniendo el aliento y solo cuando papá rugió y se despertó él mismo, miré de refilón el reloj y me sobresalté. A papá, el sueñecito le había regado las mejillas de rojo.

—Las tres de la tarde y no he preparado nada de comer... ¿Hace un par de huevos fritos con arroz de anoche? Es lo más rápido.

—Por mí, estupendo pero que no se entere tu madre, que se pone como una fiera con lo del colesterol...

Me marché a la cocina con mi libro y puse la sartén al fuego sin detenerme. Añadí el aceite sin dejar de leer y lo oí chisporrotear de pura chiripa. Casqué un par de huevos y corté dos tomates a mezclar con una lata de atún. Todo bien aliñado y acompañado de pan crujiente de la panadería del barrio. Se lo puse por delante a papá y me enrosqué en el sofá, intrigadísima por la historia y por averiguar quién era el verdadero padre de Amy.

—¿Tú no comes?

—He picado algo en la cocina —respondí abstraída.

—Vaya, debe de ser muy interesante eso que lees, te la vas a acabar hoy mismo y te he visto poner la lavadora con la novela en la mano —se admiró papá con la boca llena.

—No lo sabes tú bien. Como las telenovelas que vemos, pero en palabras. Tú le pones a la gente la cara que quieres y te imaginas un montón de cosas más, es apasionante.

—Supongo que ahora me comprendes mejor cuando te digo que me gusta leer biografías —sonrió satisfecho.

—Bueno, los hombres famosos ya tienen cara, no les puedo inventar otras nuevas —fue mi comentario. Y del sofá me mudé al baño en cuanto mi padre conectó la tele.

Sentada en la taza del váter cerrado, con las rodillas flexionadas, me sentí la reina del mambo. Silencio sepulcral alrededor, papá entretenido sin necesitarme, las tareas domésticas bajo control, nada que se achicharrase en el horno y la mejor historia del mundo entre las manos. Por un par de horas fui feliz como una perdiz. Todo lo que me había perdido por no leer novelas... No daba crédito.

Pero no iban a permitir los astros que aquello durase eternamente, no. Mi hermana Sandra brotó de no sé dónde, como las setas con la humedad, y empezó a aporrear la puerta y a protestar. Salté de mi sitio como un tapón y abrí con tal fuerza, que estuve a punto de arrancarla de sus goznes.

—¿A qué viene tanto escándalo? ¿No estabas comiendo fuera? —espeté con el abrupto deseo de quemarla a lo bonzo.

—Son las siete de la tarde, nos ha dado tiempo a recorrer Madrid —me recolocó Sandrita con su impertinencia de siempre. Reparé en su pelo rubio planchado. Era verdad lo que decía mamá, estaba muy mona.

—Ah, vale. —Cerré el libro con todo el dolor de mi corazón y le permití el paso.

—No le has preparado la merienda a tu padre. —Ahora era mi madre la que estallaba—. ¡Anda que se te puede dejar a ti a cargo de una casa, con lo mayorcita que eres...!

—Maruja, yo no le he dicho que tuviera hambre... —salió él en mi defensa.

—Eso es lo de menos —lo cortó seca—, tú tienes tus horas de comer y se respetan. Son sagradas. —Noté que papá pretendía abrir de nuevo la boca—. Que son sagradas te digo, Julián, que alimentarse bien es muy importante en casos como el tuyo.

Me escabullí a mi dormitorio antes de que tocara preguntarme qué le había dado de almorzar y salieran a relucir los huevos con su correspondiente colesterol. Oí decir a papá no sé qué de un brócoli cocido. Menudo asco nos da, huele a pedo.

Se estaba contagiando, ya era un avezado mentirosillo.

Menos mal que el domingo se pasó en un soplo; quizá tuviera algo que ver que todo el mundo se marchara a pasear, papá y su silla de ruedas incluidos en el lote, y me quedara completamente a mis anchas en una casa que hasta me pareció espaciosa. Mi madre había salido por la puerta sin dejar de quejarse, discutiendo con mi padre el hecho de que yo fuese un hurón que huía del sol. En los escasos descansos que me proporcioné, fantaseaba con lo que pasaría al día siguiente, lunes,

cuando me pasara por la biblioteca con la oportuna excusa de cambiar el libro.

—¿Llegó la biografía del general francés? —Él me la entregaría sin apartar sus ojos de cielo de mi persona. Yo mantendría el aplomo, no temblaría y aletearía mis pestañas, más espesas que el bosque de Caperucita—. Qué bueno, no sabes cómo te lo va a agradecer papá. —«Papá» pronunciado con la boca hueca, como si tuviera un albaricoque dentro. Y, nuevamente, Luca me acompañaría abriendo paso entre las estanterías, seleccionando libros especiales para su chica especial y luego... me invitaría a tomar café.

Pegué un brinco. ¿Qué demonios iba a ponerme? Mi deprimido guardarropa no daba para mucho: un par de vaqueros, unas cuantas camisetas desteñidas y otras tantas camisas. Nada extraordinario. Quizá mi blusa blanca y mis vaqueros, el brazalete de plástico imitación madera y el colgante de plata con una mariposa que papá me había regalado hacía cien años. Lo colgué todo cuidadosamente en una percha, incluidos los abalorios, y me recreé un par de minutos. Yo también iría mona a visitar a mi chico.

El lunes, el otoño pegó un taconazo en el suelo y, a continuación, un zapateado completo. De repente llovía a cántaros. Preparé la bandeja del desayuno de papá mirando a través de la ventana con preocupación. ¿Cómo interpretaría Luca mi visita en un día de perros como aquel? ¿Impaciencia? ¿Estupidez? ¿Ansia viva por verle? Ciertamente era que me había bebido la novela, pero no estaba el clima como para ir corriendo a por otra, pensaría que era una ociosa que no tenía nada mejor que hacer, un lunes a media mañana. O admiraría mi desafortunado amor por los libros y mi sacrificio... A saber. La cabeza se me llenó de humo y no atendí a lo que mi padre me estaba diciendo.

—*Jiuston, Jiuston* a base lunar... Hoooooola... —bromeaba. Sacudí la cabeza con energía.

—Lo siento, la base lunar se ha salido de la galaxia por un instante.

—Ya veo, Martita... Decía que no olvides a Napoleón.

—Oh, no, claro que no. —¿Cómo iba a hacerlo si era mi excusa prioritaria?—. Salgo en un rato y espero venir con él de vuelta.

Al amparo del paraguas negro y deteriorado de mi padre, el único que encontré en el paragüero, crucé las empapadas aceras que me separaban del edificio de la fundación, con el corazón pulsando tan fuerte que me levantaba la tela de la camisa. ¿No había transcurrido una eternidad desde el viernes, cuando vi a Luca por última vez? Entonces no recordaba estar tan atacada de los nervios. El histerismo había ido creciendo conforme me desgastaba el fin de semana. La ilusión de encontrarme al bibliotecario tocado por la mano de los ángeles, acaparar una pizca de su atención, era todo cuanto tenía. Lo encontré en su puesto, rodeado de fichas y libros apilados. Cuando me vio sonrió y, a pesar del día horripilante y los nubarrones negros, para mí se abrió un claro en el cielo y el sol inundó la sala. Sacudí vigorosamente el paraguas y lo deposité en una papelera vacía. Me miró directamente a los ojos y no pude soportarlo.

—¿Libro nuevo?

Asentí sin hablar porque me ardían las mejillas y quería rodearme de un halo de misterio, como la heroína de la novela.

—He de reconocer que eres una ávida lectora, a este paso vas a acabar con toda la reserva de las estanterías.

Se estaba metiendo conmigo, tuve que defenderme de su sutil toque irónico.

—Este sí me lo he leído, te lo prometo. En realidad, no pude alejarme de él ni un segundo, hasta he cocinado sosteniéndolo en las manos, era apasionante.

—¿No me engañas? —Entornó los párpados.

—Tienes mi palabra.

—¿Aprobarías un interrogatorio de la trama y los personajes?

—Prueba si eres valiente. —Terminamos los dos riendo.

—Es lo que tienen las novelas de intriga, te enganchan y ya no te sueltan. —Me guiñó un ojo. Encantador y pícaro. Y había utilizado una curiosa combinación de palabras: enganchar y no soltar. Algo quería insinuarme, fijo.

—Quiero otra del mismo género —rogué— y la biografía...

—De Napoleón para tu padre —terminó él encaminándose a las estanterías—. Lo sé, lo recuerdo muy bien.

No se me ocurrió pensar que, simplemente, tuviese buena memoria para los encargos, no. A mi mente retorcida le dio por deducir que tenía particular empeño en agradarme y en satisfacer las necesidades de papá, su futuro suegro. No permitiría ninguna sombra tenebrosa interpuesta en mi celestial cuadro, fastidiándomelo. Luca extrajo un librito de un rincón medio escondido.

—Ha costado encontrarla, no creas —lo sostuvo entre las manos—. El propósito de la fundación es difundir el hábito de lectura entre los jóvenes, motivo por el cual, dan preferencia a la novela de aventura, el misterio, la romántica, todo lo que te puedas imaginar, pero que entretenga. Los jóvenes no suelen interesarse mucho por los héroes militares del pasado.

—¿Ni tratándose de Napoleón? —dudé chistosa.

—Ni por esas —reafirmó él mostrándome sus preciosos dientes. Nos intercambiamos el libro. Al devolverle *La sombra al final de la calle*, lo dejé ir casi con nostalgia.

—Me ha encantado, de verdad, me ha gustado una barbaridad —insistí echándole una última mirada ñoña a la sugerente portada.

—Te ha sorprendido, no imaginabas que pudiera hacerte volar —analizó mirándome fijamente. ¡Sí, eso era precisamente lo que había sentido! ¿Cómo podía saberlo con tanta seguridad si no es que estábamos hechos el uno para el otro? Durante un momento angustioso, parecí no controlar las ganas de abrazarlo, de abalanzarme a lo bestia y gritar que sería mío, hasta que se me viesen los empastes de las muelas, pero superado el instante de locura, volví a ser la caricatura de una jovencita tímida, sin experiencia con los chicos.

—Me dejas con la boca abierta. Ha sido justo así. —Levanté las cejas.

—Bien. Aquí va otro. —Me facilitó un ejemplar algo más grueso con las tapas color vino y la

fotografía desenfocada de una farola en la noche, que me recordó al cartel de cine del exorcista.

—No será de miedo —comenté con aprensión.

—Intriga policiaca con un punto de romance, te gustará. —Inició, una vez más, su retorno al mostrador—. Espero que te lo tomes con más tranquilidad. En cualquier caso, creo que hemos conquistado una nueva lectora y eso siempre es digno de celebrar.

—¿Tanto se me notaba? —me encogí de vergüenza.

—¿Que habías leído poco o nada? —hizo un mohín cómico—. ¡Bah!, poca cosa, por los pelos...

Reímos acompasadamente como dos colegas que se conocen desde hace tiempo. Volvió a retumbarme en la cabeza la palabra «celebración». Podría haberme propuesto una cita, ya que había que celebrar algo tan importante como mi matrimonio con el mundo de las letras. *Venga, proponme tomar algo, no te costará nada, pienso aceptar enseguida*. Pero no. No tuve más remedio que rescatar mi viejo paraguas y despedirme. Entre nosotros todo marchaba tan lento que me desesperaba. ¿Cuándo venían los besos?

—Vaya día —me quejé tratando de alargar el adiós. Luca ya revisaba unos catálogos y me miró con pinta de despistado.

—¿Cómo dices?

—Que vaya día, cómo llueve —repetí algo incómoda.

—No te quejes. Imagina lo que es el otoño en el norte de Italia. —Y volvió a dejarme KO con una de esas sonrisas descaradas de las suyas.

Salí tambaleándome a la calle bajo una cortina de agua que mojaba sin compasión mis zapatos. Luca me sonreía mucho, todo el tiempo, demasiado. Y para entregar y recibir libros, no era requisito indispensable tener siempre la boca estirada, ¿verdad? Si lo hacía sin que nadie, ni tampoco el cargo le obligase, estaba claro que había una razón. Raspando muy por encima, yo le caía bien. Digamos que habíamos conectado. Y cuando me pilló en la mentirijilla con lo del perro... Eso tuvo su gracia. Seguro que no estaba acostumbrado a la gente chistosa, porque él era del Norte y los del Norte de cualquier país son muy suyos, y yo si algo tenía, era naturalidad. Puede que hasta le pareciera mona. Él era un muñeco. Yo no era ninguna muñeca pero, aun así, no hacíamos mala pareja.

Mierda, jugaba a hacerme trampas a mí misma. Lo cierto es que no pasábamos de la amabilidad y el intercambio de libros, todo muy cordial pero nada caliente. ¿Qué explicaba aquella falta de avances? La bombilla se me encendió en mitad de un charco: ¡Luca era un tímido! No un tímido normal, ni un tímido a secas, no. Era un gran tímido con mayúsculas. Esa era la razón de que aún no me hubiese propuesto nada. El pobre hacía lo que podía, lanzaba anzuelos constantemente, empleando palabras con un segundo significado oculto: «celebraciones», «conquista»... ¿¡Cómo había podido estar tan ciega!? Él intentándolo y yo, haciéndome la dura. Si no era un pelín más transparente, mi chico no podría adivinarme. Me abofeteé la frente con la palma abierta.

Sí, queridos recuerdos, estaban las ingenuas y luego estaba yo, que inauguraba una categoría

especial de imbéciles.

Juré que la próxima vez lo enmendaría, tomaría la iniciativa si hacía falta. Tonta, tonta, me repetí hasta que llegué a mi casa, a provocarle a mi padre la alegría del mes, con el dichoso libro de Napoleón. Se lanzó directo a sus páginas y a mí me dejó con el suficiente tiempo libre como para maquinarse mi plan. Estaba verde en lo que a chicos se refería. Necesitaba una entrevista-cura urgente con Jo.

¿Quién es «esa»?

Esa noche me da por hacer tortitas, embadurnarlas con mermelada de fresa y zampar hasta reventar a ritmo de las viejas canciones de U2. Mi móvil ladra cuando más dichosa soy, chupándome los dedos, volviendo a la infancia despreocupada que jamás conocí. Descuelgo a regañadientes y solo porque se trata de Joanna.

—¡Aleluya! ¡Ya era hora! —ruge—. ¿Se puede saber a qué juegas? ¿Sabes que llevas casi veinte días sin cogerme el teléfono?

Tiene razón, es verdad, no se lo he cogido. Porque no me ha dado la gana.

—He estado muy ocupada —gruño con aspereza.

—¡No me vengas con cuentos, Marta! Ya has estado «muy ocupada» otras veces y nunca fue obstáculo para hablar. Precisamente, a partir del día en que huiste escopetada del Vips y nos dejaste plantadas a Miriam y a mí. ¿Casualidad u otra cosa?

No me puedo contener y exploto también.

—¿A quién se le ocurre ir a consolarme con esa pegada a la falda?

—¿Esa? ¿Ahora de repente resulta que tu superamiga especial de la que he llegado a sentir celos es «esa»? Marta, ¿qué coño se cuece y yo ignoro? ¿Qué se interpone entre Miriam y tú? —De súbito, su sermón se corta, oigo cómo aspira una bocanada de aire, baja la voz—. ¡Oh, claro! ¿Cómo he podido estar tan ciega? Luca.

—Luca. El guapísimo e irresistible italiano —canturreo sin despejar sus dudas. Joanna resopla sonora.

—Te sigue interesando.

—Puede.

—Pero ¿y Abel?

—Ese también.

A través de la línea me llega una especie de gorgoteo. Espero que no se esté ahogando de un berrinche, porque comprendo que no soy, lo que se dice, muy entendible.

—¿Te importaría mucho aclararte? Básicamente para saber a qué atenerme; me estás volviendo loca con tus líos sentimentales.

—Es que no te he pedido que te conviertas en mi profesora, por mí puedes dedicar tu valioso tiempo libre a lo que se te antoje. Y tampoco hace falta que me seques las lágrimas con la rubia rizada al lado. Podéis ir juntas a... no sé, jugar a vóley playa, que está muy de moda.

—¡Mira que es difícil aguantarte a veces, valiente carácter estás echando, hija!

—Sí, ya lo sé, cada vez peor, nunca lo he tenido bueno y voy para vieja, mi madre me lo recuerda cada vez que hablamos. La mujer, que se preocupa —agrego con el mayor sarcasmo—. Te voy a dejar, Jo, se me queman las tortas.

Nace un pequeño vacío silencioso, cosa rara entre dos cotorras como nosotras.

—Oye, ¿estás bien?

No, claro que no. ¿Acaso no me escuchas? Hablo como una puta desquiciada.

—Requetebién. Hoy hasta he visto a Abel en el gimnasio y está más bueno que nunca —comento recuperando la compostura y el temple en el tono—. ¿Sabes si la tía por la que me dejó es pelirroja?

—No, morena con el pelo corto, muy parecida a ti. Al menos así era cuando los vi en... Bueno, da igual. ¿Os habéis saludado?

—No, qué va, ni me ha visto. —Cruzo los dedos por ver si se cumple.

—¿Volverías con él si te lo pidiese?

Aprieto los labios. Me lo tendría que pensar mucho.

—A ver, folla de vicio y todo eso, y me jodió que me plantase, pero más me fastidia estar sola. *A priori*, no sé qué contestarte.

—¿Y dónde quedan tus sentimientos por Luca? —Su tono de voz es ahora menos enérgico. Suspiro.

—¿Dónde quieres que queden?

—Erais muy amigos, deberías al menos salvar...

—No hay nada que salvar, Jo, nada que no sea una preciosa amistad que a mí me quema. Sé que debería conformarme con eso, que algo es algo y lo otro sería nada, pero a ratos no puedo soportarlo.

—Marta, tía, debes de estar sufriendo una barbaridad.

—Humor negro aparte, si resulta que está enamorado de Miriam, enamorado de verdad, tendré que aceptarlo, pero te juro que será el último clavo en mi ataúd.

—Cuando te pones siniestra te mataría. ¿Cuántas veces te he dicho que no mientas a los muertos? Además, ¿qué queda por comprobar? Se han ido a vivir juntos.

—Créeme, las cosas no siempre son lo que parecen.

—Pero...

No la dejo rematar. Las ideas giran a toda velocidad dentro de mi cráneo. ¿No buscaba confesiones? Pues aquí van unas pocas.

—Ahí no queda el desastre, tengo la otra cara de la moneda, quiero demasiado a Luca como para castigarlo con una novia como yo, que vengo defectuosa de fábrica, mi garantía puede que esté a punto de caducar. Prefiero enamorar a Abel, a ese le doleré menos...

Ahora es ella la que interrumpe. Más bien, su alarido de burra parturienta que me obliga a separar el móvil de la oreja.

—¿A que te cuelgo?

—Mira, si piensas dejarme sorda, casi te lo agradezco, cordera. Solo estaba abriéndote el jodido corazón, si no quieres saber... no preguntes.

No desembuchar sienta mal. Todas las emociones reprimidas, todo lo que faltaba y no permití que aflorase mientras hablé con Jo, brota hoy como una fuente y me obliga a concertar una cita urgente por Skype con Gaby, que me entiende como nadie. Hasta no hace mucho, era Luca el que mejor comprendía mis «neuras». Ahora mi mundo está vuelto del revés, a todo primo le ha dado por juzgar mis motivos y solo me queda mi dulce gay desde París.

Lo raro es que me da largas y, cuando llamo, no responde.

De camino a casa, paro en el cementerio. Visito la tumba de papá casi todas las semanas, le traigo flores frescas, me alienta ver otros ramos igualmente vivos, prueba latente de que mamá y mis hermanas tampoco lo olvidan. Me calzo los auriculares y echo la música de mi teléfono a caminar. Ha vuelto *Almost Lover*, la canción que todos tachan de deprimente y a mí me contagia vida. Con papá puedo compartirla, él nos entiende; la melodía y su extraña hija forman un excéntrico paquete. Los demás siempre se quedan fuera.

—Papá, debí venir mucho antes, a contarte que me moría. Pero se me paralizaron las piernas y desplazarme a cualquier sitio sin ayuda era... ya sabes, un esfuerzo de dimensiones faraónicas. Espero que me hayas perdonado ahora que estoy mejor. ¿Quién iba a saber que el gluten era tan malo? Con la de tartas que tú y yo nos hemos metido entre pecho y espalda... Creo que tardaré algo más de lo previsto en acompañarte, pero no dejes de esperarme porque el día menos pensado... Jo no quiere que hable de «la posibilidad», pero la posibilidad existe y yo tengo pocas razones para querer quedarme. Sigo enamorada del bibliotecario. Si vieras lo guapo que está... Ya sé que a ti, detalles como ese te traen al paio, pero... se me cae la baba cuando lo miro. En fin, tiene novia. Una chica sana y preciosa que no le hará llorar por las noches. Mejor así, ¿no te parece? La vida del cuidador es dura, tú y yo lo sabemos. Papá..., lo siento.

Me cuesta despedirme y para cuando alcanzo mi portal, me topo con Gaby en carne y hueso. Aunque el halo de melancolía que me envuelve como un velo de viuda no se ha deshecho del todo, doy dos saltos de alegría.

—¿Qué haces aquí? Pero... ¿cuándo has venido?

En lugar de responder, me abre los brazos y permite que me refugie en ellos. Me acuna y me frota la espalda. Todo su olor a flores orientales me envuelve.

—Cuando me he dado cuenta de que mi mejor amiga me necesita.

—¿Desde París... solo para verme? —Coño, estoy tan emocionada que voy a echarme a llorar.

—Y para abrazarte, repámpanos, no simplifiques las cosas. Traigo un hambre de fiera, las comidas de los aviones no son comida, y los aeropuertos, caros de morir. ¿Algún bareto exótico por el barrio?

—Ya que he viajado para opinar, opinaré: te noto un pelín insociable, querida —me reprende al

cabo de un rato, mientras esperamos a que nuestra comida aterrice en la mesa—. Trabajo, trabajo, trabajo. No sales, no participas en los planes del grupo de amigos... ¿Acaso te estás volviendo una adicta al despacho?

—Todos corréis mucho a la hora de regañarme y nadie parece recordar que tengo una salud delicada que no me deja arrimarme a los cubatas, y que me estoy sacando una carrera casi por libre. Estoy de exámenes, tengo mucho que estudiar —me escudo.

—Puede que sea eso, no te digo que no, pero hasta los más empollones desconectan de cuando en cuando, ya sabes. —Estira su brazo regordete y me coge la mano. La suya es cálida, suave y huele de maravilla, a polvos de talco de bebé—. Somos amigos desde hace mucho, vuelvo a París en apenas día y medio, y preferiría llevarme la calma de tu estabilidad. Soy un poco como el padre neurótico que no duerme si sus hijitos no están bien colocados, casados, con un trabajo decente y algunos ahorros en la cartilla.

—Qué antiguo —me burlo, aunque lo cierto es que me entenece su desvelo—, no cuentes con que me case, no lo haré nunca.

—Yo, en cambio, espero tener una ceremonia inolvidable con Maurice, mi hombretón de Greenpeace, cuanto antes. —Suspira soñador y se concentra en cortar su solomillo con exquisitos modales.

—Como te olvides de invitarme, te juro que te saboteo el bodorrio —lo amenazo antes de ocuparme también de alimentar el cuerpo. El discurso aterciopelado de Gaby, aunque incluya un rosario de directrices, ejerce un inigualable efecto terapéutico en mí. Ya estoy más serena.

Salimos a la calle enredados por el brazo. Lleva un buen rato contándome las guarrerías que su novio se inventa para distraerlo en la cama y lo cierto es que no tienen desperdicio. Aunque a Gaby se le notó la pluma ya desde chiquito, hay ciertas situaciones en que imaginarlo se me resiste. Y entonces, en mitad de una historia de lo más escabrosa, nos cruzamos con Abel, que avanza de frente por la misma acera. Maldita sea mi suerte morena.

Gaby tira de mi brazo en dirección a la calzada. Yo miro a uno y otro lado, alarmada por su intención de cruzar a lo suicida.

—¡Vamos, ven! —me azuza.

—¡Marta! ¡Marta, espera! —es Abel quien me llama. Lo miro, pero Gaby no me da tregua.

—¡Ni lo mires, no le hagas caso, no le hables! ¡No-res-pon-das! —me chilla con voz de rata.

Pero yo no estoy convencida de no querer, y me resisto a su arrastre.

—Pero Gaby...

—¡Marta! ¡Marta, escucha! —Las largas piernas de Abel lo traen en un par de zancadas y me agarra el otro brazo. Por un segundo, cada hombre tira de mis extremidades en sentido opuesto.

—¡Suéltala ahora mismo! ¡Abusador! —Gaby le propina una patada en las espinillas—. ¿A que llamo a la policía? ¡Policíaaaaaa!

—¡Calla, Gaby, por Dios! ¡Valiente numerito! —me abochorno.

—Vas a concederme un minuto —me ordena Abel acalorado—, uno solo, pero vas a hacerlo.

—¡Déjala en paz! —aúlla mi amigo tirando nuevamente de mi brazo. Como siga, va a desencajarme el hombro—. ¿No le has hecho ya bastante daño?

Logro zafarme de los cepos que ambos me lanzan, y doy un taconazo en el suelo.

—¡Basta ya! —Miro a Abel con las mandíbulas apretadas—. Tienes sesenta segundos y ni uno más.

—Vamos a una cafetería —pide. Gaby lanza un grito de indignación.

—¡Ah! Ya estamos cambiando las condiciones. ¡Pues voy con vosotros! —Engancha mi codo y me empuja, pegado como una lapa—. No pienso dejarte sola y desvalida ante este monstruo de la manipulación, del sexo morboso y del...

—Vamos a por ese café —resoplo. A veces, incluso con mis histerias, soy la única sensata de todos mis amigos.

Explicaciones que no sé si necesito

Esto parece un tribunal. Es gracioso y hasta halagador ver los pucheros de Abel, que juega con la cucharilla sin decidirse a probar de su taza, mientras trata de convencerme para que le dé una oportunidad. Quiero dársela, oh, sí, claro que quiero, deseo con toda mi alma dejar de ser la chica solitaria que se escurre fuera de las reuniones. Sin embargo, Gaby no me permite meter baza y mira que lo intento.

—¿Y cómo sabemos que te la mereces? La oportunidad, digo.

Cuando estoy a punto de decirle que no se entrometa, Abel parpadea aturdido, lo mira, me mira a mí y sé que está pidiendo permiso.

—Fui todo lo sincero que pude.

—¿Confesando que te tirabas a otra? —vuelve a adelantarse Gaby rabioso. Le hago una seña frenética para que pare.

—¿Confesando que te tirabas a otra? —digo a mi vez, con una amargura que hace temblar mi voz.

—Tenía que intentarlo con ella, ver si funcionaba. Hubiese sido desleal seguir fingiendo una relación contigo y guardar esa antigua espina, ahí, incordiando.

—Hum —grazna Gaby con sus delgados labios apretados.

—Pude jugar con las dos hasta decidir con tranquilidad —prosigue Abel entregado a su alegato —, ni te habrías enterado.

—La verdad es que pudo —opina Gaby con un índice estirado. Lo fulmino con la mirada.

—Lo cierto es que sería genial poder discutir esto con cierta privacidad —protesto airada.

—Ni lo sueñes. De aquí no me muevo. Ya me lo agradecerás luego —se apalanca mi amigo.

—No puedes castigarme por ser honesto —hipa Abel como un niño pequeño.

—La verdad es que no puedes —confirma Gaby con el gesto mucho menos tenso.

—Eso ya lo he oído antes y no cambia las cosas. —Me cruzo de brazos, me reafirmo en mi trinchera. Sigue suplicando y se me humedecen las bragas. Cuanto más se arrastre, más implacable seré, pero me pone burraca verlo tan deshecho.

—Marta, si piensas que te he engañado todo el tiempo, te equivocas.

—¿Se equivoca? —lo reta Gaby con un ramalazo de cólera. Veo encajarse las mandíbulas de Abel y marcarse sus músculos. Está a puntito de estallar.

En tres, dos, uno...

—¡Coño, Gaby! ¿Sería mucho pedir que te metieras en tus cosas y dejaras de incordiar? Esto es

asunto de Marta y mío, no pintas nada aquí, no necesita que la aconsejen.

Gaby enmudece tras la regañina. Abel vuelve a centrar su atención, me atrapa la mano, respira con dificultad. Si no estuviera tan irritada, me daría la risa; qué patético después de todo.

—Me gustaste desde que te vi, quería salir contigo y conocerte mejor, de verdad que es lo que quería. Y no negarás que lo has pasado muy bien, he sido el perfecto caballero, hemos sido pareja a ojos de todo el mundo. ¡No me he escondido de nadie! Tampoco sospeché en ningún momento que Natalia volvería a aparecer.

Ah, se llama Natalia. Qué nombre tan bonito. Levanto la barbilla digna y ofendida.

—Y si tengo esa historia pendiente en mi pasado, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Renunciar a probar todos los «y si...»? Esa incertidumbre, esa pregunta eterna sin respuesta se habría cargado lo nuestro.

—Desde cierto punto de vista, tiene razón el chico —interviene Gaby con suavidad. Abel intercambia con él un mohín de complicidad que se supone que yo no debo ver. Pero lo veo.

—A ti lo que te pasa es que pretendes subirte a todos los trenes y, al mismo tiempo, no se puede —gruño.

—No ha funcionado. Estabas tú, Marta, todo el tiempo en mi cabeza —se da golpecitos con los nudillos en las sienes—, aquí, bien metida y sin salir. Me alegré de comprobar que lo de Natalia era agua pasada y que tú eres mi futuro.

—¡Oh, qué bonito! —Gaby ahoga una afectada exclamación de congoja—. ¡Qué romántico! Y qué verdad... Marta, cariño, eso que dice tiene mucho sentido.

—Oye lo que te aconseja tu amigo —sonríe Abel, al sentirse nuevamente apoyado.

Ya está bien.

—Acabas de llamarlo «cotilla» y has dicho que no necesito consejos. Después, que lo atienda —bramo—. ¿Te quieres aclarar de una puñetera vez? —Me pongo en pie de un salto, dispuesta a protagonizar una salida apoteósica—. No tengo más ganas de seguir escuchando tus justificaciones, Abel. Hasta aquí hemos llegado, me voy a mi casa.

Mientras recojo el bolso y el abrigo con toda la parsimonia, él se levanta y trata de sujetarme por el codo. Me lo sacudo con el mismo tirón que le dedicaría a una mosca cojonera.

—¡Que me sueltes! —exijo—. ¡Qué buen pico tienes, hijo, qué capacidad de convicción! Míralo —señalo a Gaby con el mentón—, lo tienes a tus pies. Por fortuna a mí no me has convencido.

—¿Ni un poco? —aventura. Su cara crispada, su mal rato, la energía inmensa que invierte en humillarse, me divierten.

—Ni una micra, por más que tu defensor me susurre cosas al oído —acuso a Gaby muy seria—. Se siente.

Me evaporo cual vendaval de primavera y lo dejo comiéndose los mocos con mi amigo, experto en consuelo exprés. Hasta ahora no se conocían demasiado, de vista y de coincidir algún fin de semana con el grupo mientras el parisino estuvo en Madrid. Verás cómo terminan íntimos. Gaby es

todo corazón, yo no, pero pienso en cada una de las razones que me ha dado Abel, y no las veo tan descabelladas. Él no es el único con heridas del pasado abiertas y sangrantes, ni con pecados por callar.

Lo hago sufrir una semana y media. Como un perro callejero. Se lo merece por haberme roto el corazón, por todo lo que he llorado, por los tres kilos de sobrepeso que me ha granjeado su espantada. Abel me llama, me envía flores, poemas insulsos, me deja promesas de amor grabadas en el contestador. No me ablando. Lo obligo a que me jure una y otra vez que, durante todo el tiempo que estuvo con la tal Natalia, fue a mí a quien amaba y a quien tenía en la retina mientras le hacía el amor; que nuestro sexo es lo mejor que ha conocido. Accede a todas mis exigencias y tiñe sus actos de tal servilismo que no parece el mismo Abel de siempre. Esos aires de chulito se han apaciguado y ahora es solícito y dulce. Anda más caliente que los palos de un churrero, eso sí, y no le permito que me toque un pelo, hasta que decido que ya ha tenido bastante, y nos pegamos un revolcón de ven aquí y no te menees.

Entramos en su casa y, nada más empujar la puerta para que se cierre, lanza las llaves sobre la consola del recibidor y me atrapa por la espalda. Uno de sus brazos rodea mi cintura y me separa del suelo. El otro se cuela por entre los botones de mi blusa y hurga bajo el encaje de mi sujetador. En cuanto encuentra lo que busca, juguetea y pellizca. No solo mis pezones lo agradecen. Yo emito un largo suspiro de placer que lo anima a continuar. Me gusta estar así, con su pecho pegado a mi espalda, su erección clavándose en la parte alta de mi trasero, frotándose porque necesita sentirme cerca. Abel me protege, es maravillosa esa sensación que me permite relajarme y pensar en mí, solo en mí para variar. Mientras le doy vueltas a la idea, él ya me ha despojado de la camisa y sus manos se deslizan, suaves, hasta mi estómago.

—Te he echado de menos, pequeña. —Su lengua describe círculos a lo largo de mi cuello. Mi piel se eriza, el deseo llega para quedarse.

Giro entre sus brazos y me entrego febril a mi tarea favorita. Desnudarle como él me desnuda a mí. Ya estoy en ropa interior y tacones, a Abel le pone que no me los quite. Me ha suplicado un millón de veces que use medias de esas que se te enredan en el primer tercio de muslo y dejan una porción de carne sabrosa a la vista, pero me temo que tanta sensualidad me supera. Lo bueno de mi chico es que sabe conformarse con lo que le doy. Tiene el pecho esculpido, los pectorales amplios, con el volumen justo, y una suave capa de vello que contrasta con su piel bronceada. Se saca los pantalones de un salto habilidoso, deja que me enrosque en su cintura sin dejar de besarnos, y me conduce al dormitorio.

—Dime que la cama no es lo mismo si no estás conmigo —murmuro entre jadeos. Esas manos que recorren mi escote y se entretienen en mis pechos me están volviendo loca. Con mis pezones podrían cortarse diamantes de sangre sudafricanos.

—Nada es lo mismo si no es contigo —afirma ronco—, ni el sexo, ni una discusión siquiera. Cada vez que me miras de reojo tengo la impresión de que me retas y te juro que, cuando ocurre,

te follaría contra la pared allí donde te pillase.

Me da un mordisco y yo grito entre risas.

—¿Incluso en público?

—Más con público. Así verían la clase de tesoro que tengo.

Es muy placentero escuchar cosas así. Podría acostumbrarme a ser princesa, Abel, a su modo, me venera y es muy tentador. Calculé que con él estaría a salvo de enamorarme sin tener en cuenta el fenómeno «enganche». Algo ambiguo pero potente me vincula a Abel. Y no solo en el terreno sexual. Me suelta un último beso distraído en los labios y gira sobre su eje, encima de mí. Ahora tengo su voluminoso pene cerca de la boca y, por ahí abajo, sus dedos separan mis pliegues húmedos.

—¡Oh, sí!

Me encanta cómo lo hace. Me saborea igual que a un pastel, con lametones lentos, dados a propósito para lanzarme a una espiral de deseo apenas controlable, sin vuelta atrás. Noto cómo todo en mí se expande, se tensa, la sangre fluye a borbotones, no solo a mis mejillas, a mis pechos; mis labios se inflaman, mi clítoris tiembla. Entreabro la boca y succiono fuerte la punta de su miembro, mientras con las dos manos sujeto el tronco. Conforme el orgasmo, inminente ya, se cuece a fuego lento entre mis piernas, acelero mis caricias, las vuelvo más osadas. Combino juegos de mano con lengua y chupetones. Lo oigo gemir y es muy fácil apreciar el flujo de sus palpitaciones. Está a punto de caramelo. Igual que yo.

En ese instante, suspendo el movimiento de mi lengua, alzo al techo las caderas y las rodillas se me separan solas. La presión arremolinada en mi estómago estalla y se transforma en un cohete veloz que asciende sin freno hacia el clímax. Grito sin importarme quién pueda oírme. El placer me marea. Sin tiempo para reponerme, Abel cambia de ángulo y lo tengo dentro de mí, hundido hasta lo más profundo. Me llena por completo y me besa con algo parecido a la desesperación. Me arde la piel, el aliento se me queda atrapado en la garganta cuando musito su nombre. Sus caderas me empujan contra el colchón y enseguida se alejan para volver. Una y otra vez repite el provocativo movimiento y yo ya sé que me correré de nuevo, con Abel es siempre así, un tsunami de sensaciones imprevisibles, encaminadas a coleccionar orgasmos. Todo físico, orgánico, potente. Es lo que mejor sabemos hacer. La explosión es alucinante. Y conjunta. Me derrito sobre las sábanas arrugadas, bajo su cuerpo deliciosamente húmedo. Se enredan los jadeos, el latido acelerado de nuestros pulsos.

Antes de rescatar el rabo, Abel ya saca conclusiones.

—Volvemos a ser pareja, ¿a que sí? —Tras el revolcón, enciende un cigarro y lanza largas trenzas de humo a las alturas. Parece satisfecho, esa es la palabra. Escuchamos a Boy & Bear y su *Limit of love*, me acurruco contra su pecho y él me rodea los hombros y me besa el pelo. Tengo la impresión de que no espera que responda, porque lo tiene claro.

—Mira qué sencillo —reniego con la nariz hundida en su piel—, nos herimos, nos arrancamos hasta el alma, para luego echar un polvo y aquí no ha pasado nada.

—Nadie dijo que el amor fuese un raíl sin curvas.

Suspiro. Estamos juntos otra vez y es fantástico. Lo que me une a Abel tiene mucho de conveniencia, puede que a él le mienta, pero no a mí misma. Rebusco los aspectos positivos. A partir de ahora llenaré mis vacíos y seré más fuerte. No quiero volver a obsesionarme con Miriam, he sido una estúpida. Ella es mi amiga y Luca su novio. Yo tengo el mío y todos contentos. La balanza de nuestras vidas se equilibra, menos mal.

Estrategias arriesgadas

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Jo vino a verme puntual, nada más acabar las clases. Estaba pálida y ojerosa, pero cuando la interrogué se lo achacó a los exámenes. Era especial, deliciosa, con carita en forma de corazón, eterna melena con flequillo cortada por encima del hombro, algo ondulada, y ojos demasiado grandes y expresivos para tan poco rostro. Tenía cara de bebé entonces, y temo que la tendrá para el resto de su vida, sin importar la edad que cumpla. Jo representa el ejemplo gráfico de un rostro difícil de olvidar. O fácil de recordar, según se mire. En lugar de sacarme de dudas, se dedicó a observarme sentada en la cocina. Le había prometido un té con canela en rama de los que me enseñó a preparar la abuela, que en paz descanse.

—A ti, en cambio, te noto mucho más animada.

—Bueno, el tiempo va pasando, ya sabes. Ya no estoy tan enfadada con el destino por haber tenido que aparcar la carrera, estoy empezando a verle el lado bueno a las cosas.

Jo me miró torciendo un ojo. Luego, meneó la cabeza con pesar.

—¿Esto lo tiene?

—Todo lo tiene, hasta lo peor de lo peor —aseguré resuelta. Puse el cazo con agua al fuego y añadí la canela cortada en segmentos idénticos. Yo para mis cosas era muy bien hecha.

—¡Uf! ¡Qué asco!, últimamente solo he oído hablar así a los eternos optimistas.

Me encogí de hombros. Apostaba a que yo no era uno de ellos, nunca lo había sido.

—Eso es porque la gente tiende a magnificar lo malo. Si lo hiciéramos al revés todo nos iría mejor. ¿No crees? —añadí al ver que se quedaba pasmada.

—Sí, sí, desde luego tienes más razón que un santo —bostezó—. Será que estoy cansada. Agotada, exhausta. Malditos exámenes, no soy capaz de verle color a nada en mi vida de momento.

—¿Ves? Uno de los aspectos positivos de no ir a la Universidad: si me acuesto de madrugada será solo porque me apetezca, no tendré que quedarme bebiendo café, memorizando artículos hasta las cinco. —Juro por lo más sagrado que lo dije convencida hasta las meninges.

—Marta, te oigo y no te reconozco —ladeó el cuello para espiarme mejor. Yo ya estaba repartiendo té en las dos tazas y ella colaboró acercando el azucarero.

—Siempre he sido muy positiva —protesté.

Podía haberme hecho la peineta con dos dedos, pero se comportó como una buena amiga y tiró por otros derroteros menos ofensivos.

—Una cosa es ser positiva y otra es ver rosa hasta el hecho de resbalar y caer de boca en un charco de mierda. —Bajó instintivamente la voz para que mi padre no oyera la palabrota. Como la conozco, sé por qué lo hizo y meneé la mano quitándole importancia.

—Está con Napoleón, ni nos oye. Además, ya se ha acostumbrado a mis tacos, cada semana añado alguno nuevo y de momento lo lleva bien.

—Hay algo más.

—No, te lo digo en serio, es solo Napoleón, sin tele, ni partido...

—Hablo de ti, señorita. Veo una chispita de luz desacostumbrada en tus ojos —me ruboricé hasta la raíz del cabello—. ¡Un tío! ¡Lo sabía, lo sabía! ¡Desembucha!

—No es nada aún. —Protegí mi pudor apartando la vista. Yo me lo había buscado, de hecho la había llamado para que viniera a aconsejarme, una hora antes ardía en necesidad de abrir mi corazón a alguien. Bueno, a Jo, no tenía a nadie más; papá no contaba y Silvia se había vuelto pija.

—¡Cantaaaaaaaaaa! —apremió soplándole al té.

—En la fundación que me recomendaste, de donde saco los libros... Bueno, hay un chico en recepción... —Me interrumpí, porque de solo pensarlo me costaba respirar.

—Sigue, sigue...

—No achuches, mujer, ya te cuento sola. Creo que hay algo —solté en plan frase apocalíptica.

—¿Algo como qué? ¿Qué te ha dicho?

—No mucho, la verdad.

—¿Que le gustas? ¿Tienes su teléfono? ¿Te ha pedido el tuyo? ¿Habéis quedado?

Ante esa avalancha de preguntas obvias e inteligentes, comprendí por qué necesitaba consejo. Yo no me había planteado ni una sola.

—La respuesta es «no» a todas ellas; de momento —maticé al ver la desilusión pintada en su cara.

—Ah.

—Pero es muy amable y muy guapo. Más que guapo, Joanna, es un sueño. Sonríe todo el tiempo y selecciona libros para mí. Estoy segura de que le hago gracia.

—Bueno, ya es algo —suspiró mi amiga limitando su entusiasmo al té.

—Es tímido —expliqué—. Cuestión de tiempo.

—Vaya, pues..., espero que me tengas informada. —Recuperó algo de energía. Poco antes se había desinflado como un globo de feria.

—Muy tímido —recaqué.

—Te recomiendo que le eches cara entonces.

—Define «echarle cara» —pedí absolutamente perdida.

—Pídele tú el teléfono o proponle tomar un café, un refresco, no sé, para hablar de libros,

cualquier chuminada que se te ocurra.

Me escandalicé como una vieja de aldea. Se me atravesaron las ganas y el miedo, formando un nudo en el gaznate.

—Eso es mucha cara, Jo, más de la que manejo.

—¿Te suena de algo la liberación femenina? Amiga, ya pasó el tiempo de estar en un rincón del salón de baile esperando a que te saquen, ahora las mujeres tomamos la iniciativa.

Negué categóricamente con la cabeza.

—A ver si al final va a resultar que el tímido no es él —se burló—. Oye, ¡qué bueno está esto!
—Ah, se refería al té. Si llega a conocer a Luca...

—Es por principios. Nunca, nunca le tiraré los tejos a un chico. Ni me insinuaré, ni lo perseguiré, ni ejerceré de acosadora loca, que es lo que me pega. Todo el mundo espera eso de mí, así que pienso resistirme.

Jo me miró como si acabase de bajarme de un platillo volante. De acuerdo, yo había resuelto ayudar a que la cosa avanzara, pero no lanzarme en plancha.

—Hija, qué tremendista te pones. No te digo que le lamas los pies, solo que le des un empujoncito. En tu dirección.

—Que no —persistí cabezona. Vi que mi amiga se rendía y encogía los hombros.

—Tú verás, pero va a ser muy frustrante como el chico no los tenga bien puestos.

—Si no es hombre para eso, entonces es que no me merece —repliqué con dignidad. Quería decirlo una y otra vez en voz bien alta, por si a costa de oírlo acababa creyéndolo.

Mi amiga estuvo a punto de espurrlear todo el té que guardaba en la boca por culpa de la risa.

—Cariño, lo que nos merecemos, a menudo tiene poco que ver con las agallas de los demás para gestionar o deshacer entuertos.

—Qué asco, ya hablas como una abogada.

—Sigue pensando así y te llevarás muchos chascos. Además de quedarte más sola que la una, pero... tú misma.

Se abrió una pausa enorme, ancha y profunda como la Fosa de las Marianas, que ninguna de las dos quebró.

—Es una buena manera de pensar —aduje finalmente, mirándola de reojo.

—Cuentas con todo mi respeto. —Yo lo traduje como «y una mierda, pero si tú te lo crees...».

—Gracias, es un alivio —musité débilmente.

Terminamos la merienda charlando de cosas intrascendentes sobre la facultad. Le hablé de Silvia y su atasco con el Derecho Eclesiástico del Estado, ella me comentó que se estaba haciendo una nueva pandilla de gente variopinta. Al final, liamos todos los temas.

—Lo dicho, Marta —barbotó poniéndose en pie—, me encantaría que algún sábado te decidieras a salir con nosotros. Nada peligroso, un cine o unas tapas, pero pon el pie en la calle. Podrías invitar a tu amigo el bibliotecario.

—No le llares así —me irrité.

—A ver si también tengo la culpa de que trabaje en una biblioteca, si diseñara pisos, lo llamaría arquitecto, pero lo siento, presta libros. —Se quedó frotándose pensativa la punta de la nariz, y la empujó fuera de la cocina.

—Vaya guasa la tuya. —Era imposible enfadarme con ella o con aquellos ojitos de bebé, irresistibles.

—Entonces, ¿te atreverás a enfrentar el aire algún día? ¿Lo traerás contigo?

Le hice una seña con los ojos rogándole silencio, que ella captó al instante. Mi padre leía en el salón y no tenía la menor intención de que nos pillara cotilleando acerca del italiano que me quitaba el sueño.

—No me has contestado. —Se estaba poniendo plasta.

—Que sí. Ya veremos. —Le tomé las manos, ya en la puerta, y la miré con intensidad. Mi única amiga, el ser humano al que le traía sin cuidado que me diese grima abrazar o que fuera poco amable—. Oye, gracias por la visita.

—Gracias por tu brebaje, boba, estaba de muerte. ¡Adiós, don Julián! —chilló. Pero mi padre andaba extraviado a caballo por París, y no respondió.

Puse la tele a sabiendas de que no la vería. Nada de lo que pudieran ofrecerme me interesaría más que la nube plantada en mi frente: mi falta de recursos románticos, mis ridículos principios anticuados. Papá continuaba embebido en su lectura, pero cuando más alto planeaba yo por la estratosfera, cerró cuidadosamente su librito y se me quedó mirando.

—¿Puedo ayudarte?

Tardé en bajar del guindo. Y cuando lo hice lo miré perpleja.

—Que si necesitas consejo paterno —me aclaró con paciencia.

—No..., no creo. —Miré la pantalla iluminada y luego lo miré a él de nuevo—. ¿Sobre qué?

—Juraría que algo te preocupa. —Sonrió como solía hacer cuando leía junto a la estufa y yo reptaba desde mi dormitorio para pasar unos minutos a su lado—. No me han pasado inadvertidos tus desvelos por arreglarte cada vez que vas a la biblioteca.

Me mordí el labio indignada conmigo misma. ¿De verdad se notaba tanto? Vaya si era transparente. Me sentí avergonzada y estúpida por tratar de engañarlo. Pero contra viento y marea resolví seguir fingiendo.

—¿Qué hay de malo en querer estar bonita? Deberías alegrarte de que no quiera salir hecha un adefesio a la calle, iban a terminar apedreándome en el barrio, lo dijo mamá.

—Mamá dice muchas tonterías últimamente, ya ni la conozco —suspiró hondo. Era curioso, a mí me pasaba otro tanto—. Me pregunto dónde se habrá metido la chica alegre con la que me casé. Bueno, ¿qué? ¿Me cuentas?

—No hay nada que contar —aseguré haciéndome con el mando a distancia. A ver si con un poco de suerte retransmitían partido y se callaba.

—No me gustaría que perdiésemos la confianza porque, de hecho, es una de las pocas cosas que me quedan.

No pude más que fijarme en sus ojos húmedos. Me comió el remordimiento y me arañó la pena.

—Menos drama, papá. —Quise mofarme pero se me quebró la voz en una respuesta que me pareció insuficiente. Él prefirió conformarse con las migajas que yo le ofrecía. Con una porción de aire vacío.

—Si tú me dices que no hay nada que contar, no hay nada que contar —afirmó tajante—, pero si lo hay, me ofrezco para compartirlo.

Me revolví en mi asiento como un gusano. Sopesé los contras. Había llamado a Jo a la desesperada para a continuación mentirle y mentirme a mí misma, lo que había dado como fruto encontrarme en el cero de nuevo. La perspectiva masculina no podía hacer daño, aunque se tratase de un hombre de las cavernas como mi padre.

—A ver, ¿cómo te lo diría sin resultar presuntuosa? —me giré en su dirección—. Creo que le gusto al chico de la biblioteca.

—Ajá —exclamó confirmando sus sospechas.

—Tengo bastantes elementos para deducir que... no le soy indiferente —especifiqué. Mi padre me lanzó una mirada de «me ha quedado claro desde el principio, no te repitas».

—Ajá.

—Pero no se atreve a decirme nada y yo me preguntaba si sería insensato por mi parte... dar... dar el primer paso.

Me quedé colgada con una mirada expectante y papá se tomó su tiempo para reflexionar, acariciándose suavemente la barbilla.

—Insensato, dices... Bueno, en mis tiempos no estaba bien visto...

—Me lo puedo imaginar, pero no estamos en tus tiempos —interrumpí irritada, obligándolo a dar marcha atrás desde los años sesenta.

—Por eso mismo. Espero no equivocarme si adivino que a los muchachos, hoy día, les resulta atractivo...

—¿Que la chica tome la iniciativa? —me adelanté con los ojos muy abiertos.

—Siempre que no le hagas una proposición demasiado indecente.

—Ah, no, desde luego que no, sería algo como tomar un refresco o unos pasteles.

—No veo qué hay de malo en ello.

—¿No se sentirá ofendido? Quiero decir, que tú como hombre... ¿Te forjarías una idea equivocada...? Si la chica te propone una cita, digamos en plan amigos..., ¿pensarías que es una fresca?

—Hija, ¿de dónde has salido tú tan antigua? Qué estrechez de miras.

—Me temo que soy bastante estrecha por todas partes —me lamenté dejándome caer de espaldas en el sofá. Pero papá me había insuflado un ánimo renovado. El «no», desde luego, ya lo tenía. Poco había que perder—. Es que no me gustaría que pensara... En fin, que se ve un chico educado y respetuoso, quiero causarle buena impresión.

Terminé abriendo definitivamente mi corazón.

—Invitar a café después del trabajo es una cortesía que no lo ofenderá. Ánimo, atrevete.

—Humm —mascullé. Pero ya me había convencido.

Puntos por aclarar

Presumo de Abel por todo Madrid, me aseguro de que hasta el gato se entera de que hemos vuelto, confirmo planes con la pandilla y río alborozada en las cervecerías, las pizzerías, allá donde vamos. Le hago confidencias a Miriam como antes y desaparece la tórrida sensación de malestar cuando la tengo enfrente. Es alentador. Sin engañarme, no soy una osa amorosa, no quiero carantoñas ni mimos, me dan alergia, no quiero que la gente me toque. Luca es el único ser que me hace desear ese contacto y, si no es con él, el resto del planeta sobra, de lo que deduzco que Abel me da justo lo que necesito: caña.

No obstante, con el paso de los días, los afectos de mi pareja oficial empiezan a parecer una montaña rusa. Lo mismo me avasalla con su amor desenfrenado que pasa de mí una semana completa. Sus excusas son cada vez más pobres, los plantones se suceden, me hace sentir insegura y temerosa, así que se me acaba la paciencia. Lo invito a cenar a casa, he preparado pollo tikka masala con arroz basmati, su plato favorito. Estoy tan nerviosa que las cosas se me caen de las manos y tropiezo con todo. Hasta he roto el jarrón que me regaló mamá, que hacía muy bonito en la entrada y por lo visto costaba una pasta. El timbre de la puerta me pilla con la escoba y el recogedor en la mano.

—Hola, muñequita, ¿tirando trastos contra la pared?

—Se ha resbalado —le explico apresurada—, no debería tener tantos adornos en un piso tan pequeño.

Deja un ligero pico sobre mis labios, y la botella de vino que trae, en la encimera de la cocina. Sigue comportándose como un extraño que viene de visita con un regalo bajo el brazo. No estrecha los nudos que nos unen, mantiene a raya los vínculos emocionales, y eso me mortifica. Porque justo ahora, por ridículo que suene, necesito que esta relación sea real para poder apoyarme en ella.

—Los adornos son necesarios, rodearse de cosas hermosas es un paso base para ser feliz.

—¿Tú lo haces? —Regreso a la cocina, tiro los trozos de porcelana a la basura y me ocupo de la salsa.

—Claro, tengo un coche que me gusta, un apartamento que me encanta, una novia...

—¿Una novia decorativa? —espeto sin darle opción de réplica—. ¿Para eso no sería mejor colgarte del brazo una modelo de uno ochenta y piernas como espaguetis?

Le da la risa. Se sienta en una banqueta y picotea de la barra de pan tierno.

—Te aseguro que la vida contigo es mucho más interesante que con una de esas chicas florero al

lado. Ya he salido con modelos, no está mal como entretenimiento, pero me cansa el monotema de la manicura, los faciales y la problemática del alisado japonés. No es cierto que sean bobas, simplemente están... en otro mundo, tienen otros valores, otras prioridades.

—¡Uy, uy, uy! Que no me ves como un entretenimiento... —resumo con la espumadera en la mano. Veo que él contrae el rostro en un gesto de disgusto.

—No sé por qué, veo venir una gorda esta noche —se mofa. Descorcha su propia botella y se sirve una copa—. Andas hurgando con los deditos y solo Dios sabe lo que esperas sacar.

—Igual te da una pista esto: me encantaría despejar las brumas que sobrevuelan lo nuestro. Abel pestañea muy perdido.

—¿Perdón? ¿Te refieres al eterno dilema de ponerle nombre a lo que tenemos?

—Nooo —niego con mofa—, voy mucho más allá. Me refiero, por ejemplo, ¿qué tal un compromiso?

Ahora da un respingo.

—¿Disculpa? He oído mal.

—No, has oído perfectamente. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos entre unas cosas y otras?

Parece que le cuesta calcular, así que vuelvo a la carga.

—Yo te lo diré. Sin contar el Kit-kat Natalia, nueve meses, dos semanas, cuatro días y trece horas.

—¡Coño!

—Eso digo yo. Coño. Soy requetebuena con los números. Qué de tiempo, ¿eh? —Le arreo dos buenos meneos a la olla, agarrándola por las asas.

—Parecía menos.

—Sí, desde la barrera los toros siempre parecen menos peligrosos, lo que no quita que tengan cuernos.

Abel escupe el vino y se mancha la camisa impoluta y carísima. Sin mirarlo, le paso un paño para que se limpie.

—¡Joder, Marta! ¿Tratas de decirme algo? Porque estoy perdido por completo.

—Ya te lo he dicho. Pasan los días, se amontonan los meses y yo me pregunto si no quiero algo más. De paso me pregunto si tú no quieres algo más. —Giro sobre mis talones y escruto su cara—. ¿Qué te pasa, cielo? Te has puesto así como verde.

Estoy siendo un rato sarcástica, lo sé, pero no conozco otro modo de abordar este asunto con un tío tan autosuficiente como Abel, que no sea poniendo una chispa de humor, aunque sea humor negro.

—¿Acaso no eres feliz? —me pregunta con una inocencia tan tierna que por poco me olvido de mis planes de cazadora para comérmelo a besos.

—Sí, cariño. Precisamente por eso que soy feliz, quiero seguir siéndolo.

—Yo no entiendo... No he entendido nunca jamás la obsesión de las mujeres por apretar tornillos; en cuanto las cosas marchan os empeñáis en fastidiarlo todo. —Se frota la camisa sucia

con frenesí.

—¿Querer pasar más tiempo contigo y tener algo parecido a un proyecto juntos es fastidiar algo?

Los nervios de Abel se han desquiciado y yo me olvido inmediatamente del pollo, de la salsa y de la madre que parió a la cena. Están en juego mi futuro y mi estabilidad emocional. Sale al trote por el pasillo, pero no hay espacio para huir, todo aquí es minúsculo. Lo acoso armada con la espumadera.

—¿Con Natalia sí te fuiste a vivir? Dime —le exijo a grito pelado—, ¿con ella sí te fuiste?

—No digas barbaridades, Marta, desde que dejé a mi madre no he vuelto a vivir con una mujer, Dios me libre.

—Pero lo habrías hecho, seguro que con Natalia te habrías planteado la convivencia porque, claro, ella era la noviecita de la infancia, no como yo, que soy..., soy..., la última mierda que cagó Alibabá. —No controlo el volumen de mis chillidos, debo de parecer una demente, Abel recula intimidado.

Huele a quemado que apesta, por cierto.

—Deberías ir a apagar el fuego —me recomienda hablando despacio. Veo que su nuez sube y baja.

—¡Fuego el que me corre por el cuerpo! —aúllo fuera de mí. Abel me sobrepasa con una carrera veloz, se abalanza contra la vitro y pulsa el interruptor de *stop*. Lo rodeo con ahínco—. ¡Aunque parece que te importe un pimiento!

—¡No voy a venirme a vivir contigo, Marta! ¡Olvídalo!

—¿Que lo olvide? ¿Y adónde se supone que nos dirigimos?

—¿Hay que dirigirse a alguna parte? —Se echa la copa completa de vino al coletto.

—Pues claro. Todo par de dos se mueve en alguna dirección.

—Supongo. Cuando uno encuentra su sitio, cuando siente que es necesario, cuando...

—¿Sitio? —le interrumpo—. ¿Necesario?

Bufa, resopla y mira al suelo. En este orden.

—Sí, Marta, sí, necesario. A tu lado no me siento necesario, ¿qué quieres que te diga? —Su cara escapa del intenso escrutinio de mis ojos—. Te lo montas todo sola, eres fuerte, independiente, has superado una enfermedad horrible, llevas el despacho de tu hermana y tu cuñado con la punta del meñique. Eres puntual, efectiva, infalible. No eres una chica desvalida que necesite un hombro en el que apoyarse.

—¿Cómo que no?

—No, no lo eres, en absoluto.

¡Acabáramos! Esa es la impresión que he dado. Esa es la imagen que tanto me he esforzado en pulir, la de una mujer que se vale por sí sola y desprecia el apoyo ajeno. Pero no soy así, por dentro soy frágil y me siento sola, lo escondo para que no me hieran, no es más que una máscara irreal. La verdadera Marta llora, sufre y se emociona y... ¡Oh, no quiero pensarlo! Luca sí conoce

mi interior. Imagino que será el único al que no he deslumbrado con mi disfraz de *superwoman*.

—No sé si lo entenderás —agrega herido—, los hombres necesitamos sentirnos importantes, salvar a nuestra damisela de vez en cuando.

Me llevo las manos, exasperada, a la cabeza. No es mi intención ser una bruja retorcida y sarcástica, me sale solo.

—¿Damisela? O sea, que es cuestión de ego. Tienes que quedar por encima de mí, necesitas que me desmaye para colocarte tu armadura y creerte el rey del mambo.

—¡No es mi culpa! —grita—. ¡Es genética masculina! Todo el mundo lo sabe.

—¿Natalia se desmayaba? ¿Cuántas veces al día? —chillo definitivamente envenenada— ¿Y hacia dónde se caía? ¿Derecha o izquierda?

—¿Qué pretendes? ¿Ir de víctima a estas alturas? No cuelea, no eres ninguna pobrecita, eso ya me consta.

—¿Y tú de qué vas? De arrogante y de prepotente. ¡Chulo!

—Yo soy un tío muy normal, tú eres la rara, tú la que no se relaciona con sinceridad con nadie, la que se ha enfadado con el mundo porque sí.

—¡Tengo mil y una razones para cagarme en el mundo y tú no entenderías ni la primera, porque todo te ha caído del cielo! ¡No has hecho el más mínimo esfuerzo para estar donde estás, señoritingo! Y tiene gracia que hables de sinceridad, la palabra te viene grande. Te acojonas, me esquivas, no das la cara y esperas que yo tome la decisión de cortar.

—¡Yo no quiero cortar!

—¿No? Pues lo que demonios sea que quieres conseguir —masco entre dientes—. Otra vez estás distante, lleno de pretextos, otra vez me estás fallando.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, de los dos, tú eres la fuerte, la que jamás se equivoca.

—¡Imbécil, cobarde!

—Ya está bien, Marta. Se acabó.

Veo que coge la chaqueta con un tirón brusco y que vuela hacia la puerta.

—Deja que lo adivine. Me estás plantando otra vez —rujo desde el centro del salón.

—Es imposible compartir espacio con una mujer como tú, vas a lo tuyo, por ti, para ti, no tienes ni chispa de tolerancia, ni de empatía.

Cierro los ojos para contener las lágrimas que se han acumulado.

—¿Empatía con quién? ¿Con Natalia, la damisela que se desvanece?

—¡Deja de una jodida vez en paz a Natalia!

—¿Así están las cosas? ¿Te pido una pizca de compromiso y sales corriendo como una rata en un naufragio?

¡Blam!

Ese portazo debería haberlo dado yo, un portazo terapéutico que me hace mucha falta para relajarme, pero Abel se ha adelantado. Me quedo mirando la puerta cerrada y me desgañito:

—¡Pues no se te ocurra volver!

Definitivamente loca

Me froto los ojos llorosos con la punta de los dedos. Hace rato que gimo bajito, con el corazón encogido y mucho dolor. Me mata el vacío. Ha vuelto a hacerlo, ha vuelto a abandonarme, me pidió una oportunidad y la ha desaprovechado. Tengo mucha culpa de todo: cuando me esfuerzo consigo que la gente se sienta de más. Posiblemente Abel ya se sentía así cuando prefirió a Natalia. Estoy sentada en el suelo, rodeada de pañuelos mojados. Me pongo en pie y me dirijo al cuarto de baño. ¿Damiselas que se desmayan? Me doblo por la mitad y vomito hasta el almuerzo de ayer. Me duele el pecho, la presión es espantosa. Colmo la bañera de agua caliente, me desnudo y me dejo caer dentro con la dulce voz de Birdy y su *Skinny love* cantando alrededor. La cena romántica que tanto prometía duerme en el cubo de la basura y yo estoy hecha una piltrafa. Otra vez a cero. De nuevo a recomenzar. ¿Hasta cuándo pasará esto? ¿Cuántas veces puede una chica ser abandonada y recomponerse para volver a ser abandonada? A la inmensa soledad que acompaña a la pérdida, se suma el desprecio que he leído en sus ojos, y el reproche y la culpa que yo misma me echo por haber creído en su buena voluntad. Y por haberme comportado como una trastornada.

Hay una voz, un duende enano que pernocta en mi cerebro y me taladra los sesos: «Tienes que dejar de ser buena», me dice. «Siendo buena solo llegas a un sitio: al barranco de los desgraciados». El caso es: ¿he sido buena con Abel? Lo dudo. No existe plan que usar de tiritita para mi corazón hecho trizas. El vacío y el aislamiento de la tarde en casa me llevan directos a la desesperación. Mi llanto surge espontáneo, imparable. Y no sé si es por Abel o por mí misma, por la niebla que me rodea, por las trabas que me atan cuando lo único que intento es ser feliz, como el resto de los humanos. Por no tener a Luca. Cuando veo que los gemidos ya no me dejan articular, marco su número.

—¡Marta!

—¿Luca? —Los jadeos de mi respiración entrecortada saltan por encima de mis frases. Ansío su presencia a mi lado con todas las fibras de mi ser, muero por verlo, el anhelo que flota en mi tono no podría ser más sincero.

—¿Qué ocurre? ¿Estás llorando? ¿Dónde estás? —pregunta en tropel, agitado.

—En casa. Por favor, necesito hablar con alguien.

—¿Te encuentras bien?

—Necesito verte.

Él, a pesar de la urgencia que adivina, se toma su tiempo.

—¿Estás segura?

—Sé lo que te dije, lo sé, no me lo tengas en cuenta, estaba enfadada y tenía miedo; por favor, por favor, ven. Sigues siendo mi mejor amigo.

—De acuerdo, estoy ahí en quince minutos.

Durante un tiempo, no sabría decir cuánto, me limito a echarlo de menos. Me aovillo en el sofá y espero abrazada a mis cojines estampados. Y cuando el timbre suena, corro a la puerta, la abro con el corazón en la garganta y me arrojo a sus brazos, me enredo en su cuello y dejo ir lágrimas y sufrimiento con libertad.

—¿Qué ha pasado, bicho? ¿Es tu madre, tus hermanas? ¿Tú de verdad estás bien?

Le cuesta separarme, pero necesita verme la cara: sujeta mis hombros y me observa con semblante preocupado. Sacudo la cabeza para que entienda que la familia sigue viva y coleando y que mi enfermedad no ha vuelto a molestarme con gravedad.

—¿Entonces...?

Me cobija contra su costado y nos sentamos en el sofá. Luca me conoce, me ha visto en mis peores momentos, rendida y aniquilada, no puedo esconderle nada. Sin explicaciones, entiende que ahora solo necesito consuelo, que me acaricie con suavidad y dulzura, como él sabe. Deja para después las preguntas embarazosas, me besa las sienes y me toca el pelo. Noto que me adormezco, mis tensiones se aflojan y mis músculos rígidos se quedan lacios abandonados a su abrazo.

—Lo de Abel se ha terminado de la peor manera —susurro cuando soy capaz de hablar. La voz suena rota y aguda. Él no responde de inmediato—. Dice que lo hago sentir inseguro.

—Vaya —sonríe de mala gana—, no niego que como excusa es de lo más original. Ese tío es un mierdas.

Me alarga un pañuelo de papel y me sueno los mocos con la naturalidad que regala la confianza. Yo me callo el dato de que quien provocó la discusión fui yo misma, arrinconando a Abel hasta hacerlo estallar.

—Será eso. ¿Tan poco valgo que hasta para romper conmigo hacen falta malos pretextos?

—No, mujer, nada de eso. Eres una hadita valiosa y divertidísima. Un poco vinagres, rebelde y lengua larga; nada que no tenga arreglo poniéndote un bozal...

—¡Te mato! —exclamo sin fuerzas. Juego a golpearlo con un cojín pero aterrizo sobre su pecho marcado y seductor. Nos cruzamos una mirada fugaz, me estiro, aferro su nuca y le ofrezco mis labios entreabiertos, hambrientos de él. Luca recoge el testigo y me absorbe con una ansiedad que me sobrecoge. Su lengua ataca la frontera de mis dientes cerrados y explora los rincones de mi boca mientras sus manos recorren mi cuerpo arriba y abajo y se detienen sobre la curva de mi cintura, solo para apretarme contra él con mayor ahínco. Mis caderas aletean buscando el contacto, ardo, jadeo, quiero más.

Ha sido un beso de película, de esos lentos, húmedos, interminables y muy calientes, que te nublan el juicio y te arrebatan las razones. De los que solo te dejan ganas de repetir cuanto antes.

Y lo hacemos, repetimos una y otra vez con los labios rojos, hinchados de deseo y los ojos como cristal fundido.

—Marta...

Le pongo un dedo sobre los labios y le digo que no con la cabeza. No quiero que hable, detesto que racionalice lo que está pasando, es mi turno, lo necesito y le consta que nada que me diga restará poder a lo que siento. Luca ha sido mi amor desde siempre, el único, el real; el apoyo que todo ser humano encuentra en su alma gemela, en mi caso, proviene de él. Me estiro y me siento a horcajadas sobre sus piernas. Nuestros besos saben a desesperación, como si saber que lo que hacemos está mal y prohibido nos excitase mucho más. Finalmente, aturdido por la pasión de tanto roce, me coge en brazos y me levanta en vilo desde el sofá. Le mantengo la mirada durante todo el camino. Me deposita con delicadeza en la cama sin dejar de acariciarme.

—Joder, no puedo quitarte las manos de encima —murmura maravillado, adorándome con los ojos. Me siento como si acabasen de abrir el cielo para mí—, bruja diminuta, ¿qué me has hecho?

«Posiblemente, amarte más de lo que haya podido hacerlo ninguna otra mujer», me digo. Pero son mis secretos, no los comparto, me limito a sonreír seductora y a ronronear.

—Cada mañana, cuando me levanto, pienso en ti —continúa. Cuela sus dedos índice y corazón por debajo de mis tirantes y los hace rodar por mi hombro. El tacto aterciopelado de sus yemas jugueteando con mi piel me acelera los latidos—. Luego me digo que tienes tu vida, yo la mía, que somos amigos, que nada hay más valioso que una amistad auténtica y sincera como la nuestra, y que no debo corromperla.

—Amor del grande, de ese que te aturde y te lleva a cometer locuras, ese mismo. Amigos, pareja, ¿qué más da cómo queramos llamarlo?

—Es ansia de compartirnos, de que no pasen muchos días sin verte, de contarte todo lo bueno y lo malo que me pase. Es mirarte y ver un trozo de mí mismo que no quiero perder.

—En nombre de esos sentimientos, ahora lo que quiero es estar contigo. Justo así, del modo en que estamos. —Desabrocho sus vaqueros y tiro de ellos hacia abajo. Tiene un trasero precioso, redondo y respingón, que da gusto palpar. Me ayuda con un par de patadas y, mientras él me despoja del vestido, yo deslizo ambas manos dentro de su bóxer negro y le aprieto las nalgas—. No me lo niegues, por favor.

—Esto es sexo, Marta.

—Y del bueno —corroboro pasando por alto su tono atormentado.

—Vuelvo a comportarme como un cerdo —ruge entre dientes. Al menos no ha nombrado a Miriam y tampoco ha interrumpido el furioso saqueo al que su lengua somete a mi boca. Le arranco la ropa interior casi al mismo tiempo que él arranca la mía y quedamos por fin, después de tanto desearlo, completamente desnudos la una bajo el otro, con esa inigualable sensación de cuerpos fusionados que envía latigazos de salvaje deseo a mi vientre y a mi cerebro.

—No digas eso —le susurro junto al oído—, eres el hombre más maravilloso que he conocido y no cambiaría este momento por nada del mundo.

—Desearte me hace mal, cada vez que algo así ocurre, me siento...

No quiero escucharlo, utilizo la fuerza arrolladora de mis besos para callarlo. Poco a poco noto que cede a la tensión, se entrega y se concentra en amarme. No admito remordimientos, los análisis para mañana. Hoy es hoy y estamos juntos, saboreando la necesidad que compartimos. Ni me obliga ni lo fuerzo, es así, intenso, de verdad, invencible y mutuo a pesar de los obstáculos. A cada rato, hundo la lengua con desesperación en su boca. Todo mi ser lo llama a gritos, abierto en canal para que me devore. Toma uno de los preservativos que guardo en la mesita de noche y, cuando separa mis muslos y me penetra, sé que podría quedarme así para siempre, encajada y prendida en él. No necesito preliminares, es mirarlo a los ojos y perder el control de mi deseo.

Cuando tras varias horas de sábanas revueltas, gemidos y éxtasis Luca me deja un dulce beso de despedida y regresa a su casa, el arrullo del tiempo que me ha regalado, sus susurros, sus palabras de amor, no me dejan sola. Con ellas duermo plácidamente hasta bien entrado el mediodía.

No sé qué diablos le pasa a Ava en la cara. Lleva incrustada una sonrisa tan falsa como larga, que parte en dos su rostro aniñado. No es que me moleste que la gente sonría todo el tiempo. Bueno, vale, sí, parece una imbécil haciéndolo, porque lo mismo viene del baño, que escanea documentos, y la razón no la veo.

—¿Te pasa algo? —reviento por fin. Es que aún hormiguean sobre mi piel los dedos de Luca y mi buen humor está por las nubes.

—¿Por qué lo dices?

—Por la cara de mema permanente. ¿Llevas puestas unas bolas chinas?

—Soy feliz —me responde abrupta. Por el tono diría que finge, pero su boca continúa estirada al máximo.

—Si tú lo dices...

—Lo soy, que lo sepas —me replica muy digna antes de desaparecer por el pasillo.

Me pregunto si su júbilo tiene que ver con Luisito y qué repercusiones puede tener lo que quiera que pase, contra Silvia. Luego recuerdo que mi hermana tiene un amante y deduzco que sabe cuidarse solita. No puedo seguir pensando, porque me llega un mensaje de Luca preguntándome si estoy bien y se me adosa al rostro, igual que un cromó, una expresión bobalicona idéntica a la de Ava.

«Fenomenal, gracias a ti».

No me atrevo a ir más allá, conozco sus reservas y las respeto, no quiero comprometerle.

«Me alegro mucho. Si agarro al malnacido de Abel, le arrancaré los huevos tres veces por haberte hecho daño».

Vuelve a hablar como un amigo que solo intenta protegerme. No puedo decir que no me lo esperara y tampoco que no me haga feliz, pero la saliva se me vuelve amarga.

«Ni se te ocurra. Es agua pasada».

Entonces el teléfono suena y mi estómago salta de excitación.

—¿Agua pasada? No mientas, bichillo, estás hecha trizas. —Bromea, no hay más que oírlo. Se comporta como si lo que ocurrió anoche no fuese más que un sueño desvanecido en una mente calenturienta y necesitada de afecto, por ejemplo, la mía.

—Gracias por recordarme que me han dejado tirada como una colilla, so cabrón. —Imprimo a mi tono un desenfado artificial para seguirle el juego.

—Sé que teníais una especie de buen noviazgo, yo mismo lo he comprobado, nadie se esperaba esta nueva espantada.

Me detengo. ¿Hemos retrocedido? ¿Hasta dónde?

—Oye, Luca, ¿estás intentando mantener ahora la conversación de estúpido consuelo que no tuvimos ayer? Porque si es así, te la puedes ahorrar, no la necesito —lo interrumpo bastante enfadada.

—Ayer te encontré en estado de *shock* —me explica con calma—, cosa que entiendo, el corazón se compromete, uno se forja ilusiones...

¿Estado de *shock*? ¿Por eso accedió a hacerme el amor? ¿Por compasión?

—Luca, basta.

—Te duele hablar de él —gruñe entre dientes. Habría estado bien que añadiera un «Y eso me jode».

—Simplemente no quiero hacerlo. Abel es un pasado que no volverá, te lo aseguro.

—Ya regresó una vez y no le costó convencerte, le permitiste entrar en tu vida para volver a joderla.

—Lección aprendida, jefe, el pasado, si vuelve, es para hacerte la puñeta, siempre lo digo.

—¿Lo quieres?

Exhalo el aire contenido en los pulmones, ni siquiera me había dado cuenta de que mantenía la respiración. ¿Adónde quiere llegar?

—¿Quién sabe? Estas cosas del amor son tan complicadas... —dejo caer un poco en broma.

—Vamos, bicho, confiesa.

—Salía con él, podrás suponer que no me era indiferente. Y sí, teníamos planes juntos, o al menos yo los tenía... Puede que ese sea el problema, haber contado con Abel para algo más que una relación superficial basada en un sexo estupendo.

—¿O sea, que lo pasabas bien en la cama? —se interesa en un susurro. Madre mía, qué daño hace el orgullo masculino a la Humanidad. Querría gritarle que no se parece ni por asomo a lo que siento cuando estoy a su lado, cuando me toca, cuando me besa y me demuestra que le importo, pero me muerdo la lengua a tiempo y me río.

—Vete a la mierda, Luca, hay cosas que una señorita no desvelará jamás.

—¿Quieres quedar a comer?

Estoy tentada de exigirle que aclare si iríamos solos, pero sospecho la presencia de Miriam. ¿Con lo de anoche todavía en mente? No me apetece, gracias, ni de coña.

—Me quedo en el bufete, tengo toneladas de trabajo pendiente —miento—, otra vez será.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, lo que sea —insiste.

Colgamos y no puedo definir las dimensiones de mi desolación. La falta que me hace ir un poco más allá en esto que siento. Sé que es enfermizo, que Luca no es para mí ni yo para él, que en realidad, la nuestra es una historia de amor unidireccional condenada a muerte. Pero ¿dónde está el antídoto borramemorias que barrerá su tacto, su olor, sus palabras del fondo de mi alma? ¿Dónde?

La trastienda de la biblioteca

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

Esa tarde puse especial cuidado al elegir mi vestimenta. El cielo encapotado amenazaba lluvia pero, de momento, no caía nada desde arriba. Soy solar, disfruto el verano, el calor del sol, el chapoteo del agua en todas sus variantes. No me gusta el frío, no lo soporto, me hace sentirme aún más invisible, será porque todos vamos embudidos hasta las orejas y, en lugar de seres humanos, somos abrigos de lana y plumíferos avanzando por las aceras. Sin embargo, también los cafés son mucho más agradables con el frío mortal, suponiendo que Luca y yo terminásemos tomando uno juntos. No había por qué lamentar el mal tiempo. Con las pilas cargadas hasta los cátodos, apreté el paso, no veía el momento de llegar y bañarme en aquellos irresistibles ojos azules.

De repente, me asaltó una idea terrible... ¿Y si estaba saliendo con alguna chica? Algo más que probable, que no me había parado a considerar. El pánico se apoderó de mí y, cuando me vi plantada en la puerta de la fundación, ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí. ¿De verdad quería entrar? Mi fantasía, no él, había hecho el trabajo, yo podía no solo quedar en ridículo, también acabar apaleada. Sin embargo, fuera lo que fuese, no me iba a quedar sin saberlo; di dos pasos al frente y crucé la entrada. Luca levantó la cabeza. Para variar, estaba leyendo.

—¿Otra vez por aquí? —se extrañó. No fue una pregunta desagradable, pero me dejó cortada—. La verdad, he conocido lectores rápidos, pero tú rompes todos los moldes.

¿Debía tomarlo como un elogio? Sonreí en plan bobo porque no sabía qué otra cosa hacer.

—Dispongo de bastante tiempo libre —aclaré con un tartamudeo.

—¿No estudias? Perdona, sé que no es asunto mío. ¿Otra policiaca?

—No tiene importancia. —Retiré la novela que estaba a punto de devolverle para atraer su atención—. Mi padre está enfermo y he tenido que aparcar mi proyecto universitario para atenderlo.

Luca me clavó una mirada de patente admiración.

—Vaya, lo siento. Por los dos. —Parecía sincero. Y era, hasta ahora, el único que había dado en el clavo. En esa historia éramos dos víctimas, dos.

—Lo quiero muchísimo, haría cualquier cosa por él, lo está pasando fatal el pobre. —«Cuando

quieras te lo presento», agregué en mi fuero interno.

—Me imagino. Mi familia está a dos mil kilómetros de distancia y debo reconocer que los echo de menos con frecuencia. Y eso que me marché amenazando con triunfar y no regresar en siglos.

—¿Estás solo entonces? —titubeé.

—De momento, sí —volvió a mostrarme sus dientes alineados.

El alivio estalló en mi interior como una granada. Estar solo significaba no tener novia, podía acercarme con el tarro de bálsamo en la mano y decirle: «Estás solo porque quieres, con esa cara y ese cuerpo, ven pa 'ca, que te voy a enseñar lo que vale un peine». O algo parecido. Era la ocasión justa para invitarlo a ese café que había soñado mil veces. Ahora estaba ocurriendo y las palmas de mis manos empezaron a sudar.

—Pues..., pues..., si te... aburres —balbuceé como una estúpida—, vaya, que yo..., cuando quieras... —tragué saliva, pero era una bola tremenda y me atoré—, podemos tomar un... helado.

¿Un helado? Y en pleno invierno. Menuda idiota, con la edad que tenía. Luca se limitó a sonreír mientras el teléfono de recepción berreaba. Nuestras miradas se engancharon en un instante eterno e irrepetible que hubiese querido encadenar a mi alma.

—Muchas gracias, es un detalle. —Descolgó—: ¿Fundación-Biblioteca, en qué puedo ayudarle?

Me quedé allí petrificada mientras atendía la llamada. Momentos antes ya me había localizado otra novela de las mías y la tenía en la mano, de modo que seguir esperando no tenía mucho sentido. Para colmo, Luca tapó el auricular con la mano y me informó:

—Es un pedido de libros que viene de camino, se han extraviado, tengo que orientarlos, perdona, creo que va a alargarse.

—No te preocupes, yo ya me iba —farfullé recuperando el sentido común.

Cuando salí a la calle, las nubes descargaban toda su furia contra las aceras y se habían formado charcos como pozas por todos lados. Y yo sin paraguas. Maldije por lo bajo y tiré para casa. Otra ocasión de oro desperdiciada, otro día que no había significado ningún avance. Sacudí la cabeza, mi pelo chorreaba y la ropa absorbía goterones a toda velocidad. Seguramente pillaría un buen constipado. Me metería en la cama con dos aspirinas, un vaso de leche caliente y mi nueva novela. En lugar de beber, leer para olvidar.

—¡Marta!

Ya estaba mi subconsciente jugándome malas pasadas. Acababa de oír la voz de Luca llamándome en la distancia.

—¡Marta, espera!

Ahora no solo lo escuchaba llamarme, sino que oía unos pies a la carrera chapotear en el suelo mojado, cada vez más cerca. De repente, la sombra de un enorme paraguas cubrió mi cabeza y sentí el calor de su cuerpo pegado al mío. Se me secó la boca.

—Mujer, no te marches con este tiempo, vas a ponerte como una sopa. Vuelve a la biblioteca, si no tienes prisa, te secas y te hago un café caliente.

Noté su brazo rodear mi cintura con envidiable naturalidad, recé para que no percibiera mi temblor mientras me empujaba suavemente y me obligaba a cambiar de dirección. Con una sonrisa cordial, me soltó un segundo y tiró de la capucha de mi sudadera para taparme el pelo empapado. Enseguida su mano volvió a mi talle, provocando mi completa destrucción. Marta derretida en pedazos que nadie acertaría a recomponer, ni en un concurso.

La biblioteca tenía trastienda. Como las de las novelas de misterio. Pequeña, cerrada, olía un poco a humedad. Plagada de cajas rebosando libros, caótica pero íntima. Era el lugar donde Luca se refugiaba en los cambios de turno. Disponía de mesa camilla con faldones de terciopelo, dos butacas orejeras y una cafetera de goteo nuevecita con dos tazas rojas de lunares blancos, que colocó sobre la mesa.

—Faltan apenas treinta minutos para la hora del cierre. Haremos café, esperarás aquí sin moverte y en cuanto me libere de las obligaciones, me ocuparé de ti.

¡Señor, qué mandón! Me subió una ráfaga de perversa excitación, directa desde el vientre. Tenía que conseguir respirar de nuevo sin atragantarme. Él seguía muy entretenido poniendo grano molido en el filtro.

—¿Aquí vives?

—No me importaría, comparto apartamento con un estudiante de Medicina que es de todo menos silencioso y discreto. Aquí me encierro a leer, sí, y paso muchos ratos —respondió sin girarse. Luego me miró por encima del hombro, su deslumbrante sonrisa sacudió violentamente mi cuerpo. No solo era frío. Luca creyó que tiritaba y se acercó corriendo. La cafetera ya gorgoteaba divertida.

—Quítate eso mojado —tiró de mi sudadera hacia atrás, la sacó por las mangas y volvió a abandonarme. Mi corazón soltó un aullido silencioso—. Vivo con un mujeriego, juerguista y golfo. Esa casa no conoce un minuto de tranquilidad. Prefiero quedarme y llegar a la hora de dormir, cuanto más tarde, mejor.

Apareció con una toalla en las manos, se deslizó a mi espalda y con delicadeza empezó a secarme el pelo. Me tensé, contuve el aliento con mucho miedo a que sus dedos rozaran mi cuello. ¿Qué sería de mí si algo así ocurría? No podría soportarlo. Durante los siguientes minutos casi pude escuchar el martilleo de mi corazón golpeándome el pecho.

Ese momento especial

(Mis recuerdos...)

Ocho años antes.

—Así que Ela. O Marta —pronunció mi nombre con suavidad y me puso la carne de gallina. Solo podía concentrarme en sus manos rozando accidentalmente mi piel y en que, por primera vez, un hombre que no era mi padre se ocupaba de mi bienestar. Podría haber muerto de repente, de simple felicidad.

—Sí, Marta.

—La chica que camina bajo la lluvia —susurró enigmático. O a mí me lo pareció. Hasta me encogió el estómago oírlo.

—Más bien la que se olvida el paraguas en casa. —Ahogué una risita avergonzada.

—Tengo que salir a echar un vistazo ahí fuera. —Se apartó y dejó la toalla húmeda colgada del respaldo de la otra butaca, cerca del radiador—. Tenemos brasero bajo el faldón de la mesa. Mete las piernas y enseguida entrarás en calor. ¿Puedes ocuparte tú del café?

—Claro. —Agité la cabeza a ver si me despejaba y salía de aquella peligrosa burbuja de dicha—. ¿Leche y azúcar?

—Una de azúcar y poca leche, gracias.

Los minutos que estuvo fuera de mi campo de visión se me hicieron eternos. Veinte o treinta, no más, pero sudé sangre en cada décima de segundo que transcurría en espera. Por fin escuché el sonido de la puerta y las llaves chocando entre sí, y Luca regresó a mi lado frotándose las manos.

—Hace muchísimo frío y llueve incluso más que antes. Supongo que el café se me ha quedado helado. Voy a hacer otro.

Dicho y hecho. A diferencia de mí, el italiano presumía de una verborrea envidiable, era espontáneo y resuelto, no tropezaba con sus propios pies y me miraba a los ojos sin ruborizarse. Quería ser como él. Como él en todo.

—¿Qué le pasa a tu padre? —preguntó con naturalidad. Me arrebató la taza de las manos para servirme café nuevo, recién hecho.

—Tuvieron que amputarle una pierna porque tiene intoxicados los tejidos gracias al trabajo. Desinsectación, plagas... Respiró veneno durante muchos años.

—Suena grave.

No había modo de sentirse amenazada por su curiosidad, Luca acariciaba las palabras, encerraba las eses entre la lengua y el paladar, y sonaba inequívocamente italiano y sexi. Una locura.

—Lo es. Las rutinas de mi familia han dado un vuelco. Somos irreconocibles.

—¿Mal rollo?

Me paré a considerarlo un breve instante.

—No exactamente. Imagino que si no peleamos es por falta de tiempo y porque no nos vemos. Éramos una piña, ahora solo quedamos papá y yo, los demás han huido.

—Los cobardes huyen cuando las cosas se ponen difíciles. —Permanecemos callados, embebidos por el burbujeo de la cafetera retumbando en las paredes como un eco sordo. Luca se levantó y colmó las tazas—. Lo siento, no quería decir que tus parientes lo sean...

—Has dado en el clavo, no tienes por qué disculparte —reconocí con tristeza—. Hasta ahora, cuando reparaba en que mi madre y mis hermanas habían retomado sus vidas y yo me había quedado escondida en casa, bajo los muebles, pensaba que la cobarde era yo.

La cara de Luca se iluminó con una particular sonrisa que hizo sus ojos más hermosos aún.

—Todo lo contrario, tú eres la valiente.

No estaba acostumbrada a que me hicieran preguntas, ni a que mi vida y miserias resultasen de interés para nadie. En la trastienda, perdí la virginidad en muchos aspectos: allí me besaron de verdad por primera vez y allí me confesé desde lo más hondo. Fue liberador. Conforme empecé a hablar fui perdiendo el miedo y, de pronto, era como si contase, no mi vida, sino la de un extraño que pasaba por allí y que, desde luego, no me causaba ninguna herida. Pero cuando agoté mi perorata, él seguía con la mirada clavada en mí. El silencio se hizo casi insoportable para alguien como yo, inexperta en las artes de la seducción. A solas con un chico; un chico que me volvía loca de amor. Luca había sacado de un pequeño armario un jersey de lana, ni me di cuenta cuándo, y me lo ofreció después de palparme distraídamente el cabello.

—Sigue húmedo. Póntelo. No estoy seguro de que el calor del brasero y de un radiador tan pequeño sean bastante para no pillar una pulmonía.

—¿Te preocupas igual por todo el mundo? —conseguí preguntar. Eso sí, sin enfrentar aquellos ojos que no se separaban de mi rostro y me hacían arder allí donde se posaban.

—¿Qué hay de malo? Somos un proyecto de amigos; los amigos se cuidan.

Asentí y acerqué la prenda a mi cara. Olía a él, a esa mezcla indefinible de bosque y menta con cuyo recuerdo me adormecía cada noche.

—¿Llevas mucho tiempo en España?

—Unos seis meses... Más o menos.

—Y... ¿dejaste alguien allí? Ya... Ya me entiendes. —Fue soltar la indiscreción y ponerme del color de los tomates maduros. Luca simplemente sonrió.

—Alguien había, pero supongo que, para cuando regrese, hasta el rastro habrá desaparecido. Apenas nos hemos comunicado desde que llegué. Ella no entendía que viajase.

—¿Y por qué lo has hecho?

Luca estaba sentado frente a mí, pero en lugar de meter sus largas piernas bajo el faldón de la mesa, se había girado en mi dirección y tenía el cuerpo inclinado hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. En aquel momento, íntimo y privadísimo, sus ojos centellearon más azules que nunca.

—Porque me asfixiaba.

Suspiré.

—Supongo que las familias son siempre un poco así. Te dan amor y te quitan muchas otras cosas. Yo me estoy volviendo una resentida de la vida por culpa de... —No llegué a decirlo. El café apurado y la taza vacía rodando en mis manos me hicieron tomar conciencia de que estaba alargando la escena con toda intención. La dejé sobre la mesa y me puse en pie—. Tengo que irme.

Ni siquiera me atreví a preguntar la hora. Si mi madre había llegado para encontrarse solo y desatendido a mi padre, me ganaría una buena bronca. Pero me veía capaz de soportarla. Durante aquel puñado de minutos inolvidables, Luca había sido solo mío. Y parecía a gusto.

Se levantó también y me di cuenta de lo cerca que estábamos. Se me aceleró hasta el alma.

—Me vas a dejar que te acompañe.

—Si no está muy lejos...

Estiró el brazo y rodeó el mío.

—No hay negativas que valgan. La lluvia va a peor y si te presto mi paraguas saldrás volando como Mary Poppins. Así que te acompaño. Quédate el jersey, ya me lo devolverás otro día.

«Otro día» sembraba las reglas de una competición que disputaríamos en un futuro cercano. Intimaríamos, dejábamos poco a poco de ser extraños para convertirnos en otra cosa mucho más grande. Agaché un instante la mirada y cuando la volví a subir, la mano de Luca reptaba por la línea de mi mandíbula. Estuve a punto de caerme de bruces al suelo.

—Eres muy dulce —decía, mientras sus dedos aleteaban en busca del hueco de mi cuello, bajo mi oreja.

¿Dulce, yo? Qué lejos me quedaba el adjetivo. O no. ¿Y si después de todo, Marta «la vinagres» fuera dulce solo para él?

Me besó la mejilla. No solo no me lo esperaba, sino que el impacto de la sensación, tan intensa, me aturdió del todo. Ya me habían besado ahí antes, pero nunca los labios habían sido tan mullidos y húmedos, nunca se habían cerrado sobre mi piel para luego abrirse y proporcionarme una suerte de cosquilleo que me mareó. Nunca un simple beso de amistad había sido tan premeditado y tan lento y, sobre todo, jamás me había provocado un incendio en la entrepierna como me produjo aquel.

Lo peor es que no se detuvo allí. Noté sus labios furtivos, vino un segundo beso, más cerca de las comisuras, que me nubló el entendimiento. Tuve que agarrarme de sus brazos para no trastabillar. Y un tercero, que encerraba promesas que costaba creer. Directamente en la boca.

Mi cuerpo y el suyo se buscaron por instinto. Había soñado una y mil veces con un beso

romántico como aquel, con unas manos fuertes como las suyas ciñendo mi cintura y una lengua recorriendo despacio mis rincones, acariciando la mía, mis dientes. Mordisqueó mi arco de Cupido, jugueteó con mi labio superior y lamió en horizontal toda mi boca. Su erección se apretaba contra mi vientre y la presión que se concentró entre mis muslos llegó a mis pechos, endureciendo mis pezones, sensibilizando la piel de tal modo que allá, donde tocase, Marta se deshacía igual que hojaldre recién hecho.

—Tengo que irme —gemí contra sus labios.

—Te acompaño —respondió aún pegado a los míos.

Salimos de la trastienda bastante azorados, sobre todo yo, que no podía dejar de temblar y necesitaba con urgencia calmantes para un sexo alborotado, con hambre de cinco años. Caminamos hasta mi casa, enlazados por la cintura bajo el paraguas, pero en silencio. Deseábamos hablar pero no sabíamos acerca de qué. Me preguntaba si llegados a ese punto estábamos más cerca o todo lo contrario. Pero cuando me dejó en el portal de casa, volvió a besarme. Esta vez, de forma algo más acelerada y pasional. Incluso percibí algún gruñido ronco por su parte que me excitó hasta mis inexplorados límites. Había ocurrido. Había ocurrido y apenas podía creerlo.

Tras los besos robados, el intercambio de sonrisas en la biblioteca se prolongó en los días venideros, sin pasar a mayores. Allí lo único que crecían eran las palomitas de mi estómago, cada vez que aspiraba su aroma. También escalé un grado cuando, literalmente, monopolizó mis sueños: Luca me tomaba la mano, me miraba intenso a los ojos. Intenso. Y me pedía hablar con papá. Llegaba a casa cargado de biografías y mi padre reía alborozado, asegurando que aquel chico era una joya, el mejor yerno que un hombre de bien pudiera desear. A continuación, mi italiano nos dejaba a todos boquiabiertos, arrodillándose y suplicándome delante de toda mi familia perpleja: «Cásate conmigo, hazme el hombre más feliz de la tierra». Yo, por supuesto, decía que sí enseguida, notando que las rodillas se me convertían en flanes. Mi hermana Sandra se pasaba dos días con diarrea por haber perdido todos sus ahorros en la apuesta que en su día hizo con Silvia, de que jamás encontraría a nadie lo suficientemente tonto como para cargar conmigo.

Cuando me incorporé y me senté en la cama, tenía la cara partida en dos por la sonrisa. Luca me había besado, mostrado interés en mí, ya iba siendo hora de que me dejara de sandeces, miedos e inventos. No había novia a la vista, ni otra que lo atrajese, por lo menos no por el barrio, así que... ¡Adelante, mis valientes!

La normalidad que ya conozco

Lo que hago en cuanto cuelgo es llamar a Jo y quedar con ella para comer. Realmente estoy hecha polvo, necesito un hombro amigo en el que llorar y el de Luca trae demasiadas implicaciones. Cómo explicar que lo mío con Abel no iba de romanticismo y momentos tiernos, que era un yugo puramente carnal, físico, hasta sucio a veces, pero muy gratificante. Que me hacía sentir deseada y, por tanto, valiosa. Que disparaba mi ego y lo saneaba. Cómo hablar de eso cuando guardo tanto amor en el corazón. Amor para otro destinatario.

Enseguida descubro la esquina de un libro asomando desde el interior del bolso que Ava siempre deja en el suelo. Miro a un lado y otro, no hay espías en la costa, tiro de él y leo el título:

Ser feliz, sonreír siempre.

Menuda gilipollez. Yo no soy precisamente de sonrisa fácil, pero definiendo que uno se ríe cuando lo siente, de otra manera solo sirve para generar arrugas alrededor del morro. Devuelvo el manual al bolso, porque regresa la china con su boca estirada y los dientes al aire.

—¿Sigues siendo feliz? —ataco con sorna.

—Pues claro.

—¿No te da vergüenza engañarte de ese modo?

Ava parpadea aturdida. Por un instante, su sonrisa perpetua se afloja.

—Quiero decir, ¿es guay ser la segundona, andar enamorada de un tío que tiene otra novia y encima comprarse manuales para sobrellevarlo?

Su mirada asiática se vuelve opaca. No me espero su respuesta tan franca.

—No, claro que no. Hay muchos momentos de humillación y de soledad cuando no eres la oficial. Pero es mejor que nada.

Es mejor que nada. Mira, por una vez en la vida estoy de acuerdo con la pavisosa esta. Sé de sobras que Luca nunca será mío, que contra Miriam y lo que tiene con ella, no puedo competir, pero aunque sea a ratos, será mejor que nada. Estoy dispuesta a callar mi amor, pero no a renunciar a él por completo.

Jo y yo compramos unos perritos calientes en un puesto de la calle Toledo y los saboreamos caminando. La veo pocha, apenas pone brío a su reacción cuando le cuento lo de Abel.

—Será hijo de puta —lo insulta con desgana—, y eso que te juró amor eterno para que lo dejaras volver.

—No me juró nada de eso —la corrijo. Me duele, pero prefiero mantenerme fiel a la realidad,

sin ofuscarme—, Abel es un mujeriego inseguro que aparenta ser justo lo contrario, yo debí saberlo antes de hacerme ilusiones. Bastó exigirle una chispa de compromiso para que se cortocircuitara.

—Todos los tíos son unos cabritos.

Oh, oh. Me fijo en su cara crispada, los ojos inflamados y enrojecidos. ¿Cómo no lo he notado antes? Soy una egoísta llorona que solo se mira el putito ombligo.

—¿Todos? ¿Qué pasa con Simón?

—Me ha dejado —confiesa por fin antes de derrumbarse. Acabamos sentadas en el escalón de un portal antiguo, abrazadas como dos adolescentes decepcionadas por la vida.

—¿Cuándo? ¿Por qué no me has llamado, ni me lo has dicho?

—¿Para qué? ¿Para que me soltaras un «te lo dije»? Me advertiste, todos me advertisteis y no quise escuchar a nadie. Fui de lista por la vida y ya ves, castañazo de cara.

—Créeme, los consejos ajenos no sirven de mucho si estás enamorada.

—Ahora, aquí me veo, esta sórdida historieta va a convertirme en el hazmerreír del departamento. Supongo que ya estarán acostumbrados al usar y tirar del señor profesor meritorio y sus becarias, pero es tan..., tan... humillante... —Se tapa el rostro con las manos—. Y tengo que seguir acudiendo a su despacho cada día, verle indiferente, ya mismo interesado por otra... No voy a poder soportarlo.

Le cojo la mano y se la froto con cariño.

—¡Eh, vamos! No es el fin del mundo.

—Para mí, sí.

—Todos los refranes son ciertos, Jo, y donde tengas la olla no metas la polla.

Muy a su pesar, suelta una carcajada.

—Haz como yo, de momento, la única esperanza que me mantiene viva con relación a Abel, es que se le caiga el pelo, le crezca la panza como a una preñada y se le defuncione la próstata cuanto antes.

—Joder, Marta.

—Bueno, no será muy noble, pero es un comienzo. Y tu Simón tiene más años, así que fijo, su próstata caerá antes. Estarás ahí, relamiéndote para verlo.

Así, de repente, tira del cuello y me mira como si le hubiesen inyectado adrenalina directamente al corazón.

—Deberíamos montar una fiesta.

—Una fiesta. ¿Para celebrar qué?

—Nuestra soltería, la de las dos. La apertura a mil nuevas oportunidades.

—Qué bochorno, me niego a montar algo con ese lema. ¿Qué falta hace reconocer en público que nos han plantado?

—De acuerdo, entonces podríamos hacerla en honor a tu... nuevo apartamento.

Abro desmesuradamente los ojos y mis cejas se arquean con asombro.

—¿Nuevo? Llevo meses viviendo en él.

—Pero jamás lo has inaugurado —sus ojos han recuperado parte del entusiasmo perdido—, venga, di que sí; di que montaremos la fiesta más guay del último siglo y nos pillaremos la cogorza mundial.

—¿En mi casa? —Joanna asiente—. ¿Has comprobado las dimensiones? Caben veinte personas de canto, ni una más.

—Son suficientes para crear ambiente. Podíamos exigir un disfraz, organizar algo temático...

—No, nooo, por favor, no lo embrolles más, me estoy cansando solo de escucharte.

—Deja que yo la organice, tú te limitas a colaborar y a darme cobertura. —Se pone muy seria cuando me coge la mano—. Marta, nos vendrá bien distraernos, ya hemos llorado demasiado.

Suspiro porque está cargada de razón, divertirse un poco no es malo, que lo mismo con los disgustos se me reproduce la artritis y me voy para el otro barrio sin haber conseguido que la comunidad de propietarios me denuncie por actividades inmorales. Organicemos la jodida fiesta y a ver qué nos depara el destino.

El mío, tropezar una y otra vez con la misma piedra. Un par de días después, por la tarde, Luca viene a visitarme y me atrapa en plena sesión de orden de armarios. Tengo apiladas en el salón cinco mil prendas que ya no uso y que pienso regalar. Mi sueldo mejorado posibilita el que de cuando en cuando adquiera algo, aunque la moda siga sin quitarme el sueño.

—¿Preparo café mientras acabas? He traído un *plum cake* con pasas que está para chuparse los dedos. Es una receta de la *nonna* —me explica.

—¿Lo has hecho tú?

Luca niega con la cabeza y sin hablar. Lo entiendo a la perfección: la divina Miriam también sabe cocinar y se permite el lujo de obsequiarme con un bizcocho para que me restriegue las narices de solterona amargada. Puede metérselo por donde le quepa.

—Ah, ya veo. —Me pongo en pie y contemplo mi desastre con las manos apoyadas en las caderas—. Atenderé mi visita y seguiré luego, esto no es algo que se organice en un pestaño. Ahora recuerdo por qué odio tanto clasificar armarios.

Luca pasa cerca de mi espalda trasteando la cafetera, y deposita un dulce beso en mi sien derecha.

—No reniegues, Vinagres, luego te encanta cuando está todo ordenadito y accesible.

—Puede, pero mira, el esfuerzo no merece la pena.

—Todos los esfuerzos merecen la pena.

El modo en que pronuncia esas palabras me hacen volverme y nuestros ojos se enganchan en un microsegundo. Luca avanza con las manos ocupadas, suelta el bizcocho sobre la mesa, rodea mi cintura y apoya el mentón sobre mi cabeza. Yo dejo descansar la mejilla contra su pecho y nos quedamos así, quietos, respirando el mismo aire, participando del calor que empieza a subir. Luego me obliga a levantar la cara sujetándome la barbilla y, cuando creo que va a besarme,

cierra los ojos, suspira hondo y adosa su frente a la mía.

—Siempre protestando, bicho, siempre protestando —me susurra ronco.

—Será porque la vida es una mierda —replico, adivinando qué pasará a continuación.

No me equivoco. El riego no me alcanza para apartarme a tiempo y evitar que me cace entre sus brazos. Soy prisionera de mi propio deseo. Me estrecha contra sí y me asalta la boca con un beso apasionado y vibrante que me hace temblar. Salto y enrosco las piernas en torno a su cadera, los brazos alrededor del cuello. Noto su erección contra mis muslos, empiezo a jadear con el vello de punta por las ganas. Ya estamos otra vez creando caos.

—Olvídate del café.

—Sí, eso pienso yo, ya lo tomaremos después.

Ese «después» suena de lo más prometedor. Acurrucada en sus brazos, llego hasta mi cama. Él se acomoda a mi lado y yo cierro los ojos entregada al abandono más feroz. Quiero regalarle mis besos ahí abajo, le arranco el bóxer, atrapo el tronco erecto con la mano y deslizo la lengua por la punta. Luca se tensa y suelta una expresión sensual y seca que resuena por todo el dormitorio. Rodeo su pene con mis labios y empiezo a chupar con más brío. Esta situación, sobre todo cuando me acaricia el pelo, trae a mi memoria la trastienda de una biblioteca. Dejo que salga de mi boca y, a continuación, empujo y lo llevo hasta lo más profundo de mi garganta.

—Bicho... Bicho, no pares...

No pienso parar. Me siento poderosa y ama. Está duro, a punto de estallar, no me importa que lo haga, quiero verlo saciado y feliz y, si ha de ser entre mis labios, que lo sea. Ahora acompaña mi movimiento con suaves embestidas.

Y, de repente, se aleja.

—¿No te gusta?

—Más que eso —está poniéndose un preservativo—, pero ni quiero terminar tan pronto ni quiero correrme sin ti.

Trepa por mi cuerpo arriba y me besa toda. No deja un solo centímetro de mi piel sin recorrer. Palpa mi sexo empapado y desliza un par de dedos en mi interior. Me arqueo al borde mismo del precipicio y para cuando introduce el tercero y el pulgar presiona la zona más sensible, desencadenando pequeños calambres, me convierto en una llama incandescente.

Me gira con facilidad, me pone sobre su vientre a horcajadas y me empala. Tengo ganas de gritar el placer que me recorre. Me retuerzo así, unida, fusionada, inclinada hacia delante con las manos apretando su pecho; la derecha, extendida sobre su corazón, que bombea incansable. Las pupilas atadas, las bocas húmedas y entreabiertas. Los orgasmos llegan con un intervalo de breves segundos y son indescriptibles.

Me levanto porque no me queda otra

Volteamos sin separarnos y permanecemos de costado, mirándonos con fijeza. Mi pierna cabalga sobre su cadera para mantener la cercanía.

—Bicho...

—Humm —respondo con un gruñido adormilado.

—Tenemos que hablar —dice en un susurro. No quiero escucharlo, no quiero y, sin embargo, pregunto:

—¿De qué?

—De lo que ocurre cada vez que nos quedamos a solas.

—Ah —apunto sin ganas—. De este pecado monstruoso que cometemos.

—No lo llames así. Pero hace mucho que traspasamos la línea de la lógica y todos los límites.

—No quiero lógica y odio los límites.

—¿No te sientes mal? ¿Mal pero de puta madre? Yo me siento horrible y en el cielo, todo al mismo tiempo.

—Bueno, no soy yo quien engaña a su novia. Si tú no lo consideras una abominación...

Me obsequia con un pellizquito en la mejilla y me aprieta un poco más. El calor que emana de su cuerpo es balsámico.

—Nada que tenga que ver contigo sería una abominación, en la vida, pero de verdad que tenemos que hablar, esto no puede seguir así.

—Tú estás con Miriam —resumo como si eso explicase gran parte de este embrollo.

—Podría dejarla, deberíamos intentarlo, se nos da bien esto de estar juntos.

Me envaró. Nos adentramos en aguas turbulentas. Ciénagas pantanosas que ya conozco. Sé que oferta la posibilidad, porque cree que es lo correcto, no porque lo tenga nada claro. Al pasado me remito, ya hemos cruzado este puente muchas veces y él nunca miró hacia abajo. ¿Por qué ahora?

—No te confundas. Se nos da bien ser amigos con derecho a roce. De verdad que no quiero nada más, Luca, te lo juro.

—¿Estás segura? Porque yo también tengo miedos.

—¿Tú? ¿Cuáles?

—Miedos que me da miedo contarte, miedos tontos, miedos de cuando todavía era un niño, pero por ti soy capaz de ponerlos en cuarentena. Oye —me coge la barbilla y me obliga a mirarlo—, si luego no sale, de acuerdo, al menos lo habremos intentado.

—¿Y qué perderemos en el camino? Romperíamos esta amistad maravillosa. Yo te necesito así

como te tengo, Luca, ¿no lo entiendes? No podría perderte, no podría soportar que desaparecieras de mi vida. Si construyésemos una relación corriente y luego se estrellase, todo sería distinto, incómodo... No sé si quiero correr el riesgo.

Al separarme siento cómo la parte de él que aún anida en mi interior, se escurre y se pierde. Salgo de la cama y me cubro con la bata. Prefiero conversar mirando a la pared, porque de repente me siento sucia e indigna.

—Cada pareja tiene sus reglas, los amantes, los amigos... ¿Por qué no ser algo que no tiene nombre? ¿Qué más da? Mientras Miriam no se entere seremos felices.

Ahí la tenéis. Mi mancha terrible.

—¿Y si Miriam se entera?

Lo miro por encima del hombro. De algún modo que no acierto a explicar, Luca pertenece a mi universo, a mi cama. Allí donde lo veo ahora, es donde únicamente está bien, pero dentro de mis términos y condiciones que, vale, no obedecerán al corazón, pero sí a lo que a él le conviene. Aunque todavía no lo sepa. Me doy la vuelta muy despacio.

—Entonces tendrás que tomar una decisión, dejarla o convencerla de que te perdone. Pero una cosa que te quede clara: tú y yo nunca seremos eso que, por tradición, la gente llama «novios».

Las visitas de Luca se suceden veloces. Casi estoy olvidándome del indeseable de Abel, que no ha vuelto a aparecer, gracias a los ratos impagables que comparto con mi alma gemela. Tenemos un acuerdo tácito de no hablar, de no nombrar a su novia, mi amiga, de no plantearnos qué pasará mañana. Somos adultos, nos necesitamos, el deseo parece gobernar nuestra razón en cuanto nos vemos, el ambiente se vuelve tan eléctrico que podría iluminarse una ciudad completa. ¿Qué culpa tengo yo de trastornarme así con un simple suspiro? Cada vez que me atacan los remordimientos, en cada ocasión que me culpo por lo que estoy haciéndole a Miriam, me digo que yo llegué primero, Luca fue mío antes de aparecer ella, si hay una ladrona que debería disculparse, es Miriam, no yo. Además, nunca pretendí robárselo. Lo que él y yo tenemos es... otra cosa. Una cosa sin nombre pero grande. Muy grande y muy nuestra.

Con todo, la tarde que bajo del bufete envuelta en una bufanda nueva y me la encuentro esperándome en la calle, mi estómago forma un apretado nudo.

—¿Qué haces por aquí? —Trato de disimular, disparo dos rápidos besos en sus mejillas que van a parar al aire y le miro la cara pálida—. ¿Casualidad o vienes a invitarme a café? Está helando.

—Hace frío, sí, vamos a comer. Necesito hablar con alguien.

—¿Y ese alguien soy yo? —me extraño. Ella asiente lentamente con la cabeza—. La verdad, Miriam, con lo popular que eres no entiendo que me busques precisamente a mí, sabes que lo mío no son el positivismo ni la alegría, que llamo a las cosas por su nombre y además estoy en fase depre, me ha plantado el novio.

—Ya, bueno, pero así y todo, eres la persona que mejor conoce a Luca.

Es oír su nombre y alterárseme el pulso. Me quedo tan parada que cuando mi móvil empieza a sonar, doy un respingo. Compruebo la pantalla y bloqueo la llamada. Miriam me interroga con dos pupilas sedientas.

—Mi madre. Desde que estoy soltera y sola en la vida no para de atosigarme. Cada vez que me pregunta «¿qué haces?» no cabe responder más que «aquí, respirando». Cualquier otro comentario que haga destapa la caja de los truenos, la tendré horas y horas criticando e imponiéndome su criterio. No, gracias, no necesito eso, soy chica de pocas palabras y muchos cojones.

Miriam abre sus ojos verde manzana con algo que se parece peligrosamente a la admiración.

—Eres audaz, Marta.

—¡Anda ya! Tú estás majara.

—Te caes, más bien te hacen caer, y te levantas. No importa el dolor, vuelves a empezar siempre; es admirable.

—Déjate de monsergas, me levanto porque no me queda otra. ¿Acaso tú no lo harías?

De repente, se echa a llorar y yo no sé cómo ocultarla de las miradas curiosas de la gente que nos sobrepasa. Al cruzar la calle hay una cafetería un poco cutre, pero nos resguardará de las bajas temperaturas y de los mirones cotillas. Espero a que el semáforo nos permita el paso, y la arrastro conmigo pese a que me saca una cabeza de altura.

—Venga, mujer, ¿qué te está pasando?

—Si Luca me deja no seré capaz de reponerme como tú lo haces con Abel —relata entre hipidos y pañuelos revueltos.

Trago saliva y pido dos cafés con leche. Empiezo a sentirme como si llevase una diana en la frente.

—¿Por qué iba a dejarte Luca?

—Hay otra, Marta, hay otra mujer, estoy segura.

Su declaración me cae encima como una lluvia de lava hirviente. Dejo de respirar, me muerdo el interior del labio, congelo los músculos faciales para que las emociones no me traicionen. Pero estoy al borde del colapso.

—¿En qué... te basas para...? —balbuceo confusa y asustada.

—Ha cambiado, su humor, su atención, el modo en que me trata, no es el mismo, parece un extraño que convive conmigo por casualidad. O por costumbre, no sé qué es peor.

—Mujer, puede ser una simple crisis, ya sabes lo que dicen del desgaste de la convivencia... Ya lleváis un tiempo.

—No, no es eso, vivir juntos, entre nosotros siempre ha sumado. Lo pasamos bien, compartimos aficiones, nos reímos...

Aprieto los párpados y rezo para que no se empeñe en facilitarme detalles dolorosos que no necesito.

—¿Lo has pillado? Quiero decir, con otra, mensajes, correos, ese tipo de pistas —indago con voz estrangulada.

—Nada. Y créeme, he registrado cada rincón de sus cajones, su ordenador, su móvil. Qué vergüenza, jamás pensé que caería tan bajo, siempre juzgué mal a las mujeres que espiaban a sus parejas y mírame.

Ladeo el cuello, más que nada, por ganar tiempo. No sé qué decir, me he quedado sin ideas geniales. Temo que si hablo se me note, y cada frase suya prende fuego a mis nervios.

—¿No te parezco patética?

Vuelvo a doblar la cabeza, esta vez para el lado contrario.

—¡Dime algo!

—Joder, Miriam, soy malísima dando consejos, ¿qué quieres que te diga? No me pareces patética, me pareces una mujer enamorada buscando respuestas.

Hala. Ya lo he soltado.

—Pero tú no lo hiciste con Abel.

Coño, es cierto, no lo hice. Igual es que no estaba enamorada...

—Cada cual resuelve sus cuestiones como puede, y lo mío es ser bruta en estado puro. Los cuernos de Abel con su novia del pasado me pillaron desprevenida; luego resulta que medio Madrid lo había visto, pero nadie me advirtió e hice el canelo hasta el final. No sabes la alegría que te entra por el cuerpo... Y nótese la ironía en mi tono.

—Odiaría que me pasara eso. Si se ha enamorado de otra exijo saberlo, tengo que luchar — exclama poseída por una desenfrenada pasión. La comprendo, de ser ella, yo, por Luca, también sacaría las armas y pelearía hasta perder la piel a tiras—. ¿Entiendes?

Trago de nuevo, o lo intento. Ostras, qué pelota más densa y más dura, alojada en la garganta.

—Entiendo.

—Habla con él, Marta, eres su mejor amiga, te quiere y te respeta, a ti te lo contará.

Se me eriza el vello de la nuca. No puede cargarme con semejante regalito, no, nada de eso.

—No cuentes con ello, con infidelidad de por medio, los tíos no se confiesan con sus amigas, en todo caso, se abren a otros tíos.

—Por favor, Marta, eres como una hermana para él, te lo pido por favor. He intentado que me cuente, le he preguntado de mil formas, pero insiste en que no le pasa nada.

—Igual está agobiado con el trabajo —aventuro sin mucha convicción. Lo de que soy como una hermana acaba de dejarme fuera de juego.

—En la cama ya no es igual, sus caricias, su entrega... Nada es lo mismo.

Me mata la imagen, pero al tiempo no puedo evitar sentirme orgullosa. Lamento ser una cerda que se alegra de lo que oye, porque es por mí; todo ese terremoto lo están causando sus sentimientos hacia mí. Ahora falta saber hasta qué punto son fuertes, sólidos, si lo suficiente como para dar una patada y poner su cómoda vida patas arriba, o significo un mero consuelo frente a la monotonía de su rutina en pareja. A cada segundo estoy más confusa. Quiero tenerlo, pero odiaría que lo dejara todo y viniera. No soy lo que le conviene, eso lo sabemos todos menos él, que es el interesado. Me toca salvar a Luca de sí mismo.

—Sé que me adora —continúa Miriam—, si reacciono a tiempo, si no permito que lo que quiera que esté pasando se consolide, podré recuperarlo, estoy segura.

Sus palabras me golpean con brutalidad, igual que un puño. Percibo que mi costra de animadversión contra el mundo se engrosa. Al fin y al cabo, en cualquier momento, Marta podría volver a ser la moribunda con los días contados y... no quiero eso para Luca, no lo quiero. Debería recordarlo cada vez que parpadeo.

—Pienso lo mismo —me desbarato como hielo fundido—. Hablaré con él, aunque no te prometo nada.

Enfrentadas para siempre

(Mis recuerdos...)

Siete años antes.

Recordando los consejos del ATS del barrio, añadiendo al cóctel mis sufrimientos mudos y el hecho de haber cumplido ya los dieciocho, me encaminé al hospital a hacerme un chequeo que desvelara el origen de aquellos intensos dolores. Me hicieron un sinfín de pruebas que tuve que fragmentar en mil visitas para que nadie sospechase. Mi enfermedad era rara, algo parecido a la artritis reumatoide, pero diferente; y me recetaron media tonelada de medicamentos que tomaba cuando nadie me veía. No me preocupé por estudiar los síntomas, de hecho, ni siquiera quería indagar, el diagnóstico tenía un nombre feo que sonaba a gente mayor. Apenas me extrañó que me tocara en suerte. Y apenas me sentí miserable, es curioso el poder innegable del amor. Con Luca a mi lado, podría superar cualquier cosa. Cualquiera, por horrible y espantosa que pareciera. Esa ilusión me daba fuerzas, de modo que no se lo conté a nadie. Ni siquiera me conté a mí misma que padecía algo incurable que carcomería poco a poco mis articulaciones hasta dejarme postrada en una cama. Escondí el historial médico en el fondo de un cajón y sonreí insensata porque estaba enamorada.

En esas, apareció mi madre reconvertida en marca patentada con patas. La satisfacción por lo que quiera que le hubiese pasado ese día se le salía por el moño. Y lo que quiera que le hubiese pasado, iba a contárnoslo con pelos y señales a la hora de comer, si la conocería yo. Por unas horas, volvió a ser el ama de casa de siempre, se colocó el delantal y se hizo cargo del almuerzo, como fue su costumbre hasta la dichosa decisión de los trajes de fiesta, el vuelco espectacular de su vida y, de rebote, la de todos nosotros.

—El negocio va viento en popa a toda vela —anunció pletórica, aunque estuviese friendo boquerones—. ¿No es así como se dice?

—Estuve pensando, Maruja —intervino mi padre—, que podría echarte una mano, para que no lo lleves todo encima. —«Para no sentirme tan inútil y desplazado», interpreté yo.

—¿A qué te refieres exactamente? —Para mí que el tono fue un tanto cortante.

—Llévate la contabilidad del negocio, por ejemplo. Soy capaz de hacerlo.

Mi madre se tomó su tiempo antes de contestar.

—Bueno, no sería mala opción, pero Luisito ya me ha buscado un contable, dice que es de los

mejores.

—No lo dudo, pero habrá que pagarle —prosiguió papá esperanzado—. Yo lo haría gratis.

—No sé, Julián, después de todas las molestias que se ha tomado, comprenderás que me dé apuro rechazárselo. Dice que puede hacer de «Maruja Torres» una marca exitosa.

Esa gilipollez pudo conmigo y exploté.

—Me pregunto qué tendrá que ver un triste contable con las campañas de marketing y publicidad de las empresas y con las ventas —Todos los ojos de la mesa se clavaron en mí. Traté de arreglarlo—. Vaya, que no es su trabajo precisamente.

—Ya salió la de las ideas geniales —farfulló mamá en plena pelea con la sartén del pescado. Me temo que la estaba sacando de sus casillas.

—Es que a mí me parece genial que papá se ocupara de tus cuentas, al fin y al cabo es una contabilidad sencilla que...

—¡Es que no se trata de mis cuentas, sino de nuestras cuentas! —gritó mi madre, girándose en redondo y crucificándose con los ojos.

—¿Nuestras...?

—Sí, nuestras, las de la sociedad —chilló en agudo.

—¿Qué sociedad? —me asombré.

—Eso, ¿qué sociedad? —me siguió papá tan desconcertado como yo.

Mi madre no respondió y le pegó una buena paliza a los boquerones, espumadera en mano, hasta que volvimos a oír su voz.

—El padre de Luisito es mi socio. El propio Luisito con nuestra Silvia, tienen otro pedazo de la empresa. «Maruja Torres» estaba creciendo demasiado y demasiado deprisa, yo me quedaba corta —vomitó de golpe. Los dos abrimos la boca. Papá palideció.

—No me habías dicho nada de ese reparto. Más que un taller de costura parece un queso —apuntó con voz temblorosa.

Ella se volvió con la fuente de fritura en las manos y los ojos llorosos. Inmediatamente me sentí culpable por haber propiciado la escenita.

—¿Para qué? ¿Para que reniegues y hagas un mundo de algo que, de todas formas, tenía que suceder? Suerte que han sido ellos, que al fin y al cabo son decentes y casi familia nuestra, peor hubiera sido pasarle el trabajo de mi vida a unos extraños por necesidad —gimoteó mamá.

Ví a mi padre hundir la cabeza, desolado porque lo dejaran aparte como un trapo viejo. Supe enseguida cómo se sentía y se me rompió el corazón. Mi madre plantó el plato de pescado sobre la mesa con un golpetazo, se desanudó el delantal de un tirón y desapareció por el pasillo lloriqueando. Esperé a que la puerta de su cuarto se cerrara con un estruendo, para respirar.

—Así que ahora pertenecemos a la familia del pijo ese, del pelo acaracolado —resumió papá muy despacio.

—Recemos para que Silvia y él no se peleen —musité echándole una ojeada de asco a los boquerones fritos. Tenía una pelota dura alojada en la garganta, a ver quién era la guapa que

comía.

En cuanto a Luca... Bueno, dejé pasar tres días para no hacerme la pesada, los besos no habían vuelto a repetirse, tenía que leerme el libro o no habría excusa que valiera para acercarme por allí. Solo si papá terminaba con Napoleón, podría adelantar el día de la visita por una buena causa que nada tenía que ver conmigo. Lo malo es que leía a velocidad de tortuga. Según él, se recreaba en cada frase. La verdad, veía menos que un gato de escayola y perdía el rato restregándose los ojos irritados. Desde ese instante, aceché a mi padre cada minuto que no lo pillaba leyendo.

—¿Qué tal te va con el libro que te traje? —pregunté como si nada.

—Fantásticamente —respondió con parsimonia, sin despegarse apenas de su lectura—, es muy entretenido.

Ahí quedó todo, no fui capaz de sacarle ni una letra más.

Deambulé un rato por la casa, hice las camas, cambié las sábanas y, cada vez que pasaba de un cuarto a otro, le lanzaba miradas subrepticias. Calculaba la diferencia de grosor entre las páginas leídas y las que faltaban por leer. Finalmente no pude más, y me metí en el salón armada con una bayeta fingiendo limpiar el polvo.

—¿Tú eres de los que leen rápido?

—¿Qué? —reaccionó pasados unos segundos.

—Que si eres de los que leen deprisa.

—No tanto como tú. Debo reconocer que me ha sorprendido tu voracidad. —Y volvió a sumergirse de lleno en la lectura.

Voracidad tenía yo despertándome dentro, pero por cosas bien distintas. No podía quitarme a Luca de la cabeza, su cuerpo glorioso, su boca perfectamente dibujada, sus ojos añil... Y las ganas de que se me metiera bien dentro. Bajé al supermercado a pertrecharnos de unas cuantas cosas y dejándome llevar por un arrebató de autocompasión, incluí en la cesta una tableta de chocolate de las que hacen aullar a mi madre. Me la merecía, por lo requetemal que lo estaba pasando. Me dolían tanto las piernas que ya ni podía subir las escaleras. Cuando terminé de vaciar las bolsas, mi padre aún guardaba silencio bien acoplado en su sofá.

—Papá, ¿qué te queda de Napoleón? Querrás empezar pronto otra biografía.

Me miró, cansado de que le apretara las tuercas.

—¿A qué vienen esas prisas? Voy por la página cincuenta y tres.

—¿Y cuántas tiene el libro?

—Doscientas veinticinco.

Se me fue el alma a los pies.

—Vaya —mascullé—. Vas lento que te mueres. ¿Y si son las gafas? —Se las arranqué de un tirón—. ¿No tendrás puestas las de lejos? —Las miré al trasluz.

—No creo que tenga ningún fuego que apagar, si fuera bombero no estaría cojo. Además, si

corro me olvido del contenido, no me da tiempo a asimilarlo. Trae acá esas gafas. —Se las devolví de mala gana.

—Perdona que te lo recuerde, pero nadie te hará un examen sobre Napoleón cuando acabes — dije con algo de reticencia. A mi padre pareció hacerle gracia mi preocupación.

—Deja que lea a mi ritmo. Si quieres ir a ver a tu amigo, ve, pero a mí no me metas en tus fregados.

Me escondí en la cocina. A mi padre no había quien le tendiera una trampa y a mis intenciones se le veían hasta los encajes de las enaguas. Yo era así, sencilla en el interior y en el envoltorio. No me quedaba otra que ver pasar el tiempo hasta que fuera razonablemente lógico pasarme por la biblioteca. Pero los días se arrastraban lentos, me desquiciaban. Papá continuaba en la batalla con Napoleón y ya ni me daba conversación. Me puse una mascarilla de arcilla en la cara, me tumbé en la cama con música New Age y a su arrullo comencé a adormilarme. En mi ensoñación se mezclaron imágenes sueltas de Luca en actividades altamente eróticas, con escenas en las que papá, con sus dos piernas perfectamente sanas, nos deleitaba con una barbacoa al aire libre. Mamá era la de siempre y Luca, en su calidad de hijo político, aplaudía los chistes de la familia. La perfección de una postal.

El alarido estridente de costumbre me sacó de mi cuento de hadas.

—¡Despierta, marmota, mamá ha traído pasteles! —Era Sandra, abriendo de sopetón la puerta de mi dormitorio, a punto de empotrarla contra la pared.

Salí al comedor arrastrando los pies y con la mascarilla todavía puesta. Debí de cortarlos en mitad de una discusión, porque mamá parecía acalorada y papá congestionado hasta las orejas. Además, me vieron con la cara embarrada y nadie se partió de risa.

—¿Pasa algo?

—Tu madre quiere que cambiemos a Sandra de colegio —recitó cansado mi padre.

—Es la mejor idea que he tenido en mi vida, parece mentira que no lo admitas —le recriminó ella volviendo a olvidar que yo estaba de pie, frente a los dos, como un pasmarote.

—¿Ha pasado algo? ¿Tiene algún problema en clase? ¿La acosan o le roban el bocadillo del desayuno? —intervine con ánimo de esclarecer el misterio. Soné cínica, la verdad. Y me importó un carajo.

—Nada de eso, me gustaría que al menos una de mis hijas recibiera una educación mejor, mira qué simple —puntualizó mi madre con voz dura e inflexible.

—Silvia y Marta han ido a esa escuela y, que yo sepa, no tenemos de qué quejarnos.

—Es un colegio público —criticó mi madre. Desde luego, un año atrás no se habría horrorizado.

—¿Quieres enviarla a un colegio... privado? —Se me atragantó la última palabra— ¿Hay dinero para eso?

—Eso mismo he preguntado yo —convino papá con amargura—, pero últimamente tu madre no tiene más que secretos.

Me giré y la enfoqué directamente a ella. Pareció incómoda. En la mesa, no muy lejos, el objeto del crimen, Sandrita, se ponía tibia a bizcochos.

—¿Hay dinero para algo así? —inquirí muy seria.

—Me mato a trabajar para que mi familia prospere y os lo tomáis como una ofensa. —Desvió los ojos hacia mi padre y supe lo que se avecinaba, iba a derramar toda su frustración y a culparlo —. Si en su momento hubieses luchado por un puesto de trabajo mejor, no nos estaríamos sorprendiendo, muchas cosas no habrían pasado y las tres habríais recibido una educación digna.

—Mamá, la educación que Silvia y yo hemos recibido no es...

—Puede mejorarse —sentenció doña Maruja con brusquedad.

De acuerdo, todo en esta vida puede mejorarse. Y no era ningún pecado que, si ahora gozábamos de mejor fortuna, la hermana que quedaba se beneficiase dentro de unos términos. Pero se me retorció la buena voluntad y no pude evitar pensar que algunos se estaban aprovechando más y mejor que otros del cambio de aires. Mamá malinterpretó mi silencio, como de costumbre.

—Lávate esa cara. No hay mascarilla que te la cambie —escupió resentida.

Fue uno de los pocos momentos de mi vida adolescente en que recuerdo haberme revuelto como una bicha enjaulada. Por lo general, si mamá se cabreaba, no había titán que pudiese con ella, pero ese día conseguí ponerme a su altura. Un áspero instante en el que entendí qué la irritaba tanto de mí: que me pareciese a mi padre. No me malinterpretéis, ella lo amaba, pero también lo culpaba de no darle una vida mejor, con más comodidades. Mirándome a mí lo veía a él, conformista, poco ambiciosa o dispuesta a pisar a nadie. Algo se rompió dentro de mi alma, nos distanciaba una brecha insalvable. La mujer que me había engendrado y una hija que no parecía suya. Apreté los puños y le metí la nariz entre las cejas, chirriando rabiosa.

—Si tan insoportable te resulto, podrías emplear algo de ese dinero que ahora te sobra en hacerme la cirugía estética. ¿A qué abuela prefieres que me parezca? Hasta podrías conseguir que me trasplantasen el moño.

Y me marché de allí para encerrarme en el cuarto de baño, quitarme la mascarilla e inflarme a llorar. A grito pelado. Por el pasillo oí a mi madre decir con voz desapasionada: «Pobrecita mía».

Fiesta de disfraces

Soy incapaz de plantear la cuestión siquiera. No es que no recuerde mi promesa a Miriam, pero en lugar de cumplirla, me entrego a Luca en cada encuentro, temiendo que sea el último. El terror de perderlo dispara mi adrenalina y convierte nuestra cama en un cuadrilátero donde lucho por mi vida. Sospecho que está enganchado a mí, pero no sé cuánto ni cómo, ni hasta qué punto. El pacto de silencio que sellamos al comienzo de esta relación clandestina e irregular se mantiene y no me permite preguntar, así que cierro los ojos, me niego a ver lo horrendo de la realidad y fantaseo con que algún día no muy lejano, yo esté curada por completo y el hombre que me hace el amor entre susurros se dé cuenta de que no puede vivir sin mí y lo deje todo sin volver la vista atrás.

Olvido que yo misma impuse estas crueles reglas, que si sufro es por mi culpa. Sé que me engaño pero, a veces, engañarse es la única manera de sobrevivir.

Jo ha comprado un montón de cadenas, globos de colores y varias tartas de esas de repostería creativa que tanto se llevan. Una contiene una réplica perfecta del salón de mi casa, todos sus muebles en miniatura que hacen las delicias de los invitados, aunque terminamos peleando por las butacas de floripondios. La otra es una enorme cabeza de unicornio. Hay comida y bebida en abundancia, he preparado una fuente de ensaladilla rusa y tres tortillas de patata que no me salen nada mal; la música ruge y amigos y conocidos, conforme llegan, me entregan obsequios. No sé qué cara poner cuando me regalan algo, lo paso fatal. Mi amiga estuvo conmigo desde la mañana adornando la casa para la fiesta y luego se marchó a vestirse. No me espero que regrese disfrazada del Cleopatra, del brazo del perverso Simón, alias «Julio César», haciéndose carantoñas. Demando información arqueando las cejas y ella aprovecha la primera oportunidad para cuchichearme cerca del oído.

—Hemos vuelto, me quiere, no puede vivir sin este cuerpo mío de diosa del sexo.

Menudo cabrón. No me creo nada.

—Oh, no. —Me tapo la cara con las manos porque prefiero no ver lo que se avecina.

—¿Oh, no? Oye, guapa, tú eres la reina de las segundas oportunidades, apuesto lo que quieras a que si Abel volviera arrastrándose lo aceptarías sin dudar.

—¿Lo harías?

La voz grave y sensual que me asalta por la espalda y me hace vibrar no debería haber oído esa especie de maldición que acaba de echarme Joanna. Luca parpadea vestido de romano, y sus ojos rasgados me fulminan sin intención, pero con resultados.

—Claro que lo haría —se adelanta Jo— y es comprensible. ¿Quién prefiere estar sola y desangelada a tener un Apolo en su cama? Nadie, solo una majara.

«Pues debo de estar completamente desquiciada», pienso.

Simón llega a recuperar a su reina egipcia y repasa la indumentaria de Luca con cierta envidia. El profesor es atractivo pero no puede compararse con mi veneciano, que va rompiendo bragas y corazones allá por donde camina.

—No hemos sido muy originales, me temo —silabea mientras besuquea a mi amiga.

—Odio las fiestas de disfraces —ruge Luca—, supongo que he optado por lo más sencillo.

En eso también nos parecemos: he echado mano de una sábana vieja, la he enrollado en torno a mi pequeño cuerpo, la he sujetado al hombro con un broche de piedras falsas y doy el pego como esposa de Calígula. Luca compone una mueca de disgusto, se hace con un bol de patatas fritas que se pierde en su enorme mano, me dirige una última mirada incendiaria que no sé interpretar y desaparece entre la gente. Dos punzadas se suceden en mi vientre. Esta fiesta va a ser una mierda y no quiero emborracharme y perder la cordura como hago siempre. Seré la anfitriona perfecta que cuida de sus invitados y haré de tripas corazón si lo veo demasiado cerca de Miriam.

Entre el mar de cabezas, diviso a alguien inesperado. Mi hermana Sandra se ha dignado a aparecer en casa, vestida de rojo de pies a cabeza, como una pecaminosa diabla. Antes de poder borrar el pasmo de mi cara, ya me ha abrazado y besado, como si no hiciera casi un año que no nos vemos.

—Ya era hora de conocer tu apartamento, hermanita, lo has puesto difícil.

—Perdona, ignoraba que si no era con una fiesta por todo lo alto, no te dejarías caer por aquí.

—Estoy ocupadísima. ¿A que no te ha contado mamá que prácticamente le llevo el negocio?

—Pues no. Pero ¿tú no estudiabas Psicología?

—Ya, bueno, también, a ratos. No hay prisa. —Con un gesto coqueto y gracioso que yo jamás podré imitar siquiera, le roba la copa de vino a un Frankenstein que le pasa por el costado—. Teniendo en cuenta que heredaré la firma de mamá con todas sus tiendas, no creo que quede espacio para ejercer como loquera.

—¿Que vas a... heredar? —me indigna ese uso del singular—. ¿Y las demás? ¿Qué pasa con Silvia y conmigo? ¿Nos quemas junto al Oso y el Madroño?

Sandra frunce el ceño, gesto al que recurre cada vez que le llevan la contraria.

—A ver si me he perdido algo, tú trabajas en lo tuyo, igual que Silvia, ninguna se acuerda de mamá ni de echarle una mano, y la firma ha pasado por muchos baches, no creas. Si en lugar de ponerte a hacer el tonto en la Universidad hubieras...

—¡Nadie ha hecho el tonto en la Universidad! —me obceco—. Por si no lo sabes, voy camino de ser licenciada en Económicas y cuando ese título llegue, lo habré sacado con mucho esfuerzo, mientras trabajaba.

Se encoge de hombros y la copa de vino la acompaña en su gesto displicente.

—Me parece muy bien, pero eso no cambia las cosas, has pasado de mamá.

Me entran ganas de asesinarla.

—Mamá jamás me ha permitido meter baza en sus negocios, ni soñarlo.

—Tampoco es que hayas puesto mucho empeño —reincide con una risita tonta. Tengo que apretar los puños para no atizarle.

—Mira, Sandra, si has venido a tocarme las narices y a fastidiarme la fiesta te vas a quedar con las ganas. Come, bebe y cuando te canses, te largas. Por mí como si te operas.

Doy media vuelta y huyo. Miriam, que se ha disfrazado de Caperucita Roja, me agarra del brazo y me sigue por entre los invitados hasta la pequeña terraza.

—¿Es tu hermana pequeña?

—Puntualiza: es la impresentable de mi hermana pequeña. ¡Jesús! ¡Qué odiosa!

—¿Hablaste con Luca?

Su interrogatorio me pillla con la guardia baja.

—Esto... sí, se lo he dejado caer en un par de ocasiones.

—¿Y?

—Nada. No suelta prenda. Pero pienso seguir intentándolo, te lo juro.

Miriam me coge las manos y me besa efusiva la punta de los dedos. Por favor, no, que no lo haga, no puedo sentirme peor ni más mala persona.

—Gracias, gracias, tesoro, eres una amiga.

Me emborracho. A la mierda con todo. Ni soy buena persona, ni respeto una amistad, ni siquiera me la merezco. Si la felicidad de Luca está junto a Miriam, me estoy encargando de destruirla y le debo tanto a ese hombre... Se lo debo todo. Probablemente tenga sexo conmigo porque sabe que lo necesito para respirar, debe de ser parte de su plan de «apadrinamiento de una amargada solitaria». Lo suyo es un puto espejismo, no me ama, por su bien no debe amarme, quiero estar segura. Es que a veces, cuando decimos «¡estoy bien!», lo que de verdad queremos es que alguien especial nos mire a los ojos, nos estreche entre sus brazos y nos diga «no, yo sé que no lo estás». Soy de esas, de las que van de duras sin serlo y Luca, mi «alguien» especial. Sabe de mis debilidades, me conoce bien y simplemente aspira a abrazador oficial, para hacer mis horas de soledad menos áridas. El amor que siento por él es mi peor enemigo. Si no lo amara tanto, no me importaría que tuviera un destino horrible a mi lado, ni que se quedara destrozado si alguna vez me voy. Pero no puedo permitirlo, lo quiero demasiado como para destruirlo. De modo que bebo un cóctel tras otro y me río con estrépito de todos los chistes malos que cuentan. Hace mucho que perdí de vista a mi beligerante hermana, lo cual no es de extrañar con mi altura ridícula. Me encaramo a una silla y recorro el mar de cabezas que brindan y ríen, hasta que la localizo..., charlando con Abel, que se ha presentado en la fiesta sin que nadie lo invite.

Salgo disparada en su dirección. Me echan chispas las orejas.

—¡Oye, tússs! —le espeto—. ¿Quién demonios te ha dejado entrar?

—He sido yo —se pitorrea Sandra muy achispada.

—*Imaginarásss* que no *feres bienvunido* en *eshhhta* casa. —Bizqueo al tratar de mirarlo amenazadora. No cuela porque voy pedo total y él acaba de entrar y luce reluciente y sereno como una estrella de cine.

—*¿Bienvunido?* Anda, muñequita, deja que te haga un buen café.

—*¿Te riiiiies* de mí? *¿En mi propia cara-casssa?*

Tropiezo y caigo de bruces en sus brazos abiertos, maldita sea. Encima se permite el lujo de hacer de buen samaritano intentando recogerme. Me lo quito de encima a manotazos.

—Quiero *gue te vayassss* cagando *leshessss*. —Apunto a la puerta con el dedo estirado, aunque lo único que consigo es que Abel, más seguro de sí mismo que nunca, se parta de risa.

—Vale, vale —me torea y se cuela hasta la cocina—, ahora en un rato me las piro. De momento refrescaré esta garganta seca.

Su desfachatez me pone a mil. Lo persigo con mi andar tambaleante y mi impetuosa mala uva, armada con una fuente con restos de ensaladilla rusa.

—*¡Eh, tússss!* *¿No me has oído?* *¿Es que hablo en putochino?*

Luca se le acerca, le coge un hombro y le murmura algo que no puedo oír, espero que le esté aconsejando largarse con viento fresco, cuanto antes. Abel se comporta como un chulo, retira la mano amiga de Luca, le sonríe sin ganas y se sirve un *whisky* con toda parsimonia.

—*¡Me cago en la lessshe!* *¡Que te vayas!* —Sin concederle tiempo de reacción le lanzo la bandeja a la cara y, aunque anda listo y la esquivo, la mayonesa anida en su pelo rubio engominado, en su nariz y en su preciosa camisa de marca. Todo el mundo nos mira y algunos invitados, muy colocados ya, se doblan a carcajadas.

—Serás burra...

—*¡Da la puñetera casualidad* de que esta burra es la *mmmueña* de la casa y quiere que te *larguessss!* —le grito justo antes de sufrir una feroz arcada. Abel reacciona y se aparta antes de que lo bañe en alcohol a medio digerir. Llega una segunda arcada, él agarra mi brazo y, sin pedir permiso, se abre paso a codazos y me arrastra al baño.

—Estás ciega como un maldito piojo —ladra mientras tira de mí sin contemplaciones.

—*¡Te jodesss!* —chillo. Siento un agradable desahogo al gritarlo.

—*¿Y tu tratamiento?* *¿Qué pasa con tu tratamiento?*

Pasa que le dedico la más sonora de mis pedorretas.

—Si no estoy aquí para vigilarte puede pasar cualquier cosa. —Destapa el váter como si estuviera cabreado y emprenderla a golpes con la tapa aliviase su frustración.

—Soy libre y autosuficiente, no me haces *falfa*, ya lo dijiste al *abandonnnannme...*

Su mano sobre mi coronilla dirige los movimientos de mi cabeza y me encuentro con la cara dentro del inodoro.

—Cierra el pico y vomita de una puñetera vez.

Yo te invoco, soledad

En un manojo de horas, la gente se ha ido a su casa y yo reposo en el sofá con una compresa mojada en agua helada sobre la frente y una taza de café en la mesita auxiliar. Abel me la ofrece y me obliga a beber un sorbito.

—No tengo más ganas... —farfullo.

—*¡Beebe!* —me ordena—. Veo que me equivoqué, no debí dejarte.

—Vete a la mierda.

—Sabe Dios la cantidad de estupideces que habrás hecho estas semanas sin mí.

Lo miro boquiabierta y perpleja.

—¡Sí, hombre! ¿Pero quién coño te has creído que eres?

—Tu novio. El hombre que necesitas.

—Puede que fueras lo primero, pero no eres lo segundo, te lo puedo asegurar.

—¿Seguro? —Entorna pícaro los ojos y me demuestra que no cree ni una palabra de lo que afirmo.

—Por encima de mi cadáver.

Se acuclilla delante de mí, con su eterno mohín de chuleta de vuelta de todo, agarra mi cara con las dos manos y frota su nariz con la mía, por más energía que invierto en zafarme.

—Venga ya, gruñona. ¿Me has echado de menos? Yo sí, mucho. —Introduce la mano bajo mi túnica arrugada y coloca la mano sobre mi sexo—. ¿Y esta preciosidad? ¿Ha pasado hambre?

Si yo te contara.

—No me toques como si te perteneciera —le ordeno. No retira la mano, al contrario, sus dedos separan el encaje de mis braguitas y juguetean por debajo con total descaro. En contra de mi voluntad, me estremezco.

—Eres mía, chiquitina, ya lo sabes, no lo puedes remediar.

—Te aprovechas de mi estado —gimoteo—. Si tuviera fuerzas para levantarme te arrearía un sopapo.

—Pero te gusta, ¿a que sí? Dime la verdad, ¿a que te gusta?

Estoy mojada cuando Abel me despoja del disfraz de romana y de la ropa interior. Preparada y deseosa de pecar cuanto antes. Será la excitación de las copas, la rabia de ver juntos a Miriam y a Luca, la certeza de que volveré a estar sola en cuanto despida a Abel y él se enamore de otra, lo inesperado de tenerlo aquí de nuevo... O que desde el punto de vista meramente sexual, este hombre me resulta irresistible. Lo beso para demostrarle quién es la que manda y luego me derribo

entre sus expertas manos como el caramelo caliente. No es un pecado querer sentirse amada, deseada al menos. Las reclamaciones, a Moncloa.

Me despierto con la peor resaca de todos los tiempos y sin la menor idea de lo que ocurrió anoche. Bueno, sé que follamos con frenesí y todo eso, que después eché a Abel a patadas de mi cama y de mi piso, que me derrumbé contra el colchón y seguí roncando. Hoy es domingo e imagino que no veré a nadie: Jo ha vuelto con Simón, Luca sigue ocupado dando explicaciones inútiles a Miriam y mi hermana solo se asomó a fisgar. Sola de nuevo. Debería adoptar un perro, ahora saldríamos a dar una vuelta por el barrio y compraríamos churros que no puedo comer. De acuerdo, tampoco debería beber alcohol y mira. Si me viera el doctor Moore, me empujaría por el balcón. Odio la oscuridad en la que me encuentro, si no veo el timón no sé navegar. Luca se sinceró conmigo y lo alejé tanto como me fue posible. Me habló de miedos, de pánico a algo que no identifico, solo porque fui lo bastante estúpida como para no preguntar. Seguramente sus sentimientos por mí son débiles y confusos, igual que los míos, y todo esto no es más que una cagada enorme.

Lo que me enerva es que Abel llegue por las buenas pisando fuerte como si fuese el amo del universo, joder, con esos aires de superioridad que me descolocan. Lo detesto pero lo necesito. Me asquea pero me deshago entre sus caricias. No es Luca, pero me entretiene y colma mis vacíos, que son muchos. También se las arregla para sacar lo peor de mí. Sin ser la alegría de la huerta, con Luca no me cuesta ser dulce y maleable. En cambio, mi relación con Abel, es tóxica y destructiva, solo así se explica que lo patee y lo bañe en mayonesa delante de todos nuestros conocidos sin cortarme un pelo, en tanto que él me ríe la gracia y me recompensa luego, con tres orgasmos encadenados.

No consigo profundizar en el pensamiento, porque un estrépito horrible me taladra los oídos. Podría ser una estantería atornillada a la pared, repleta de libros, desplomándose, pero no lo es porque no la tengo. Tampoco puede ser del vecino porque ha sonado aquí mismo, como la explosión de una bomba ensordecedora. Corro al salón y me encuentro que el sobre de cristal de la mesa que uso como escritorio se ha roto en mil pedazos y el ordenador ha aterrizado de boca contra el suelo. Lo rescato maldiciendo en todos los idiomas conocidos, sobre todo cuando intento en vano conectarlo. Mierda, mierda y tres veces mierda. No puede ser que me haya quedado sin tecnología doméstica, sin memoria ni recuerdos, porque fiel a mis manías y al «no sé si estaré aquí mañana», no tengo copias de seguridad absolutamente de nada.

Al día siguiente aviso al despacho de que llegaré un poco tarde y llevo el PC a una clínica especializada donde harán un diagnóstico de urgencia. Más tarde, me incorporo cabizbaja a mi mostrador y me centro en cumplir con mis tareas hasta que Silvia me reclama para desayunar.

—Vamos a una cafetería que han abierto en la siguiente calle, así damos un paseo.

—Hace un frío que pela, no sé a qué viene tu afán de caminar.

—Oye, cascarrabias, que quien mueve las piernas mueve el corazón.

Ya ves, como si me importase.

—Estoy cansada, si tanto te gusta el deporte apúntate a natación —refunfuño. Mis intenciones de escabullirme hacia el pasillo las aborta el garfio con dedos que Silvia enrosca en mi brazo.

—Quiero contarte algo. —Me reprende entre dientes por no entenderla. Sacudo la cabeza solo una vez y, sin discutirle más, me enrolló la bufanda al cuello.

—Haberte explicado antes, leñe, que no soy adivina.

Debemos de rondar los muchos grados bajo cero. Nadie me ha llamado, ni Luca, ni Abel. ¿Tan poco le importó al primero que el segundo siguiera allí cuando él se marchaba? No, claro, iba con su Miriam cara de ángel, cómo le iba a importar. Obligado a cubrir las apariencias. Joder, mi hermana lleva rato hablando y no le estoy haciendo ni puñetero caso. Finjo interés, cuando lo cierto es que su historietta de juicios fallidos me importa un huevo y parte del otro. ¿Para esto tanto andar?

—Por eso estoy pensando en pedir un préstamo y comprar los locales para mamá.

—¿Eh?

—Caramba, Marta, sí que estás aplatanada, hija.

—La culpa la tienes tú por sacarme a la calle sin caféina.

—Menudo enganche. Hala, ya puedes pedirte tres tazas si quieres.

Miro alrededor, sí que es mono el sitio, sí señor. Hago lo que me ha recomendado y pido dos cafés con leche y un mollete de espelta con filetes de lomo y pimientos, que me pirran.

—¿Te has enterado de que dejo a Luis? ¿O tampoco?

¡Ostras!

—Más te vale hacerme un resumen rapidito, estaba muy dormida y sigo estándolo.

—No quiero que mi separación le arruine a mamá el esfuerzo de tantos años, de modo que si compro los locales donde tiene ubicadas sus tiendas, ya no dependerá de la familia de Luis nunca más.

—Suponiendo que te los quieran vender.

—No seas cenizas, pues claro que los venderán, les gusta más un euro que a King Kong los plátanos.

—Me limito a subrayarte una posibilidad en la que, por lo visto, no piensas. ¡Hombre! ¡Por fin el desayuno! Huele a gloria.

—No lo aguanto más, le he cogido una tirria a Luis que no soporto que se me acerque y a esa Ava presumida, que se piensa que es alguien solo porque se está tirando al jefe. Si pudiera le cruzaría la cara... —Le meto un donut por delante de los ojos—. Gracias.

—No te alteres, hermana.

—Y tú no te comas el pan, que igual tiene gluten. Si te digo que mi respetado prometido se ha buscado otro entretenimiento que ya no es la secretaria boba... No le ha bastado con humillarme durante meses, tiene que formar un harén.

—Hay que ser justos, tú también tienes un noviete extraoficial —le recuerdo perdida en el

aroma del café caliente. Silvia grazna.

—Por favor, no compares, lo mío fue después, al descubrir lo suyo y he tenido la decencia de mantenerlo en discreto secreto. Lo de Luis es vergonzoso y descarado. Si se entera su estiradísima madre le da una embolia.

—Y respecto al bufete, ¿qué tienes pensado?

—Tirar de mi especialidad, mis clientes me seguirán y tú te vendrás conmigo, nos repartiremos la cartera, tú llevas el tema fiscal y yo el legal, todos contentos.

—Muy agradecida pero no, prefiero montármelo por mi cuenta.

Mi hermana deja la taza de café suspendida en el aire, muy cerca de sus labios pintados de fresa y abre los ojos con desmesura.

—¿Por tu cuenta? ¿Vas a abrir despacho?

—Desde luego que no, antes muerta, no tengo madera de empresaria. —Muerdo el mollete y me transporto al séptimo cielo—. ¡Por Dios, qué cosa tan rica! Me buscaré un curro en una gestoría maja donde me soporten.

—Pero Marta...

—Ni Marta ni leches, no aspiro a lo que tú, igual cualquier mañana me muero de repente...

—¡No seas imbécil! —me interrumpe cortante—, ¡no te vas a morir! —Y me arranca el mollete de entre las manos para dejarme sin la pecaminosa harina.

—Yo no estoy tan segura —de estarlo, tendría una relación de novios formales con Luca y no dejaría que otra mujer se le arrimase a un palmo de distancia—, así que me importa un carajo triunfar y el prestigio social y toda esa sarta de estupideces. Las dejo para mamá y vosotras. ¡Por cierto! Antes de lanzarte a una deuda bancaria que te hipoteque de por vida, deberías charlar con tu hermana menor; por lo visto, nuestra pequeña viborita se cree hija única y ha decidido heredar en solitario.

Silvia abre ahora no solo los ojos, también la boca, en círculos perfectos.

—¡Nooo!

—¡Sííí! Y seguro que tu señora madre la apalanca. De modo que consulta con carácter previo, porque siempre podríamos liar a la buena de Sandrita con Luis y asunto arreglado. ¡Camarero! ¡Otro mollete igual que este!

—Esa caprichosa no va a salirse con la suya, lucharé aunque solo sea para fastidiarla. Y tú... —Se me queda mirando suspicaz y curiosa—, imagino que te me unirás. —Muevo la cabeza a un lado y otro, me tomo mi tiempo para que traduzca el gesto. No le agrada—. Pero vamos a ver, ¿te resbala que se quede con todo? La legítima es la legítima, no nos la va a robar ni el gato.

—Tú verás lo que haces, Silvia, te respeto, pero conmigo no cuentes. Pa-so.

—Te repito, es la ley, no te está permitido pasar.

—A ver quién es la guapa que me obliga a firmar una demanda. Jamás me enfrentaré en un juzgado a nadie de mi familia. Mientras tenga dos manos para trabajar y una neurona viva capaz de moverse, mamá puede meterse sus millones por donde le quepan. Si considera justo dejarnos

fuera...

—Eso no es más que tonto orgullo.

—O que estoy acostumbrada a ser la Cenicienta, a no contar, a ser invisible y a todas esas pamplinas que cuando jovencita me amargaban y ahora me dan risa.

El cuidado cutis de mi hermana mayor tira a pálido cuando me escucha. Parece abrumada, da la sensación de que ciertas confesiones atadas emergen de un pozo profundo de donde nunca quiso sacarlas.

—Hay algo que no te he dicho... y va siendo hora. Yo... siempre te he admirado —desvela muy seria—, siempre. Cuando lo de papá fuiste la única a la altura. Mamá y Sandra fueron tan crueles y egoístas... Y yo cómplice de ellas, siempre pensando en triunfar, te dejé sola, sin apoyo.

Esta vez soy yo la que se queda con el mollete en el aire y la boca abierta por la sorpresa.

—¿Me admirabas?

—Y lo sigo haciendo. Eres de hierro, hermana.

60

Inolvidable

(Mis recuerdos...)

Siete años antes.

Mi único consuelo entre tanta quiniela fallida solo podía encontrarlo en Luca. Pasé por alto la promesa que me había hecho a mí misma, no habían transcurrido más que dos días pero, de repente, hacerme o no la interesante me traía al paio. Ni siquiera llevaba una novela leída para devolver, solo mi rechazo por el mundo en general y el mensaje agrio de que la familia no siempre te adora ni es la compañía más deseable. Llevaba puestos unos vaqueros azules y sobre la tela, pegado, un hilo negro larguísimo. Mamá siempre decía que cuando una hebra negra se prende en tu ropa, es que un chico moreno piensa en ti. Si el hilo es blanco, el chico es rubio. El pelo de Luca era negro y brillante, el dulzor del pensamiento subió sangre a mi cabeza, como una jeringa. Me pediría salir, convertiríamos aquella atracción en relación seria, nos casaríamos en su húmeda tierra llena de historia, donde yo cubriría mi vestido de ceremonia con una capita de armiño. Papá, mamá y mis hermanas llorarían de emoción y de alivio al ver que al fin me habían colocado, y tendríamos bebés preciosos de ojos azules clavaditos a su padre, sin una brizna genética de su vulgar madre.

No sé si fui objetiva o me pudo el apasionamiento, pero diría que leí una expresión de tremendo alivio en Luca al verme.

—¡Ya era hora! —ladró. Brusco terciopelo.

—¿Hora de qué?

—De que aparecieras.

—¿Necesitabas los libros que me llevé prestados? —Pestañeeé inocentona, aunque de inocente tuviera lo que de árbol del Panamá.

—Claro que no. —Esbozó una de sus célebres sonrisas y mi frente se cubrió de perlitas de sudor.—. Solo te echaba de menos.

¿Que me echaba de menos? ¿Había oído bien? Todo aquello era demasiado... ¿alucinante? Mi cuerpo consideró la posibilidad de desmayarse, pero conseguí mantenerme erguida sobre mis tacones.

—He estado muy ocupada —aseguré, sorprendida por mi audacia. Él estiró la mano, envolvió mis dedos y los acarició en círculos suaves.

—Lo importante es que ya estás aquí.

—Y lo bochornoso, que no traigo ninguna excusa más que verte. —Me rendí por completo. Él estaba siendo franco, mejor decir la verdad y acabar con la farsa de una vez, o en la vida seríamos una pareja prometida.

Luca dejó atrás el mostrador, vino hacia mí con su andar elástico y de nuevo me tomó las manos.

—Tengo una sorpresa. ¿Podrías tomarte la noche libre?

—¿Toda la noche? —repetí con un ligero carraspeo nervioso.

—Mi compañero de piso, el aspirante a médico ruidoso, se ha marchado de fin de semana. Tengo el apartamento entero para mí. —Se inclinó rodeándome por completo en su brillante aura—. Y para ti, si aceptas la invitación.

Me columpié sobre la punta de los pies incapaz de articular palabra. Todo lo que pensaba se me agolpaba en la lengua, se enredaba en un nudo feroz y no salía. Los terribles dolores de mis articulaciones desaparecieron como por arte de magia. Un parpadeo oscuro cruzó su rostro.

—Quizá me he precipitado...

—No, no, está bien, muy bien. Supongo que si aviso en casa...

—Puedes inventarte algo como una fiesta o así —sugirió.

—Puedo inventarme algo como una fiesta.

—Fin de semana de buenos amigos. Compraremos comida china y alquilaremos un par de pelis.

Y estaríamos solos. Completamente solos y libres para dar rienda suelta a la calentura que me corría por todo el organismo. Aún no sabía lo que era estar con un chico hasta el final, pero cada célula de mi organismo vibraba tan caliente, que ríete tú de las chimeneas del *Titanic*. Solo de pensarlo se me erizaban los pezones.

—¿Puedo... un poco de intimidad?

—En la trastienda —me respondió con aire triunfal—. Ya sabes el camino.

Y me sonrió con dos ojos azules como el mar en otoño.

Por poco me mato. Entré a toda mecha con el móvil en la mano. Mi dedo sobrevoló el panel del teclado, comuniqué con Jo y le pedí que me cubriese si mamá hacía averiguaciones. Luego llamé a casa y tuve la grandísima suerte de que cogiera Sandra, a la que mi ubicación y destino le importaban menos que el hambre en Biafra. Si lo transmitía o no, yo al menos había cumplido, contando que me quedaba a dormir con Jo tras asistir a una fiesta. El modo en que mi corazón golpeaba contra las costillas cuando colgué, no era humano. Tampoco mi forma de temblar, ni los obstáculos para respirar. Si tardábamos mucho en cerrar la biblioteca, no llegaría viva y en condiciones de ser follada a mi cita. Cuando más agobiada estaba, sin querer sacar la nariz de la trastienda, la preciosa cara de Luca me saludó desde la puerta.

—¿Lista?

Tragué saliva y asentí sin hablar, porque las palabras seguían atascadas en el borde de los labios.

Salimos juntos a la calle, él cerró con llave y echamos a andar acera arriba, rígidos y callados

como maniqués. Las cosas entre nosotros tras los besos no habían acabado de recuperar la normalidad y, aunque estar a su lado era sencillo, mi histeria terminal lo estaba estropeando todo. Él tampoco estaba lo que se dice en pleno dominio de la situación. Me miró de reojo un par de veces, acabamos sonriendo como bobos, me ofreció la palma de su mano abierta y posé la mía allí en medio. Cerró los dedos en torno a ella con un ligero apretón reconfortante, que acercó lo que los nervios separaban. Viajamos en metro, solo dos paradas, y Luca se dedicó a hablarme de Venecia, del norte de Italia, de su cercanía con Austria y de los espesos bosques bajo las Dolomitas. Aquella conversación estimuló aún más mi fogosa imaginación. Nuestra boda iba a ser irrepetible.

Luca compartía un espacioso apartamento de dos dormitorios con baños en *suite* y salón comedor con cocina americana, céntrico y moderno, amueblado en tonos neutros, con una pantalla de televisión plana por la que mi padre habría matado a su jefe diez veces. Uno de los dos inquilinos, probablemente el estudiante de Medicina, tuno vividor, era un niño pijo.

—Hace un poco de frío, voy a encender la calefacción y entraremos en calor en un momento. Puedes poner la tele, música... Lo que quieras. —Seguía hablando un poco acelerado, las Dolomitas no lo habían relajado lo suficiente.

—Está bien, esta noche la temperatura no es tan infernal. —Me mordí la lengua. Hablar del tiempo es lo más absurdo y recurrente del mundo. Es conversación de ascensores.

Me senté en el sofá de cuero beige y seleccioné al azar uno de los mil mandos a distancia que había en la mesa. Por supuesto, el televisor no reaccionó. Tuvo que ser el tercero y a la vencida, mientras Luca preparaba vino y algo de picar en la cocina, y el ambiente se iba volviendo cálido y confortable. No contaré nada acerca de mi propia temperatura interior. El volcán del Teide, a mi lado, un becario. Lo vi venir con una bandeja enorme y la más irresistible sonrisa entre los labios. Iba a morirme de un ataque cardíaco. Mejor si salía corriendo, que todavía era capaz...

—Prueba este vino, es de mi tierra. Y el queso de la tuya. Me vuelve loco la comida española.

—Vosotros no podéis quejaros. —Acepté la copa con la mano temblorosa, ignorando las punzadas que me lanzaban los codos. No. No podía aceptar una crisis en aquel momento. No para romper la magia.

—Me fascina vuestra variedad. ¿Salud?

Brindamos sin despegar los ojos del otro.

—Salud. Dios, está de muerte.

Se volvió hacia la pantalla del televisor.

—¿Qué has puesto?

—¿La verdad? No tengo ni idea. Hay un montón de mandos con otros tantos botones por aquí y yo... —deslizó el trasero sobre los cojines del sofá y se arrimó a mí. Por detrás sonaba una balada que no logré reconocer—, yo...

Me rodeó con sus brazos y me besó el pelo.

—Tranquila. —Fue apenas un susurro—. No va a pasar nada que no queramos los dos. Somos

un par de amigos compartiendo una copa en total tranquilidad, sin interrupciones. Podemos contarnos todas las majaderías que nos apetezcan, sin que nadie nos interrumpa o nos juzgue.

Tuve ganas de darle muchos besos. Pero muchos.

—Resulta curioso.

—¿El qué?

—Que siendo extranjero utilices palabras como «majaderías». Nadie en mi barrio sabe lo que significa.

Me miró avisado.

—¿Tú lo sabes?

Le arreé con el cojín que me pillaba más cerca.

—Claro que lo sé. Ahora —reconocí con una pizca de escozor—. Gracias a tus novelas.

—No son mis novelas, son las novelas de mucha gente.

—Ya sabes a qué me refiero, no me lo pongas más difícil. Yo no era..., en fin, no me interesaba demasiado la lectura.

Estiró una mano y me la plantó en el pecho. Fue un gesto veloz, natural, no premeditado, que me puso a hiperventilar.

—¡No me lo digas! ¡Te he abierto las puertas a un universo desconocido y magnético!

Tras el arrebató dramático, retiró la mano; menos mal.

—Puertas, balcones y ventanas. Me has abierto agujeros que ni sabía que existieran.

Por el modo en que abrió los ojos, me arrepentí en el acto de una frase tan mal escogida. Pero en lugar de quedarse a disfrutar con mi vergüenza, Luca atrapó la botella con una tosecilla y rellenó las copas. No estaba acostumbrada a beber, una ya era demasiado, pero le acepté la segunda porque no quería despreciar nada que viniese de él. Habría bebido sin pestañear una copa, no de Rioja, sino de cicuta, y me habría muerto feliz, pero en sus brazos después de amarlo.

Ya me estaba adelantando... ¿A quién quería engañar? Luca sabía por qué me había invitado y yo sabía muy bien qué riesgo había venido a correr. Pasaría algo entre nosotros, algo físico y sexual, algo que sería mi primera vez y sí, mil veces sí, quería que fuese con él.

—¿Estás a gusto? —ronroneó pegado a mi cuello. Sentí su lengua dibujar eses muy cerca de mi oreja y me invadieron los escalofríos.

—Demasiado...

—Aún podemos ponernos más cómodos. Acábate el vino.

Obedecí como un cordero y me dejé guiar por su mano experta. El alcohol me confundía y me acaloraba. Él, por el contrario, se movía con soltura mientras mi sistema nervioso se activaba con electricidad suficiente como para iluminar Tokio de cabo a rabo. Me transformé en un vampiro que lo veía todo, lo sentía todo, lo escuchaba todo. Las manos de Luca abiertas sobre mi espalda, su lengua buscando mi boca, encontrándola. Mis labios más despiertos que nunca, ávidos y descarados, respondiendo a su provocación. Me oí gemir. Y me gustó. Era nueva en aquello, pero me excitaba con una facilidad asombrosa. Mi piel casi húmeda, debía de andar ya por los ciento

ochenta grados. Con suavidad me empujó contra el sofá y nos tumbamos. Me derramé entera. Permití que las prendas volasen lejos y quedarme semidesnuda bajo el calor de sus besos. Aturdida, feliz. Luca se desnudó y su erección saltó despedida contra mi vientre, con todo el morbo que la situación requería.

—Vámonos a un lugar seguro —murmuró dándome un último beso en el escote, en la línea entre los pechos.

Me alzó en brazos y me llevó en volandas hasta su cama. Respiré aliviada. Que el aspirante a médico estuviese pasando el fin de semana sabe Dios dónde, no eliminaba la posibilidad de que apareciera y nos pillase en el peor de los buenos momentos. Sentí la fricción de las sábanas pegadas a mi espalda y, cuando Luca cerró la puerta de su dormitorio, me sentí flotar.

61

Una noche para atesorar

(Mis recuerdos...)

Siete años antes.

Ya no había marcha atrás. Había decidido lanzarme a la desesperada a una aventura que me marcaría. Con mi edad, toda hembra conocida fornicaba que daba gusto. Yo era virgen pero ese impedimento estaba a punto de desaparecer de mi horizonte.

Qué deliciosa perspectiva.

Luca se deslizó hacia mis piernas dejando un reguero de pequeños besos por el camino. Mi vientre, mi ombligo, mis muslos. Mis pechos continuaban dentro del sujetador de algodón, el mejor que tenía. Me bajó las braguitas y me besó el pubis, una ingle, la otra. Resoplé. Humedecía la piel con la lengua, succionaba con los labios y a continuación soplaba. Estaba volviéndome loca de atar. Mis manos buscaron a tientas y se anclaron en sus antebrazos. Estos, en la curva de mi cintura. De algún modo nos habíamos fusionado formando una escultura apretada y hermosa. Y, de repente, aquella lengua osada se abrió paso entre los pliegues de mi entrepierna y me hizo soltar un grito. Notaba el calor y el vaho de su aliento recorriéndolo todo. Cerré los ojos y apreté los párpados. Subieron mis caderas hacia el techo, impulsadas por sus manos acomodadas bajo mi trasero.

¡Cielos!

Ya me había corrido otras veces. Nunca había hecho el amor con un chico pero sí me había acariciado a solas. Y aquello no se parecía a nada que hubiese sentido antes. A nada.

—Para, para... —jadeé en contra de mi voluntad—, para o...

—Disfruta, bichito, ya habrá tiempo de repetir después.

Con solo eso me convenció. Relajé los hombros y me encomendé a las alturas. La vibración que nacía salvaje en mi vientre y se propagaba columna arriba era ya imparable. Los espasmos que preceden al orgasmo, eso lo conocía. Pero nunca imaginé la potencia de aquella explosión, su fuerza demoledora. Me corrí con un chillido que me hizo desear vecinos sordos.

Me quedé floja y desfallecida, mis miembros siempre rígidos, en la más dulce de las blanduras. No esperaba que Luca se incorporase tan pronto, se tumbase sobre mí, desnudo y deseable, y sin dejar de besarme un solo segundo, se me colase dentro de una única embestida.

Me mareé. Fue doloroso aunque breve. Fue solo un momento y me pilló tan relajada que apenas

dolió. Sentirlo dentro, duro, llenándome, fue más de lo que pude aguantar. Perdí la cabeza y jadeé su nombre sin importarme nada más. Él también gimió.

—¡Oh, *Dio mio!* Estás... tan cerrada...

Tiró de mí y corrigió nuestra postura. Yo era pequeña, él grande y poderoso. Podía moverme a su antojo, mi cuerpo entregado no suponía ninguna molestia. Ligeramente incorporados, la sensación creció y galopó por mis venas como un veneno. Dentro y fuera, cada vez más acelerado, cada vez más fuerte.

—Nena... —Me apretó contra él y con los dientes me bajó los tirantes del sujetador. Soltó el broche de la espalda y mi abundante delantera flotó en libertad. Tenía los pezones sensibles y erectos, y el simple roce con el vello de su tórax me enloqueció. Temblé convulsa, chillé de impaciencia al sentir que se avecinaba otro orgasmo. Iba a partirme en dos.

—No pares... —me pidió ronco de placer.

En realidad, yo no estaba haciendo nada salvo dejarme llevar al cielo. Era la inexperta, la muñeca en sus manos, la receptora de todas sus caricias. La que jamás olvidaría, por mucho que viviera, aquella noche. Coincidimos en un clímax insuperable que nos unió hasta lo más íntimo. Se cerró la cápsula, la burbuja perfecta donde solo cabíamos nosotros y nuestro amor desmedido con mayúsculas. Arqueé la espalda y gemí hasta quedarme vacía. En todos los sentidos.

Luca no me dio oportunidad de reponerme. Con él aún duro dentro, me tendió sobre la espalda, se acodó encima sin dejar caer su peso y enmarcó mi cara con las manos. Salpicó mi boca de besos juguetones.

—Bicho, bicho, bicho.

Me reí contagiada de su buen humor.

—Estamos muy mojados —comentó deslizándose con lentitud fuera de mí. Con la punta de los dedos sujetaba el borde de un preservativo que ni siquiera me enteré que se había puesto. Realmente, el sexo me había hecho viajar lejos de allí y no tenía muy claro si deseaba volver.

Porque entonces lo vio. La cama manchada de un rojo brillante, que era un insulto a mis aires de mujer de mundo. Arqueó una ceja sin importarle el estropicio y me miró.

—¿Cosas de chicas?

No supe qué contestar. Era evidente que me preguntaba por la regla.

—Sí. —Tragué saliva, desconcertada y pálida—. Cosas de chicas...

Los dos miramos el infame churrete, prueba viva de mi virtud, y la sospecha saltó de mi cerebro al suyo. Mierda, acababa de traicionarme yo sola, él no tenía por qué saberlo, podía haberle dejado pensar que no era mi primera vez. Sin explicaciones se vive mejor. Vi su rostro pasar por una sucesión de emociones. Desde la burla distraída, a la confusión, camino del pánico. Se puso en pie y me miró desde arriba. Yo empecé a encogerme.

—No tengo nada que darte... ¿una toalla?

Tuve la tentación de echarme a llorar.

—Una toalla estará bien; qué apuro, voy a ponerlo todo perdido.

—Por eso no te preocupes, las sábanas se lavan. Voy un momento al baño.

Una pizca de él había mutado. El Luca de antes se alejaba. O estaba ofendido, o se sentía engañado, o le daban repelús las chicas con el período. Pero ¿qué pensaba de las vírgenes? Ni por todo el oro del mundo iba a preguntárselo. Me deslicé sobre el colchón mirando aquel maldito borrón rojo con resentimiento. En un pestañeo, se había cargado una noche que era un cuento de hadas. Lo odiaba y me odiaba, detesté mi estúpida virginidad con todas mis fuerzas.

Aguantando las lágrimas, rebusqué en mi bolso hasta dar con una compresa pequeña que siempre llevaba para emergencias. Localicé todas las prendas que había perdido en la aventura erótica de mi vida y me fui vistiendo. Luca no salía del baño, por lo visto, las prisas no iban con él o prefería no verme tan de repente. Acerqué la oreja a la puerta, se estaba duchando y no me había pedido que lo acompañase, era lo que siempre ocurría en las películas románticas: después de hacerlo a lo salvaje, él y ella se duchaban juntos y, bajo el chorro de la alcachofa, repetían.

Completamente vestida y borracha de emociones mezcladas, me senté en el borde de la cama a esperar. La puerta se abrió y Luca salió envuelto en un albornoz blanco que hacía destacar su pelo negro, revuelto y mojado. El azul de sus ojos, oscurecido, era ahora casi gris. La sorpresa que manifestó al ver mi aspecto, no alcanzó el grado de «importante».

—¿Ya te marchas?

—Sí, no puedo llegar demasiado tarde —balbuceé mirándome la punta de los zapatos. Luca se arrodilló a mi lado y me ofreció una toalla de manos.

—No pasa nada, no tienes de qué avergonzarte. De acuerdo que ha sido inoportuno, no es el remate ideal, pero tampoco el fin del mundo. La naturaleza manda y te aseguro que en el armario tengo un montón de sábanas limpias. —Cogió mi barbilla y me instó a enfrentar aquellos ojos turbadores—. Tendrás hambre, vamos a cenar en condiciones. Me mata la sensación de haberte secuestrado de mala manera, sin ni siquiera darte de comer.

Me sonrió. Y yo intenté devolverle el gesto aunque solo se me dobló la boca. Él podía creer lo que quisiera, yo era la única que sabía la verdad de lo ocurrido y no me atrevía a contárselo. Me sentí mal, con una pinza en la boca del estómago que me empujaba hacia la puerta.

—Te lo agradezco, pero mejor me voy.

Me incorporé con él muy pegado a mí. Parecía arrepentido de su primera reacción, brusca e instintiva. Se pasó las manos por los ojos y se frotó las cejas.

—¿Otro día?

—Otro día.

—¿Te acompaño?

—Mejor me llamas un taxi —dije en voz muy baja. Noté que me cogía una mano.

—Te dije que podías quedarte todo el fin de semana, que veríamos películas y haríamos el ganso juntos. No hay razón para cambiar los planes, por favor, no te vayas.

Recuperé mi mano con timidez, hice un esfuerzo supremo y sonreí para tranquilizarlo.

—Si es que no he traído nada, mis cosas de aseo... Ya sabes. No quiero más problemas en casa

y desaparecer dos días de pronto, no es precisamente lo que más conviene ahora —inventé sobre la marcha. Mis ojos volaron en un reflejo involuntario hasta la cama manchada—. Siento el recuerdo que te dejo. Es bochornoso.

Luca enlazó mi cintura, me atrajo hacia sí y besó mi frente.

—Eso no es más que una mancha, bicho. Una mancha que se borra. Tu recuerdo se queda mejor guardado. Aquí. —Recogió mi mano rebelde y se la apoyó en el pecho, a la altura del corazón.

Volvía a tenerme a su merced. Jodido italiano seductor y canalla. Estuve tan cerca de prometerle la luna, que por poco me arranco la ropa a mordiscos. Hubiese cambiado yo misma las sábanas y me habría servido como sushi en bandeja, lista para ser devorada una y otra vez hasta que el sol de mediodía se colase por las ventanas.

En lugar de eso, acepté el taxi que me esperaba en la calle y, llorando bajito, me marché.

Fijar reglas e incumplirlas a continuación

Abel y yo no hemos puesto las cartas sobre la mesa, no hemos fijado reglas, ni siquiera me ha preguntado si puede volver a incordiar en mi vida, arrastrándose como la vez pasada. Aparece por casa casi a diario, en la cama nos satisfacemos, me lleva al cine, a cenar, y yo me dejo. Mi ordenador roto ha pasado por dos laboratorios especializados en recuperación de datos y, es curioso, solo se han perdido los archivos de fotos con Luca. Lo tomo como una señal divina. Nuestros encuentros a espaldas de su novia se han interrumpido desde la vuelta de Abel y he recuperado parte del sosiego perdido. Estoy hecha un verdadero lío. ¿Luca, Abel? ¿Abel, Luca? ¿Dónde está mi corazón? En ninguna parte, claro, qué estúpida soy, un alma hecha papilla se vuelve porosa y todo le resbala. No puedo negar la atracción física que me vincula a Abel, nuestra forma de ser nos enfrenta y nos une, dos toros bravos, ásperos y más bordes que una esquina de mesa. Pero me divierto picándolo y entreno mi lengua viperina con nuestras monumentales broncas. Tras los follones llegan las reconciliaciones; entiendo que es un modo de relacionarse bastante masoquista y dramático, pero nos da vidilla a ambos. Mi vena sado se hace más clara y patente a medida que pasa el tiempo.

Pero esta noche, Abel me invita a cenar a un sitio extremadamente elegante y pide una botella de reserva; la llama de la sospecha prende en mi cerebro. Está desacostumbradamente nervioso, se atusa el flequillo y sonríe de forma compulsiva. Le clavo las pupilas sin misericordia.

—Dime qué secreto escondes tras esa piñata blanca como la nieve —lo animo cruzando los dedos y apoyando, coqueta, la barbilla sobre las manos.

—No es ningún misterio. ¿Quieres vino? Es del muy bueno.

—Echa, echa, pero poco. Deja que lo adivine: me vas a dejar por tercera vez —vaticino con suprema lentitud, parece que no me importara. Igual es que ya no me importa—, lo llevas escrito entre las cejas.

Abel ríe histérico, abre la boca, la vuelve a cerrar sin haber dicho ni pío. Alzo una ceja.

—Y si lo haces, te voy a cortar la picha a rodajitas y te arrancaré los pelos de los huevos uno a uno, con pinzas de depilar.

—Chiquitina...

—Chiquitina y una mierda. Te juro que no me vas a amargar la vida yendo y viniendo en plan bumerán, porque aunque sea lo último que haga, te despellejo y me quedo tan pancha.

Mira alrededor alarmado, apoya ambas manos en la mesa y se inclina hacia delante para hacerme una confidencia. Lo que más lo aterroriza es que yo no pierda la calma ni la sonrisa.

—Tengo que irme de España —silabea con ansiedad.

No sé cómo tomármelo.

—¿Estás jodido con la mafia? ¿Te persiguen? *Uissss*, qué tonta, si en este país de chorizos no hay mafia, solo politicuchos de tres al cuarto corruptos hasta las cejas —comento sarcástica—. ¿A quién le debes dinero?

—No le debo dinero a nadie, no inventes, es solo que mi trabajo es una asquerosa noria, giras y giras en torno al mismo pivote, no cabe la menor promoción, hay un techo de cristal superable únicamente por los enchufados... En fin, no llego a ninguna parte, no me siento reconocido, ni aprecian mis esfuerzos. Exijo reconocimiento y respeto, ¡me lo he ganado de sobra!

Pestañeo con exageración, estoy conteniendo la risa. Abel sufre de verdad y a mí su dilema me parece una soberana tontería. Un trabajo sirve para comer, no es el amor de tu vida. Tiene un buen empleo, prestigio, un sueldo que para sí quisiera media España, diablos, ¿por qué se agobia?

—Y piensas emigrar en busca de fortuna, como los caballeros del Medievo.

Aprieta los dulces labios y diría que me somete a una severa inspección.

—Oye, monada, ¿te estás cachondeando?

—Ni lo sueñes, chaval, para mí el trabajo es sagrado.

—Me marcho a Holanda —anuncia con total frialdad.

—Pero ¿va en serio?

Se pone en pie repentinamente ofuscado. Respira con dificultad, me mira como si fuese su peor enemiga.

—Claro que va en serio, a ver si dejas de pensar que miento de una puta vez, para variar.

—Siéntate y no montes numeritos, te miran todos, comensales y camareros —ordeno seca. A regañadientes, vuelve a posar el culo en la silla—. Yo, a diferencia de ti, sé lo que es el respeto.

—Pues no se nota, te hago partícipe de mis angustias y las confundes con un chiste.

—Es que no termino de creerme tu excusa de esta vez. —Entorno malévolamente los ojos y los convierto en una línea que lo traspasa queriendo leer más allá de sus palabras—. Usas mi corazón de *sparring*, Abel, debes de pensar que no tengo sentimientos o que solo me interesa el sexo, que soy una chica frívola y despegada que cuando la dejan una y otra vez, lo pasa fetén. Pues te equivocas, no soy así. Puede que tenga dificultades para exteriorizar mis sentimientos...

—Serias dificultades —recalca usando su mano libre levantada para cortarme.

—Tú ni siquiera los tienes —le echo en cara—; vienes a buscarme cuando no hay nada mejor que hacer. Perdón, debería haber dicho, cuando no hay nada mejor que follarse.

Reacciona como si le hubiese dado un guantazo, de esos que te mandan a buscar los dientes a la calle de al lado.

—Siempre podría buscarme otra compañera de juegos, oportunidades no me faltan, si no lo hago y te elijo a ti de nuevo será por algo, ¿no?

—Porque no muchas gilipuertas aguantan estos vaivenes emocionales tuyos, tienes la suerte de que yo esté curtida como una piedra.

—Veo que esperas un reconocimiento por mi parte, por estar ahí dispuesta a recibirme cuando me arrepiento. De acuerdo, pues gracias —silabea, amargo—, eres una tía increíblemente generosa. ¿Contenta?

Miro hacia la puerta con desidia. Lo cierto es que la conversación ya me aburre y no sé cómo hacer para salir disparada sin mirar atrás.

—No sabes nada, Jon Nieve.

—Tu tampoco. Te informo de que me mudo de país y te da lo mismo.

—¿Porque no me lo trago! ¿Quién en su sano juicio iba a dejar un curro como el tuyo?

—Yo, yo pienso dejarlo. Porque soy valiente, porque se me queda corto, porque me merezco más, mucho más.

—Eres un engreído prepotente que mira para adentro y no se besa porque no se alcanza.

—Lo que tú digas, muñequita. Eso ya lo adivinaste nada más conocerme y, aun así, bien que te enrolaste, la travesía te pareció atractiva.

—Encima grosero. Arrogante. Soberbio y altivo.

—Y tú una copa de cicuta con dos tetas muy bien puestas, no entraré al trapo de tus provocaciones, niña con pataleta.

—Desde luego que no, porque vas a cenar con tu puñetero primo invisible. Ahí te quedas. —Me levanto antes de que pueda impedírmelo, agarro mi bolso y con zancadas demasiado largas para mis cortas piernas, abandono el restaurante y lo dejo con dos palmos de narices.

Sé lo que esto significa. Estoy soltera de nuevo. Suerte que ya no duele lo mismo, duele la mitad.

Tres noches sin pegar ojo es el resultado de este nuevo conflicto sentimental. En el bufete no rindo porque los párpados me pesan y, entre Silvia y mi *yaseguroquenidecoña-cuñado*, las discusiones son más crispadas de lo aconsejable, se filtran a través de las cristaleras y tienen al personal atacado de los nervios. Digamos que no van conmigo, aunque ya huele a final. Me he confeccionado unos currículos muy chulos y pienso repartirlos por Madrid a ver dónde se para la bolita de mi ruleta. Seré espontánea y dejaré las cosas en manos del destino. Bueno, todas no. Respecto del amor he tomado una decisión que supone un paso valiente en una dirección concreta. Abel me ha llamado muchas veces, pero me niego a responder, ¿para qué? Él ya ha tomado su camino y el plan no me incluye. Al final se da por vencido y me envía un mensaje con su dirección en *Ámsterdam*, por si quiero pasar a visitarlo, dice, el muy...

Cuando veo venir a Ava, triste y ojerosa, despegada de su sonrisa postiza, me entran ganas de reírme. Sé que no está bien disfrutar con la pena ajena pero es que me cae como una patada en los dientes y nadie me paga un duro por disimularlo. Mucho de lo que ocurre aquí lleva su sello.

—¿Qué? ¿Ya no eres feliz? —la chincho sin apartar los ojos de mi pantalla.

—No se puede sonreír siempre —me responde. Ahora sí que la miro.

—Sobre todo cuando no es verdad. Don Luis tiene otro juguetito, ¿no?

Me espero un mordisco, una mueca desdeñosa, pero no que corra hasta mí con la ansiedad clavada en el entrecejo.

—¿Lo sabes? ¿La has visto? ¿De quién se trata? ¿Es guapa? ¿Más guapa que yo?

Acabará dándome lástima, lo sé, me conozco. Me resisto a la tentación de abrazarla, porque no se lo merece y porque los contactos con humanos que no sean mis elegidos me producen un escozor raro. A cambio, compongo la expresión menos desagradable de mi repertorio.

—Ava, no los he visto, pero lo sé. Deberías cuidarte más, tu dignidad está por encima de los caprichos de un niño rico y consentido, acostumbrado a tener todo lo que se le antoja. Ahora es esa, luego será la otra, no va a parar. Te ha estado utilizando, le ha puesto los cuernos a su novia, mi hermana, delante de sus propias narices. ¿Qué esperas de un tipo así de rastroso? ¿Que te pida matrimonio?

Ava boquea pálida y demudada.

—¿Has dicho tu hermana? ¿Silvia es... tu...? ¡Oh, Dios, Dios mío! —Se cubre la cara con las manos y arranca a llorar. Suspiro y le entrego un clínex nuevecito.

—Eso es lo de menos, lo de más es que las mujeres siempre nos las arreglamos para convencernos de que con nosotras será distinto, pero no. No hay razón para pensar eso, el que es un cabronazo lo es, con todas las letras, hasta que se muere. Y mi *ex-casi-cuñado* pertenece al grupo. Encima, es un pelmazo. Espero que por lo menos folle bien. —Alzo las manos abiertas—. No, no me lo cuentes, ni se te ocurra. Riega tu neurona, maja, riégala con devoción a ver si florece, y el próximo lo eliges mejor.

63

¿Telón?

(Mis recuerdos...)

Siete años antes.

Pasé la noche en vela. No hará falta jurarlo.

Con las horas, la humillación de ser novicia a los dieciocho cedió terreno a la conmoción, al huracán de recuerdos, a lo ocurrido. Hay que ser muy estúpida para permitir que un momento así lo enturbie una sábana sucia. ¿Y si Luca fuese de esos chicos que toman como un regalo valioso la virginidad de su novia? Quizá no se enfadara si le decía la verdad... Si no la había averiguado por cuenta propia, mi cara desencajada había sido transparente. Me desperté con el pelo revuelto y las ideas más revueltas aún. Atendí a papá, desayuné apenas un bocado en su compañía y corrí hacia la ducha. Hasta recordar que era sábado. La biblioteca estaba cerrada y no podía presentarme en casa de Luca sin ser invitada. ¿O sí podía? Ya era hora de tomar la iniciativa, que Marta sacara la coronilla del huevo de Calimero.

—¿Qué pasó con el guateque anoche? Tenía entendido que te quedabas a dormir en casa de Joanna. No habréis discutido... —preguntó papá más pálido y ojeroso que de costumbre.

—Nada de eso, la fiesta era un rollazo y no conocía a casi nadie. Joanna prefirió quedarse... Y el resto ya lo imaginas. Dormí en casita como un lirón. —¡Jesús! Menuda sarta de mentiras la mía —. Creo que estoy hecha para socializar lo justo, las multitudes me ahogan.

Papá se mordió la comisura y miró a la mesa.

—Tú antes no eras así.

—Una va creciendo y cambiando. A veces para mal, como es mi caso. —Traté de imprimir humor a una charla que no tenía nada de positiva.

—No quiero pensar que este retroceso sea por mi culpa. Marta, la gente es importante.

—No toda —me ofusqué con las cejas juntas.

—Nunca sabes a quién vas a necesitar, aislarse es malo.

Apoyé los codos sobre la mesa y trencé los dedos, dispuesta a soltar mi mejor discurso.

—Si algo me ha enseñado la vida es a no esperar nada de nadie. Estamos solos, papá, mírate. Nadie de tu empresa salió en tu defensa. Te han destrozado la existencia y ya ni siquiera pasan a ver cómo sigues. Esa gente de la que hablas es egoísta y cruel. No quiero necesitarlos porque odio decepcionarme.

—Marta...

Lo interrumpí poniéndome en pie de un salto.

—Voy a comprar naranjas y por las mañanas te tomarás un zumo, para que no te acatarres. ¿Tienes planes hoy?

—Bueno, había concertado dos partidos de rugby, pero creo que voy a cancelarlos. —Ya estaba papá con sus bromas negras—. Seguiré leyendo a Napoleón para que el lunes puedas ir a traerme otra biografía. Hasta te dejo elegir personaje histórico.

—Madre mía, qué honor. —Me puse a recoger la mesa—. ¿Mamá también trabaja hoy?

—Se marchó con Sandra a la tienda, dicen que volverán para almorzar.

Bien. Entonces tenía apenas un par de horas para entrevistarme con mi aspirante a novio. Estaría de vuelta antes de tener que justificar mis ausencias a mi madre. Para ella seguiría siendo una ostra gris, sin compañía ni perrito que me ladrara.

Para encontrar el apartamento de Luca sin extraviarme, repetí el recorrido de la noche anterior. Llegué hasta la puerta de la biblioteca y desde allí tomé el metro. Conforme me acercaba, se aceleraba el pulso, me sudaban las manos y la valentía se diluía en el miedo. El temor al rechazo nos frena, y de qué manera. Pero ya estaba allí, mejor apechugar con lo que el destino y Luca me tuviesen preparado porque, si huía, no me casaría con él jamás.

Me cansé de apretar el timbre. En el tercero B no respondía nadie y me vine abajo. La noche de amor pudo ser memorable, pero acabó en desastre. Quizá no fuese más que el inicio de una relación que tras el sexo desenfrenado se derrite porque carece de base. Un polvo aislado sin más repercusión, al menos para él. Con las orejas gachas y los ojos irritados, me dispuse a marcharme. Pero fue darle la espalda al portal y oír su voz llamándome.

—¡Marta!

Giré sobre mis talones con una sonrisa de esperanza. Allí estaba, cargado de bolsas del supermercado, tan guapo que cortaba la respiración mirarlo. Con sus vaqueros desgastados y su camiseta del mismo azul que los ojos. Una cazadora de ante marrón y unas All Star negras. Me entraron ganas de merendármelo enterito.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó buscando mi mejilla para besarla. En la mejilla. No en la boca. Pero olía tan bien que enseguida se me olvidó lo importante.

Sacudí la cabeza para tranquilizarlo.

—Anoche me marché precipitadamente, lo siento. Me dio tanta vergüenza...

—Creo que deberíamos hablar. ¿Subes?

—Solo un ratito, tengo que volver.

No me dejó acabar.

—No te entretendré mucho, tienes mi palabra.

Sonaba distante, a cuchillada violenta. Me invadió el terror. Entramos en el piso y Luca fue directo a la cocina a soltar las bolsas.

—¿Te apetece un capuchino? Tengo una cafetera que lo hace magistral.

—Sí, gracias, me vendrá muy bien. —«Para combatir la histeria», pensé.

Durante bastante tiempo no me dirigió la palabra, concentrado en cacharrear. Y el salón se volvió un desierto inhóspito que me daba puntapiés con una bota de *cowboy* en las espinillas. Me dediqué a retorcerme las manos en el regazo.

—No sé cómo empezar —dijo por fin. Levanté la cabeza de un fuerte tirón—. No me gusta que me utilicen.

—¿Quién te ha utilizado? —Por un momento albergué la esperanza de que no se refiriera a mí.

—Soy un hombre precavido al que le gusta saber dónde se mete.

Empecé a irritarme. Y cuando Marta se irrita, es una bomba de relojería altamente peligrosa.

—¿De qué me estás hablando?

—Marta, no voy por la vida desvirgando chicas a lo loco.

—¿Y cuál es el problema?

Bajó las pestañas y el hipnótico azul desapareció.

—Hará falta que te lo diga.

—¿Que soy virgen? ¿Es eso? ¿Que soy virgen, dices?

—No lo digo, lo eres. Mejor dicho —rectificó colérico—, lo eras.

—¿Ese es el inconveniente?

—No me lo advertiste, debiste hacerlo —repitió Luca con los ojos enrojecidos, puede que de rabia. Me entraron ganas de abofetearlo.

—Y si tanto te molestaba, ¿no pudiste decírmelo antes de..., ya sabes, rematar? No me digas que no te diste cuenta —lo reté con malicia y más amargura de la que era capaz de soportar. Corrí hasta la cocina, de donde él no había querido moverse, y me planté delante ignorando mis temblores.

Luca me miró por primera vez en ese rato, directamente a los ojos.

—Jamás le pidas a un hombre empalmado que razone.

Se me fue la mano y le crucé la cara. Y si llega a abrir la boca con algún comentario, absurdo o no, se la habría vuelto a cruzar en la dirección opuesta. Mi príncipe azul acababa de perder las piernas y se había derrumbado desde lo alto del pedestal con un estrépito doloroso.

—Sí, era virgen y no me importó hacerlo contigo. Es más, estoy orgullosa de que surgiera así, para mí fue más que especial.

—Esa es la cuestión, ¿cuánto de especial soy yo en tu vida?

¡Todo, todo lo imaginable! «¡Lo eres todo en mi vida!», me habría gustado gritar. Luca parecía dispuesto a descargar en mis hombros el cien por cien de la responsabilidad. Yo sabía que no podría.

—¡No lo sé! Lo que queramos que seas —dije con debilidad.

—¡Pero si acabo de llegar! ¡No me conoces, joder, no me conoces de nada!

—Luca, eres perfecto y yo muy poca cosa... —Se apartó de mí mesándose con furia el pelo—.

¡No salgas corriendo! ¡Es la verdad!

—Detesto a las chicas que se infravaloran. Si vas por ese camino, prefiero no oírte.

—Pues tendrás que hacerlo, la opinión que tenga de mí misma, buena o pésima, es mía y te aseguro que hay días que hasta mi propia respiración me molesta. —Me atreví a acariciarle un brazo—. Si me quieres puedes cambiarla, puedes conseguir que me crea la princesa de todos los cuentos. Luca, por favor, tómallo como un halago y no te enfades.

—¿Es que no lo entiendes? Tú estás aquí... —me apuntó con las palmas abiertas—, agradeciéndome algo que no termino de entender... No me he portado como un amigo, sino como un canalla. Tenía que protegerte y aconsejarte en lugar de aprovecharme de ti. He traicionado tu confianza y la mía.

Realmente sonaba amargado, herido, y me aterraba la idea de perderlo.

—¿Solo porque... lo hemos hecho?

—Hemos follado. Para ti era la primera vez, joder, debió ser algo especial, me comporté como un bruto insensible... Todo porque no me lo dijiste.

Ahí estaba de nuevo su reproche, que se me clavaba en lo más profundo.

—Luca, tengo por costumbre que las personas me caigan mal desde el minuto uno y contigo no ha sido así. ¿No es un indicio suficiente de que entre nosotros las cosas... fluyen?

—Éramos amigos. Y los amigos se respetan.

—¡No hay nada de malo en sentirse atraídos! —casi chillé.

La advertencia bajó de las alturas como una revelación. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Regalándome? ¿Vendiéndome? ¿Pidiéndole por favor que me quisiera?

Señalado para la eternidad

(Mis recuerdos...)

Siete años antes.

En medio de mi garganta sonó un gorgoteo. Eran palabras queriendo salir, sin fuerzas para hacerlo. La mirada de Luca permanecía baja, yo no tenía nada que ganar si me quedaba.

—Todo esto no tiene mucho sentido.

—No lo tendrá para ti, que has decidido señalarme para la eternidad —recalcó con saña. Cada vez se me hacían más incomprensibles sus razones. Estaba confusa, aturdida y muy asustada. Mejor irme.

—Dejémoslo estar. Ya si eso, otro día con más calma...

Luca apoyó ambas manos en la encimera de la cocina y hundió la cabeza entre los hombros. ¿A qué venía tanto dramatismo? Esta incomprensión mía tenía forzosamente que ver con mi falta de rodaje con los hombres, de otro modo no se explicaba.

—Sí, mejor. Con más calma.

Hubiera dado la sangre de mis venas por que no me regalase la razón como a los tontos. Me largué de aquel apartamento cuyas paredes empezaban a chillarme cosas bonitas que no quería recordar. Luca no hizo nada por detenerme.

Dejé pasar dos días completos. No solo el domingo, también el espantoso lunes. Con premeditación y alevosía. Contando los segundos, sí, pero firme cual mástil de fragata, decidida a no flaquear. Y si guardaba la más absurda ilusión de que Luca aparecería bajo mi balcón con un ramo de rosas gigantes, la cruda realidad me obsequió un guantazo de los que hacen época. Estaba sola otra vez, así que puse mi cerebro a cavilar. Puede que se sintiera abrumado por la ofrenda de mi virginidad, que la considerase demasiado, no sé, valiosa. Muchos dan por hecho que todas las chicas están ya manoseadas, que la inocencia no existe. Y de repente aparecía yo y era... demasiado, sí. Se podía arreglar siempre y cuando yo consiguiera apartar de mi mente su expresión torturada al echarme en cara todo aquello. Preparé la mejor de mis tartas: *mousse* de yogur con naranja y fruta de la pasión. Me gasté un pastizal en los ingredientes y me quedó tan preciosa que tuve que enseñársela a papá.

—Mira, es para el chico que me gusta. ¿Le hará ilusión?

—A poco que sea goloso como yo, perderá la cabeza. Menuda pinta. ¿No le has guardado un pedazo a este pobre inválido?

—Sabes que si te pones tontorrón, no te soporto. —Traté de sonar severa, pero por los rabillos de los ojos se me escapaban las sonrisas tiernas que inspiraba mi padre.

—Ahora me dirás que soy un bailarín de marca —rio sarcástico.

—Te falta una pierna pero te manejas divinamente. Si dejas que pienses que estás peor es porque me gusta mimarte. —Le besé la calva—. A ti te he hecho pastel de zanahoria —se puso a aplaudir—, pero no se lo digas a mamá, lo tengo escondido en el mueble de la esquina.

—¿El que nunca abre nadie?

—El mismo. Lo tienes cortadito en pedazos, no te atiborres. —Suspiré hondo y me colé en el abrigo—. Deséame suerte.

Papá me tendió una bolsa de plástico con un libro dentro.

—Superior este Napoleón. Tráeme otro que se le parezca.

Madre mía, qué bien me venía el pretexto.

En el trayecto que separaba mi casa de la biblioteca ensayé mil frases y, en el cristal de cada escaparate, la sonrisa con la que me presentaría delante de Luca. Todo surgía un poco como forzado. Entré jadeando, más por los nervios que por el esfuerzo y esperé con paciencia a que mi chico despachara a dos universitarias monísimas, que le daban palique en un patético intento de ligoteo. Cuando me cansé de ser buena chica, metí la cabeza por entre sus hombros y ladré.

—¿Sabéis ya qué libro vais a pedir? Porque *habemus* cola.

La cola no era más que yo, pero era una cola muy beligerante, carcomida por la impaciencia y los celos. Me miraron como si me hubiese escapado de un psiquiátrico, musitaron unas disculpas atropelladas y se perdieron del mapa. Al quedarme frente a Luca, muté mi mohín de mala leche por una angelical sonrisa. No bastó para arrancarle una carcajada, pero le hizo gracia.

—Estás loca, bicho.

—Odio que la gente te haga perder el tiempo.

Llevó las pupilas hasta el techo, con un silbido.

—Qué protectora, mis horas aquí no valen tanto, te lo aseguro.

—A ti o a cualquier trabajador afanoso —maticé para restarle importancia. Me incliné un poco sobre el mostrador y le hice señas para que se acercara. De puntillas y todo, apenas llegaba—. Tengo una tarta hecha con estas manitas. Y una biografía de Bonaparte que devolver con una calificación de trece sobre diez. A mi padre le ha encantado.

Naturalmente, aquella fluidez verbal no me pertenecía, era fruto de la inseguridad y el miedo. En ese punto de mi ensayado teatro, mis mejillas llevaban horas ardiendo. Luca se hizo cargo del libro con un aire profesional que me desarmó.

—¿Cuál quieres ahora?

—Sorpréndeme, tenemos carta blanca.

—¿Qué tal Julio César? Tiene unas campañas bélicas de lo más interesantes... O nos vamos al extremo contrario: Ramón y Cajal, premio Nobel de Medicina.

—Ese mismo. —Sonaba muy bien. Lo que no sonaba tan bien eran sus frases monocordes y asépticas. Contuve la respiración hasta que me hizo con disimulo una seña y apuntó a la trastienda.

—¿Pasas y me esperas dentro? Esa tarta con un poco de café... Diría que es la hora perfecta.

Bueno, allí no había nadie; las universitarias, a la vista de mi careto, habían huido. Eran las tres y media y con un poco de suerte podríamos estar solos hasta las cuatro y pico, cuando aparecieran los estudiantes a invadirlo todo con su pésimo humor y sus pilas de apuntes guarros. Yo me sabía al dedillo las rutinas de aquella fundación. Podía no ser alta, pero era observadora.

—Voy a prepararlo. —Le guiñé un ojo con complicidad y no me quedé a esperar respuesta.

Quince minutos más tarde, Luca entró como una tromba en el cuartito. En la mesa ya estaba la tarta, las dos tazas y la cafetera humeando en el centro. Pero me abordó sin hablar hasta arrinconarme contra la pared, cerró las palmas alrededor de mi cara y me besó con desenfrenada pasión. Su lengua marcó el paso de mi rendición incondicional. Me sacó el jersey por la cabeza, arrastrando con los dedos piel y cordura conforme me rozaba.

—Te he echado de menos, joder, cómo te he echado de menos.

Acababa de firmar mi salvoconducto con aquella confesión. Los surcos que mi tortuosa imaginación había dejado en mi pobre alma, se zurcieron por arte de magia. Dejé de sangrar. Salvo el sujetador, me quedé desnuda de cintura para arriba, excitada como nunca, con los labios entreabiertos suplicando más. Los dedos de Luca revolotearon por la cinturilla de mis vaqueros, desabrocharon el cierre y alcanzaron la puntilla de mi ropa interior. Lancé un gemido de auténtica agonía.

—He cerrado la puerta, no vendrá nadie a molestarnos —gruñó contra el lateral de mi cuello. Sus dos manos iban por libre. Tiraron de mis pantalones hacia el suelo y, una vez abajo, sin dejar de lamerme, me alzó en vilo y me sacó de las perneras.

No solo de las perneras, también de los tacones. Dios, qué bajita era. Respondí a sus besos con entusiasmo escabulléndome hasta mis zapatos para recuperar centímetros. Mientras, Luca había decidido que mi sostén también sobraba y se había librado de él. Amasaba mis pechos con veneración, mordisqueaba los pezones y me hacía desear la muerte allí mismo, bajo su látigo. No llevaba puestas más que las bragas. Su lengua voló de un pezón a otro. Succionó con fuerza y luego viajó por mi costado hasta mi pubis. Sopló sordo contra mi sexo, que se humedeció al instante.

—¿Te gusta?

Creo que dije sí con un hilo de voz que ni siquiera yo percibí. ¿Que si me gustaba? Habría aullado como los lobos a la luna si no hubiese temido ponerme en evidencia. Las rodillas se me abrían solas. Y cuando sus dedos separaron la tela de mi ropa interior y noté su lengua caliente sobre mis pliegues, lamiendo despacio, eché atrás la cabeza pugnando por agarrarme a algo y estrujar.

—Relájate, bicho. Si no te gusta, pararé.

Yo creía estar muy relajada, pero mi cuerpo era una vara tensa a punto de quebrarse. Mi respiración se volvió entrecortada y veloz. Mi pierna derecha acabó sobre su hombro y tuve que agarrarme a su espeso pelo para no desfallecer. La curva de mi excitación crecía de diez en diez grados, aquellas caricias lentas y a conciencia iban a dinamitarme por dentro.

—Sigue... Sigue... —Fue lo único que acerté a pronunciar.

Su lengua asoló mi intimidad y dos de sus dedos se abrieron camino en mi vagina. Estaba tan mojada que todo resbalaba fácil, urgente. Sin resistencias ni obstáculos. Solo un placer infinito y tan intenso, tan distinto a todo lo conocido, que iba a matarme de un ataque de pasión.

—Avísame si te duele —me advirtió. Pero ya su voz no era la misma. Estaba ciego de deseo, tan excitado como yo, acelerando sus asaltos. Así que relajé mis músculos y, con su cabeza hundida en mi entrepierna, simplemente me dejé llevar.

65

Deseo. Sin aditivos

(Mis recuerdos...)

Siete años antes.

Fue apoteósico. Alucinante. El delirio traído por la fuerza a mi universo. Ni siquiera la postura era cómoda, pero todo mi ser reaccionó en cadena ante aquel estímulo brutal. Mis manos se abrieron como abanicos contra la pared y deseé fundirme con ella para poder asimilar la detonación que me sacudió entera.

—¡Ah! Luca... ¡Dios!

Advertí que él también gemía. Que se ponía en pie con los vaqueros a punto de reventar y que al secarse la boca con el revés de la manga, su gesto seductor me pedía algo a cambio. Me rodeó con sus brazos y me besó. Sabía a mí. Y era agradable. Erótico. Sexi. Pero...

Solo porque mi interior debía de andar a doscientos grados, no se me congeló la sangre. Si esperaba que le correspondiera con sexo oral de idéntica calidad, iba listo. Joanna me había contado historias de chicas que se arrodillaban resueltas delante de la bragueta de cualquiera, en cualquier pasillo de bar, sin embargo, ellas no eran yo. A Luca no iba a satisfacerle lo que pudiera regalarle.

—Quiero sentirte dentro —susurré pegada al hueco entre sus pectorales y su esternón.

Me agarró suavemente la nuca con la mano y presionó hacia abajo. Se estaba negando sin negarse. Quería algo diferente o temía hacerme daño o... Las secuelas del voraz orgasmo aún estaban ahí, vivas y palpitando, envolviéndome en ansia viva por él y por complacerlo. Me arrodillé. Tomé su erección con ambas manos. Era enorme, mis manos, pequeñas. Me la llevé a la boca y pasé la lengua por la punta con la absoluta prevención de una primera vez. Era delicada y sedosa como un recién nacido. Y olía a él. Lo introduje entre mis labios y chupé. Primero temerosa, excitada y lujuriosa después. Luca jadeó, yo me crecí. Recordando cada paso de baile de su lengua sobre mi clítoris, imité el recorrido, aceleré, combiné lengua con un vaivén de dedos. Y a juzgar por los sonidos que escapaban de su garganta, por el modo en que se contraían sus músculos y latía su pene dentro de mi boca, no lo hacía demasiado mal. Se derramó entre mis labios. Yo estaba tan cachonda que no pensaba parar. No me detuve, nada en el mundo habría impedido que recibiera su semilla. Él era lo primero, Luca y su placer, como yo lo había sido para él un rato antes. Éramos una pareja que se preocupaba por el otro. Una pareja de verdad.

Cerró los dedos alrededor de mis brazos y con un tirón separó mis rodillas del suelo. Pensé que iba a besarme pero, en lugar de eso, me encerró en un abrazo estrecho y posesivo que me hizo sentir como en casa. Me acurruqué, embriagada por el aroma de su piel y, sintiéndome a salvo, suspiré.

Nos vestimos en silencio, como dos adolescentes calentorros que han sucumbido a un arrebató y después se avergüenzan. Nos sentamos a merendar ruborizados. Con el tictac de los relojes fuimos pasando página y, gracias a las lindezas de mi tarta, conquistamos la normalidad que se nos resistía. Al final, volvimos a ser la lectora novata y el bibliotecario sobrado que la está educando. Escondimos el sexo en los bolsillos y reímos como lo que éramos: un par de pipiolos ignorantes de la vida.

Sonó la campanilla de la puerta y me apresuré a desaparecer. Un beso fugaz en los labios y el no concertar ninguna otra cita. Lo nuestro era así, fruto de la improvisación, espontáneo y maravilloso.

—No te entretengas —me encomendó con una última caricia de sus labios en mi comisura—, derecha a casa.

Caminando por esa calle, fui feliz, creo que por primera vez en mi vida.

Qué largas son las noches cuando no duermes. Y qué dolorosas las imágenes de pérdida. Mi rebelde interior, que existir existía aunque no diese la cara muy a menudo, se resistía a conformarse esperando. El ritmo de lectura de caracol de papá no podía determinar mis citas con Luca. Sumábamos dos encuentros tórridos, y aún no habíamos intercambiado los teléfonos. No me hacía feliz ser yo la que lo sugiriera, pero cualquier humillación era preferible a aquella desagradable espera. De modo que, pasados tres días, me encaminé hacia la biblioteca. Al sentir el tacto helado del picaporte contra mi palma, presentí algo a punto de explotar.

La sonrisa se borró de mi rostro nada más cruzar el umbral. La cara que me observaba curiosa desde recepción tenía piercings por todos lados y era claramente femenina, más que un tanga de encaje rosa. Al sonreír me mostró un brillantito que llevaba pegado en el diente. ¿Cómo diablos se lo pegarían? Y lo más importante, ¿dónde estaba mi futuro esposo?

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con amabilidad al ver mi desconcierto.

En vez de concentrarme en responder, mis ojos recorrieron ansiosos las estanterías buscando a Luca. Ni rastro.

—Sí..., el..., el chico que... atendía este mostrador... —acerté a pronunciar medio pasmada.

—Bueno, hoy estoy yo. ¿Necesitas algún libro? —sonrió todavía más ampliamente. Las cosas como son, la chica quería agradar.

—He venido todos estos días... Quiero decir que llevo algún tiempo viniendo... Mucho tiempo en realidad y siempre..., siempre estaba él.

La chica moderna suspiró con resignación.

—Luca. Ya no viene. —Me sonó un cañonazo en los oídos. Por lo visto, pensaba soltar la

información con cuentagotas.

—¿Cómo que no viene? ¿Lo han cambiado de biblioteca? —me asusté.

—Se ha marchado a su país a hacer un curso, creo. Era italiano. Vuelo, avión, regreso a casa, *voilà* —Hizo un gesto planeando con la mano—. ¿Querías algo especial? Ahora atiendo yo.

Me pregunté si había oído bien. Con un poco de suerte puede que tuviera un tapón de cera atascado en la oreja. Pero la expresión de la chica era inequívoca.

—Se ha marchado —repetí catatónica, sin poder creérmelo. Apoyé la mano en el mostrador. Sabía que si me soltaba me caería redonda.

—Pues sí, vino de bastante lejos y cuando le llegó el momento... —Se metió el boli en la boca y comenzó a chupar, al tiempo que me examinaba atenta con los ojos entornados.

—Nunca me dijo que tuviera que volver... Pensé que vivía aquí... permanentemente. —Me esforcé en sonreír, pero apenas me salió una mueca.

—Bah, era un niño rico de esos que vienen a aprender el idioma y a mojar un poco —soltó una risotada—, ya me entiendes.

Un chispazo amargo recorrió mi espalda. Hasta esa frase, no me di cuenta de su tono mordaz y poco diplomático. A mí, acababa de abrirme en dos los pulmones, apenas podía respirar.

—Para cualquier devolución de libros o requerimiento de otros nuevos, habla conmigo. ¿Tienes rellenada ya la ficha? —agitó al aire una en blanco. Su eficiencia y rapidez de movimientos me marearon. Sus manos desplazándose presurosas del mostrador al libro de registro se me antojaron anacondas.

Quería morirme en aquel mismo instante. Dejar mi cuerpo tirado sobre el linóleo y que, dondequiera que estuviese, Luca recibiera un telegrama acusándolo de asesinato por crueldad mental.

—¿Quieres algún ejemplar? —la oí insistir.

De repente odiaba leer.

—No, gracias, ya volveré... otro día. Mañana... —musité con una hebra de voz ahogada.

Me giré lentamente para irme. No aguantaba allí ni una micra de segundo más, con aquel espantoso pitido hasta el fondo de los oídos. Estaba empujando la puerta, cuando me llegó una voz que parecía provenir de ultratumba.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Era la chica moderna. Esa a la que no respondí. Salí al aire exterior y prácticamente me arrastré hasta mi casa.

Estaba anonadada, una y otra vez, la misma idea rondándome la cabeza: Luca había abandonado el país sin despedirse. Seguramente, para correr al lado de su novia alta e interesante, después de follarme como a una cualquiera. ¡Cómo había podido hacerme algo así! ¿Dónde quedaba nuestra boda, los niños correteando y atiborrándose de pasta y canelones? ¿Adónde había ido a parar el amor desmedido de mis suegros, los achuchones y el árbol de Navidad recargado junto a la chimenea? Entendí que había tratado de decírmelo, que su abrazo fue una despedida, pero yo

había cerrado los ojos a la evidencia. Lo nuestro no fue para él más que un pasatiempo, algo con lo que distraerse mientras residía en España. Y toparse con el embarazoso regalo de mi virginidad lo hizo sentir culpable. Era eso. El pellizco de la culpabilidad sabiendo que no se quedaría y que yo, como mujer, le importaba menos que nada.

Los ojos anegados en lágrimas. Tantas que apenas veía. Los dolores bajaron en tropel a sacudirme. Desaparecida la nube de optimismo que los mantenía a raya, me azotaron todos a una sin piedad. Remolqué un cuerpo casi inerte hasta un viejo banco de madera y allí me dejé caer para llorar a gusto hasta que se hizo de noche. Las dos manzanas que me separaban de casa me parecieron kilómetros.

«Juro por lo que más quiero, que si alguien me engaña de nuevo, no dispondrá de una segunda oportunidad».

Una promesa hija del dolor.

Otra decisión absurda

No es que me agrada dirigirme adonde me dirijo, pero voy a llegar hasta el fondo de esta cuestión, descubriré mis cartas con Luca antes de pasar página de una vez por todas, no puedo seguir así, la incertidumbre me destroza. Por la hora, espero que esté en casa, pero para mi terror, es Miriam quien me recibe, recién duchada y con su cascada de rizos rubios flotando alrededor de la cabeza. Está preciosa. Con casi cuarenta años y parece una ninfa del bosque. Yo, a mi favor, no cuento más que con mi juventud y, pese a ello, Miriam me aventaja. ¿Cómo de insoportablemente bella ha sido siempre esta mujer?

—¡Marta! ¡Vaya, qué alegría! Pasa, pasa, ¿te apetece tomar algo?

—Yo... No... No quiero molestar, la verdad. —Observo el lujoso ambiente, el mobiliario de diseño, y de inmediato me siento una usurpadora fuera de sitio.

—Tú no molestas, guapa. —Desaparece en el baño y regresa con un peine rosa en forma de tridente con el que va ahuecando su cabello ensortijado—, te vendes cara, que no es lo mismo.

—Andamos de movida en el despacho —le cuento queriendo sonar indiferente—, es muy posible que mi hermana se independice y que yo cambie de ocupación.

—Vaya, muchas novedades, por lo que veo.

—Y he vuelto a cortar con Abel.

Abre mucho los ojos y no dice nada hasta un poco más tarde.

—Esa no es tan buena noticia. O sí. Es un poco un mierda, el chico ese. —Suspira. No llego a saber si de verdad le importa. Yo me muerdo por saber detalles de su vida que me incumben directamente.

—Miriam... Lamento no haberte podido ayudar con Luca, no he averiguado nada, hace mucho que no lo veo a solas, prácticamente desde que volví con Abel...

—Espero que no te ofenda, no es nada personal, pero tengo la impresión de que no lo traga. Entiéndeme, cuando salimos en grupo y tal, lo soporta como novio tuyo que es, pero no es santo de su devoción. Luca es tremendamente protector en lo que a ti respecta —deja escapar una risita cristalina—, te considera su hermana pequeña favorita.

¡Oh, vaya, qué honor! Si ella supiera...

—De todas formas, no hay de qué preocuparse, las aguas han vuelto a su cauce y ¡hemos avanzado! —Se levanta de un salto, parece radiante, empiezo a acumular miedo—. ¡Espera que te enseñe!

Sale corriendo del salón y vuelve con un estuche pequeño de terciopelo oscuro en la mano. Lo

veo desde lejos y empiezo a temblar. Cuando me planta las alianzas delante de las narices se me para el corazón.

—¿Vais..., vais a... casaros?

—En breve, ya verás. —Sus ojos verdes relucen, no me extraña. Mi lengua parece trapo mojado.

—Pero... ¿te lo ha pedido?

—La verdad es que no. —Se muerde los labios, ladea el cuello y cierra la cajita—. Los anillos los he comprado yo. Puede que necesite un empujoncito y estoy dispuesta a dárselo.

—Pues... pues qué bien, cómo me alegro —consigo balbucear. A poco que no sea tonta perdida se dará cuenta de que me he quedado de piedra—. Bueno, Miriam, al menos a una de nosotras le va la vida de puta madre, es un alivio.

—Oh, nena, ¡lo siento! —Me echa los brazos al cuello y me inunda con su olor a fresas silvestres. Me escuecen tanto los ojos que casi no veo. Para no llorar, me muerdo la boca—. Encontrarás a otro, sé que no te gusta que te lo diga, pero así será. Abel te ha atormentado mucho, le has dado tantas oportunidades que ya pareces una tienda de saldos.

—Por comentarios como ese, es por lo que a veces te odio, so asquerosa —digo, riendo y liberando mis lágrimas. Total, se pensará que lloro por el rubio guaperas en lugar de por el moreno atractivo, ni siquiera yo tengo muy claros los motivos de mi desolación—. Me marchó, tengo mil cosas que hacer.

—¿No te quedas a cenar? Luca llegará en un rato, yo es que me he tomado el día libre.

—No, de verdad, no tengo hambre —miento. Y para dejarme por mentirosa, mis tripas rugen como dragones enfurecidos. Miriam me mira compasiva.

—¿Estarás bien?

—De maravilla. La que pierde un buen hombre no sabe lo que gana, decía mi abuela —bromeo sin humor— y en el caso de Abel, ni siquiera estoy convencida de que lo fuera.

Me marchó arrastrando los pies, sumida en una depresión amarga. Quizá sea lo mejor, eso, que se casen y Luca se convierta hasta el fin de mis días en un fruto prohibido, a ver si me dejo de paranoias. Es bueno saber a qué atenerse, aunque la opción sea dolorosa. Mientras continúe pensando que, en algún momento, si no me muero será mío, no conquistaré la paz. Si he conseguido que otro chico me ponga a cien, habrá más *Abeles* en mi vida, ¿por qué no? No suelo ser muy optimista, pero me repito esa sentencia, igual que un mantra, camino de casa, mientras preparo algo de cena delante de la tele, y cuando me acuesto.

Otra noche que no duermo.

Transcurre una semana más, un montón de días apilados sin ton ni son. Silvia se ha enfrentado a Sandra y a mamá por el tema de los negocios, y yo paso. Que se queden con mi parte, si es que hay parte; ando repartiendo currículos por tugurios de barrio donde pueda perderme y pasar desapercibida, donde nadie me obligue a ser amable y la gente me deteste con total libertad, lo

cual me importa un bledo. Mi hermana me cuenta el numerazo de Sandrita, que monta en cólera cuando descubre que de Silvia depende el que las tiendas sigan a nombre de mamá y no desaparezcan. La muy caradura pensó heredar un imperio libre de polvo, paja y complicaciones.

—Hemos firmado un acuerdo de paz —me relata mi hermana mayor por teléfono—, podría llamarse así. Es increíble el modo en que la enana tiene dominada la situación, menuda manipuladora de los infiernos. Marta... ¿Marta?

—¿Eingg? —Caigo del guindo.

—Te pienso reservar tu porción del negocio.

—Te firmaré unos papeles para que la gestiones a tu antojo, ya te he dicho que no me interesa.

—Pero te corresponde por ley, las cosas son así y estoy más que decidida a respetarlas.

—Las cosas son como nosotros queramos que sean, es muy sencillo echarle la culpa a la costumbre. Sé que tomar decisiones cuando llegas a un cruce es un trabajo detestable, pero no hay más remedio. Yo he aprendido a chuparme el dedo, ponerlo en alto y descubrir desde qué dirección sopla el viento.

—A partir de ahora necesitaré ayuda. Hay préstamos por pagar, clientes que conquistar, y estoy ilusionada con el nuevo despacho. Además, quiero que conozcas a Mario.

—¿Mario?

—Mario. Ya sabes.

—¡Coño, claro! ¡Mario!

Nos reímos. Vuelvo a tener esa conexión especial con Silvia, la que perdí de adolescente y siempre eché en falta. Lo de Sandra es un caso perdido; en cuanto a mi madre, está mayor y quiere recuperarme. La dejaré que se lo crea un poco, pero sin riesgos.

—La verdad es que las presentaciones oficiales van a tener que esperar. Voy a viajar a Holanda. Mi hermana pestañea pillada por sorpresa.

—¿Vas a ver a Abel?

—Intentaré forjar algo más profundo que una simple visita —explico con retintín. Sé a lo que suena, a locura. Lo mío es una huida siempre adelante, el perfecto autoengaño. Pero a algo tengo que agarrarme para no perder del todo la cabeza.

Me está matando este amor. Y no me refiero al de un rubio surfero recién mudado a la ciudad de los canales, no. Agarro por los pelos mi mente dispersa y me obligo a volver al presente.

—Marta, ¿otra vez piensas embrollarte con él en una historia de tiras y aflojas? No aprendes.

—Lo sé, Abel es un bumerán, pero me divierte, somos dos perros hambrientos de emociones fuertes. Peleamos duro y a continuación nos reconciamos. No es lo que se dice una relación estable, pero es gratificante dentro de nuestra inestabilidad. —Mi hermana guarda respetuoso silencio—. No espero que lo entiendas, por favor, no me juzgues.

—No, no, tú no lo hiciste cuando te conté lo de Mario en Londres, pero... En fin, Martita, solo digo que no quiero verte sufrir, sé lo que engancha una relación tempestuosa.

Y una imposible, ni te cuento, me digo pensando de nuevo en Luca.

—Lo que no te mata te hace más fuerte. Igual voy un día y me lo tatúo en la tripa.

Desembarco en Ámsterdam. La Venecia del norte acoge al viajero con un entorno de edificios preñados de historia. Arranca la primavera, pero la temperatura aún se hace respetar, hay flores y gente pedaleando por todas partes. Pienso traerme mi bici roja en caso de que me quede definitivamente. Es una posibilidad.

Cojo un taxi con la dirección de Abel escrita en un papel que tiembla. Vale, tiembla mi mano, estoy impaciente, ansiosa y algo presionada. No va a pasar nada malo, me digo. Nos saludaremos como buenos amigos, si todavía me quiere empezaremos desde el sótano, y si resulta que sale con una holandesa rubia con olor a queso fresco..., haré como que solo vengo de visita, me compraré de souvenir un molino y me iré por donde he venido con la mayor dignidad. La noche que Miriam anunció a bombo y platillo su relación con Luca, aprendí a simular que las cosas más trascendentales me importan un carajo. Y se me da bien, por lo visto. Puedo hacerlo.

No hay nadie que atienda el timbre y me siento a esperar sentada en un peldaño de la escalera. Saco la novela que llevo en el bolso y consumo un capítulo tras otro, como si bebiera letras. Cuando me canso de leer, bajo a la calle y descubro un delicioso establecimiento con horno de confitería y bollos recién hechos para acompañar bebidas calientes, que resulta ser Papeneiland, el café más antiguo de la ciudad. Abel ha hilado fino a la hora de buscarse alojamiento, no solo está en pleno centro, vive cerquísima de la casa de Ana Frank, lo cual no deja de provocarme palpitaciones, debe de estar plagada de fantasmas. Pasadas dos horas, regreso ante la puerta de mi exnovio y, por segunda vez, llamo.

Entre canales serenos

Esta vez, obtengo resultados. Abel en pantalón de andar por casa, el pelo revuelto, gafas graduadas de diseño y el torso desnudo. Imposible imaginar un recibimiento mejor. De hecho, no pego un bote y me encaramo a su cuello como un *birkiki* porque me tomaría por majareta en fase terminal. Y lo que me deja fuera de combate es que no pone mala cara, ni siquiera se cabrea, abre los ojos, sus pupilas se dilatan, sonrío feliz y lo que hace es estrecharme con fuerza hasta que desaparezco estampada contra su pecho. Bailotea conmigo en volandas.

—Pero ¿qué es esto? ¡Menuda sorpresa! ¡Mi muñequita ha venido desde Madrid a verme! —Me separa sujetándome por los hombros, me repasa de pies a cabeza y me besa apresuradamente en la boca—. ¡Me alegro, nena, me alegro mucho de verte!

—Podré pasar, supongo —refunfuño. Él se hace a un lado de inmediato. El apartamento es cálido y recogido, tiene pocos muebles y unos ventanales alargados que recogen toda la luz naranja del atardecer. El salón lo componen, básicamente, un par de sofás dobles, una mesa baja cubierta de revistas de coches y una bandeja con restos de comida que se apresura a retirar.

—¿Y este inesperado viaje? —me pregunta. Tira de mi brazo, me sienta muy cerca de su costado, me transmite calor no solo con su piel. Me turba su entusiasmo, será que no estoy acostumbrada, pero me enciendo de júbilo.

—Silvia y yo hemos plantado el bufete de Luisito —anuncio, por empezar de algún modo—, empezaré a trabajar en otra parte, a mi aire, de modo que sin vínculos ni ataduras, he decidido tomarme unos días de descanso.

—¿Vas a montar tu propio despacho? Podrías, ya mismo serás toda una señorita economista.

Y dale. Qué manía le ha dado a todo el mundo con anticipar acontecimientos.

—Falta tiempo para eso y no, no me atrae nada la idea de navegar en solitario, bastante soledad barajo ya en mi vida privada.

—Porque querrás, monada. —Aprovecha la broma para sobarme el escote.

—Oye, podías servirme dos deditos de vino holandés, estoy rendida, han sido muchos kilómetros.

Abel suelta una carcajada alegre y se pone en pie, camino de la cocina. Vuelve con una botella y dos copas.

—Coño, ni que vinieras corriendo. Venga, va, vamos a brindar por este rayito de sol español que me ha caído encima.

Lo observo verter el vino y me repito que jamás lo he percibido tan cercano, tan abierto, tan

contento de verme. No tiene ganas de pelea, yo tampoco, eso es una novedad a destacar.

—Te sientes solo tan lejos de todo lo conocido —adivino. Abel me mira con los ojos brillantes y asiente al alargarme la copa.

—La libertad tiene a veces tintes desagradables que uno no espera —reconoce con amargura—. Las oficinas de Ámsterdam han recibido con olas al profesional preparado, pero nadie se acordó de darle unas palmaditas en la espalda al hombre.

Así y todo, sé que está satisfecho y feliz. Me lo viene repitiendo hasta la saciedad, por teléfono, así que me reservo mi montón de dudas.

—¿No cuentas con volver a Madrid? —pregunto con los labios apoyados en el cristal.

Abel abandona el sofá con ímpetu.

—Ni soñarlo. No les daré la satisfacción de verme con el rabo entre las piernas. Pienso labrarme un futuro aquí, más temprano que tarde. ¿Tú te encuentras bien de salud?

—Razonablemente bien.

De pronto parece caer de lo alto.

—Oye, podrías quedarte.

—¿Quedarme? ¿Dónde?

—Aquí, en Ámsterdam, conmigo.

—¿Para cuánto tiempo? —indago con cautela.

—Para todo el que haga falta, ¿qué tal hasta el fin de nuestros días?

¿Ha pronunciado... «nuestros»? Lo dicho. Lo han abducido.

—¡Uf! —exclamo, sin dar más pistas.

—Es una ciudad increíble —insiste, tornando encantadora su sonrisa.

—No sé... —me hago de rogar, lo tengo todo calculado al milímetro—, yo soy mucho de lo mío.

—Y lo tuyo es...

—España. Capital, por más señas.

—Será por lo bien que te llevas con tu familia.

—No hace falta ser cruel, cielo, acabo de aterrizar.

—Tienes razón. —Sonríe amplio y se vuelve a sentar. Se remueve inquieto, me está contagiando su nerviosismo.

—Podría considerarlo como una opción a medio plazo —insinúa a ver qué contesta. Su semblante se vuelve a iluminar.

—Mejor a corto, antes de comprometerte con otro trabajo en Madrid. Buscaremos algo que te valga, que sea divertido. Aquí hay un montón de oportunidades fabulosas.

—Mi inglés es una puñetera caca.

—Se mejora pronto, nada como verte obligada a usarlo de continuo para sobrevivir, y con los meses, aprenderemos holandés.

Sigue hablando en plural, no le frustran mis continuos rechazos. Poco a poco se genera una

corriente de complicidad entre los dos. ¡Y sin sexo! Es casi milagroso que yo aún esté vestida y él haya mantenido quietas las manos y cerrada la bragueta.

—Se me hace raro oírte hablar de dos y referirte a un día que se cuenta en varios meses de futuro. ¿Has cambiado una pizca o me lo parece?

—Te he echado de menos. —Para reconocerlo, debe apartar la mirada, la clava en el suelo que, por cierto, tiene alfombra.

—Eso ya lo he oído otras veces y estaba más hueco que mi estómago cuando amanece.

—Ahora es de verdad, no pensé que pasaría pero... No es una sensación con la que esté familiarizado, odio admitirlo. —Tiene la copa sujeta con ambas manos. La coloca sobre la mesa y se me abalanza, atrapa mi nuca y me sorbe la sustancia vital con un beso de tornillo interminable —. ¿Te quedarás? Dime que te quedarás, dímelo o te tiro por la ventana.

Mi cerebro computa en segundos el menú de probabilidades. Yo debía de tener un plan por ahí, en alguna parte, pero lo he olvidado. Así que me dejo llevar por los impulsos irracionales que todavía debo aprender a domar.

—Me quedo con una condición.

—Tú dirás. La que quieras, estoy dispuesto a concederte hasta el más extravagante de los deseos con tal de que calientes mi colchón, muñeca. —Me arranca los botones de la blusa, me sube la falda hasta las caderas, busca la blonda de mis bragas, preso del frenesí que lo identifica como «macho en permanente estado de celo».

—Que nos casemos. Por lo civil y cuanto antes.

Lo sé. Soy una inconsciente.

Conclusiones y espinas

(Fin de mis recuerdos...)

Siete años antes.

Arrastrando los pies, empujé la puerta chirriante del portal de casa. Por una vez, me importaba un pimiento el humor de los miembros de mi familia. Pensaba acostarme temprano y sin cenar. Pero lo que encontré fue a papá solo, delante de su pantalla de tele. La casa olía a cerrado y a destierro. Justo lo que me hacía falta. Saqué fuerzas de debajo de las losetas, sorbí los mocos y fingí felicidad.

—¿Sigues sin venir mamá? ¿Y Sandra?

—Tu hermana se queda a estudiar en casa de una amiga. Mamá tiene no sé qué de una reunión con proveedores —informó lacónico.

—¿Has cenado?

—No tengo hambre, cielo.

Repté hasta su lado, le besé la sien y palpé su frente. Ardía.

—Papá, tienes fiebre.

—Bah, qué va. Quizá un poco destemplado, nada importante.

Me planté delante, donde más estorbaba e impedía la visión, forzándolo a mirarme. ¡Dios! ¡Qué consumido estaba! Algo se partió en el interior de mi pecho. Contuve las lágrimas sin saber ni cómo.

—¿Quieres acostarte? ¿Te llevo? —Clavé la rodilla en el suelo y acaricié la suya, solitaria y huesuda.

—Marta, ¿qué te ha pasado?

Como no podía ser de otro modo, me puse a la defensiva. Agradecí a los dioses que la luz en aquella casa fuese una soberana porquería y no me viese la cara descompuesta.

—No me has contestado.

—Tú a mí tampoco —insistió. No recordaba a papá tan autoritario. No, desde hacía tiempo.

Me rompí en mil pedazos. No podía mantener más la fachada de inquebrantable. Me ahogué en mi propio llanto, una vez arranqué ya no podía parar.

—Hija mía, no me asustes —papá me acariciaba el pelo con manos temblonas—. ¿Qué pasa? Dímelo.

No fui capaz, por descontado. De allí salí a escape y enterré la cara en mi almohada dispuesta a morirme en las siguientes dos horas. Aquella espantosa sensación no iba a pasar, jamás remitiría a grado de soportable. Alertado por el volumen de mis aullidos, solo como estaba y a sabiendas de que confiar en mi madre o en Sandra sería inútil, mi padre llamó a Jo. Menos de treinta minutos invirtió mi amiga en llegar y aporrear la puerta. Se abalanzó sobre mi cama y me aferró los hombros intentando reanimarme.

—¡Joder, Marta! ¡Levanta! ¡Que levantes, te digo! ¿Qué te ha hecho ese malnacido?

¿Cómo sabía que era por él? Me incorporé a medias y le clavé una mirada suplicante.

—¡Ah, no! Me lo vas a explicar, sabes que esa mirada de gato de Shrek no funciona conmigo.

Giré como una peonza y me lancé a sus brazos al borde del precipicio emocional. La cara hundida en el hueco de su hombro y lloré, lloré. Joanna conservó la calma y me dejó vaciarme. Me separé un poco y ella me limpió los churretes, que eran muchos, con la punta de los dedos.

—Cuéntamelo todo —exigió sin preámbulos.

Eso hice. Entre hipidos y con algún que otro episodio de sollozos descontrolados.

—Esa llamada en la que me advertiste que te cubriera porque pasabas la noche fuera... Ya supuse que te quedabas con él. ¡Ay, Martita!

—¡No me dijiste nada! —protesté, herida de un modo ridículo.

—¿Qué iba a decirte? ¡Nada! Porque irradiabas entusiasmo por todos los poros, igual que un botijo. Porque tienes dieciocho años y ya iba siendo hora de probar el sexo de verdad. ¡Porque se trataba de tu vida y no quería meterme!

—No sueles ser tan considerada, te metes siempre, cuando te llaman y cuando no.

—Es parte de mi encanto, sí. —Desvió los ojos hacia mi vieja cómoda—. Qué hijo de puta.

—Irse así... Parece que iba huyendo.

—Iba, no tengas la menor duda. Ese te ha desvirgado y se ha cagado en los pantalones. Para algunos es una nota de compromiso que no soportan. Otros lo van contando por ahí inflados como pavos. Dime al menos que usaste preservativo.

Asentí con un cabeceo agotado. Me dejé caer de espaldas contra el colchón. Jo se tumbó a mi lado y enganchó los dedos de su mano con los míos.

—Voy a morirme —juré con agonía—, tengo roto el corazón.

—Bah, se pasa.

—Esto mío no.

—Eso tuyo se llama desengaño y es idéntico al que hemos sufrido las demás, alguna más de una vez ya. Marta, lo tuyo no es distinto, es solo que empezaste a vivir tarde. Te tocan todas las lecciones de golpe para recuperar el tiempo perdido y te prevengo: la mayoría son desagradables.

No respondí. Me quedé colgada del techo y de mi espantosa lámpara de florecitas de colores.

—Enamorarse es una mierda, digan lo que digan —resumió mi única amiga—. ¿Tienes chocolate?

Acabé durmiéndome después de dar cien mil vueltas en la cama y me levanté a las siete, con la sensación de haber llegado al final del corredor de la muerte. Me encontré a mi madre llorando sin consuelo en la cocina, rodeada por mis dos hermanas. Silvia había acudido, de manera que la cosa tenía miga. Mi padre la observaba contenido. A pesar de mi cerebro acolchado, presentí una gran desgracia.

—Pero ¿qué ha pasado aquí?

—La antigua jefa de mamá la ha denunciado por competencia desleal.

—¿Competencia...? Pero ¿qué tienen que ver los vestidos de novia con los trajes de gala?

—¿Recuerdas los patrones que mamá se trajo? Irán a juicio —informó Silvia con tono neutro.

No puedo decir que me sienta orgullosa de ser mala y perversa, pero me alegré. Desde la última a la primera de mis células bailaron de satisfacción. Que sufrieran un poco, que se apagaran sus humos. Una diabólica maldad se desencadenó en mi interior como una ola anunciadora de tempestad, y oculté mi sonrisa de complacencia. Para aquel entonces, Marta ya había decidido ser oscura como el café.

Solo que olvidó que, además de negro, el café es amargo. Muy amargo.

Noticias crueles

Tres meses y medio, casi cuatro, más tarde, me he convertido en la señora de Abel Castro. Parece mentira que, siendo extranjeros, los trámites del bodorrio resulten más simples y más acelerados que casándote en España. El caso es que lo llevamos francamente bien, nos insultamos, nos tiramos los trastos a la cabeza como es habitual y luego nos reconciliamos en el dormitorio entre sábanas húmedas, jadeos y orgasmos encadenados. No es sano pero tiene el confort de lo conocido, ojalá dure. He conseguido aparcar el recuerdo de Luca en una esquina oscura de mi conciencia y apenas si presto atención a los *mails* que recibo de mis amigos en España. No me atrevo a darles la buena nueva, me van a putear por no haberlos invitado, al menos, a ser testigos. Sí que llamé a mis hermanas, Silvia vino, contenta como unas castañuelas, firmó el libro oficial y me deseó lo mejor jurándome guardar el secreto bajo llave. Sandra, por el contrario, interrumpió mi esperanzada invitación con un aullido de animal herido al teléfono, que hasta me intimidó.

—¡No! ¡No puedo! ¿Cómo voy a ser testigo en tu boda? ¿Estás majara?

—Pues no le veo yo el inconveniente a la cosa... En fin, si tanto te molesta...

—Mucho, me molesta mucho, una barbaridad —me ametralla—, no deberías habérmelo propuesto siquiera.

Suspiro apesadumbrada. A esta niñita ridícula no hay quien la entienda.

—Sandra, cariño, serás un puto grano en el culo, pero sigues siendo mi hermana, de ahí que te recuerde en los momentos importantes de mi vida, pero olvídale, no he dicho nada. Sigue con tu drama, que igual un día nos vemos.

Y cuelgo, achacando su reacción de tigre endemoniado al follón familiar a cuenta de las empresas de mamá. Como siempre, pagan justos por pecadores y ella me odia (aún más), incluso sin haberme personado a reclamar mi parte.

He convencido a un iluso gestor de finanzas para que me contrate y le estoy llevando las cuentas. Soy pulcra, cumplidora y los números son universales, de modo que mi insuficiente inglés no supone un problema. Puedo decir que estoy en paz, equilibrada y satisfecha por primera vez en mi vida. Hasta hemos comprado muebles nuevos a medias para el apartamento.

Y entonces, un buen día, la desgracia y el horror llaman a mi puerta. A la nuestra. Porque ahora, a diferencia de siempre, formo parte de una pareja, puedo hablar con eses de plural en los finales, y me siento redonda.

Me sentía. Hasta que abrí.

—¿Sandra?

Vaya, esto sí que no me lo esperaba. La gata rabiosa que por poco me estrangula a distancia por osar invitarla a mi sorpresiva boda, ahora se digna a visitarme. ¿Necesitará dinero, un porro, hombros sobre los que llorar? Advierto que no trae equipaje, deduzco que está de paso. Pero me obsequia un empujón y entra decidida hasta las entrañas de mi apartamento.

—Tenemos que hablar —ladra.

—Hija, qué ímpetu. Buenas tardes, ¿cómo estás?, yo también me alegro de verte, ¿qué tal el vuelo? ¿Ahora quieres hablar?

—No voy a andarme por las ramas, te lo advierto —amenaza aún de espaldas. Sus ojos revisan al milímetro el espacio. ¿Qué narices busca?

—O has venido a conocer la ciudad o muy gordo es lo que tienes que decirme, porque viajar hasta Ámsterdam solo para... ¿para qué?

El resto de las palabras se congelan en mis labios. Sandra ha dejado caer su abrigo sobre el sofá, gira y su abultado vientre de preñada de casi siete meses me deja bizca. Al tiempo que me petrifica, me dice:

—Obviamente, es muy gordo.

He perdido el conocimiento, estoy segura. O me he muerto y desciendo a los infiernos. No puedo respirar, tengo taquicardia, me he encajado en el butacón y de aquí no hay quien me saque. Lo que acabo de escuchar mataría de infarto fulminante al más curtido de los seres humanos, pero yo sigo latiendo y respirando. No comprendo por qué demonios no me diluyo en este ácido corrosivo que acaba de regalarme mi hermana menor y desaparezco para siempre.

—Comprenderás que algo así no podía decírtelo por teléfono. —Entorna los ojos—. Oye, respira, no te vayas a morir aquí delante de mí, qué mal rollo.

—No la palmo por no facilitarte las cosas, no por falta de ganas. Pero, pero... ¿cómo cojones ha podido pasar?

Me mira incrédula.

—¡Tendré que explicártelo, anda! Fueron dos o tres veces, no lo entiendo, menuda puntería el tío.

Desesperada, ahogada en lágrimas histéricas, me agarro la cabeza con las dos manos.

—¿Cuándo, cómo, a cuenta de qué? ¿Hasta ahí llega tu rencor?

Sandra se encoge de hombros. Si pudiera mantenerme en pie y ella no estuviera embarazada hasta la boca, juro por lo más sagrado que se tragaba el florero.

—Lo de que te detesto y sueño con vengarme de tus discutibles encantos, solo existe en tu imaginación, hermana. Coincidimos en tu fiestecita, me pareció guapo, nos intercambiamos los teléfonos y quedamos un par de veces.

—Vaya si aprovechaste el tiempo —boqueo con los ojos escocidos, al borde de un ataque de los peores.

—Claro, ¿cómo no ibas a culparme? Él es un santo, él rezaba el rosario mientras yo me preñaba

sola —precisa irritada.

—Sería imbécil si lo disculpara, él es, es, es... —La furia desatada me domina y me impide seguir despotricando—. A él no sé cómo llamarlo y tú —la señalo sin contemplaciones— eres una zorra de primera.

—¡Sin insultar! Que yo sepa, cuando esto pasó, éramos dos adultos solteros y libres.

La achicharro con la mirada.

—¿Libres?

—Yo sí. —Se repantinga en el tresillo—. La verdad, no pensé que te fueses a poner así, te lo estás tomando fatal.

Esa frase estúpida y provocadora me inyecta la ira necesaria como para botar del asiento. Me pongo a recorrer mi piso holandés, recalentándome a medida que muevo las piernas.

—¡Me cago en la leche puta! —estallo—. ¿Qué reacción esperabas? ¿Te doy la enhorabuena? ¿Bailo? ¿Te regalo unos patucos?

—¡No sé! ¡O me compras un sonajero, tú verás, es tu sobrino! —Se acaricia la barriga, me está retando. Menuda hija de perra.

—¡Lo has hecho con toda la intención! Para joderme la vida, no sabes cómo arruinármela, estás furiosa por lo de la empresa, ¿es eso? Quédatela, quédatela entera, ya se lo dije a Silvia, ¡paso! ¡No quiero nada! He respetado tus espacios, Sandra, desde niñas, no importa cuánto hayas exigido abarcar, te lo he permitido todo, ¡todo! —Me dejo caer como un saco—. ¿Este golpe mortal era necesario?

—No digas memeces, Marta, cuando esto se coció no había discusión ninguna con las tiendas de mamá, eso lo habéis traído después Silvia y tú, con la ambición que os desborda.

Aprieto los párpados para no matarla. Apoyo las manos en las rodillas y me levanto. Camino parsimoniosa hasta la puerta, recojo su abrigo cuando paso por delante de donde está y le indico que salga, al tiempo que se lo ofrezco. Me dirige una mirada escéptica.

—No puedo creer que me estés echando.

—No te quiero aquí, Sandra, necesito tiempo para asimilar lo que ha pasado. —Me froto el puente de la nariz. Querría que el reloj diese marcha atrás una hora, solo una. Esto no habría pasado.

—Espero que tengas en cuenta mi detalle, venir hasta Ámsterdam a contártelo en persona.

Le lanzo una mirada turbia y rota.

—A lo que tú llamas detalle, yo lo llamo restregarme por la cara algo terrible. No ibas a privarte del gusto de verme desencajada, ¿verdad?

—Me pregunto si tú lo habrías hecho estando en mi lugar.

—No sé si desplazarme hasta aquí para pisotearme me causaría tanto placer como te lo debe de estar causando a ti. Lo que jamás habría propiciado, es una barriga del hombre al que mi hermana quiere.

Cuando Abel regresa del trabajo ha pasado por el mercado y trae una empanada casera bajo el brazo. Su gesto cansado me habría enternecido de no estar en *shock* total como estoy. Desparramada en el sillón, atrofiadas las manos alrededor de sus brazos, la mirada perdida en un horizonte más que lejano. Me besa con ligereza en el pelo sin extrañarse de que casi no respire.

—¿Un día duro, muñequita?

—Algo así —tartamudeo, luchando porque la pelota que tengo atravesada en el cuello baje—. He hecho sopa.

—¡Ah, genial! —Desaparece tras las puertas abiertas de la alacena de la cocina.

—Y me duele la cabeza, mucho, me va a explotar —informo con desmayo. Hago amago de irme al dormitorio. Tengo los ojos inflados, la nariz como un tomate y no dejo de hipar. No soy persona. Abel me alcanza y permite que me apoye en su fuerte brazo.

—¿Te desnudo y te acuesto? —propone con descaro.

Freno. Pienso. Decido.

—Mejor desnúdate tú, métete en la cama y espera a que llegue con la cena.

—¿Me la vas a traer? ¿Qué se celebra? ¿Es nuestro aniversario y lo he olvidado? ¡Guau! ¿Que he hecho?

Los ojos azules de Abel centellean como un par de luceros cargados de lujuria y planes para la noche. Desliza su mano y me aprieta un pecho, acaricia el pezón erguido a través de la tela. Me estremezco. Remolco la bandeja con un cuenco de sopa hirviendo y su cuchara. Sonrío. Me cercioro de que mi marido aguarda completamente en pelotas con las piernas separadas y el mástil de su buque erecto y preparado. Me relamo imaginando lo que pasará a continuación, saboreando las consecuencias de mis actos.

—Pensé que te dolía la cabeza. Menos mal que en el fondo eres una viciosilla. —Sus ojos resbalan a la altura de la sábana—. ¿No es el pene más bonito que has visto en tu vida?

—Desde luego que sí, el más bonito y el más ardiente —deletreo. Me inclino hacia delante y tumbo el bol de sopa a cien grados encima de su entrepierna.

Ande yo caliente...

Con unos reflejos encomiables, Abel lanza un aullido inhumano, salta medio metro de la cama y cae al suelo hecho un ovillo, protegiéndose la zona con las manos. Patalea, chilla y yo, impasible, lo miro. Esquivó el proyectil y apenas le ha salpicado, cómo exagera.

—¿Has perdido la cabeza? —me grita—. ¡Estás loca, bruja! ¡Quieres asesinarme!

—No. Quiero castrarte, eunuco de mierda —declaro con total tranquilidad—, so desgraciado, quiero impedir que te vuelvas a tirar a mi hermana Sandra apenas me doy la vuelta.

Parpadea jadeante desde el suelo de tarima. Me apetece pisotearle los cataplínes y, a continuación, fabricarme unos pendientes con lo que quede de ellos.

—Sí, la muy tonta ha venido a verme, trae puesta una barriga de siete meses y es toda tuya. ¿No lo sabías? —Chasqueo la lengua decepcionada—. Vaaaya, nadie ha puesto al corriente al mítico Abel, nadie se ha molestado en contarle que va a ser papá.

—¿Por qué diablos iba a ser mío? Será por lo casta que es ese zorrón despendolado —escupe con el rostro crispado de cólera—. ¿Te lo dice y te lo crees?

—Vamos, Abel, que nos conocemos. —Sus ojos me cuentan que estoy en lo cierto. Y lo lamento, no creáis.

—¡Llévame a un hospital, loca desquiciada! ¡Llama a una ambulancia o llévame a un hospital!

—¡Déjate de dramas, que apenas han sido unas pocas gotas! Si no te llegas a mover, ahora no tendrías picha...

—¡Dios! ¡Mi mujer es una puta psicópata!

—En algo tienes razón, desde luego que no estoy bien de la azotea o no me habría casado contigo.

—Cuando lo de tu hermana, no estábamos ni saliendo —se defiende a la desesperada.

—¿Tendrás morro? Habéis follado cuando os ha venido en gana y tuviste la desvergüenza de pedirme volver la misma noche de la fiesta.

—Coño, Marta, esto es... surrealista.

Desde luego que lo es. Lo repaso con lástima. Por él, por mí, por lo poquito que habíamos conseguido y ahora perdemos. Niego con lentitud. Le estoy diciendo que no a mi última oportunidad.

—Olvídate de liarme otra vez, so asqueroso.

Forno un guiñapo con su ropa, incorporo los zapatos asegurándome de que todo su barro permanezca en las suelas, entorno los ojos y me dirijo a la puerta. La abro y arrojo la montañita al

descansillo con todo el desprecio que soy capaz de reunir. Abel me persigue gateando con esa especie de coquilla que forma con las manos cóncavas, balbuciendo disculpas que no me da la gana de escuchar.

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! —Es el momento de gritar, así que me desgañito. No pone reparos, recoge sus prendas como un pequeño pulpo cazador.

—No voy a exponerme en mitad del edificio, desnudo, ultrajado y herido. ¿Te imaginas si sale algún vecino?

—Imaginar no imagino nada, pero te prevengo: estoy histérica, armada y soy peligrosa. Dispongo de toda una olla de sopa hirviendo que pienso arrojarte por la cabeza si no sales de este apartamento zumbando como una bala. Y esta vez la puntería será fetén.

—¡Es mi jodido apartamento! —aúlla—. ¡Mío!

—¿Me has oído?

—Estás de psiquiátrico. —Galopa a trompicones medio vestido—. Dame dinero para un taxi, tiene que verme un médico cuanto antes.

Le tiro la cartera a la cara y le deseo lo mejor.

—Del hospital te mudas a un hotel. No lloriquees, serán solo unos días porque yo me esfumo. Va a ser gracioso, después del divorcio, igual tienes que casarte con Sandrita; no puedo augurarte peor destino.

Hice bien en no desprenderme de mi apartamento en Madrid. Después de ver el capítulo de *Sexo en Nueva York* y vivir en mis propias carnes las penalidades de Carrie por recuperar su piso y su identidad tras marcharse y fracasar en París, tomé precauciones. Soy como ella, un alma cándida y decepcionada que todavía cree en el amor y se entrega a ciegas, hasta los tuétanos. En algún instante inconcreto a lo largo de este sueño, de esta aspiración a la felicidad, el machetazo de un carnicero ha cortado de cuajo la poca inocencia que conservaba. Me helé por dentro y me convencí de que esto que llaman vida es una carrera de galgos cojos que nadie puede ganar. El galardón se negocia, se lo lleva el más astuto, nunca el más bueno. No sirve de nada ser generoso, salvo que sea contigo mismo.

Mi divorcio se ha tramitado contratando los servicios de un abogado especialista. Cuando todos daban por hecho que quería sacarle las tripas, he rechazado cualquier cosa parecida a una pensión. El otro lado de mi cama se ha congelado con el paso de las semanas. No he vuelto a saber de Abel ni de Sandra y no he escatimado esfuerzos en resaltar los más sórdidos detalles de la historia cuando mi madre y Silvia me visitan, intrigadas por mi repentino regreso, y me interrogan. Por un momento creo que a mamá se le saldrán los ojos de las órbitas.

—No puedo creerlo, no puedo, sencillamente..., no puedo creerlo.

—¿Verdad que no? —musito aplastada por el dolor—. Yo tampoco, éramos hermanas.

—Lo que me resisto a entender es que aceptases casarte tan lejos y sin avisar. Debería retirarte la palabra, Marta Manuela, es una conducta imperdonable, te dejas manipular por cualquier

indeseable con pantalones.

Tierra, trágame.

—Tienes razón, mamá —ironizo sin fuerzas—, lo de que se tire a Sandra y mi hermana se quede preñada del que era mi novio, es una simple anécdota sin importancia. Lo único verdaderamente abominable es haberte privado del placer de encajarte una pamea en la coronilla.

Le veo vidriosos los ojos, mira al vacío, es como si ni siquiera me escuchara.

—Por lo poco que pude enterarme, nunca me gustó demasiado ese chico.

—Tiene gracia, porque ahora es el padre de tu nieto o nieta. —Elevo hasta ellas unos ojos agotados y llorosos—. ¿Sería mucho pedir quedarme sola? No tengo ánimos para seguir de charla.

Mi madre se levanta muy ofendida y da vueltas en círculo para localizar su bolsito de mano.

—Vinagres, vinagres, esta niña no cambiará en la vida.

¡Me cago en la leche puta! Creo que hasta aquí he llegado. Le lanzo la peor mirada de mi repertorio. En ella concentro el resentimiento acumulado de al menos... ocho años.

—¿Ni siquiera en una situación como esta eres capaz de un poquito de piedad, mamá? ¿Te dice algo la palabra «misericordia»? Soy tu hija, no una extraña con la que te cruzas en la calle. ¡Tu hija! ¡Esa de la que te avergüenzas desde que tengo memoria!

—Yo no me... —trata de decir. La corto con un aullido.

—¡Deja de mentirme! Sé sincera, honesta, cercana por una vez en tu vida.

No responde. Solo veo que se muerde los labios con ansiedad.

—¡Vamos! ¡Dilo! ¡Di lo que de verdad piensas!

—Por favor, Marta... —interviene Silvia. Corto su intento con un brusco gesto de mi mano.

—No sé hacerlo... —se debilita mi madre.

—Una palabra de consuelo, mamá, un gesto amable, ¡trátame como a las demás solo por una vez!

Su protesta se resquebraja en un sollozo.

—Que Dios me perdone, no sé hacerlo. Mira que lo intento pero no sé, no sé, Marta, no me sale.

—Veo el modo en que se ha derrumbado, cómo llora y casi no puedo creerlo. Le sale de tan adentro que me asusto. Silvia nos mira con los ojos desencajados—. Yo siempre quise...

—Te dije que la incentivabas de forma equivocada, mamá —interviene de nuevo mi hermana, ahora con suavidad—, que echarle en cara sus carencias no era el mejor modo.

—¡Pero ella lo necesitaba! —se defiende como si yo no estuviera presente—. Marta era tan poquita cosa, tan resignada a lo mediocre, tan falta de horizontes... Tenía que empujarla.

—A ser alguien que no soy, ¿verdad? —deduzco con amargura—. A parecerme menos a mi padre. Porque no solo eran ganas de que me superara, mamá, era también desprecio.

Mi madre se cubre la cara con las manos. Silvia trata desesperadamente de que me calle, pero no lo hago.

—¡Confíesalo! ¡Me despreciabas por parecerme a él, por no ser la hija perfecta de la que presumir, por no ser como Silvia y como la maldita Sandra!

—No ofendas la memoria de tu padre.

—¡No la ofendas tú! Siempre quisiste más, mamá, una casa mejor, un marido con una profesión pomposa, buenas amistades, glamur, vida social... ¡Todo lo que él no llegó a darte nunca!

—¡Por favor, por favor, dejadlo ya! —musita trémula Silvia.

—¡Sí! —estalla mi madre— ¡Todas esas cosas quería, no es un pecado! Cuando me casé era joven y estaba cargada de sueños. Todos se quedaron sin cumplir. Su lugar lo ocuparon un cuchitril en un barrio con vecinas que se chillaban cosas por el ojopatio, un trabajo de esclava y la presión de no llegar con tres niñas a fin de mes.

—De lo único que podías presumir era de hijas —comprendo de repente—. Pero claro, llegué yo a fastidiarlo todo.

—Silvia era independiente, brillante, firme e inteligente, llegaría adonde quisiera. Sandra tan bonita, tan lista...

—Tan sumamente zorra —completo con rencor.

—Pero tú... —Me da súbitamente la espalda—. Tú eras tan difícil...

—Solo era mediocre, mamá, una chica corriente. Pero eso no es un crimen.

Durante un rato, el tiempo parece detenerse. Silvia no respira, yo no respiro, mi madre llora. Únicamente observo cómo lo hace, preguntándome si por fin está descargando su aspereza y esas cuentas pendientes consigo misma.

—Marta, llámame si necesitas algo, preciosa. —Queriendo poner punto y final al drama, mi hermana me abraza con cariño. De nuevo me invade el desánimo y las ganas de llorar a chillido limpio. Me controlo, no sé cómo. Serán las ganas de perder de vista a la familia.

Doña Maruja, para quien mi boda no existe desde el momento en que ella no ha asistido y no se ha celebrado en España, después del breve escape emocional, huye secándose las lágrimas. Pero antes de alcanzar la puerta, frena, vuelve al trote y se me echa encima, me abraza murmurando rezos inaudibles. Tamaño arrebató me coge desprevenida. Me dejo abrazar. Por mi memoria desfilan años completos necesitando esta caricia. Más vale tarde que nunca.

—Lo siento, te juro por lo más sagrado que lo siento. He sido una madre espantosa, tú no te merecías una madre tan horrible.

No puedo responder, él habla se me agarrota detrás de los labios. Acierto a levantar las manos y rozar su espalda.

—No hay madres malas, hay madres equivocadas —nos cuenta Silvia con su dulce voz—, ya te lo dije una vez. Lo hiciste lo mejor que sabías, estoy segura. Y Marta también lo sabe, ¿verdad?

Mientras mi madre niega y se fustiga, Silvia me suplica con los ojos esos enormes que lleva en la cara. Y yo no sé decir que sí, tampoco me sale. Mi madre cavó un foso terrorífico y me tiró dentro para, a continuación, olvidarse de mí. Yo fui la hija invisible, la prescindible. Por eso me eligieron para cuidar de papá sin preguntarme si quería sacrificarme, por eso me robaron la capacidad de decidir. Ya lo sabía hace mucho, pero en este instante se hace dolorosamente patente. Me ahogo.

—Con el tiempo, una y otra olvidaréis los errores —continúa Silvia en su afán por arreglar el desastre. Mi madre me aprieta con ansiedad y yo me ablando. Me entrego a su abrazo y desaparezco un poco. No sé si seré capaz de perdonarla del todo, pero un poco sí. Seguro que sí. Ni siquiera soporto verla llorar.

—Mamá, sécate esos ojos, se te van a hinchar —susurro. Me llena de besos la cara. Ahora soy yo la que revienta sus diques y la pena por todo lo malo que me ha pasado en la vida aflora sin contención. Estrecho nuestro abrazo y, juntas, lloramos.

Pasan los minutos compartidos que tanto necesitábamos. Es catártico, liberador. Es bueno. Estoy adosada a mi madre y me siento endeble y pequeña, pero amada. Qué maravillosa sensación. Qué de tiempo perdido.

—Hija de mi vida, pienso enmendarlo, voy a despellejar a tu hermana Sandra.

—Llámame y te sostengo la palangana de la sangre.

No se ríe. Supongo que mi humor negro no es apto para todo tipo de circunstancias.

—¿Has pensado en pedir ayuda? Para superar lo de...

—Eso incluye atiborrarse de pastillas, pedir recetas como quien compra pipas y caminar por la calle atontada por completo —detalle—. Ni lo sueñes, saldré de esta sola, para variar.

Mi madre suspira y calla; seguramente necesita tiempo para ordenar sus ideas. Pero sigue acariciándome la cara y me mira como si, por primera vez en la vida, me viese.

—Me equivoqué contigo. Tienes tantos talentos que podríamos llenar esta habitación. Presumes de invulnerable pero estás hecha de carne y hueso como todo Cristo. Deja de hacerlo, estamos aquí para apoyarte —me dice al final. No encuentro palabras inteligentes con las que replicar.

Al son de *Almost Lovers* camino hasta la puerta de la biblioteca donde comenzó todo. Observo la fachada, me detengo ante los dos anchos escalones de acceso. Desde allí ya capturo el olor a papel y tinta, a cuero viejo y letras. Suspiro. ¿Qué habría sido de mi patética vida en el supuesto de que papá no hubiese enfermado? ¿Y si jamás hubiese tenido la ocurrencia de pedir libros prestados? ¿Me habría costado menos esfuerzo sonreír, ser amable, sexi, encantadora? ¿Sería más sencillo dejar entrar al amor, permitir que se instale en mi casa de no haberme enamorado de Luca a los diecisiete? Puede que sin existir él, su atrayente cuerpo, su dulzura exquisita a la hora de tratarme, su sentido del humor..., sin haber sido el primero en todo, Lady Vinagre hubiera podido disfrutar de la miel de otras relaciones que calaran su armadura. Llegué a sentirme muy a gusto con Abel, llegué a necesitar a ese indeseable marrano que parecía fabricado conforme a la horma de mi zapato, que exigía vara y con el que no funcionaban los mimos. Abel se convirtió en maestro y canal para mi tiranía, disfrutaba con mi trato déspota y lejano. Mantuvimos una relación delirante que, en su toxicidad, se retroalimentaba. Pero solo Luca me caló hasta el fondo, solo él me hizo sentir amada, importante y princesa. Cuando estoy con él, si me toca, Luca es todo cuanto quiero. Luego me quedo sola y el alma me traiciona, me asaltan todos esos motivos que gritan «debes alejarte, por su bien, por el tuyo; vuestro futuro no te pertenece». Miro hacia otro lado y

navego a la deriva.

Jesús, estoy llorando como una magdalena, no puedo presentarme de esta guisa en ninguna parte, de modo que retrocedo y ocupo una esquina del banco instalado enfrente. Oculto la cara por la que las lágrimas ruedan en libertad, cuando una energía poderosa me cerca y alguien que no distingo bajo mi cortina húmeda me ofrece gentil un pañuelo. ¡Ostras!, ya nadie lleva cosas así en el bolsillo, de tela, blanco, impoluto, ¡planchado!

—Si después de tantos años conservas el carnet de socia, te prestan los libros —me asegura Luca con deje irónico y calculado—, no hace falta que llores.

Sonrío sin ganas mientras le arranco el pedacito de tela de las manos. Él se remueve inquieto en el duro asiento. No lo miro, me limito a percibir su presencia y a llenarme. Hace meses que no sabía nada de él. Utilizo el rabillo del ojo con mucho disimulo. ¡Dios santo! ¡Qué guapo está! Tenerlo tan cerca me para el corazón, perfuma con fragancias el aire que respiro. Fuerzo mi atención a concentrarse en el pórtico de la biblioteca, un edificio antiguo bastante llamativo. Sin embargo, dos pupilas desobedientes recorren sus manos buscando alianzas. Sus dedos están desnudos, siento tanto alivio por un segundo, que creo que me desmayaré si la fortuna decide sonreírme. Pero muchos chicos llevan sus anillos de casado colgados del cuello con una cadena.

—¿No vas a decirme hola, bichito? —Es como si contuviese la emoción, ¿puede apretarla en una caja y soltarla cuando le venga en gana?—. ¿Qué tal en Ámsterdam?

—Mucha agua.

—¿Solo eso?

Levanto la cara, me enfrento a lo inevitable.

—Y bicicletas. También hay muchas bicicletas. Y holandeses para hartarse.

—¿Cómo lo has pasado?

—Bien. —Marco una pausa y me desmorono. Es él, Luca, la única persona de este planeta con la que siempre me he sincerado—. No, bien, no. Una mierda. Una mierda así de grande. —Hago un aspaviento con las manos para que entienda. Su brazo rodea mis hombros y acorta distancias entre ambos. Consigue que mi digna cabeza estirada acabe reposando sobre su torso. Vuelve a acariciarme el pelo como cuando estábamos en la clínica. Esto es demasiado y reviento. Llora tanto que parezco una inundación india. Y Luca soporta mi berrinche sin protestar, sin quejarse. Solo me arrulla de cuando en cuando, igual que se acuna a un bebé.

—Joanna me ha contado lo de... lo del embarazo... de Sandra.

—Me lo merezco por cegata, por ceporra, por crédula, por gilipollas, por... —Tiemblo de rabia, me asfixio. Si no quedase fatal me golpearía la frente contra un muro.

—¡Eh, eh, para ya!

—¡No puedo parar! Luca, tendría que haberlo visto venir, era un mujeriego sin ética ni moral para el sentimiento. ¡Si estaba en juego un polvo, que le dieran al resto! ¡Y llegué a pensar que era bueno para mí...!

—Se te veía muy enamorada —musita. El terciopelo sedoso de su voz me rodea, me envuelve y

me besa.

¿Enamorada? Nunca jamás. Solo de ti. Me seco las lágrimas de un revés.

—Quise ilusionarme, te aseguro que puse mucho empeño.

Abrimos otra pausa silenciosa. Luca me consuela, yo absorbo su energía sin reparos y me recargo como puedo.

—¿Por qué aquí? —me pregunta cuando me nota más serena.

—¿Por qué tú? —contraataco.

—Es nuestro sitio.

Todo puede comenzar de nuevo

—¿Nuestro?

—Aquí comenzó todo. Aquí vi por primera vez a una adolescente asustada de sonrisa tímida, que no solía leer y me tomaba el pelo.

—Fue por quedar bien —me disculpo avergonzada.

—Ya por entonces me robaste el corazón. Me pareciste tan frágil, tan desamparada y al mismo tiempo queriendo presumir de fuerte... Juré que te cuidaría como un hermano mayor.

Claro, así me ve, no soy una mujer, mucho menos «su» mujer: soy una cosita indefensa a la que proteger de sí misma, demasiado ácida como para despertar la ternura en otro hombre menos sensible que él. Por un nanosegundo, su discurso me ha sobresaltado, pero vuelvo a tierra. Si Luca llegó a la cama conmigo fue porque lo arrastré con total descaro. Lo empujé a romper una promesa consigo mismo, de ahí los remordimientos, de ahí su malestar.

—No pudiste evitar que cometiese la mayor torpeza de mi vida, liarme con un golfo redomado como Abel. Todo el tiempo que pasé a su lado ha sido una odisea demencial.

Cabecea asintiendo.

—Increíble, mezquino, propio de un fulano que solo piensa en él. En más de una ocasión lo habría estrangulado con mis propias manos, pero yo tampoco era libre, Marta, no tenía fuerza moral para exigirte que abrieses los ojos.

Lo que oigo actúa a modo de resorte. Me tenso, me mojo los labios y apoyo los pies en el suelo, firmes y determinados a escapar corriendo.

—Me quedo con el pañuelo, creo que seguiré llorando.

—¿Vas a irte?

—Tengo un destino por elegir y, probablemente, una maleta que organizar.

—¿Fuera de Madrid? —pregunta con una leve nota de temor que no sé si estoy imaginando. Asiento con la cabeza—. ¿Escapando de nuevo?

—¿Cuándo lo he hecho antes?

—Mil veces.

—Exageras. —Retiro los ojos.

—Mil y una. La peor de todas, Holanda —me reprocha—. Desapareciste sin dar explicaciones y, cuando me entero ¡estabas casada!

—Parece que te molesta.

—Aciertas. Me molestó y mucho.

—No entiendo, porque tú has hecho lo mismo, me refiero a que te has casado —murmuro apesadumbrada. Él arquea las cejas sorprendido.

—No lo he hecho.

—O vas a casarte —rectifico. Él vuelve a negarlo.

Giro la cara en su dirección, súbitamente esperanzada.

—Miriam me enseñó las alianzas, me dijo...

—Las compró, es cierto.

—¿Entonces? —presiono con la boca seca.

—Las compró, no las compré. He dejado a Miriam —anuncia con voz grave. El corazón me da un vuelco y la sangre ralentiza su avance.

—¿Que la has... dejado?

—Queríamos cosas distintas y mi pasado construyó un muro de cinco pisos entre ella y yo. Miriam es una chica maravillosa, se merece honestidad, que fuese sincero al planear un futuro que, simplemente, no sentía.

La cabeza me da vueltas, no entiendo nada, muchos matices se me escapan y no debo hacerme ilusiones, ya no. He cometido muchos errores y me fuerzo a ser cauta. Me deshago de su abrazo y me pongo en pie con el pulso rebotando contra mis muñecas.

—Tengo que irme.

—Ela... La chica que caminaba sin paraguas bajo la lluvia, ¿te acuerdas?

¿Cómo no voy a acordarme? Son momentos y sensaciones de nuestro pasado tatuadas a fuego lento en mi alma, no las olvidaré mientras respire.

—Espera —insiste con suavidad.

—Tengo que irme. ¿Me oyes? Tengo... que irme.

—Bicho... Te lo pido por favor, por lo que más quieras.

Lo que más quiero es él, así que me detengo a mitad de una zancada, le dejo hablar, pero no me vuelvo a mirarlo.

—No puedes irte así.

—Sí puedo. Porque ¿qué pasará si la esperanza me contamina? —pregunto cobarde, sin dar la cara, conteniendo las lágrimas—. Tengo que evitar ese peligro. Empiezo a desear cosas que no pasarán, una vida larga, hijos, muchas risas por la mañana y por la noche. Esperando que lleguen, me muero un poco más en cada intento. Igual te pido demasiado, pero procura entenderlo.

—Lo único que entiendo es que quererte tanto me está matando, quedan tantas cosas por decir que me ahogo.

Respiro profundo. Es uno de esos momentos decisivos en la vida de una mujer. Me armo de valor, giro sobre mis talones y encaro a un hombre terriblemente guapo que se ha convertido no solo en mi mejor amigo, sino en el motor de mi vida, mi alma gemela, mi complemento perfecto.

—De acuerdo —cedo. La ansiedad trepa por mi garganta, imparables y venenosas—. Tengamos esa maldita conversación.

—Necesito ser completamente sincero contigo, conmigo mismo.

—¿Va a dolerme?

—Espero que no demasiado. —Rodea mi cintura con su brazo y me empuja con suavidad hasta un trozo de césped, donde nos acomodamos. Procuero sentarme no muy cerca.

—Estoy preparada. —Sonrío con debilidad—. Y es un decir.

Luca me mira directamente a la cara. Creo que jamás en el tiempo que hace que lo conozco lo he visto tan serio.

—Sé que no he estado a la altura, que llevo meses enviando mensajes contradictorios, que habrás pensado que mi única intención era volverte loca.

—Yo tampoco es que pueda presumir de equilibrio... Pero tengo..., tengo una justificación.

Me calla levantando una mano y agitándola en el aire.

—Yo primero. ¿Sabes cuántas noches he tenido pesadillas mortificándome con que la mujer de la que me había enamorado se marchaba, igual que se marchó mi madre?

Se me seca la garganta, mi lengua se vuelve rasposa, apenas puedo dar salida a las palabras que se agolpan. Mi reacción no es del todo lógica. Me enfado.

—¿Te refieres a mí? Porque si es de mí de quien hablas, eso solo significa una cosa: no tienes ni una pizca de fe en que pueda continuar viva. Y mira, en eso a ratos coincidimos.

Hago amago de escapar. Su mano sale despedida y sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca.

—Marta, por favor. No he acabado.

—No, déjalo estar. A lo peor tienes razón y me he pasado de optimista, debería calcular cuántos telediarios me quedan y beberme la vida a buches grandes. Por si acaso.

—Ahora sé que quiero estar aquí, donde tú estés, y me importa poco si dura o acaba en un parpadeo. Siempre valdrá la pena.

Se me queda el corazón enganchado a sus pupilas. Brillan intensamente, lanzando un mensaje de amor absoluto que está fuera de toda duda. Su masculino mentón tiembla un poco. Y su boca... Su divina boca se entreabre húmeda para mí. Suelto el aire retenido en los pulmones.

—Vas a oír mi versión de la historia, ¿vale? La justificación de todas mis contradicciones. Tengo miedo de no sobrevivir, de amargarte la vida con mi enfermedad como me pasó a mí con mi padre —intenta interrumpirme, lo impido—, aunque lo hagas en nombre del amor, como yo lo hice. Es un castigo, no importa con qué sedas lo vistas. Una gran putada que a la larga se convierte en rencor.

Descubro que me he convertido en una experta a la hora de estrujar mis sentimientos, formar una pelota y lanzarlos a un lado, donde no estorben, donde ni siquiera se ven. Respirar hondo y hacer como que la vida pese a todo merece la pena, cuando lo cierto es que tras esta confesión no me quedará nada.

—En mis circunstancias tengo que considerar todas las posibilidades —añado con gravedad.

—¿A quién le importan?

—A mí. Por eso me he negado a quererte, de ahí esta estúpida lucha conmigo misma, por no condenarte a arrastrar a una enferma de por vida, alguien que difícilmente podrá darte nada.

—Estás de broma, claro. Ya me has dado mucho más de lo que merezco.

—¡Te lo mereces todo! —me desespero—. Si he llegado hasta aquí es por ti, por esa clínica de Bulgaria, por la fuerza y la fe que me contagiaste. Me has regalado tantos amaneceres con los que no podía soñar siquiera...

—Una y mil veces volvería a hacerlo. Y uno y mil días quiero amanecer a tu lado y poder decirte: uno más, bicho, uno más juntos, queriéndonos.

Entierro los ojos en la alfombra vegetal. Ese nudo horrible en la boca de mi estómago se retuerce. Ojalá estuviera tan segura como él.

—Elegiste a Miriam.

—¡Escapé con Miriam! —rebato con desgarramiento—. Algo que no me perdonaré mientras viva, quererte a ti y huir con ella. Porque estaba allí, dispuesta, porque era más fácil y fui cobarde, porque...

—Porque es más bonita —resumo amarga.

—Marta, te lo ruego, no me insultes.

—Miriam es una preciosidad, no lo niegues, no soy ciega.

—No lo discuto. Pero no es belleza lo que busco para acompañar mi vida: quiero magia, quiero mirarte y leerte, quiero entenderte y que me entiendas sin necesidad de frases, quiero compartir una visión propia del universo, ese tipo de cosas increíbles que solo tú me ofreces.

Resoplo y me dejo caer sobre la hierba como un peso muerto, con los brazos estirados por encima de mi cabeza. Hay un huracán corriéndome dentro, un viento temible que lo revuelve todo. Es alucinante oír esto de sus labios, una declaración en toda regla, el tipo de amor con el que siempre soñé. Pero los años cambian a la gente, desgastan los amores más sublimes. Si empeoro, si me convierto en una carga, Luca me aborrecerá.

Moriría antes de poder superarlo. Todo lo demás sí, eso no.

Así que me pongo en pie. Desde el suelo, sus ojos azules me estudian con preocupación.

—¿Vas a pensártelo?

—No hay nada que pensar. Hay que marcharse —afirmo rotunda—. Hemos cometido muchas equivocaciones y todas han dejado huella.

Se incorpora, se pega a mi lado. Me saca casi dos cabezas. Su potente energía me bombardea, me siento flaquear. Atrapa mis hombros y me obliga a enfrentarlo.

—Marta, no sé cómo pedirte. Por favor.

—No se vive de favores, no soy una persona magnánima, lo sabes. Más bien todo lo contrario. Dimos pasos en la dirección incorrecta y ahora ya nada es lo mismo. Lo siento —retiro de mí sus manos. Es como decirle adiós a lo mejor de tu vida. Sientes que por dentro te rompes y que no te compondrás jamás y ni siquiera te importa—, lo siento mucho.

No me retiene esta vez. Me deja alejarme, aunque siento su mirada recorrerme entera.

—Bicho...

No respondo. Pero atiendo.

—Vayas adonde vayas, no me olvides nunca.

Relajo los hombros. Los ojos me escuecen, los condenados.

—No lo haré.

Con la cara escondida en una pila de cojines puedes gritar sin que los vecinos avisen a la policía. Estoy frustrada, nerviosa, desquiciada por no traducir los mensajes velados de Luca. ¿Perseguimos lo mismo? ¿Cómo acertar? Tengo embotados los sentidos, he llegado a casa atontada y de puro milagro. No sé quién debo ser para triunfar en esta jodida carrera de obstáculos que es la vida. Mi teléfono suena y suena, y ese timbre incesante y agudo me achicharra. Es Luca, no voy a cogerlo. Independientemente de que se case o no con otra, soy su mascota, siempre lo he sido y difícilmente subiré de categoría. Hay muchas promesas pero pueden convertirse en humo. Hoy sí, hoy es fuerte y cree que puede con todo, pero amar con todo el alma no basta, las enfermedades consumen, yo lo viví con papá, sé de qué hablo. No quiero que el amor de Luca se vuelva resentimiento. Lo mejor es dejar de atormentarme con un premio que nunca tendré. Una maleta, algo de pasta y un montón de brío para empezar de nuevo, lejos.

Sola.

Llamaré a Gaby, que me aconseje. Por fin enmudece el condenado artilugio, no he sido capaz de quitarle el volumen. Pero en la pantalla parpadea una frase: «*Llamada perdida. Buzón de voz*».

Me resisto. Me restriego una mano con otra. Vacilo y sufro. Lo cojo. Lo vuelvo a soltar, para mi ánimo machacado es hierro candente. Finalmente, regreso al dormitorio y termino de echar trapos en la maleta abierta. Si mi entusiasmo pudiera medirse no llegaría ni a la base del rasero, menudo desastre, cualquiera diría que maquino planes para cambiar de vida. Cruzo el salón tirando del bulto y las lágrimas afloran de nuevo al girar la llave y clausurar una etapa de mi vida. Puede que tenga razón Luca, que solo esté huyendo y esta ausencia no dure demasiado, lo imprescindible para «olvidar» lo que más me hiere, pero sin establecerme definitivamente en otro lugar que no sea Madrid. Sobre la consola de la entrada, descansa una carta de la Gestoría Asensio, un cuchitril de barriada que me acepta como contable. Ni siquiera me he comunicado con ellos.

Tendrán que esperar a que ordene mi caótico mundo. Tarde lo que tarde.

Salgo a la calle, asomo la cabeza y me vuelvo a refugiarme en el portal. Lluve a cántaros, maldita sea, me voy a empapar camino del metro y no quiero. No voy corta de tiempo, es lo que ocurre cuando no vas a ninguna parte en concreto, puedo mirar a ver si escampa. Permanezco bajo techo y veo llegar a Jo con cara de malas pulgas y su paraguas rojo.

—No puedo creerlo, ¡cerda! ¿Te ibas? ¿Otra vez?

—Me has superado con esa bienvenida, amiga —trato de bromear. No me sigue la gracia, aprieta los labios y sus pupilas gélidas y desagradables me censuran—. ¿Quién es ahora Lady Vinagre?

—No hagas chistes baratos. Ya está bien de dejarnos al margen a la gente que te quiere y se preocupa por ti. Desagradecida.

Estiro la espalda hacia el cielo, trato de crecer unos centímetros y proyectar dignidad.

—Me conoces, sabes que paso de arrumacos y chorradas por el estilo. Si me quieres, escríbeme, que ya te contestaré cuando tenga un hueco.

—¡Escuchen a esta! Te pillo de chiripa con la maleta en la mano y todavía te permites ser irónica. Todo porque la señorita se cree demasiado VIP como para avisar... ¿Hola? ¿Sabes que me marchó, Jo? ¿Me acompañas a la estación? —Me da bruscamente la espalda—. Cabrona.

Entiendo que no me queda nada bueno dentro, estallo.

—¡Estoy dolida! ¿Tú también quieres llamarlo «huir»? ¡Bien, de acuerdo, probablemente es lo que estoy haciendo! ¿Te digo algo?

—Sobre todo si es una explicación. Espero ansiosa. —Se vuelve cruzada de brazos y taconeando en el suelo. Una ancianita de pelo blanco, armada con un bolso rígido y un mazo de cartones para reciclar, brota del ascensor y se nos queda mirando con curiosidad. Debe de pensar que somos dos amantes en mitad de una pelea.

—Buenas tardes —ladra Jo sin mirarla siquiera.

—Buenas —insisto yo. La señora escapa a toda prisa.

—No soporto encontrarme con Luca, es superior a mis fuerzas —confieso retomando la conversación donde la dejamos.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada que pueda contarse. —Desvío la mirada incapaz de abrir más resquicios en mi corazón. Jo suaviza su carga y se engancha de mi brazo. No me da, reclama.

—Pensé que era tu gran amigo, el mejor compañero en la tierra. ¿Habéis tenido problemas?

Sonrí con amargura por tener que explicar algo tan obvio.

—Estoy enamorada de Luca, hasta las pestañas.

No se inmuta.

—Eso ya lo sabía, te encoñaste en plena adolescencia, pero después esos sentimientos maduraron y dejaron de fastidiar, ¿no es así? —Pestañea perpleja—. ¿No es así?

Hundo la barbilla contra el esternón. Ojalá pudiera clavármela y disfrutar de una muerte súbita.

—No he superado nada. Sigo igual. Peor.

—¿En la clínica?

Asiento sin despegar los labios.

—Demasiados momentos especiales compartidos. Mi primera vez, luego en la clínica, cuando ni siquiera sabía si viviría para contarlo.

—¡Oh, Dios! —Jo se abraza a mí, estremecida. Está llorando bajito—. ¿Él lo sabe? Me refiero a lo que sientes.

No sé si estoy preparada para revelarle el contenido de mi última conversación con Luca. Nuestras confesiones, su declaración, la mía...

—Si no es ciego... ¿Nadie se ha dado cuenta?

—No, cielo, no. Teníais un vínculo especial, claro, pero era más bien como entre hermanos...

—Yo lo amo, desesperadamente, él a mí jura que también, pero seguramente no. Tienes razón, me considera su hermanita pequeña, un petardo del que ocuparse y ni siquiera es consciente.

—¿Se lo has preguntado? ¿Directo y a bocajarro?

—No. De sus sentimientos habla él. Demasiado, creo. —Me seco una lágrima—. Quiere agradar, que no me sienta despreciada. Sobre todo tengo pánico a lo que venga con el tiempo. Para enamorarse y hacerla suya, para perfección, ya tiene a Miriam.

—Marta, si nadie se ha percatado de lo que sientes, es muy posible que Luca tampoco. No me lo explico, tú eres muy clara, vas de frente. ¿Por qué coño das tantos rodeos con esto?

—Ya te lo he dicho. Si me rechaza me muero. Y si no me rechaza y empezamos algo, me moriré igualmente y lo dejaré solo, con el alma destrozada. No, no le convengo en absoluto.

—Se acostó contigo —me recuerda. Y eso que ignora lo mucho que hemos repetido.

—Jo, sácate un jersey por la cabeza con un mínimo contoneo, y cuéntame qué tío se te resiste.

—Tienes respuesta para todo —refunfuña.

—Es que me cuesta aceptar que una tía moderna como tú le dé tanta importancia a algo que se reduce a sexo.

—Oye, cuida de ti, vuelve a casa, deshaz ese equipaje de pacotilla y dediquémosle una semana a la meditación, veremos qué hacer...

—No, no, ni hablar —agarro el mango de mi maleta con ahínco. Jo agarra lo mismo por el lado contrario. Quedamos enfrentadas, tirando en direcciones opuestas—. Con lo que me ha costado, por fin sé lo que quiero.

—¡Qué narices vas a saber! Desaparecer. Gallina.

—¡Suelta la puñetera maleta! —le grito. Mi vecina, la abuelita, decide entrar justo en este instante y nos sorprende batallando casi en cuclillas, atrofiadas en torno a un mango—. ¡Buenas!

—¿Hace falta que llame a la policía? —me ofrece con las cejas arqueadas.

—Desde luego que no, señora —se apresura a decir Jo, acalorada—, mi amiga ha cambiado de opinión y se queda. ¡Es que le encanta el piso y el clima de Madrid! ¿Verdad?

Rebobinamos

No acierto a entender cómo se las ha arreglado Jo para encarcelarme de nuevo en mi salón, pero aquí estoy. Sentada en el sofá como una niña buena, preguntándome si hago bien quedándome. Encima se las ha pirado. La mecha que prendió mis temores fue la conversación con Luca frente a la biblioteca. Sus intentos de disipar mis dudas. Recuerdo el mensaje de voz almacenado en mi móvil. Mi Pepito Grillo particular me aconseja que no lo escuche, me confundirá aún más. No obstante, nadie me ve, nadie lo sabrá, nadie va a pensar que soy una pobre y patética estúpida enamorada y masoquista. ¡Qué narices! Aprieto las teclas y aplico el oído.

No es su voz, es una canción. Luca me ha grabado una canción. *De cero*, Dani Martín.

*Todo lo que vimos se nos fue,
soñé que siempre iría al lado.
Eso que inventamos ya no es,
ahora solo existe el pasado.*

*Y me toca entender
qué hacer con tus abrazos,
ahora toca aprender
cómo dejar de querer,
saber borrarlo bien,
que igual que vino fue,
que hoy es cero...*

*Quiero,
que todo vuelva a empezar,
que todo vuelva a girar,
que todo venga de cero,
de cero...*

*Y quiero que todo vuelva a sonar,
que todo vuelva a brillar,
que todo venga de cero,
de cero...*

*Eso desaparece y no lo ves,
ese regalo que la vida pone al lado
dura lo que dura y ya se fue,
ni tú ni yo lo hemos cuidado.*

*Y ahora toca entender
qué hacer con tanto daño.
Y ahora toca aprender
cómo dejar de querer
o saber borrarlo bien,
que igual que vino fue
y es tan feo...*

*Quiero
que todo vuelva a empezar,
que todo vuelva a girar,
que todo venga de cero,
de cero...*

*Y quiero que todo vuelva a sonar,
que todo vuelva a brillar,
que todo venga de cero,
de cero...*

*Y siento que todo lo malo es pensar,
que todo lo que viene va,
que todo se va consumiendo
y el silencio manda hoy más.*

*Quiero
que todo vuelva a empezar,
que todo vuelva a girar,
que todo venga de cero,
de cero...*

*Y quiero... que todo vuelva a sonar.
Y quiero... que todo venga de cero, de cero.
Y quiero... que todo vuelva a empezar.
Y quiero... que todo venga de cero, de cero.*

La congoja me aprieta la garganta y las lágrimas revientan por enésima vez. Me ama. Y lo amo,

y ahora me doy cuenta de que Jo está en lo cierto, nunca se lo he dicho. He esperado como una damisela engreída a que él me declarase su amor cuando yo no he sido capaz nunca de abrirle mi corazón y confesarle el mío. ¿Qué puedo perder? Se lo gritaré, se lo gritaré tan fuerte que nos quedaremos sordos y después..., cuando lo sepa, empezaremos de cero o desapareceré para siempre. Voy a jugar mis cartas, la última baza, mi última partida.

La más importante y vital.

Con los ojos arrasados en llanto agarro al vuelo mi chaqueta y mi bolso, abro la puerta con rudeza y allí está él. Su altura formidable llena el hueco del umbral. Tiene una esfera de nieve en la mano y dentro distingo un corazón grande y rojo. Me la ofrece.

—¡Te quiero, bicho! No me conformo, no puedo vivir ni un solo segundo más sin tenerte a mi lado.

Me tapo la boca con las manos. Jadeo emocionada. Contemplo la esfera, luego la pongo a salvo sobre la consola, estoy temblando y no confío en no romperla.

—¿Estás seguro? ¿No soy solo esa amiga desvalida a la que te empeñas en cobijar bajo tu ala?

Da un atrevido paso adelante. Luego otro. Yo no me muevo, permito que su cara y la mía se rocen, que sus manos asciendan y recorran mi cuello, que se anclen a ambas mejillas, que sus largos dedos jueguen con mis orejas. Mi piel fría y desangelada se contagia al instante con la magia de su intenso calor. Esos labios que adoro rozan apenas los míos.

—Sabes que soy seca, excesivamente clara, sarcástica y capaz de asesinar cualquier escena mínimamente romántica —lo aviso. Parece que le importa un comino. Se inclina para besarme de nuevo, pero no lo hace. No todavía, lo que dispara mi ansiedad a la estratosfera.

—También eres divertida, auténtica, generosa y la chica bajita más sorprendente que he conocido en mi vida —enumera contra mi boca.

—Tú, a cambio, un cabrón más alto de lo normal —río alborozada. Ahora sí, la presión de sus labios me marea, el beso me abduce y me impulsa a entregarme. Me abandono de puntillas en su abrazo.

—No te imaginas lo que he llorado pensando en ti. —Analiza mi mirada de asombro—. ¿Te parece raro que un tío confiese que es un llorón patético?

Sí, me lo parece. Hasta yo trato de encalar mi fachada lo mejor posible y parecer lo que no soy.

—Tus pucheros no me conmueven, soy fría, ya sabes —lo amenazo con una sonrisa arrebatadora—. Pero puedes intentarlo.

Luca me coge en brazos, se adentra en mi apartamento, que de repente me parece luminoso y sobrado de color, y encaja la puerta de un taconazo. Suelto una carcajada feliz con el cuello estirado hacia atrás y la melena corta formando ondas.

—¡Madre mía! ¡Qué guayyy!

—Podría llevarte a cuestas a todas partes —avisa sin dejar de besarme.

Agarro su cuello. Acabo de decidir que nadie me robará lo que más quiero. Somos dos partes de una misma esfera de nieve no coleccionable. Aunque resulte difícil encontrarlo y la búsqueda

te lleve a revisar mil pelusas debajo de las camas, toda mujer tiene asignado un hombre que la hace sentir especial. Ese hombre te mirará a los ojos y verá tu alma. Y en cada beso, cuando te ame, habrá de convencerte de que naciste princesa.

Yo me he perdido en los ojos del mío, y a eso lo llamo felicidad.

Epílogo

Fui un niño curioso que preguntaba cosas raras. Una vez quise que mi madre me explicara qué sentiría al enamorarme. Respondió que no conocía suficientes palabras como para describirlo y hacerle justicia. «Lo sabrás cuando la encuentres».

Supongo que con los años fantaseé con un fogonazo explosivo que me cambiaría la vida, algo casi visible que estallaría delante de mis ojos y me dejaría ciego. Pero no terminaba de llegar. Conocí muchas chicas, entendí lo que significaba el deseo, pero como venía se iba, el sexo lo apaciguaba y después de agotarse no quedaban posos especiales. Muy joven empecé a poner en tela de juicio la magnitud de eso que llaman «amor». La emoción para la que mi madre carecía de palabras.

Aquel día de invierno en aquella biblioteca de barrio, me sacudió algo distinto. No era deseo, no era fascinación, era otra cosa sin nombre. Pero era. Su timidez sonrió y me quedé enganchado. Fue una sonrisa llena de melancolía y tristeza, demasiado apagada para tan pocos años. Unos ojos oscuros que a toda costa querían brillar. Algo que me superaba tiró de mí y cuestionó mis emociones. Las achiqué porque me dieron miedo. Lo desconocido siempre causa temor y aquella chica era negrura universal. Cambié el sentimiento extraño por deseo del corriente. La hice mía en cuanto pude y, al sentir su piel cálida, suave bajo mis dedos, la convertí en mortal. Me liberé de su halo mágico; domé al hada y vencí.

Mi solución fue un espejismo. Las «magníficas, magníficas» son, hasta el final. Aun sin saberlo, ella estaba decidida a marcarme a fuego. Me regaló su primera vez y me sentí en deuda. Atrapado justo cuando acababa de cortar las cadenas. No tenía nada grande con lo que corresponderla, ni siquiera buenas intenciones, así que huí. Debí advertirle, debí explicarle, contarle que más pronto que tarde iba a marcharme, que mi madre estaba enferma, que mi vida estaba lejos, en otra parte, que no me quedaría para amarla como merecía. Eso habría implicado enfrentar sus ojos húmedos, llenos de esperanzas con mi nombre impreso. Me vino grande. Marta siempre me vino grande.

Los siete años transcurridos hasta que volvimos a cruzarnos, fueron un poco un sueño. Envuelta en brumas, la realidad se disipaba solo para verla a ella. En cada rostro, en cada cama, en cada sonrisa de mujer, sin querer, la estuve buscando. Se me quedó dentro, anclada en lo más hondo. Su inocencia me despertaba un deseo casi enfermizo, imposible de borrar. Y aquella noche en casa de mi hermano, regresó lo hermoso, lo pleno, el mejor olor, el roce tibio de su voz de terciopelo. Y junto con todo lo demás, regresó el miedo.

No puedo contaros lo humano que fui, la cantidad de tonterías que hice y me dije, con tal de escapar. Lo que sentía me dominaba pero me negaba a aceptarlo. Necesitarla a todas horas era horrible, me encadenaba, era justo lo que no estaba preparado para manejar. Luego vino el terrible descubrimiento: su enfermedad, el monstruo que me la arrancaría de entre los brazos, se la

llevaría como se llevó a mi madre, para destrozarme. Por mi vida que iba a salvarla. Eso sí, a cubierto de mi propio amor. Fabriqué una armadura impenetrable y, vestido con ella, viajé dándole la mano. Nuestros días y nuestras noches en Bulgaria estuvieron llenos de sol, rosas y espinas. Hubo instantes en los que creí perderla, para a continuación remontar y ver el cielo. Cuando abandonamos la clínica, las perspectivas de futuro eran mejores que nunca. La dolencia remitiría progresivamente si se cuidaba y seguía a rajatabla el duro tratamiento. Eso decían los médicos pero... ¿qué pensaba yo?

No me avergüenza confesar que jamás me abandonaron las dudas. Por las noches me despertaba el pánico a que todo se reprodujese y nos devolviera al punto de partida. Verla partir. Deshacerse como el humo, extraviarla en la agonía de un recuerdo. Fui el débil entre los hombres débiles, opté por lo más sencillo, lo menos valiente. Cavé un agujero en lo más hondo y allí enterré el amor inmenso que sentía por ella. Conté y me culpé por las veces que mi decisión se convirtió en arena, porque el ansia de tocarla y meterme dentro de sus entrañas superaba a mi voluntad. Caí esclavo de lo que sentía y, a continuación, salí corriendo. Qué poco orgulloso me siento de esta etapa. Y cuánto habría merecido su desprecio. Ella siempre se las arreglaba para sonreír y calmarme. Siempre estuvo ahí. Y al final del camino, cuando admitió que me amaba... Bueno, ese día me convertí de verdad en hombre y decidí luchar por lo que quería, durase lo que durase. Sin perder el miedo pero ganando corazón. Dejé de engañarme a mí y a todos. Dejé a Miriam, que se merecía a alguien mejor, alguien enamorado de ella, no de otra. Y me enfrenté a la vida con sus luces y sus sombras.

Porque arriesgarse es latir.

Y hoy, con mucha gente que me importa alrededor, bajo una cúpula de piedra y aroma a flores, espero que la mujer de mi vida avance por el pasillo, vestida de blanco, del brazo de Gaby pero recordando a su padre, que seguro que nos bendice y lo comenta con Napoleón. Hoy domingo me caso con ella y no puedo ser más feliz. Toda una vida sin planes por delante. El día a día lleno de todo lo que podamos darnos. Hasta que nos fallen las fuerzas, hasta ser viejos, hasta no poder más con esto que no me cabe en el pecho.

Arranca la música. Marta quiso que el tema central de *Gladiator* la acompañase al altar, la canción de los héroes, la que rinde homenaje a hombres luchadores como fue su padre. Mi ya casi suegra lo sabe, por eso llora mientras mi padre le pasa pañuelos, uno tras otro. «Qué hermosa mujer», me ha dicho. No me extraña en absoluto, tiene los ojos de Marta, mi pequeña cascarrabias, la guerrera que mira al mundo con osadía. Mi mujer.

También Silvia se seca las lágrimas. Sandra ha preferido felicitarnos a distancia, tiene mil cosas que resolver dentro de su caos que no nos afecta. Nuestro mundo es otro y ella no importa.

Sé que Marta está a punto de entrar, que cuando la vea me explotará el corazón. Ahí llega, avanzando despacio por el corredor, como una princesa. Qué bonita está con esa capa de armiño... Antes de girarme a recibirla, miro a las alturas y le sonrío a mi madre.

—Tenías razón, mamá. Fue inmenso cuando la encontré.

FIN